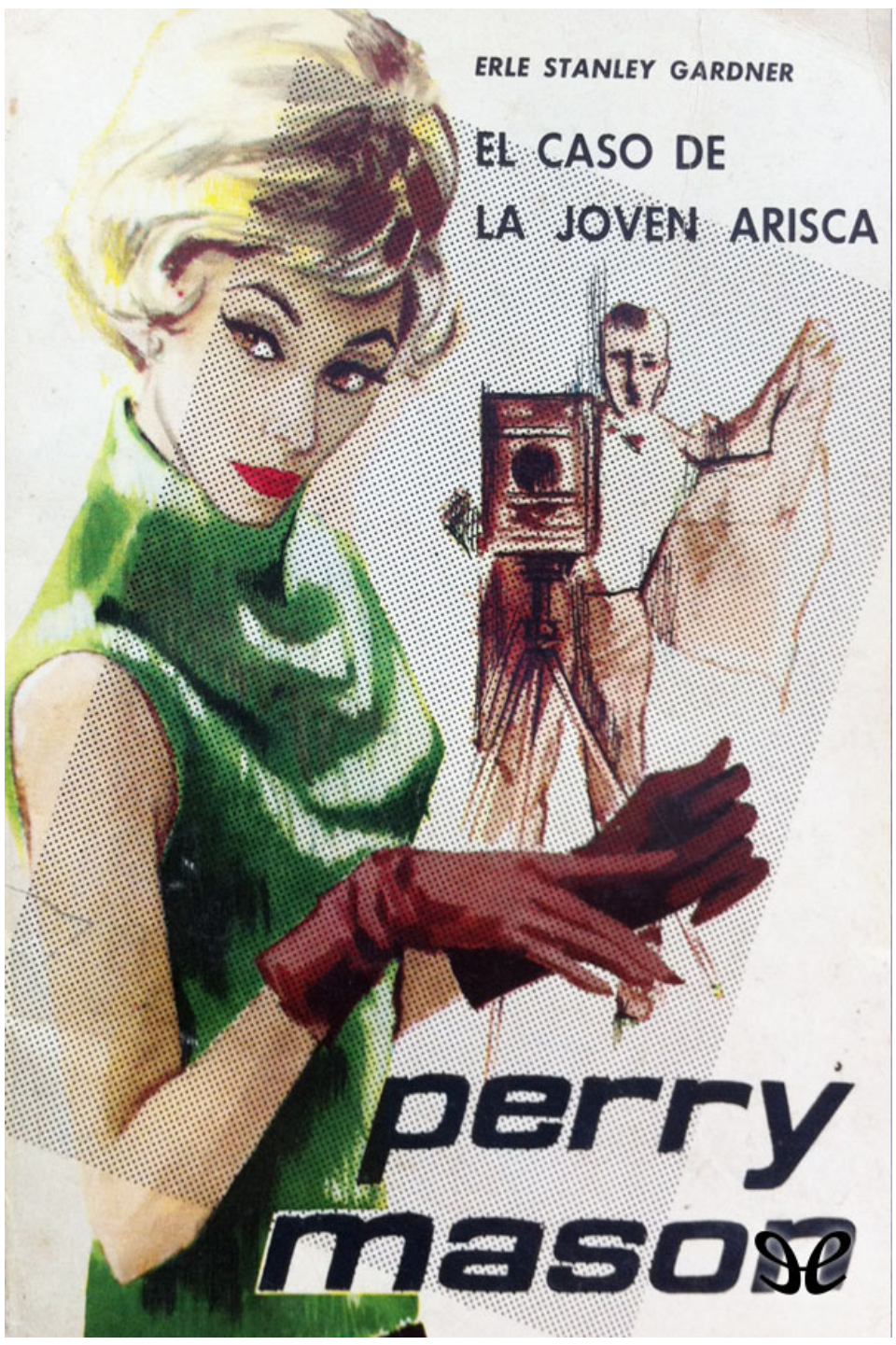




ERLE STANLEY GARDNER

EL CASO DE
LA JOVEN ARISCA

**perry
mason** 

Una joven de carácter irascible acude al despacho del abogado Perry Mason en busca de ayuda diciéndole que debe leer el testamento de su padre, del que su tío es albacea, porque desea casarse y existe una clausula en la que toda su cuantiosa fortuna pasará a beneficencia si ella contrae matrimonio antes de los veinticinco años y no quiere esperar los dos que le faltan.

Desea que el abogado investigue la forma de cambiarla clausula. El abogado le aconseja que hable con su tío, pero la joven se enfada y está apunto de abandonar el despacho. Perry Mason comprende que más allá de las palabras de la clienta, existe un problema que no tardará en aflorar.

Efectivamente, el tío es asesinado y ella será acusada del crimen. El abogado lleva la defensa de tal forma, que confunde a su clienta, al tribunal e incluso los periódicos, pero al final la estrategia del brillante abogado dará el fin esperado.



Erle Stanley Gardner

El caso de la joven arisca

Perry Mason - 02

ePUB r1.1

Titivillus 28.12.2014

Título original: *The case of the sulky girl*

Erle Stanley Gardner, 1933

Traducción: J. M. Álvarez

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.0



Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BLACKMAN George: Abogado de Peter Devoe.

BILL: Redactor gráfico del «Star».

CELANE Frances: Sobrina de Edward Norton.

CRINSTON Arthur: Amigo y consocio de Edward Norton.

DELLA STREET: Secretaria de Perry Mason.

DEVOE Peter: Chófer de Norton.

DRAKE Paul: Jefe de una agencia de Detectives.

DRUMM Claude: Fiscal del distrito.

EVERLY Frank: Joven abogado, pasante de Mason.

GLEASON Bob: Esposo de Frances.

GRAVES Don: Secretario de Norton.

MAHONEY E. L.: Sargento de policía.

MARKHAM: Juez.

MASON Perry: Célebre abogado criminalista, protagonista de esta novela.

MAYFIELD Edna: Ama de llaves de Norton.

MAYFIELD John: Jardinero del repetido señor.

NEVERS Harry: Periodista redactor del «Star».

NORTON Edward: Financiero, tío y tutor de Frances Celane.

PRAYTON: Médico.

PURKETT: Mayordomo de Norton.

PURLEY B. C.: Juez municipal.

RAYBURN: Vicepresidente el Segundo Banco Nacional de Depósito del Litoral.

Capítulo 1

La joven que entraba pasó delante de la secretaría, que mantenía abierta la puerta, y recorrió con la vista todo el despacho, mostrando en sus ojos ciertos indicios de terror.

La secretaria cerró suavemente la puerta, mientras la visitante se dirigía a un anticuado sillón, de alto respaldo, tapizado de cuero negro. Sentóse en él, cruzó las piernas, estiró la falda hacia abajo, para cubrirse las rodillas, y se acomodó frente a la puerta, por donde acababa de entrar. Tras un breve instante, tiró de su falda, volviendo a levantar el borde una o dos pulgadas y preocupándose mucho de conseguir el efecto que se proponía. Después se recostó en el sillón cuyo negro y brillante cuero hizo resaltar vivamente la rubia y ondulada cabellera de la joven.

Su aspecto era patético y desamparado, sentada allí en el enorme despacho, y empequeñecida por las excesivas proporciones del viejo sillón.

Y sin embargo, notábase en ella algo que daba la impresión de haber conseguido deliberadamente aquel efecto. Se apreciaba cierta felina minuciosidad en el cuidado con que adoptara aquella postura y en la difícil perfección de su desamparo.

Juzgada desde cualquier punto de vista, resultaba una linda mujer. Tenía el pelo sedoso, los ojos grandes y oscuros; los pómulos, salientes; los labios gruesos y bien formados. Era pequeña, aunque perfectamente proporcionada y vestía con suma elegancia. No obstante, notábase una estudiada inmovilidad en su expresión, de completa indiferencia, como si estuviese rodeada por una muralla protectora.

Abrióse la puerta del despacho interior, y Perry Mason entró en la oficina. Se detuvo cuando ya había avanzado dos pasos en la

habitación, contemplando a aquella muchacha con pacientes ojos que parecían tomar nota de los más mínimos detalles de su apariencia. Ella soportó aquel escrutinio sin el menor cambio de su postura ni en la expresión de su rostro.

—¿Es usted el señor Mason? —le preguntó la joven con simpatía en la voz.

Él no contestó hasta después de haber dado la vuelta a la plana mesa del despacho que utilizaba para tratar con sus visitantes y se hubo dejado caer en el sillón giratorio.

Perry Mason producía siempre una impresión de grandeza; no la que se deriva del volumen, como pasa con las personas gruesas, sino de la que tiene su origen en la verdadera fortaleza de cuerpo y alma. Era ancho de hombros, con un rostro de rasgos enérgicos, y sus ojos reflejaban ecuanimidad y paciencia. Frecuentemente, estos ojos cambiaban de expresión, pero la cara permanecía inalterable en su rudo aspecto de paciente serenidad. Sin embargo, aquel hombre no tenía nada de apacible. Era un luchador; un luchador que acaso podría esperar tranquilamente el momento propicio para descargar su acometida, pero que cuando llegara la ocasión, atacaría sin piedad y con toda la contenida fuerza de una catapulta.

—Sí —contestó a la pregunta de su visitante—, yo soy Perry Mason. ¿Qué puedo hacer por usted?

Los oscuros ojos de la joven le estudiaron con reconcentrada astucia.

—Yo soy Fran Celane.

—¿Fran? —preguntó él, elevando el tono de su voz.

—Es una abreviación de Frances —explicó la muchacha.

—Muy bien —replicó Perry Mason—. ¿En qué puedo servirla, señorita Celane?

Y al hacer esta pregunta los negros ojos de él permanecieron inmóviles en su rostro, mientras el dedo índice de la interpelada recorría el brazo del sillón, explorando con detención las irregularidades y relieves del cuero. Había algo en aquella distracción que parecía revelar, por parte de la joven, una inconsciente meditación acerca de su actitud mental.

—Quisiera averiguar ciertos detalles relativos a un testamento —contestó.

No se manifestó ningún cambio en los tranquilos y pacientes ojos de Perry Mason.

—No me ocupo mucho de los testamentos —le replicó a su visitante—. Soy abogado criminalista. Mi especialidad consiste en la defensa de casos criminales, preferiblemente ante jurados; doce personas encerraditas en un cajón...: el jurado; en eso soy un verdadero especialista. Por lo tanto, me temo que no le podré ser muy útil en un asunto testamentario.

—Es que este asunto terminará probablemente en una causa —explicó la señorita Celane.

Él continuó observándola, sin manifestar la menor emoción en su mirada.

—¿Se trata entonces de un pleito testamentario? —preguntó.

—No —dijo ella—; no es un pleito precisamente. Necesito informarme acerca de un legado en depósito.

—Bien —replicó el abogado, con suave insistencia—, supongamos que usted empiece por detallarme exactamente lo que desea saber.

—Una persona muere —explicó la joven— y deja un testamento que contiene una cláusula por la cual uno de los beneficiados en el documento...

—¡Alto..., un momento! —exclamó Perry Mason, interrumpiéndola—. No siga por ese camino. Contésteme antes a esta pregunta: ¿Se refiere a usted misma ese asunto?

—Sí, señor.

—Muy bien —dijo él—; entonces deme los principales detalles y déjese de andar por las ramas.

—Se trata del testamento de mi padre —confesó la muchacha—. Se llamaba Carl Celane. Yo soy hija única.

—Eso es una ventaja —indicó el abogado.

—Hay un montón de dinero que me corresponde a mí, según ese testamento; algo así como un millón de dólares.

Perry Mason se mostró más interesado.

—¿Y cree usted que acabará en pleito esta testamentaria?

—No lo sé —contestó ella—. Espero que no.

—Bien, prosiga —indicó el abogado.

—Mi padre no me legó el dinero disponible. Lo dejó en depósito.

—¿Quién es el depositario?

—Mi tío Edward Norton.

—Perfectamente —replicó el abogado—. Continúe usted.

—Hay una cláusula en el testamento, según la cual, si yo me caso antes de cumplir los veinticinco años, mi tío tendrá el derecho, a elección suya, de darme una dote de cinco mil dólares, sacándolos de los fondos legados, y entregar el resto a instituciones benéficas.

—¿Qué edad tiene usted ahora? —preguntó Mason.

—Veintitrés años.

—¿Cuándo murió su padre?

—Hace dos años.

—Entonces eso quiere decir que las disposiciones testamentarias han sido ya aplicadas y los bienes relictos están distribuidos, ¿no es así?

—En efecto —contestó ella.

—Muy bien —le replicó el abogado, acelerando sus palabras conforme aumentaba su conocimiento del asunto—. Si la cláusula referente al depósito se ha cumplido al hacerse la distribución legal, y no hubo entonces ninguna apelación a dicho reparto, no es de esperar que se presente un ataque colateral, excepto en circunstancias realmente excepcionales.

El incansable dedo de la joven se puso a golpear el brazo del sillón, produciendo ligeros ruidos al batir el cuero con el borde de la uña.

—Precisamente he venido para preguntarle a usted ciertos detalles referentes a eso —explicó ella.

—Muy bien —repuso Mason—. Siga adelante y pregunte lo que quiera.

—Según el testamento, mi tío tiene una intervención absoluta sobre el capital depositado. Puede invertirlo como le plazca, y asimismo está autorizado para darme cualquier cantidad que a su juicio me sea necesaria. Cuando yo cumpla los veintisiete años me ha de entregar la totalidad de esa fortuna, si él cree que la posesión de tan enorme suma de dinero no ha de echar a perder mi vida. En caso contrario debe contratar para mí una renta vitalicia de quinientos dólares mensuales, dedicando el resto del capital a obras de caridad.

—He aquí una cláusula de depósito bastante rara —comentó Perry Mason, con inexpresivo acento.

—Mi padre era un hombre extraño —dijo la joven—, y yo he sido siempre un poquitín indómita.

—Perfectamente —replicó Mason—. ¿Y en qué dificultad se encuentra ahora?

—Quiero casarme —contestó ella, y por primera vez su mirada esquivó la del abogado.

—¿Ha hablado usted con su tío de sus deseos?

—No.

—¿Sabe él que quiere casarse?

—Creo que no.

—¿Y por qué no puede usted esperar a cumplir los veintisiete años?

—Porque no —replicó la joven levantando de nuevo su mirada—. Quiero casarme ahora mismo.

—Según tengo entendido, por lo que usted me ha explicado del testamento —aventuró Perry Mason, con gran cautela—, todo queda a discreción de su tío.

—Así es.

—Bueno, pues, ¿no le parece que lo primero que debiera hacer es sondearlo y enterarse de su opinión acerca del matrimonio proyectado por usted?

—¡No! —contestó ella, bruscamente, lanzando el monosílabo en una forma explosiva.

—¿Está usted disgustada con su tío? —preguntó el abogado.

—No, señor.

—¿Lo ve usted con frecuencia?

—Todos los días.

—¿Habla usted con él alguna vez acerca del testamento?

—Nunca.

—Entonces, usted irá a verlo para otros asuntos.

—No. Vivo con él en la misma casa.

—Comprendo —replicó Perry Mason, pronunciando la palabra con la más tranquila e inexpresiva voz—. Su tío se ve depositario de una crecida suma de dinero, de la cual dispone con una libertad que no es muy corriente. Supongo que esa fortuna estará bien segura...

—¡Oh, sí! —exclamó ella—. ¡Puede usted creerlo! En cuanto a eso, los fondos depositados no corren ningún peligro. Mi tío es meticulosamente cuidadoso..., tal vez demasiado meticuloso. Quiero decir que es metódico a más no poder en todo lo que hace.

—¿Tiene, además, alguna fortuna propia? —interrogó el abogado.

—Montañas de dinero —contestó la joven.

—Bien —dijo Mason, con cierta impaciencia—, ¿y qué quiere usted que haga yo?

—Lo necesito a usted para estudiar si puedo casarme.

El abogado se quedó mirándola silenciosamente durante unos segundos, mientras meditaba la réplica apropiada.

—¿Tiene usted una copia del testamento o de la escritura de reparto de bienes? —preguntó al fin.

Ella negó con la cabeza.

—¿Necesitará esos papeles? —interrogó la joven.

El abogado asintió con una inclinación.

—Me es imposible darle a usted una buena interpretación de un documento legal sin antes haberlo visto y estudiado.

—Pero yo le he explicado exactamente lo que dice el testamento.

—Usted me ha dado una versión personal de lo que allí consta y entre ambas cosas puede haber una notable diferencia.

Ella replicó, con excesiva brusquedad e impaciencia:

—Estimo que las condiciones testamentarias que impiden a una persona casarse libremente, pueden eludirse.

—Eso no es cierto —contestó Perry Mason—. En términos generales, una disposición por la cual se estorbe el matrimonio de una persona, es considerada como contraria al interés público y, por tanto, sin valor legal. Por esto se halla sujeto a ciertos requisitos, particularmente cuando se trata de los llamados «depósitos de pródigo». Y según todas las apariencias, el que fue creado por el testamento de su padre puede clasificarse entre estos últimos. Por otra parte, debe usted fijarse en que no se pone ninguna restricción a su matrimonio después que haya alcanzado la edad de veinticinco años. A juzgar por los antecedentes, parece ser que a su tío le han dado carta blanca en el asunto, y las cláusulas del testamento, según

lo que usted me ha dicho acerca de ellas, se limitan a indicar las circunstancias en que su tío puede ejercitar el derecho de elección, pero sin obligarle a resolver en sentido determinado.

Diríase que la joven había perdido de repente el dominio de sí misma con que se acorazaba una vez que hubo oído los últimos razonamientos del abogado. A ellos replicó levantando el tono de su voz:

—Bien..., he oído hablar mucho acerca de usted. La gente dice que algunos abogados explican a sus clientes lo que se puede hacer y lo que no se debe hacer, mientras usted siempre puntualiza las cosas de tal modo, que la persona que le consulta sabe concretamente cuál es el camino a seguir.

Mason sonrió con una sonrisa de sabiduría no exenta de amargas experiencias; sonrisa de comprensión amasada con las confidencias de millares de clientes.

—Tal vez hay en eso algo de cierto —confesó—. Una persona puede casi siempre encontrar salida a cualquier situación en que se halle. Lo cual no es sino una paráfrasis del viejo refrán que dice: «El que hace la Ley hace la trampa».

—Bueno —replicó la muchacha—. En este caso tenemos una Ley: el testamento. Dígame usted cuál es la trampa.

—¿Con quién se quiere usted casar? —preguntó el jurisconsulto, de un modo brusco.

Los ojos de la muchacha no cambiaban de dirección, sino que permanecían fijos sobre el abogado, tratando de adivinar sus pensamientos.

—Con Bob Gleason —contestó a la pregunta de él.

—¿Lo conoce su tío?

—Sí.

—¿Y lo aprueba como novio?

—No.

—¿Lo ama usted?

—Sí.

—¿Y está enterado su novio de esa cláusula del testamento?

La mirada de la muchacha descendió al suelo.

—Estoy por creer que tal vez ahora sepa algo. Pero antes no —explicó ella.

—¿Qué quiere usted decir con ese «antes no»? —demandó el abogado.

Sin duda alguna, ahora sí que los ojos de la joven huían de mirarlo.

—Ha sido una frase sin sentido —contestó ella—. No quise decir nada al pronunciarla.

Perry Mason estudió a su visitante con gran atención durante unos segundos.

—Creo entender que usted se halla muy necesitada de casarse con ese joven.

La muchacha se le quedó mirando, y entonces dijo, con una voz que vibraba de pasión:

—Señor Mason, le ruego que no se equivoque. Yo me casaré con Bob Gleason. De esto puede usted estar seguro. Su misión es encontrar el camino más práctico para que yo pueda hacerlo. ¡Y nada más! Le dejo a usted encargado de buscarme esa solución. Me pongo en sus manos. Quiero casarme.

El abogado iba a decir algo, pero se detuvo para estudiar cuidadosamente a su interlocutora, antes de decirle:

—Bueno..., parece que usted sabe muy bien lo que le conviene.

—¡Claro que sí! —exclamó la joven.

—Supongo entonces que usted tendrá la amabilidad de volver a esta misma hora mañana por la mañana. Entre tanto, yo habré echado una mirada a los anales legislativos.

Ella movió la cabeza negativamente.

—¿Mañana por la mañana...? —protestó—. Es demasiado tiempo. ¿No puede usted contestarme esta misma tarde?

Los pacientes ojos de Perry Mason se fijaron calmosamente sobre el rostro de la señorita Celane.

—Tal vez sí —contestó—. ¿Le vendría bien a las cuatro?

Ella asintió.

—Perfectamente —dijo entonces el abogado, poniéndose en pie—; vuelva, pues, a esa hora. Puede usted dejar su nombre y dirección a mi secretaria, que está en el antedespacho.

—Ya lo he hecho antes —indicó la joven, levantándose del sillón y alisándose la falda—. A las cuatro me tendrá usted aquí de nuevo.

Y cruzó la oficina sin volverse, abriendo la puerta y saliendo al

primer despacho.

Perry Mason sentóse ante su escritorio y entornó los ojos en actitud reflexiva, contemplando la puerta por la cual se había ido aquella muchacha.

Al cabo de un momento, extendió su fuerte dedo índice y apretó el botón de un pulsador situado en la cara lateral de su mesa de despacho.

Un joven de revuelta cabellera y cuyo rostro reflejaba cierta ansiedad, asomó la cabeza por una puerta que se abría en el centro de una pared dedicada a biblioteca legislativa y entró después en la oficina.

—Frank —ordenó Perry Mason—, lléguese hasta el tribunal y búsqume el expediente relativo a los bienes del señor Celane. Una tal Frances Celane figura como heredera de una fortuna que asciende a más de un millón de dólares, la cual ha quedado en depósito. El nombre del depositario es Edward Norton. Repase la escritura del reparto de bienes y lea también el testamento. Hágame una copia de las condiciones del depósito, y luego vuélvase para acá lo más pronto que pueda.

El muchacho guiñó sus ojos rápidamente, repitiendo después el gesto.

—¿Celane...? —preguntó.

—Sí —dijo Mason—. Se llama Carl Celane.

—¿Y el otro se llama Norton?

—Sí, Edward Norton —confirmó el abogado.

—Muchas gracias —dijo el joven. Y se volvió bruscamente, cruzando el despacho con nerviosa y consciente celeridad, como si le quemase en la espalda la vigilante mirada de Perry Mason, y lanzóse a la oficina exterior.

El abogado llamó entonces a su secretaria.

Della Street, que ejercía dicho cargo, era una muchacha de unos veintisiete años. Sus maneras revelaban seguridad y eficacia absolutas. Se asomó al despacho de su jefe manteniendo abierta la puerta que lo unía a la oficina exterior.

—¿Llamaba usted? —preguntó.

—Sí —contestó él—. Haga el favor de entrar.

La joven acabó de atravesar el umbral, cerrando tras ella la

puerta con suavidad.

—Vamos a anotar nuestras impresiones personales acerca de esa señorita —explicó el abogado.

—¿Qué dice usted? —preguntó la secretaria.

El juriconsulto la contempló pensativamente.

—Parece como si yo le hubiese dictado las palabras que usted pronunció al anunciarme su visita —contestó Perry Mason—. Usted dijo que esa señorita tenía aspecto de ser desgraciada, aunque procuraba no dejar traslucir sus sentimientos; es decir, que es un poco arisca. Y ahora me admiraba de haberla encontrado tal como la definió usted.

—Así, pues, ¿no ha encontrado mucha diferencia entre mi suposición y la realidad? —preguntó Della Street.

—Casi ninguna —afirmó él—. Usted suele acertar siempre en sus impresiones personales, y en este caso tuvo la oportunidad de ver a esa señorita cuando aún no fingía. Porque empezó a fingir en cuanto entró en mi despacho.

—Sí —confirmó Della Street—, pertenece a ese tipo de mujeres que saben disimular sus sentimientos.

—Se sentó en ese sillón —explicó el abogado—, calculando cómo le convenía recostar la cabeza en el respaldo, cómo cruzar sus piernas y arreglarse la falda y qué clase de expresión había de componer en su rostro.

—¿Le contó a usted la verdad? —preguntó la secretaria.

—Ninguna dice la verdad en su primera visita —replicó él—, por lo menos... cuando son mujeres. Por eso mismo me interesa conocer exactamente qué clase de impresión le hizo a usted esa muchacha. ¿Le pareció más desgraciada que arisca, o más arisca que desgraciada?

Della Street contestó reflexivamente, como si quisiera sopesar una a una sus palabras, con el mayor cuidado posible:

—La considero tan desgraciada como arisca. Diríase que se ve cogida en una especie de cepo y que, debido a ello, se ha vuelto arisca.

—¿Está usted segura —preguntó el abogado— que no es pánico lo que siente?

—¿Qué quiere usted decir? —indagó la joven secretaria.

—Hay muchas personas —explicó el señor Mason— que intentan poner cara de enfadadas cuando sienten pánico, y al intentarlo parecen ariscas, sin serlo.

—¿Y usted cree que esa joven es víctima del miedo? —preguntó Della.

—Sí —contestó él lentamente—, creo que se halla en un momento de pánico. Me figuro que se trata de una de esas niñas voluntariosas, pequeños diablos que casi siempre se salen con la suya, dotada de un temperamento ingobernable. Pienso que ha caído en un lazo y que se esfuerza por libertarse de él. Cuando la conozcamos mejor, nos enteraremos de más cosas acerca de su carácter.

—En fin..., que es un gato rabioso, ¿verdad? —preguntó la secretaria.

Él contrajo los labios en una sonrisa.

—Llámosla gato rabioso, si eso le gusta —contestó.

Capítulo 2

Della Street abrió la puerta del despacho particular de Perry Mason. En su actitud se notaba cierta oculta preocupación, conforme se deslizaba por el umbral, cerrando cuidadosamente tras ella.

—¿Qué sigilo es éste? —indagó el abogado.

Della avanzó un paso o dos en la oficina, mirando a su jefe, y luego se volvió, echando una ojeada hacia la puerta, para convencerse de si la había dejado cerrada.

—Ahí está un hombre, en mi despacho, que dice llamarse Robert Gleason.

—¿Qué quiere? —preguntó Mason.

—Necesita ciertos informes acerca de la señorita Celane.

—¿La que acaba de estar aquí?

—Sí.

—Supongo que no le habrá dicho que ella nos ha visitado hace un momento.

—Claro que no.

—¿Y qué dice ese muchacho?

—Dijo que necesitaba verlo a usted. Yo le pregunté para qué asunto, y él me indicó que se trataba de un asunto relativo a un cliente de usted. Intenté convencerlo de que me diera el nombre de ese cliente y me explicase algo respecto a la naturaleza del caso que le traía por aquí. Entonces me ha dicho que se refería a la señorita Celane y se ha mostrado muy ansioso de hablar con usted acerca de ella.

—Muy bien —dijo el señor Mason—. ¿Y qué le ha contestado usted?

—Le he dicho que no me sabía de memoria los nombres de todos

nuestros clientes, por lo que convenía que fuese un poco más explícito en lo relativo a sus deseos. Está terriblemente excitado.

—¿Qué es lo que le excita? —indagó Mason—. ¿La muchacha, su asunto o qué?

—No lo sé. Sólo puedo decirle que le veo muy excitado y nervioso.

El señor Mason se encogió de hombros como si hubiese llegado a una repentina decisión.

—Hágale entrar —ordenó—. Quiero hablar con él seguidamente.

La secretaria hizo una indicación de asentimiento y se volvió abriendo la puerta de entrada.

—¿Quiere usted hacer el favor de pasar, caballero? —indicó, dirigiéndose al joven que esperaba en el antedespacho.

Se oyó crujir una silla, y poco después entró en la habitación un hombre cuyo aspecto reflejaba gran inquietud. Era un joven delgado, de nariz muy puntiaguda y amplias orejas. Penetró en el despacho muy nervioso y brusco paso. Su edad oscilaba entre los veintiocho y treinta años.

—¿Es usted el abogado señor Mason? —preguntó con voz que la impaciencia aceleraba.

Perry Mason lo observó con paciente mirada.

—Siéntese —indicó al recién llegado.

Su visitante dudó al pronto, pero por fin se sentó en el borde de una de las sillas de recto respaldo.

—Y ahora tenga la bondad de decirme qué es lo que desea —concluyó Perry Mason.

—Quisiera saber si Frances Celane le ha visitado a usted hoy.

El rostro de Perry Mason se mostraba tranquilo, pero escrutador.

—Está usted en el bufete de un abogado, no es una oficina de informaciones, señor Gleason —le contestó Mason.

El joven visitante se levantó muy nervioso, dio tres rápidos pasos hasta la ventana, se detuvo contra la luz por un momento y luego, girando sobre sus talones, se quedó contemplando al jurisconsulto.

Sus ojos eran oscuros y ardientes. Parecía estar luchando contra alguna emoción más fuerte que él.

—Déjese de juegos de palabras —dijo al fin—. No tengo más

remedio que enterarme de si Frances Celane estuvo o no aquí hablando con usted.

La voz de Perry, al contestarle, no varió en lo más mínimo de tono.

—No es necesario que entablemos una discusión por tan poca cosa —dijo tranquilamente el abogado—. ¿Hablaban usted de una señorita Frances Celane?

—Sí.

—¿Conoce usted a la señorita Celane, personalmente?

—¡Claro que la conozco!

El señor Mason hizo un franco y amistoso ademán con la mano derecha, como si quisiera dar a entender que el asunto perdía así toda su importancia.

—Eso simplifica mucho la cuestión —le dijo a su visitante.

—¿El qué? —preguntó Gleason, mostrándose suspicaz.

—El hecho de que usted conozca a la señorita Celane —replicó el abogado—. En este caso, todo lo que usted tiene que hacer para enterarse de lo que le interesa es preguntarle a ella si ha venido a consultarme. Si le contesta que no, será innecesario que vuelva usted por aquí. Y si, en realidad, me ha visitado pero no quiere que usted se entere de ello, es indudable que ya encontrará algún modo de arreglar el asunto. Por último, si me ha consultado y no le importa que usted lo sepa, creo que se lo dirá francamente.

Al acabar su peroración, el señor Mason se levantó, sonriendo a su visitante, como si creyese que con aquello podía dar por terminada la entrevista.

Robert Gleason permaneció de pie junto a la ventana. Su rostro indicaba que estaba muy preocupado y bajo los efectos de una gran tensión nerviosa.

—Usted no debía hablarme de ese modo —le dijo al señor Mason, por toda réplica—. Si, no debiera hacerlo, no...

—Pero el caso es —explicó el abogado, en paciente tono— que ya le he hablado así.

—Sin embargo..., no ha estado bien hecho.

—¿Por qué no?

—Esas palabras hubiesen estado en su lugar si se trataran de un extraño —comentó Gleason—, mas yo no soy ningún extraño, sino

una persona relacionada con Fran Celane. Tengo el derecho de saber lo que pasa. Ella está amenazada y yo necesito enterarme de lo que usted se propone hacer en este asunto.

Perry Mason arqueó las cejas en cortés interrogación.

—¿Quién está amenazado? —preguntó—. ¿Y por quién?

Gleason hizo un movimiento de impaciencia.

—¿A qué vienen ahora esas exclamaciones? —preguntó a su vez—. Me consta que ella estuvo aquí, y usted lo sabe tan bien como yo. Asimismo está usted enterado de que es víctima de un *chantaje*, y yo quisiera saber cuáles son sus planes en este caso.

—Yo creo —dijo el señor Mason— que lo más apropiado en estas circunstancias es rogarle a usted que salga de mi oficina. Como fácilmente podrá figurarse, cuando le dejé entrar aquí fue porque pensé que usted tenía algún asunto legal que encargarme. Pues bien, caballero; yo estoy bastante ocupado y, en realidad, no tengo tiempo para discutir con usted el único asunto que parece interesarle.

Gleason insistió en su actitud.

—Por lo menos —dijo—, usted podría decirme quién es el que amenaza a mi novia. Eso es todo lo que necesito saber. Si usted me facilita este detalle, no le volveré a molestar, pues ya me encargaré yo del resto.

El abogado se dirigió a la puerta, detúvose junto a ella, con gran aplomo y, en grave y digna actitud, pronunció estas palabras:

—Que usted lo pase bien, señor Gleason. Lamento mucho no poder ayudarle.

—¿Es ésta su última palabra? —preguntó Robert Gleason, mientras sus labios se contraían con cierta excitación, hasta el punto de que parecía dispuesto a agredir al abogado.

—Lo es —contestó Perry Mason, en un tono definitivo.

—Muy bien —replicó su visitante, cruzando con firmes pasos la habitación y atravesando la puerta sin añadir otra palabra.

Perry Mason cerró tras él con gran suavidad, insertó sus pulgares en las aberturas del chaleco, dejó caer la cabeza hacia adelante e inició un lento paseo por su despacho.

Al cabo de breves momentos se acercó a su mesa y tomó de ella una hoja escrita a máquina que contenía la copia de la cláusula

testamentaria en que Carl Celane detalló las condiciones del depósito destinado a su hija.

Todavía se hallaba estudiando este documento, cuando Della Street abrió la puerta una vez más.

—La señorita Celane —anunció.

Mason le dirigió una indagadora mirada durante unos segundos, tras la cual hizo un ligero ademán interrogativo.

La secretaria supo interpretar el gesto, y acabó de entrar en el despacho, cerrando tras ella la puerta de comunicación.

—¿Se marchó Gleason de su oficina tan pronto como hubo salido de mi despacho? —preguntó el abogado.

—Sí —contestó Della—, no se entretuvo ni un instante. Parecía que iba a ganar una carrera pedestre.

—¿Y la señorita Celane acaba de llegar?

—Sí, señor.

—¿Cree usted que se habrán encontrado en la puerta del ascensor?

Della Street contrajo sus labios pensativamente.

—No sería difícil, señor Mason —contestó al cabo de un momento—, pero me inclino a creer que no.

—¿Qué aspecto presenta la señorita Celane? ¿Está muy excitada?

—No, señor; parece más fría que un témpano, y ha ensayado su más agradable postura mientras entraba en mi despacho. Después, ha sacado su polvera y se está arreglando la cara con gran minuciosidad. Además, aseguraría que viene de casa de su peluquero.

—Perfectamente —replicó el señor Mason—; hágala pasar.

La secretaria abrió la puerta y dijo:

—Entre, señorita Celane.

Conforme Frances Celane avanzaba en el despacho del abogado, la secretaria se deslizó hacia el suyo, cerrando la puerta sin hacer el menor ruido.

—Siéntese —indicó Perry Mason.

Frances Celane se dirigió al mismo sillón de cuero de que ya se había servido por la mañana y, acomodándose en él, cruzó las piernas y miró al abogado con sus limpios y negros ojos en muda

interrogación.

—Un tal Robert Gleason me ha visitado hace unos minutos —dijo Mason—, insistiendo en que le dijese si usted había estado o no a verme.

—¡Bob es tan impulsivo! —exclamó la joven, un tanto nerviosa.

—Entonces, ¿lo conoce usted?

—Claro que sí. Ya le indiqué quién era.

—¿Le dijo usted que había venido por aquí? —preguntó el abogado.

—Tan sólo le mencioné el nombre de usted —contestó ella—. ¿Le ha confirmado que, en realidad, he estado aquí?

—¡Claro que no! Le he aconsejado que se dirigiese a usted misma si quería enterarse de alguna cuestión referente a sus asuntos.

La joven sonrió lánguidamente y replicó:

—Bob Gleason no le habrá agradecido mucho que usted le hablara de ese modo.

—En efecto; me parece que no le gustó mi consejo —dijo Mason.

—Ya le veré, y se lo explicaré todo —anunció la señorita Celane.

—Gleason —continuó diciendo el abogado— hablaba de que a usted la amenazan...

Durante una breve fracción de segundo se reflejó un vivo terror en los ojos de la joven. Después, siguió mirando al señor Mason con plácido e impassible rostro.

—¡Bob es tan impulsivo! —exclamó por segunda vez.

Mason esperaba que su visita le explicase algo más, aprovechando aquel momento oportuno, pero ella se arrellanó calmamente en su sillón, en espera de que el abogado continuase hablando.

Éste se inclinó sobre los papeles que había en su escritorio.

—Aquí tengo copias de las condiciones que figuran en el testamento del acta de distribuciones de bienes —dijo—. También comprobé que el depositario ha presentado cada año un extracto de cuentas con todo detalle. Me temo, señorita Celane, que no podré darle muchas esperanzas, en cuanto se refiere a poder alterar la escritura de distribución. La administración del depósito parece estar en manos de una persona muy discreta y competente.

»Verá usted: aunque yo fuese capaz de conseguir que se declarase la nulidad de las cláusulas referentes a su matrimonio, fundándome en que son una violación del derecho público, siempre continuaríamos frente al hecho de que la distribución del caudal depositado queda ampliamente a merced de la voluntad del depositario. Es de temer que su tío considere nuestro ataque a las disposiciones testamentales como si se tratase de un intento de intromisión en los deseos póstumos de su padre y en su propia autoridad de depositario. Aun en el caso de que el tribunal reconociese nuestro punto de vista, quedaría a discreción suya el anular los resultados prácticos que buscamos con nuestra victoria.

La joven recibió aquellas noticias sin inmutarse, y al cabo de un momento, replicó:

—Pues eso es lo que a mí me da miedo.

—He de recordar otra condición muy especial que contiene este testamento —dijo el señor Mason—. Me refiero a que los poderes discrecionales de que se halla investido el depositario se basan en su buen juicio, es decir, que son debidos a la confianza que su padre de usted tenía puesta en el justo criterio de su tío. Tanto el testamento como la escritura de reparto especifican que en los casos de muerte, incapacidad o renuncia por parte del depositario, que le impidiesen a éste continuar como tal, la totalidad de los bienes que constituyeran entonces el depósito le sería conferido a usted incondicionalmente.

—Sí —replicó la joven—. Ya lo sabía.

—Por lo tanto —indicó Mason—, ahí tenemos alguna posibilidad de que su tío quede relegado a una posición desde la cual no pueda seguir actuando con ventajas. En otros términos: no es posible preparar un ataque legal sobre su capacidad como depositario... tal vez presentara alguna prueba de que los fondos depositados se han mezclado con sus propias cuentas, o algo por el estilo. Desde luego, esto es un poco forzado, y si se lo menciono a usted es sencillamente porque parece el único plan de campaña que podemos seguir.

Ella le dirigió una sonrisa y dijo:

—Bien se ve que usted no conoce a mi tío.

—¿Quiere explicarme el significado exacto de sus palabras? —

preguntó Mason.

Ella le dirigió una sonrisa y dijo:

—Pues quiero decir —contestó la joven— que mi tío es detallista y cuidadoso hasta la exageración, y además, tan obstinado, que ningún poder humano podría apartarlo del fin que se proponga alcanzar, ni menos hacerle renunciar a sus propósitos. Es un hombre de una pieza.

—¿Y a usted se le ocurre alguna cosa? —interrogó Mason, observándola cuidadosamente.

—Sí —replicó ella—. Pienso que podríamos hacer algo por mediación de ese Arthur Crinston.

—¿Quién es ese Arthur Crinston?

—Arthur Crinston es el compañero de mi tío. Son socios en el mismo negocio: se dedican a comprar, vender e hipotecar propiedades, y también compran y venden acciones y obligaciones. Arthur Crinston tiene más influencia sobre mi tío que cualquier otra persona.

—¿Y cuáles son sus sentimientos hacia usted? —preguntó el abogado.

—Es muy afectuoso conmigo —contestó ella, sonriendo mientras lo decía.

—Entonces, ¿cree usted que habría alguna oportunidad —indicó Mason, hablando lentamente— de que el señor Crinston lograra persuadir a su tío de que renunciara a la administración del depósito, dejándolo en su totalidad a la disposición de usted?

—Siempre hay una oportunidad para cualquier cosa —replicó de un modo brusco la señorita Celane, poniéndose en pie—. Le diré al señor Crinston que venga a verle a usted.

—Le indicará que venga mañana a cualquier hora, ¿no es así? —preguntó Mason.

—Le diré que venga esta tarde —contestó ella.

El abogado miró su reloj.

—Son las cuatro y veinte. Cierro mi oficina a las cinco, aunque, como es natural, puedo quedarme algunos minutos más.

—A las cinco menos cuarto estará aquí —afirmó la joven.

—¿Quiere usted telefonearle desde este despacho? —ofreció Mason.

—¡No, no es necesario!

—¿Y a qué se refería Bob Gleason cuando dijo que usted era víctima de un *chantaje*? —le espetó Perry Mason, interrumpiéndola, sin previo aviso, en el momento en que la joven salía de su oficina.

Ella le dirigió una tranquila mirada de sus grandes ojos.

—Le aseguro que no tengo la menor idea de ello.

Y tras una breve inclinación, cerró la puerta al salir.

Capítulo 3

Arthur Crinston tenía cuarenta y cinco años y era un hombre ancho de hombros y muy afable. Cruzó rápidamente el despacho particular del abogado, con la mano derecha extendida y diciendo, en una sonora voz de franca cordialidad:

—Encantadísimo de conocerle, señor Mason. Fran me ha dicho que debía venir en seguida, y yo lo he dejado todo para correr hacia aquí.

Perry Mason, le estrechó la mano y contempló a su visitante con indagadora y fija mirada.

—Haga el favor de sentarse —indicó al recién llegado.

Arthur Crinston se dejó caer en el mismo sillón de cuero negro ocupado antes por Frances Celane, sacó un cigarro de su bolsillo, rascó una cerilla en la suela de su zapato, encendió el puro y lanzó una bocanada de humo hacia el abogado.

—Esa chica se empeña en hacer una mala boda, ¿no le parece? —dijo, como preludio de su visita.

—¿Está usted enterado de eso? —preguntó, a su vez, Perry Mason.

—¡Ya lo creo! —contestó Crinston, calurosamente—. Estoy enterado de todo lo que tiene que ver con Fran. En realidad, esa muchacha es más sobrina mía que de Edward. Es decir, que siempre estamos juntos y nos entendemos muy bien.

—¿Cree usted —preguntó el abogado— que se conseguiría algo en una entrevista con Edward Norton?

—¿Quién se encargaría de esa gestión? —indagó Crinston, antes de contestar a lo que se le preguntaba.

—Usted mismo —propuso Mason.

El señor Crinston negó con la cabeza.

—Entonces la señorita Celane —aventuró el abogado.

El señor Crinston volvió a mostrar su disconformidad con la proposición.

—No, señor —dijo—; sólo hay una persona que podría hablar con Norton y obtener algún beneficio de esa conversación.

—¿Y quién es? —preguntó Mason.

—Usted —contestó Crinston, con énfasis.

El rostro del abogado no cambió de expresión; tan sólo sus ojos reflejaban ligera sorpresa.

—A juzgar por todo lo que he oído decir del carácter del señor Norton —le indicó a su visitante—, estoy dispuesto a creer que mi intromisión sería precisamente lo que más podría molestarle.

—No, señor; no lo crea así —replicó Crinston—. Edward Norton es un hombre muy peculiar. No le gusta dejarse influir en sus negocios por ningún sentimentalismo. Tiene mucha sangre fría; y por eso mismo estará más dispuesto a escuchar de usted una proposición puramente financiera y legal, que si Fran o yo fuésemos a hablarle en el terreno de los sentimientos particulares.

—Usted me dispensará —dijo Perry Mason—, pero eso que dice no parece muy lógico.

—Poco importa lo que parezca —observó Crinston, haciendo una mueca—, y no sé si importará algo el que sea lógico o no. Es la realidad. El carácter de ese hombre no es de otro modo. Usted tendrá que ver a Norton y hablar con él, para apreciar la exactitud de mi afirmación.

Della Street abrió entonces la puerta del despacho exterior.

—La joven que ha estado aquí esta tarde llama por teléfono y le gustaría poder hablar con usted —dijo, dirigiéndose al abogado.

El señor Mason asintió con un gesto y tomó el aparato colocado sobre su escritorio.

—Diga —pronunció ante el micrófono.

Y oyó la voz de la señorita Celane, que hablaba rápidamente.

—¿Está ahí el señor Crinston?

—Sí, aquí está ahora.

—¿Y qué dice?

—Propone que me entreviste con su tío.

—Bien. Entonces, ¿tendrá usted la amabilidad de hacerlo?

—¿Cree usted que debo hablarle?

—Si Arthur Crinston lo cree conveniente, sí.

—Muy bien. ¿Le parece que vaya mañana?

—No, señor. Haga el favor de ir esta noche.

El señor Mason frunció el entrecejo.

—En un asunto de la importancia de éste —comentó—, hubiese preferido tomarme algún tiempo para estudiar el mejor plan de campaña.

—¡Oh, no hace falta! —exclamó la muchacha—. El señor Crinston le indicará exactamente lo que debe decir. Yo avisaré a mi tío para que le reciba a usted a las ocho y media de esta noche. Iré a buscarlo a su oficina y lo acompañaré a casa de mi tío. Espéreme usted a las ocho en punto. ¿Le parece bien?

—Haga el favor de esperar un momento sin retirarse del aparato —le indicó Mason, volviéndose luego hacia Arthur Crinston y diciéndole a éste—: La señorita Celane está al teléfono y piensa que yo debía visitar a su tío esta misma noche. Me ha propuesto combinar la entrevista.

—¡No está mal! —exclamó Crinston, con su voz de trueno—. Es una espléndida idea. A mí no se me hubiese ocurrido nada mejor.

El abogado se acercó el micrófono a la boca y contestó a la última pregunta de Frances:

—Aceptado, señorita Celane; la esperaré en mi despacho a las ocho en punto, y usted me conducirá a casa de su tío.

Dicho esto, colgó el teléfono y se quedó contemplando pensativamente al señor Crinston.

—En este asunto noto que hay algo extraño —comentó—. Parece como si alguna de las personas interesadas tuviese una prisa frenética por actuar.

Arthur Crinston sonrió.

—Es que usted —dijo— aún no conoce bien a Frances Celane.

—Pues me parece una joven muy tranquila y muy equilibrada —replicó el abogado, con opaco acento.

Crinston se sacó el cigarro de la boca para lanzar una carcajada explosiva.

—Creí que conocía usted lo bastante la humana naturaleza, amigo Mason, para saber que nunca podrá usted sacar un maldito

detalle de estas jovencitas modernas, juzgándolas por su apariencia —le gritó con su vozarrón—. Tenga cuidado de que ella no se sulfure, porque en cuanto pierde su poca paciencia se convierte en un gato salvaje.

Mason miró a su visitante, con la cara más seria que éste podía esperar después de su ocurrencia.

—Me lo figuro —le dijo el jurisconsulto, en el mismo tono de voz de antes.

—No es mi intención ofenderle a usted en lo más mínimo —añadió Crinston—, pero puedo asegurarle que usted se ha equivocado por completo respecto a Frances Celane. Esa muchacha es dinamita pura. Ahora, le diré lo que usted debe hacer. Si se decide a visitar a Norton esta noche, yo me llegaré a su casa un poco antes de la hora de la entrevista e intentaré suavizarlo todo lo que me sea posible. Ya le he dicho que él es algo raro. Usted lo comprenderá en cuanto lo vea. Está dominado por una absoluta frialdad comercial.

—¿Cree usted que la señorita Celane tendrá alguna dificultad al preparar nuestra entrevista para esta noche? —preguntó Mason, estudiando a Crinston, astutamente.

—¡Oh, no! —contestó el interpelado—. Mi amigo es uno de esos individuos a quienes les encanta trabajar por la noche. Tiene una verdadera oficina montada en su casa, y le gusta despachar una serie de asuntos cada noche. La mayor parte de sus entrevistas las concierta para las tardes o las noches.

Después se levantó y le tendió la mano al abogado.

—Satisfechísimo de haberle conocido —añadió—, y ya veré si puedo prepararle un poco a Edward Norton, antes de que usted hable con él.

—¿Se le ocurre a usted alguna cosa —preguntó Mason— en cuanto a la clase de razonamientos que yo debo usar con él?

—Absolutamente nada —contestó Crinston—, excepto que creo prudente recomendarle vaya allí sin ningún discurso de presentación preparado. Ya verá usted que Edward Norton es también un verdadero hombre de Leyes.

Cuando Crinston se hubo marchado, Mason dio unos cuantos pasos por la habitación, tras los cuales abrió la puerta de entrada y

se fue a la oficina exterior.

Su cuarto de trabajo estaba en el ángulo que formaba una serie de estancias, entre las cuales figuraban dos sofás de espera, una biblioteca legislativa, una oficina de mecanografía y dos despachos particulares.

Perry Mason tenía empleada a una mecanógrafa: Della Street, que también le servía de secretaria, y a Frank Everly, un abogado joven que estaba ejercitándose prácticamente en la oficina del jurisconsulto.

Éste continuó su paseo, atravesando la biblioteca, abriendo una puerta y haciéndole una señal al joven y simpático pasante Everly.

—Frank —le dijo—; necesito que me haga un trabajo, y que lo haga rapidísimamente.

Everly empujó hacia el fondo de su mesa un libro encuadernado en piel de becerro, que en aquel momento estaba leyendo, y se levantó.

—A sus órdenes —dijo el joven.

—Creo —le explicó Perry Mason— que un tal Robert Gleason se ha casado con una señorita llamada Frances Celane. No sé la fecha exacta en que ese matrimonio debe de haberse efectuado, pero es muy probable que lo haya sido hace unas pocas semanas. Ellos han procurado ocultarlo. Usted debe ir al negociado de licencias y ver si allí puede hallar lo que yo necesito. Telefonee a cualquiera de los empleados de esa oficina y procure que le espere a usted después de las horas de despacho. Como van a cerrar dentro de pocos minutos, tendrá usted que apresurarse en su trabajo.

—Sí, señor —replicó Everly—, así lo haré. Y cuando tenga los informes que necesita, ¿dónde le encontraré a usted?

—Cuando tenga esos informes —le dijo Mason—, anótelos en una hoja de papel, sin moverse de donde se halle, méталos en un sobre, ciérrelo bien, ponga en un ángulo: «Personal y confidencial» y déjelo debajo del secapfirmas, en el escritorio de mi despacho particular.

—Está bien, jefe —asintió Everly, y se dirigió al teléfono.

Mason regresó a su despacho, se metió los pulgares en las aberturas del chaleco e inició una serie de lentos y rítmicos pasos a través de la habitación.

Capítulo 4

Fran Celane conducía el magnífico «Packard» con sus hábiles manos sobre el volante y su experto pie en el pedal del acelerador.

Mientras permaneció sentada en el gran sillón de cuero, en la oficina del abogado, parecía pequeñita, débil y desamparada. Ahora, aquella sensación de desamparo había desaparecido en ella. La insinuación de astucia felina, característica en su naturaleza, era más pronunciada que nunca. Manejaba el automóvil con una rapidez salvaje, metiéndolo por los escasos huecos libres que le dejaba el tránsito, sorteando los obstáculos, haciendo bruscas paradas cuando los semáforos de la circulación se oponían a su paso y recuperando en un instante su temeraria velocidad en cuanto reaparecía la luz verde. Su rostro conservaba siempre una expresión enfurruñada, arisca.

Sentado junto a ella, Perry Mason la estudiaba con observadores ojos, ansiosos de investigación.

La muchacha remontó una cuesta, introdujo el coche por un serpenteante paseo, atravesando una pintoresca barriada de las afueras, y por fin, hizo con la cabeza un gesto de indicación.

—Hemos llegado —dijo—. Es ahí abajo, al pie de esa colina.

El abogado miró hacia el fondo de un barranco, descubriendo una gran casa que se destacaba por su espléndido alumbrado.

—Buena mansión —le dijo a su acompañante.

—Sí, no está mal —replicó ella, brevemente.

—¿Hay muchos criados?

—Pocos: jardinero, ama de llaves, mayordomo, chófer y secretario.

—¿Llama usted criado al secretario? —interrogó Mason, observando el perfil de su vecina, con divertida suavidad.

—¿Por qué no? —replicó ella.

—Bien se ve que no le debe de resultar simpático —indicó el abogado.

La joven no paró atención en el comentario; en lugar de eso, hizo dar al coche una rápida vuelta a tal velocidad, que arrancó chirridos de protesta a los neumáticos.

—Dispénsame —continuó diciendo Perry Mason—, pero si usted se siente rabiosa contra algo y quiere lanzarlo fuera del automóvil, es preferible que antes me permita apearme. Me gusta hacer todo lo posible por conservarme en perfecto estado. No podría accionar con suficiente elocuencia ante el jurado, llevando un brazo en cabestrillo.

—Perfectamente —dijo la joven—. Entonces, no hay inconveniente en que pierda ambas piernas —y lanzó el coche hacia la próxima curva con una velocidad aún mayor.

Mason, inclinándose hacia adelante, cortó el encendido del motor.

—Se acabaron las locuras —sentenció.

Ella apretó bruscamente el pedal del freno con su pie y volviéndose hacia el abogado con ojos que centelleaban de furor.

—¡No le permito tocar nada de este coche mientras yo lo conduzca! —le gritó con rabia—. ¿Me ha oído usted? ¡No se lo permito!

Perry Mason replicó con un tono de voz desmayado:

—Si usted no intentase hacer exhibiciones a costa de arriesgar nuestras vidas... No veo la necesidad de tal cosa.

—¡Yo no le hago ninguna exhibición! —exclamó la joven—; me importa un comino lo que usted piense de mí. No quiero que nos retrasemos en nuestra entrevista. ¡Si llegamos tan sólo con cinco minutos de retraso, ya estamos listos! No querrá recibirnos de ningún modo.

—Pero yo podré serle mucho más útil a usted —dijo el abogado— si me conservo de una sola pieza.

Mientras hablaban, ella había frenado el coche, pasando de su alta velocidad a una parada en seco. Entonces levantó ambas manos del volante y se cuadró frente al abogado, mirándolo con ira.

—En tanto yo conduzca ese automóvil —le dijo—, no quiero que

usted me moleste en lo más mínimo.

De repente se sonrió.

—Dispénsame —añadió en impulsivo tono—. Me he dejado arrastrar por mi carácter, portándome como una chiquilla mal educada. Le ruego comprenda que estoy apurada: eso es todo.

Mason replicó muy complaciente:

—Está muy bien, pero convengamos en que usted tiene un geniecillo...

—¡Vaya si lo tengo! —dijo la muchacha—. Creí que ya lo sabía.

—No me había dado cuenta de ello —declaró el abogado— hasta que Crinston me lo indicó.

—¿Le habló usted de eso?

—Sí, señorita.

—No debía haberlo hecho.

—Además, mi secretaria —continuó diciendo el señor Mason con su calma habitual— me explicó que usted le parecía un poco arisca. De momento, pensé que podía estar en lo cierto. Sin embargo, se equivocaba: usted no es arisca; lo que le pasa es que se halla asustada, y nada más. Parece usted arisca cuando sólo es víctima del pánico.

La joven se volvió hacia él con los labios entreabiertos y una mirada de admiración. Luego, sin haber llegado a decir nada volvió sus ojos al camino, e hizo arrancar de nuevo el coche. Sus labios se habían plegado en una fina línea de voluntarioso silencio.

Ninguno de ellos pronunció una sola palabra más, hasta que la joven desvió el vehículo por un camino particular, frenando, poco después, en forma un tanto violenta.

—Bien —dijo la señorita Celane—, ya podemos apearnos.

Mason bajó del coche y preguntó:

—Supongo que no se propondrá estar usted presente en nuestra entrevista.

Antes de contestar, ella abrió bruscamente la portezuela de su lado y saltó a la acera, exhibiendo, por un instante, sus finas pantorrillas.

—Estaré dentro el tiempo justo para presentarle a usted —dijo al abogado—. Venga. Entremos.

Él la siguió hasta la puerta principal, que la joven abrió con una

de las llaves de un lindo llavero que extrajo de su bolso.

—Hay que subir esta escalera —le indicó al señor Mason.

Ambos ascendieron hasta el primer piso y, una vez ganado el último peldaño, dirigieron sus pasos hacia la izquierda. Un hombre que salía en aquel preciso instante por la puerta de una habitación se paró a mirarlos. Llevaba en una de sus manos un bloque de taquigrafía, fijado sobre una tablilla, y bajo el otro brazo sostenía un montón de papeles.

—El señor Graves —indicó Frances Celane, presentándose a su acompañante—; es el secretario de mi tío. Don, le presento al señor Perry Mason, mi abogado.

Éste hizo una ligera inclinación de cabeza, observando, mientras tanto, que Don Graves le miraba fijamente, con una curiosidad que él no trató de estorbar en lo más mínimo.

El secretario era delgado, iba muy bien vestido, tenía el pelo de un rubio americano y los ojos color castaño. Se notaba en él cierta impaciencia, como si estuviese a punto de decir algo o acaso de echar a correr. Su actitud indicaba una gran tensión física y mental.

Por fin dijo, con una rapidez de pronunciación que hacía parecer a las palabras como enganchadas unas tras otras:

—Tengo mucho gusto en conocerle a usted. El señor Norton le está esperando ya. Si me hace el favor de entrar, lo recibirá en seguida.

Perry Mason no replicó nada. Su inclinación había bastado para trazar conocimiento con aquel hombre, al serle presentado.

La muchacha se lanzó delante del secretario y el abogado la siguió. Frances Celane le condujo a través de una oficina, en la que figuraban el escritorio de la mecanógrafa, un arca de caudales, una batería de cajas de archivo, dos teléfonos, varias máquinas de escribir, una de sumar y un gran fichero.

Ella mantuvo abierta la mampara de un despacho interior y Perry Mason se encontró frente a un alto caballero, de unos cincuenta y cinco años, que los contemplaba con dulce e inexpresivo rostro.

—Llegan ustedes con retraso —fueron sus primeras palabras.

—No pasa de un minuto, tío Edward —indicó la joven.

—Un minuto —replicó el caballero— son sesenta segundos.

En lugar de contestar, Fran Celane se volvió hacia su compañero.

—Tío Edward, este señor es Perry Mason, mi abogado —indicó, presentándolo.

Entonces, el caballero dijo con su más preciso e inexpresivo tono de voz:

—Me complace mucho que le hayan consultado a usted, pidiéndole consejo. Pienso que así me será más fácil explicarle ciertas cosas; de otro modo, usted no hubiese creído lo que le voy a decir. Señor Mason, tengo mucho gusto en conocerlo y estoy muy satisfecho de que usted haya venido a visitarme —y le tendió la mano.

Perry Mason asintió con una cortés inclinación de cabeza, estrechó la mano que le ofrecían y tomó asiento.

—Bueno —dijo Frances Celane—. Yo me voy corriendo y dejo mi porvenir en manos de ustedes.

Se despidió, dedicándoles una sonrisa, y salió de la habitación. Antes de que ella hubiese acabado de cerrar la puerta del despacho particular, el abogado oyó su voz, que iniciaba una rápida charla con Don Graves, el secretario.

Edward Norton no desperdició un solo segundo en palabras inútiles.

—Indudablemente, usted debe de haber revisado ya las cláusulas del depósito y de la escritura de distribución de bienes —le dijo a su visitante.

—Así es, en efecto —contestó Mason.

—¿Se ha familiarizado bien con ellas?

—Sí, señor.

—Entonces sabrá usted que muchas cosas se han dejado a discreción de mi voluntad.

—Digamos la mayor parte de las cosas —corrigió Mason, cautelosamente.

—Y me figuro que mi sobrina le ha encargado a usted de que consiga determinadas modificaciones en las condiciones del depósito, ¿verdad?

—No es ése el caso, precisamente —replicó Mason, escogiendo sus palabras con el mayor cuidado posible. A ella le gustaría, creo

yo, conseguir cierta libertad de acción y le agradecería conocer de antemano la posible actitud de usted, en el caso de que ella llevase a cabo determinados actos.

—Por ejemplo: en el caso de que contrajera matrimonio, ¿verdad? —indicó el señor Norton.

—Sí, señor; podemos considerar esa eventualidad como una de las posibilidades de la situación —admitió el abogado.

—Bien —dijo Norton, muy secamente—, considerémosla así. Su padre hizo esa primera consideración, y ahora la hago yo. Es muy probable, señor Mason, que usted no se haya dado cuenta todavía de que mi sobrina tiene uno de los temperamentos más indomables de este amplio mundo.

»Esa muchacha es una verdadera tigresa en cuanto se excita un poco. Es, además, impulsiva, cabezona, egoísta y, a pesar de todo, completamente encantadora.

»Su padre comprendió que ella tenía que ser protegida contra sí misma. También pensó que el dejar a su entera disposición una gran suma de dinero podía llegar a ser la peor cosa que él hiciera por su hija. Estaba enterado de que yo compartía su opinión en ese asunto, y por esta razón fue creado este depósito.

»Yo quisiera que usted comprendiese que en el caso de que yo actuara con la libertad que me concede ese depósito y emplease el dinero en cualquier otra cosa que en dárselo a mi sobrina, lo haría sólo porque considero que la perjudicaría muchísimo más entregándoselo a ella. Cuando las personas muy ricas tienen un carácter como el suyo, lo más frecuente es que el dinero sólo sirva para proporcionarles grandes sufrimientos.

—¿Y no cree usted —indicó Mason, muy diplomático— que sería mucho mejor, aun teniendo en cuenta todos sus razonamientos, que la acostumbra a manejar grandes sumas de dinero, aumentándole gradualmente la asignación que ella recibe? ¿Y no piensa asimismo que acaso el matrimonio serviría para ejercer seguramente una influencia bienhechora?

—Conozco muy bien todos sus argumentos —dijo Norton—. Los he oído tantas veces, que ya estoy cansado de ellos. Le ruego me perdone que hable así; no me refiero a mi impresión personal, sino simplemente hago constar que ya los tengo en cuenta.

»Soy el depositario de esa fortuna. La he administrado juiciosamente. Conviene hacer observar que, a pesar de las fluctuaciones que han sufrido todos sus valores durante estos últimos años, tengo la satisfacción de poder anunciarle que los fondos depositados han experimentado un sostenido aumento, de modo que hoy el importe total del depósito excede en mucho de lo que era en la época de su creación. En fecha reciente he cortado por completo la asignación de mi sobrina. Ahora no recibe ni un centavo.

El rostro de Mason manifestó su sorpresa.

—Por lo que veo —dijo el señor Norton—. Ella no le ha confiado a usted la situación exacta.

—En efecto, ignoraba lo que ella recibía —contestó Mason—. ¿Puedo preguntarle cuál es la razón que le ha obligado a dar semejante paso?

—Claro está que puede preguntarlo —dijo Norton—. Tengo muchas razones para creer que mi sobrina es víctima de un *chantaje*. La he interrogado acerca de este asunto, pero rehúsa decirme quién la amenaza o qué indiscreción ha cometido que haya podido ser aprovechada por un *chantajista*, como buena oportunidad para sacarle dinero.

»Teniendo esto en cuenta, he decidido combatir tal posibilidad impidiéndole que pueda hacer entregas en efectivo a ningún *chantajista*. En estas circunstancias, me satisface declarar que con unos pocos días más la situación se verá forzada a resolverse de un modo u otro.

Y Norton se quedó contemplando a Mason con fríos ojos que no reflejaban la menor cordialidad, aunque tampoco se mostraban hostiles.

—¿Comprende usted mi posición en este caso? —preguntó el abogado.

—Desde luego —replicó Norton—, y me complace que mi sobrina haya consultado a un abogado. Ignoro si han arreglado ustedes la cuestión de sus honorarios. En el caso de que aún no hayan tratado de este detalle, le comunico que, en el depósito que me ha sido encomendado, hay fondos reservados para estas eventualidades, de que se le pueda fijar a usted una remuneración

razonable. Se lo digo porque yo quisiera que usted convenciese a mi sobrina de su impotencia legal para hacer cualquier cosa.

—Lo siento —indicó Mason—, pero yo sólo cobraré mis honorarios de manos de ella, y no puedo, por lo tanto, comprometerme a darle ese aviso, ni cualquier otro por el estilo. Si le parece bien a usted, hablaremos acerca del modo cómo usted ejercita sus prerrogativas de depósito, en lugar de discutir si tiene o no derecho a obrar así.

—No es posible —dijo Norton—. Este asunto no admite discusión.

—Muy bien —dijo Mason, sonriendo afablemente y conservando su serenidad—, pero ése es el principal motivo de mi visita.

—Lo lamento, caballero —replicó Edward Norton, con frío acento—; esa discusión es improcedente en absoluto. Tendrá usted que limitarse a tratar de los derechos legales de su cliente en relación con el depósito.

Los ojos de Mason se mantenían glaciales y escudriñadores.

—Siempre he podido comprobar —dijo el abogado— que un asunto legal presenta infinidad de aspectos. Si usted se limitase a mirar nuestro caso desde el punto de vista humano y quisiera considerar...

—No le concederé a usted favor de escucharle —interrumpió Norton, con frío acento y monótona voz— en cualquier otro asunto que no sea la cuestión de la legalidad del depósito y de su interpretación.

Mason empuñó hacia atrás su sillón, y se puso en pie.

Su voz era tan fría como la del otro, cuando replicó:

—No tengo por costumbre permitir a nadie que me indique de qué he de hablar y de qué no he de hablar. He venido aquí representando los derechos de Frances Celane, sobrina suya y cliente mía. ¡Y me gustaría poder girar cuatro verdades acerca de esos derechos que usted alega!

Edward Norton extendió su mano derecha hasta el botón de un timbre, oprimiéndolo con su huesudo dedo índice. Aquel gesto suyo fue también desprovisto de la menor emoción.

—He llamado al mayordomo —dijo—, quien le acompañará a usted hasta la puerta. Por lo que a mí respecta, doy por terminada

esta entrevista.

Perry Mason se plantó ante él, con los pies separados, en actitud retadora, y exclamó:

—¡Mejor sería que hubiese llamado a dos mayordomos y, además, a su secretario! Los desafío a todos a que me saquen de aquí antes de que yo le diga lo que he venido a decirle. Usted está cometiendo una gran equivocación al tratar a esa sobrina suya como si fuese un mueble o un tarugo de madera. Pues sepa que es una muchacha muy inteligente y altamente razonable. No sé de dónde ha sacado esa idea de que es víctima de un *chantaje*; pero si usted lo cree así...

La puerta del despacho particular se abrió y un hombre corpulento y ancho de espaldas, de rostro impasible, se inclinó doblando la cintura.

—¿Llamaba usted, señor? —preguntó.

—Sí —contestó Edward Norton—. Enséñale a este caballero el camino de la puerta.

El mayordomo puso su firme mano sobre el brazo de Perry Mason, pero el abogado se la quitó de encima con una brusca sacudida y continuó encarándose con Norton.

—Nadie me tiene que enseñar nada —dijo, con tono enérgico—, ni me han echado nunca de ningún sitio hasta que he terminado de decir lo que me proponía. Si esa muchacha está amenazada, será mucho mejor que usted actúe como un ser humano en lugar de portarse como un simple cajero, suprimiéndole su asignación...

En el despacho se oyó un repentino ruido: Frances Celane acababa de entrar como una furia.

Miró primero al abogado, con sus negros ojos, que producían el falso efecto de ser inexpresivos; su rostro estaba contraído, como si fuese a llorar.

—Ya ha hecho usted todo lo que le era posible, señor Mason —le dijo.

Y el jurisconsulto continuó mirando ceñudamente al hombre que se sentaba tras la mesa escritorio.

—Usted es algo más que un tesorero —continuó diciendo Mason —, o mejor dicho, debía serlo. Esa joven debiera poder mirarle a usted como a un...

La muchacha se colgó de su brazo.

—¡Por favor, señor Mason! —exclamó—. ¡Por favor! Ya sé que está usted tratando de hacerme un buen servicio, pero de este modo conseguirá usted todo lo contrario. Le ruego que se calle.

El abogado respiró profundamente, volviéndose, y salió del despacho con paso majestuoso. El mayordomo cerró de golpe la puerta tras él.

Mason miró a Frances Celane y le dijo:

—¡De todos los hombres testarudos, glaciales, verdaderos témpanos antipáticos, con quienes he tropezado en mi vida, éste es el peor!

Ella le devolvió la mirada con simpatía y sonrió.

—Me figuro —comentó la joven— que si intentase explicarle cuán terriblemente obstinado es; mi tío, no lograría jamás que usted me creyera. Por eso celebro se le haya presentado la oportunidad de comprobarlo personalmente. Ahora comprenderá usted mejor la necesidad de tomar determinaciones legales.

—Muy bien —dijo el abogado, con áspero acento—, pues las tomaremos.

Capítulo 5

Perry Mason entró en su oficina, abriendo la puerta con la llave que siempre llevaba, acercóse a su escritorio y levantó el secafirmas. Debajo había un sobre en el que se veía escrita la indicación «Confidencial». Lo rasgó y sacó de él una nota manuscrita por Frank Everly, que decía:

Robert Gleason y Frances Celane sacaron una licencia matrimonial el día 4 del mes pasado. Se casaron el 8, en Coverdale.

El mensaje estaba firmado con las iniciales del pasante.

Perry Mason lo contempló algunos minutos; después metió los pulgares en las aberturas del chaleco y empezó a dar paseos por su oficina.

Al cabo de un rato, se llegó hasta la biblioteca, sacó de ella un volumen de la «Enciclopedia Legislativa», el que trataba de testamentos, y empezó a hojearlo.

Interrumpió su lectura para acercarse a su armario y tomar un volumen de «El espectador de los Tribunales». Leyó los informes de todos los casos ocurridos en los últimos tiempos, y después continuó consultando otros libros similares que iba sacando de sus respectivos estantes.

Trabajaba en fría y silenciosa concentración, sin cansarse de hacer otros movimientos que los precisos, con una mirada dura y fija y sin ninguna expresión particular en su rostro.

Las doce de la noche sonaron en un reloj vecino, mas Perry Mason continuó trabajando. Los montones de libros de leyes y

sentencias se iban haciendo más altos sobre su mesa. A cada instante volvía a rondar por entre los armarios de su biblioteca, escogiendo nuevos libros en los que buscaba determinados casos que estudiaba con gran atención. De cuando en cuando, apuntaba breves notas, y con frecuencia marcaba con señales determinadas páginas de los volúmenes consultados, y los apartaba a un lado.

A la una y cuarto de la madrugada, aproximadamente, sonó el timbre del teléfono.

El abogado frunció el entrecejo, pero no atendió en lo más mínimo a la llamada.

El aparato continuó lanzando su intermitente tintineo de un modo insistente, imperativo.

Mason acabó por lanzar una exclamación, se volvió hacia el teléfono y tomó el auricular.

—Oiga —dijo al que llamaba—; se ha equivocado usted de número.

Una lejana voz contestó:

—Dispénseme, señor, ¿es usted Perry Mason, el abogado?

—Sí —contestó él, mostrando su irritación.

—Le ruego espere un instante sin retirarse del aparato —indicó aquella voz.

Mason sostuvo el auricular junto a su oído, hasta que al fin percibió algunos ruidos extraños, seguidos por la voz de Frances Celane, que preguntó:

—¿Hablo con el propio señor Mason?

—Con él mismo.

—Tendrá usted que venir inmediatamente —dijo la joven.

—¿Adónde he de ir y por qué? —interrogó el abogado—. ¿Qué pasa?

—Venga ahora mismo a mi casa —le explicó ella—. ¡Mi tío acaba de ser asesinado!

—¿Acaba de ser qué...?

—Le digo que ha sido asesinado hace un instante.

—¿Y saben ustedes quién es el autor del crimen? —preguntó Mason.

—Aquí piensan que han sido «esos» —contestó la muchacha en voz muy baja y confusa, como si quisiera evadir la respuesta—.

¡Venga en seguida! —Y la línea telefónica quedó muda al ser colgado el receptor.

Perry Mason abandonó su oficina sin perder un instante ni entretenerse siquiera en apagar las luces. El vigilante nocturno le envió, desde abajo, el ascensor, y en cuanto llegó a la planta baja, el abogado salió corriendo así que la puerta se abrió lo suficiente para dejarle paso.

—Se ha entretenido demasiado trabajando. ¿Verdad, señor? —dijo el empleado.

Mason rió mecánicamente.

—La gente mala no descansa —dijo por toda respuesta.

Y alejándose del ascensor, cruzó a buen paso el amplio vestíbulo del edificio y atravesó diagonalmente la calle, casi corriendo, hacia el túnel donde había una parada de taxis. Le gritó la dirección de la residencia de Norton a uno de los conductores y, precipitándose dentro del coche, añadió:

—¡Aprieta hasta el fondo el pedal del acelerador!

—Bien, señor —replicó el chófer, cerrando de golpe la portezuela.

El abogado se sintió lanzado de espaldas sobre el asiento del coche al hacer éste una brusca arrancada. Su rostro permanecía impasible, aunque sus ojos se entornasen pensativamente. Ni una vez se le ocurrió contemplar los panoramas que desfilaban vertiginosamente por la ventanilla, entre los silbidos del viento.

Sólo cuando el taxi entró en el camino particular que descendía hacia la mansión señorial del tío de Fran, pareció que Mason abandonaba su aire de abstracción y empezaba a tomarse algún interés por las cosas que lo rodeaban.

La gran casa estaba muy bien alumbrada; de cada ventana salían raudales de luz. También los faroles de los jardines que la circundaban aparecían todos encendidos, y más de una docena de automóviles se hallaban estacionados frente a la puerta principal.

El abogado despidió al taxi, se encaminó hacia la casa y vio la voluminosa silueta de Arthur Crinston, que se destacaba sobre el fondo del pórtico.

Crinston bajó presuroso los tres escalones, hasta reunirse con él en la acera.

—Amigo Mason —le dijo—, me alegro mucho de que venga usted. Necesito hablarle antes de que lo haga ninguna otra persona.

Cogió por el brazo al abogado y, atravesando la calzada, le condujo a una pequeña explanada de hierba, en la que se ocultaron protegidos por unos setos.

—Escuche —le dijo, una vez allí—; éste es un asunto muy serio. Tal vez no logremos aún darnos cuenta exacta de la importancia que puede tener. Quisiera que usted me prometiese que velará por Fran en todo momento. Ocurra lo que ocurra, haga usted lo posible para que ella no se vea mezclada en este desagradable conflicto.

—¿Va a verse metida en este asunto? —preguntó Mason tranquilamente.

—No, si usted la ayuda.

—¿Quiere usted decir que esa muchacha está complicada ya de algún modo? —indagó el abogado.

—¡No, no, nada de eso! —se apresuró Crinston a asegurarle—; pero es una niña muy rara y tiene un temperamento endiablado. Desde luego, ella debe de estar relacionada de algún modo con lo ocurrido, y ahora no puedo decirle exactamente en qué consiste esa relación. Pero antes de su muerte, Edward Norton telefoneó a la delegación de Policía, pidiéndoles que detuviesen a su sobrina, y ahora la están buscando para arrestarla.

—¿Arrestarla? —exclamó Mason.

—Bien... acaso no sea ésa la palabra exacta —explicó Crinston —, porque lo que mi compañero deseaba era que la metiesen en cintura de algún modo. A decir verdad, no me explico bien lo ocurrido. Verá usted: ella andaba por esas calles, conduciendo el «Buick» de su tío. Según dice la Policía, Norton les telefoneó que el coche había sido robado y les pidió que se incautasen de él dondequiera que lo encontraran y detuviesen al que lo condujera. Añadió que no se preocupasen de quién pudiera ser la persona que estuviese al volante.

—Entonces, eso debe de haber ocurrido después de salir yo de aquí —indicó Mason.

Crinston se encogió de hombros.

—De acuerdo con lo manifestado por la Policía, ello ocurrió a las once y cuarto. Personalmente, opino que todo eso es una sarta

de sandeces. La Policía se debe de haber equivocado. Norton tenía sus defectos, estaba lleno de ellos, pero amaba a su sobrina y le agradaba su particular manera de ser. No puedo creer que fuese él quien pidiera que la arrestasen.

—Bien —dijo Mason—, dejemos esto por el momento. ¿Qué me cuenta usted del asesinato? ¿Se sabe quién lo ha cometido?

—Aparentemente —contestó Crinston—, ya está todo resuelto. Peter Devoe, el chófer de mi amigo, se emborrachó y lo asesinó con el fin de conseguir algún dinero. Intentó aparentar que unos ladrones habían escalado la casa desde el exterior, pero le salió mal la combinación.

—¿Cómo ha sido asesinado Norton? —preguntó el abogado.

—Devoe le dio un golpe en la cabeza con un bastón. Ha sido un hecho repugnante e innoble. Le debió sacudir un bastonazo espantoso.

—¿Han encontrado ese garrote? —interrogó Mason con interés.

—Sí —dijo Crinston—, estaba donde Devoe lo había escondido. Después de cometido el crimen lo ocultó en un armario de su habitación. No se le ocurrió que la policía lo registraría todo, porque confiaba en que conseguiría engañarlos con la historia de los ladrones que habían entrado en la casa por el jardín. Como usted ve, los agentes descubrieron el crimen mucho más pronto de lo que nadie pudiera pensar. Es toda una historia, y ya se la contaré a usted cuando tengamos un poco más de tiempo y tranquilidad que ahora. Don Graves fue quien, en realidad, se dio cuenta, antes que otra persona, de que se había cometido un crimen.

—Hágame un rápido resumen —indicó Mason—. De prisa, sin pararse en detalles.

Crinston respiró primero profundamente; después se apresuró a relatar:

—Ya sabe usted que Norton era un verdadero mochuelo. Con frecuencia permanecía en su oficina hasta después de dar las doce. Esta noche estaba citado conmigo, y yo tenía, además, otra cita con el juez municipal Purley. Me retrasé arreglando mis asuntos con ese último, por lo que, al darme cuenta de lo tarde que era, persuadí al juez para que me trajese aquí en su automóvil y me hiciera el favor de esperarme para llevarme luego hasta casa, puesto que sólo

pensaba entretenerme con Norton durante unos pocos minutos.

»Vinimos aquí a buena marcha, celebré mi corta conferencia con Norton, y después salí y me acomodé de nuevo en el automóvil de Purley. En el preciso instante en que reanudábamos nuestra marcha, Norton abrió una ventana del piso superior y nos llamó para preguntarnos si tendríamos inconveniente en llevarnos a Don Graves con nosotros. Deseaba enviar a Graves en busca de unos importantes papeles y le convenía que fuera con nosotros para ganar tiempo. En efecto, yo le acababa de prometer unos documentos que tenía que buscar para entregárselos a Graves..., papeles relacionados con ciertos negocios que desarrollábamos juntos.

»Pregunté al juez Purley si tenía algún reparo que oponer, pero él me contestó que no había inconveniente. Por lo tanto, le grité a Norton que podía enviarnos a Graves, mas éste, suponiendo por anticipado que le aceptaríamos en nuestro coche, apareció por la puerta en aquel momento y se apresuró a bajar los escalones y meterse en el automóvil.

»Arrancamos, y seguimos el camino hacia el *boulevard*. Ya sabe usted que tiene muchas curvas y revueltas, y que al llegar a cierto sitio es posible, mirando hacia atrás, volver a divisar el estudio de Norton. Pues bien, ocurrió que Graves aprovechó su paso por dicho lugar para echar una ojeada hacia la casa de su jefe. De repente, lanzó un grito. Nos dijo que acababa de ver la silueta de un hombre que estaba de pie en el estudio de Norton, que ese hombre tenía un garrote en la mano y que con él golpeaba la cabeza de Norton.

»El juez Purley desvió su coche hacia un sitio donde podía dar la vuelta. Manifestó que Graves podía haberse equivocado, pero éste insistió en que estaba bien seguro de no ser víctima de una alucinación. Se trataba de algo que había visto con toda claridad, y se obstinó en asegurar que tenía razón. En vista de ello, mi amigo Purley condujo de nuevo el coche hacia esta casa, acelerando la marcha todo lo que pudo.

»En cuanto paró el vehículo, los tres nos precipitamos hacia la puerta y corrimos, escaleras arriba, hasta el estudio de mi compañero.

»Norton aparecía tendido sobre su escritorio, con el cráneo

medio destrozado, sus bolsillos colgaban vueltos hacia fuera. La cartera estaba en el suelo completamente vacía.

»Nos apresuramos a dar cuenta de todo a la policía sin dejar detalle.

»En el comedor encontramos una ventana que presentaba señales de haber sido abierta a la fuerza, y observamos algunas pisadas sobre el terreno exterior que caía frente a ella. Las huellas habían sido impresas por unos pies enormes, y la policía piensa ahora que probablemente Devoe se calzó unos grandes zapatos sobre los que ya llevaba puestos, con el debido propósito de marcar aquellas pisadas y desorientar a los agentes. Ya se enterará usted de los demás detalles del caso cuando lo vaya estudiando.

Perry Mason se le quedó mirando pensativamente, en la semioscuridad que el seto proyectaba sobre ellos.

—¿Por qué acusaría Norton a su sobrina de haber robado un automóvil? —le preguntó a Crinston.

—Es probable que eso sea una mala interpretación —contestó el interpelado—. Yo no creo que mi compañero tuviese la menor idea de que era su sobrina quien andaba con el automóvil. Él sólo sabía que el coche había desaparecido, y telefoneó a la policía. Cuando los agentes de ésta empezaban a trabajar en ese asunto, se enteraron del asesinato. Como es natural, están haciendo investigaciones figurándose que el robo del coche puede haber estado relacionado con el crimen.

—¿Saben que es la sobrina del muerto quien se había llevado el automóvil? —indagó Mason.

—Sí, pero admiten que no tiene nada de particular que ella se lo hubiese llevado —dijo Crinston.

—De todos modos, parece extraño que Norton quisiera que la arrestasen —insistió el abogado.

—Lo será; mas así lo hizo —repitió Crinston—, a menos que la policía se equivocase al apuntar el nombre del denunciante, lo que no es muy probable, porque tomaron con toda exactitud el verdadero número del coche. Sin embargo, hemos de admitir que Fran es una muchacha original. Usted no puede imaginarse nunca lo que va a hacer. Por lo que más quiera, hable cuanto antes con ella y no la deje que se mezcle en este asunto.

—¿Puede usted asegurarme que la muchacha no tiene nada que ver con el asesinato? —preguntó Mason.

—¡Qué sé yo! —exclamó Crinston, aunque luego se apresuró a añadir—: ¡No, no, claro que no! Es imposible que fuese ella. Tiene muy mal carácter, y no es fácil que se pelearan de lo lindo después de marcharse usted; pero, de todos modos, le falta la fortaleza física necesaria para pegar semejante golpe. Y si ella hubiese tenido un cómplice... ¡Oh, basta! De nada sirven estas cábalas acerca de semejante absurdo, pues se mire como se quiera, todo eso no son más que simplezas. Devoe es el único culpable. Ahora que ya sabe usted lo que pasa en un asesinato: puede traer consigo una infinidad de complicaciones. Por eso quiero que busque usted a Fran y procure apartarla del peligro.

—Muy bien —dijo Mason, iniciando una vez más su marcha hacia la mansión—; pero, una de dos: o usted piensa que la joven ha intervenido en el crimen, o bien me está usted ocultando alguna cosa, hábleme claro, señor Crinston.

Crinston oprimió el brazo de Mason.

—En cuanto se refiere a sus haberes —le dijo al abogado, haciendo caso omiso de sus últimas palabras—, cambian mucho las cosas desde el momento en que Norton ya no vive. El contrato que existe entre mi compañero y yo me permite disponer de cierto capital, y, además, también hay algunas sumas de dinero pertenecientes a los fondos depositados que pueden entregarse a la muchacha, sin duda alguna, a mi modo de ver. Y como a mí me ha inspirado usted mucha confianza desearía que se encargase usted de todo, como representante legal nuestro. Actúe como abogado de la casa, al mismo tiempo que lo es de la muchacha, e interpóngase entre ella y el exceso de preguntas que acostumbra hacer la policía.

Mason se detuvo, encarándose con Crinston.

—Pues por eso mismo puede usted ser bien franco conmigo —le dijo—. Al parecer, usted piensa que la joven no podrá aguantar muchas preguntas.

Crinston echó hacia delante su mandíbula, mientras sus ojos buscaban los de Mason con una mirada tan firme y sostenida como la que se clavaba en él partiendo de las aceradas pupilas del abogado.

—¡Claro está que ella no podrá aguantar demasiadas preguntas! —exclamó—. ¿Le he estado hablando tanto rato sin que usted se haya enterado de lo más mínimo del fin que me proponía?

—¿Y por qué no podrá aguantar la señorita Celane un interrogatorio muy largo? —preguntó a su vez Mason, insistiendo en el mismo tema—. ¿Es que usted cree que la muchacha está complicada en el asesinato?

—Lo único que hago es decirle a usted —insistió Crinston, obstinado en su actitud— que ella no resistiría un aluvión de preguntas. En primer lugar, le falta un temperamento apropiado para ello, y, por otra parte, se convierte en una verdadera fierecilla en cuanto pierde la paciencia. No es el asesinato en sí mismo, sino una serie de cosas incidentales las que pueden salir a relucir durante la investigación. Ahora, créame: procure verla y haga todo lo posible por evitar que la interroge la policía.

—Perfectamente —replicó Mason—. No era mi propósito confundirle a usted, puede estar seguro. Sólo deseaba saber si usted teme que exista el peligro de que la muchacha se vea metida en complicaciones.

—¡Pues claro que hay ese peligro! —exclamó Crinston.

—¿Se refiere usted a los asuntos privados de Fran? —interrogó Mason.

—Me refiero a todo —contestó Crinston—. Venga. Entremos en la casa.

Un policía que guardaba el pórtico de la entrada principal preguntó quién era Mason.

—Déjelo pasar —le indicó Crinston—. Es mi abogado; también lo es de la casa y asimismo es abogado particular de la señorita Frances Celane.

—Muy bien —dijo el agente—. Ustedes, los que viven aquí, pueden entrar y andar por donde quieran, pero tengan bien entendido que no deben tocar nada, ni alterar la situación de cualquier cosa que pueda servir de prueba.

—Naturalmente —dijo Crinston, y penetró, sirviendo de guía a Mason, en el interior de la casa.

Capítulo 6

Frances Celane llevaba un corto traje deportivo, con un jersey azul y oro que hacía destacarse, por contraste, su sedoso y dorado cabello.

Estaba sentada en su dormitorio, mejor aún, embutida en la gruesa tapicería de un blando sillón, con las piernas cruzadas y sus oscuros ojos fijos en el rostro del abogado.

En la gran casa resonaban mil ruidos que procedían de todas direcciones y creaban la impresión de que estuviese repleta de ocupantes. Numerosos pies pisaban constantemente el entarimado de las habitaciones, pasillos y escaleras, formando interminable procesión. Las puertas rechinaban al abrirse y golpeaban al ser cerradas. El rumor de las conversaciones se oía como un distante murmullo.

Perry Mason contemplaba, a su vez, a Fran Celane.

—Continúe —le decía— y cuénteme exactamente lo que ocurrió.

Ella habló con una voz que fue baja y monótona, inexpresiva y repensada como si estuviese recitando un monólogo aprendido de memoria.

—No estoy muy bien enterada de lo que ha pasado. Tuve una discusión con tío Edward después de haberse ido usted. Estaba inaguantable. Quiso echarme un sermón que me dejase anonadada, me trató como a un mueble.

Y yo le dije que aquello no era lo que mi padre esperaba de él y que estaba falseando su actuación como depositario de mis bienes.

—¿Qué quiere usted decir con eso de falsear la actuación? —preguntó Mason.

—Significa que papá creó este depósito sólo porque deseaba estar seguro de que el dinero no se me subiría demasiado a la

cabeza, haciéndome excesivamente indómita. De ningún modo intentó que tío Edward me anulase hasta convertirme en un triste autómatas.

—Muy bien —dijo el abogado—. ¿Se enteró alguien de la discusión que tuvieron ustedes?

—Me parece que sí —replicó ella, mostrándose desalentada—. Don Graves se enteró de todo. Y creo que también nos oyó alguno de los demás criados. Yo me volví medio loca.

—¿Qué hace usted cuando se vuelve medio loca? —le preguntó Mason.

—Todas las tonterías imaginables —contestó la muchacha.

—Así, pues, elevaría el tono de su voz.

—Grité cuanto me fue posible.

—¿Hizo usted alguna cosa impropia de una señorita bien educada? Más claro: ¿llegó usted a lanzar maldiciones?

La muchacha contestó, siempre en la misma voz inexpresiva:

—Claro está que maldije. Estaba rabiosa, como ya le he dicho.

—Perfectamente —contestó el abogado—; y entonces, ¿qué ocurrió?

—Entonces —explicó ella— bajé muy enfadada, hasta la planta baja, decidida a escaparme de la casa dejando en ella a Edward Norton, su dinero y todo lo demás. No deseaba otra cosa que perder de vista aquel ambiente.

—En ese momento debió de ser cuando usted se apoderó del coche —sugirió Mason.

—No —contestó la joven—, ya llegaremos a eso. Arreglé mi equipaje, dispuesta a dejar la casa para siempre, aunque luego acabé por decidir que no debía marcharme. Poco a poco había comenzado a enfriarse mi arrebato. Ya sabe usted que tengo muy mal carácter, pero después que me desahogo puedo darme perfecta cuenta de cuándo he cometido una equivocación.

Y en este caso me imaginé que sería un gran error el echar a correr, dejando mi casa. Me hacía falta respirar un poco de aire fresco, y no me bastaba el jardín y dar un corto paseo. Tenía necesidad de correr conduciendo un automóvil... y de correr lo más de prisa posible.

Perry Mason dejó oír uno de sus secos comentarios:

—Sí, ya comprendo: el vértigo de la velocidad le sirve para despejar su cerebro de preocupaciones.

—Bien —replicó ella—, supongo que usted también hará algo cuando quiere despejar de preocupaciones su cerebro.

—Dejemos eso —dijo el abogado—, y prosiga su relato. ¿Qué ocurrió después?

—Después... —continuó explicando la señorita Celane—, me fui al garaje. Mi «Packard» estaba colocado detrás del «Buick», y para sacarlo tenía que empezar por sacar el «Buick»; por lo tanto me senté al volante del «Buick» y lo puse en marcha. Cuando salí del... garaje se me ocurrió que no había ninguna razón que me obligase a retroceder en busca de mi «Packard».

—¿Ese «Buick» es el coche de su tío? —preguntó Mason.

—Sí —contestó ella.

—¿Y no le permitía a usted que lo usase?

—Nunca me lo había prohibido, aunque yo tampoco lo usaba mucho. Mi tío lo cuidaba como si fuese un hijo suyo; le agradaba llevar cuenta exacta de las millas que recorría, el aceite y la gasolina que gastaba y de todas esas cosas; lo engrasaba siempre cada tantas millas, y cambiaba el aceite muy a menudo. En cambio, yo no me preocupo tanto con mi «Packard». Corro en él hasta que alguna cosa empieza a sonar de un modo sospechoso; entonces lo mando al taller de reparaciones.

—¿De modo que usted se llevó el «Buick» sin permiso de su tío?

—Sí; si usted se empeña en verlo de ese modo, es cierto que no le pedí permiso.

—¿Y adónde se fue usted con el coche?

—Pues, no lo sé. Corrí a mi antojo, tomando las curvas tan aprisa como me era posible.

—Que sería una velocidad decentita, ¿no es cierto? —indicó, con sorna, el abogado, recordando su reciente trayecto.

—¡Claro está que sí! —confesó ella.

—¿Cuánto tiempo estuvo usted fuera de su casa?

—No puedo precisarlo. Regresé un poco antes de que la policía se presentase aquí. Debo de haber vuelto a los diez o quince minutos de haberse cometido el asesinato.

—Y mientras usted estaba fuera, su tío descubrió la desaparición

del coche... es decir, descubrió que el automóvil no estaba en su sitio, ¿verdad?

—Me figuro que Devoe se lo diría —replicó la joven.

—¿Y cómo se enteró Devoe?

—Lo ignoro. Tal vez me oyó cuando arrancaba y entonces se fue al garaje a ver qué coche me había llevado. Nunca me ha gustado ese chófer. Es uno de esos hombres grandotes y pesados, que son incapaces de tener una idea propia y andan por el mundo moviéndose como máquinas.

—Dejemos aparte esa apreciación —le dijo el señor Mason—. ¿En qué se funda usted para pensar que Devoe advirtiera a su tío de la desaparición del coche?

—No sé —contestó la señorita Celane—, pero a esa hora fue cuando mi tío hizo la llamada telefónica, me figuro yo, y siempre he tenido a ese hombre por un sujeto ruin y solapado.

—¿A qué hora exacta telefoneó su tío?

—Serían las once y cuarto cuando llamó a la policía, para denunciar que le habían robado su automóvil. Creo que en el registro de la policía han apuntado que la llamada se produjo exactamente a las once y catorce minutos.

—¿Y qué hora era cuando usted salió con el coche? —preguntó el abogado.

—Me parece que eran las diez y cuarenta y cinco, poco más o menos —contestó la muchacha.

—Entonces usted tuvo el coche en su poder durante media hora, hasta que su tío denunció el supuesto robo.

—Sí, podemos admitir ese tiempo que usted fija.

—¿A qué hora volvió usted?

—Alrededor de las doce y cuarto. Estuve fuera algo así como hora y media.

—¿Cuándo llegó aquí la policía?

—Hace hora y media, aproximadamente.

—No es eso lo que me importa; lo que quiero puntualizar es cuánto tiempo tardaron en presentarse, después de que usted regresó en el coche.

—Doce o quince minutos, supongo yo.

—¡Perfectamente! —exclamó el señor Mason—. ¿Qué le dijo su

tío a la policía?

—Yo sólo sé lo que ellos me han querido contar: uno de los detectives habló conmigo y me preguntó si yo conocía alguna razón para que mi tío les telefonease dando por robado su automóvil.

—Muy bien —replicó el abogado—. ¿Y cómo hizo la denuncia?

—Verá usted —contestó la joven—: a juzgar por lo que ese detective me ha explicado, mi tío telefoneó a la policía y le dijo que Edward Norton hablaba con ellos y que tenía que denunciar un caso criminal. Entonces hubo una larga pausa. Parece ser que se cortó la comunicación o algo así, pero el agente policíaco que se puso al aparato... me parece que me dijeron era un sargento de oficinas... continuó escuchando durante unos minutos, sin soltar el receptor, hasta que tío Edward volvió a conseguir comunicación y le dijo que tenía que informarle un caso criminal: el robo de un automóvil. Después hizo una descripción del coche, diciendo que se trataba de un «Buick» con carrocería sedán, motor número 6.757.093, con matrícula número 12MI1834.

—Por lo que veo, usted recuerda muy bien esos complicados números —advirtió Mason.

—Sí —dijo la joven—, me pareció que tendrían importancia.

—¿Por qué? —preguntó el abogado.

—No sabría explicárselo; sólo puedo decirle que presiento que serán importantes.

—¿Le dijo al detective que era usted quien se había llevado el automóvil? —preguntó Mason.

—Sí, señor —confirmó ella—. Le conté exactamente lo que había ocurrido: que yo saqué el coche hacia las once menos cuarto y volví con él a las doce y quince, poco más o menos, y que lo hice sin solicitar permiso de mi tío.

—¿Y le parece a usted que la Policía aceptó como buena esta explicación?

—¡Oh, sí! Y la prueba es que suspendieron sus investigaciones en este aspecto del asunto. En los primeros momentos pensaron que tal vez los ladrones habían robado el «Buick» para huir con él.

—Pero ahora, por lo que veo, han llegado casi a la conclusión de que no existe ningún ladrón en este caso —indicó el abogado.

—Está usted en lo cierto —dijo la señorita Celane.

Mason recorría de un extremo a otro la habitación.

De repente, se volvió con cierta brusquedad, fijando su mirada en la joven.

—Usted no ha dicho toda la verdad acerca de lo sucedido — afirmó el abogado.

Ella no mostró el menor resentimiento por tan ruda interpelación, limitándose a mirarlo con ojos que eran fríamente calculadores.

—¿Puede decirme si ve usted alguna cosa en mis explicaciones que no concuerde con lo demás? —le preguntó al señor Mason, y su tono de voz era tan impersonal como irreflexivo.

—No se trata de eso —replicó él—, sino de algo que noto en sus maneras. Repito que usted no me ha contado la verdad. Y tampoco me dijo usted la verdad la primera vez que fue a mi oficina.

—¿Quiere usted explicarme sus palabras? —inquirió ella, ansiosa de saber a qué se refería el abogado.

—Pues, me refiero a su prisa por casarse —explicó él.

—No entiendo; ¿qué quiere usted decir con eso?

—De sobra sabe usted lo que quiero decir. Usted se ha casado ya.

Del rostro de la joven desapareció todo vestigio de color mientras con sus bellos ojos muy abiertos contemplaba al abogado.

—¿Quién se lo ha contado? ¿Ha hablado usted con alguno de los criados?

A esta pregunta contestó él con otra:

—¿Están enterados de este asunto los criados?

—No —contestó ella secamente.

—Entonces, ¿por qué pensó usted que yo había estado hablando con ellos?

—No sé —dijo la joven.

—¿Confiesa usted que está casada? —le preguntó el abogado.

—Eso no le importa a usted —fue la respuesta de ella.

—¡Vaya si me importa! Usted fue a exponerme un problema; y diciéndome mentiras, no puede ganar más que lo que ganaría engañando a su médico. Usted tiene la obligación de contarle siempre toda la verdad a su abogado y a su doctor. Y yo le aseguro que puede confiar en mí. Nunca traiciono las revelaciones que me

hacen mis clientes.

La joven frunció sus labios y lo miró fijamente.

—¿Qué quiere usted que le diga? —preguntó Frances.

—La verdad.

—Bien; pues ya la sabe. ¿De qué servirá que yo se la repita?

—Bien, ¿es cierto que está usted casada?

—Sí, señor.

—¿Por qué no me lo dijo antes?

—Habíamos decidido mantener secreto nuestro matrimonio.

—Perfectamente —repuso Mason—, pues ahora hay alguien que conoce ya el secreto. Y esa persona se vale de ello para amenazarla a usted.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó la joven.

—No se preocupe, y contésteme.

Ella extendió el dedo índice de su mano derecha y empezó a pasearlo a lo largo del brazo del sillón contorneando todas las irregularidades del tejido que lo tapizaba.

—Según el testamento —dijo, al fin, muy despacito—, ahora que mi tío ha muerto, ¿importa algo que yo esté casada o no?

El abogado la miró fijamente, con sus fríos e investigadores ojos.

—Por lo que recuerdo de las cláusulas del testamento —dijo, en contestación a la pregunta de ella—, su tío tenía el derecho de entregar toda su fortuna a las instituciones benéficas en el caso de que usted contrajera matrimonio antes de cumplir los veinticinco años.

—Pero con su muerte, el depósito expira, ¿no es cierto?

—Sí —confirmó el abogado—, al morir él, queda anulado el depósito.

—Entonces, si ya no puede ejercitar su derecho de opción, ¿qué influencia tiene el hecho de que yo me haya casado?

—Es un caso imprevisto —replicó el jurisconsulto—. Por lo menos, ésa será mi interpretación del testamento en las actuales circunstancias.

Ella exhaló un suspiro de alivio, y comentó:

—Por consiguiente, poco importa ahora que alguien haya intentado hacerme víctima de un *chantaje*, ¿no es así?

Los ojos de Mason contemplaron a la muchacha, como si

quisieran arrancar la máscara de su rostro y explorar el interior de su alma.

—En su lugar, jovencita, yo no haría muchos comentarios acerca de ese detalle.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Porque —dijo él, en una voz muy baja de tranquila monotonía— si la policía se fija en el precipitado detalle del caso, pueden considerarlo excelente motivo para un asesinato.

—¿Significan esas palabras que yo lo asesiné?

—Pueden significar —replicó el abogado, obstinadamente, pero sin perder su calma habitual— que usted tenía una importante razón para asesinar a su tío.

—¡Lo asesinó Peter Devoe! —fue la inmediata exclamación de ella, insistiendo en las sospechas que recaían sobre el chófer.

—Ellos dirán que Peter Devoe no fue sino un cómplice —indicó el abogado.

—¡Que digan lo que quieran! —aceptó la muchacha encogiéndose de hombros y clavando en el abogado sus enigmáticos ojos negros.

—Muy bien; está muy bien —comentó Mason, en un tono de voz que ahora revelaba ciertas señales de impaciencia—; pero dejémonos de divagaciones. Supongamos que usted intentase ser sincera conmigo.

—¡Oiga! —exclamó ella, y a continuación le dijo rápidamente—: voy a entrar en posesión de una gran suma de dinero y necesito que alguien proteja mis derechos. He oído hablar muy bien de usted, y ya sé que siempre ha dado pruebas de poseer una maravillosa habilidad. Se le pagará con esplendidez por todo lo que usted haga en mi favor..., fíjese bien: «por todo». ¿Me comprende usted bien?

—Perfectamente. ¿Qué quiere usted que haga?

—Desearía que representase mis intereses, pero sólo los míos. Estoy dispuesta a pagarle cuarenta mil dólares, en concepto de honorarios, y si usted tiene que hacer algún trabajo especial para recuperar los fondos depositados... es decir, presentarse ante los tribunales, o algo por el estilo, aún le pagaré más.

Él la miró durante breves instantes, en especulativo silencio..., tras el cual dijo:

—Es un respetable montón de dinero ése que usted destina para pagar a la persona que proteja sus derechos, sobre todo si no hay nada que hacer.

—¿Qué quiere usted decir?

—Es muy sencillo: si usted se limitó a tomar el automóvil de su tío, sin haber solicitado su previo permiso, marchándose después en él a dar un paseo, y al regresar con el coche lo encontró asesinado, no hay ninguna necesidad de pagar a un abogado cuarenta mil dólares por la defensa de sus derechos.

Ella se retorció los dedos, con ademán de honda preocupación, y le preguntó:

—¿Es que usted va a discutir conmigo la veracidad de todo eso?

—No —contestó el abogado—. Sencillamente, hago un comentario. Me gustaría que usted se hiciese cargo de los hechos.

—¿Ha comprendido usted lo que yo quise decir cuando le manifesté que estoy dispuesta a pagarle cuarenta mil dólares si se encarga de proteger mis derechos? —le preguntó la joven.

—Sí, lo he comprendido muy bien —repuso él.

Ella se levantó y, cruzando la habitación con ligero y nervioso paso, dejóse caer en un sillón giratorio, situado frente a una mesa de despacho; luego extrajo de un cajón una hoja de papel, que llenó y firmó.

—Aquí tiene usted —dijo la joven, entregándole el papel al abogado—. Es un pagaré en el que me comprometo a abonarle la suma de cuarenta mil dólares, tan pronto yo haya recibido el importe de la herencia que me dejó mi padre. Y también hago mención de que si se produjese algún litigio acerca de dicha herencia, le pagaré a usted mayor cantidad.

Mason dobló la nota y se la guardó en un bolsillo.

—¿Le ha hecho a usted la policía un interrogatorio muy detallado? —preguntó.

—No —contestó ella—, no me han molestado en lo más mínimo. Fíjese en que el hecho de que yo estuviese paseando en el automóvil, mientras fue cometido el asesinato, me proporciona una coartada..., es decir, que ellos saben que yo no pude ni enterarme de lo que ocurría en la casa a la hora del crimen.

—¿Y qué hora era ésa?

—La policía ha podido fijarla con mucha exactitud —repuso la joven—. Fue hacia las once y treinta y tres u once y treinta y cuatro. Como usted sabe, el señor Crinston iba con el juez Purley en el automóvil de éste; y estaba impaciente por llegar a su casa y calculaba los minutos que le faltaban para verse en ella. Arrancó de aquí en cuanto pudo, que fue a las once y treinta. Crinston lo recuerda muy bien, porque echó una mirada a su reloj de pulsera y hasta creo que hicieron algún comentario acerca del hecho de que se había entretenido aquí menos de media hora. Parece ser que el señor Crinston había prometido al juez Purley que, si le hacía el favor de esperarlo y llevarlo en su coche, se detendría menos de media hora en su visita. El señor Crinston estaba citado con mi tío a las once en punto de la noche y llegó con siete minutos de retraso. Me figuro que usted tuvo ocasión de apreciar lo que mi tío pensaría y diría de esos siete minutos. Crinston estuvo metiéndole prisa al juez Purley, durante todo el trayecto que tuvieron que recorrer para llegar aquí.

—Pues aún no veo cómo puede deducirse de todo eso el momento exacto del asesinato.

—Bien... va usted a verlo —replicó la muchacha—: Don Graves vio cómo se cometía el asesinato. Ahora bien, si el automóvil arrancó de aquí a las once y treinta, podemos calcular en unos tres minutos el tiempo necesario para llegar al punto del camino en que el secretario, mirando por casualidad hacia atrás, observó cómo golpeaban a mi tío en la cabeza.

—«Golpeaban» quiere decir que eran varios los asesinos, ¿verdad? —preguntó el abogado.

—No, no; era uno solo —se apresuró a aclarar la joven.

—Está bien —replicó el abogado, muy secamente.

Capítulo 7

Perry Mason encontró a Don Graves en el preciso instante en que éste salía del interrogatorio policíaco.

El secretario se limpió el sudor de la frente, sonriendo al abogado.

—Nunca en mi vida me había visto en semejante aprieto —comentó—. Es una verdadera suerte no haber estado aquí en el momento del crimen.

—¿Qué quiere usted decir con eso? —preguntó Mason.

—Pues que hubiesen sido capaces de echarme a mí la culpa —dijo Graves—. Le marean a uno lo indecible, y ponen en duda todo lo que se les dice.

—Me gustaría —indicó el abogado— que procurase usted explicarme, aunque fuese sin muchos detalles, lo que les ha contado a esos señores.

Graves suspiró fatigosamente.

—¡He contado tantas veces los hechos ocurridos, que ya estoy ronco de repetir las mismas cosas! —exclamó.

Mason tomó del brazo al joven secretario, y con la cara más seria del mundo, le condujo a través del salón comedor, hasta un invernadero en el que había varias sillas agrupadas alrededor de una mesita de mimbre.

—¿Quiere usted fumar? —le preguntó, una vez que hubo llegado, ofreciéndole un paquete por estrenar de cigarrillos.

Graves aceptó con visible afectación.

Perry Mason encendió una cerilla y la acercó al cigarrillo, al mismo tiempo que le decía:

—Ya puede usted empezar.

—Bueno —replicó Graves—, no son muchas las cosas que yo

puedo contarle. Y eso es precisamente lo malo en este caso. La Policía me apremiaba para que le explicase más y más detalles. Al principio, cuando expuse lo que yo contemplé, el juez Purley pensó que me había vuelto loco, porque en su opinión, yo no podía haber visto todo lo que yo aseguraba haber observado a través de la ventanilla del coche; y hasta la Policía se me echa encima, porque no les explico más cosas, y parece como si pensarán que les oculto la mitad de lo que sé.

—¿De modo que usted presencié el asesinato? —preguntó el abogado.

—Juraría que sí —dijo Graves, con aire de aburrimiento—, aunque me han machacado tanto sobre este tema, que ahora ya no sé lo que he visto.

El abogado no hizo ningún comentario.

—Me explicaré —continuó Graves, exhalando una bocanada de humo por las ventanas de la nariz—; el señor Crinston estaba citado a las once de la noche, y llegó con siete minutos de retraso. El señor Norton estaba bastante exasperado acerca de varias cosas que le habían ocurrido, una de ellas la visita de usted, después de la cual tuvo un pequeño disgusto con su sobrina. Pero el señor Crinston dice que no debo mencionar esa discusión con la señorita Fran Celane, a menos que alguien me pregunte precisamente acerca de ella.

»Bueno... pues, como decía, el señor Crinston llegó tarde a su cita, y usted ya sabe lo que estos retrasos molestaban al señor Norton. Éste se hallaba en uno de sus arrebatos de fría cólera, y lo demostró adoptando una actitud de glacial indiferencia y portándose de un modo positivo y extremadamente desagradable.

»Ignoro lo que habló con el señor Crinston. Sólo sé que entre ambos se produjo alguna violenta diferencia de opinión. Si he de hablar con franqueza, me parece que Crinston estaba bastante irritado cuando se decidió a partir. Le había prometido al juez Purley no salir de allí más tarde de las once y treinta, y precisamente hacia las once y treinta fue cuando Crinston abandonó el despacho interior.

»El señor Norton le requirió para que se quedase; mas su amigo rehusó, diciéndole que había prometido al juez Purley salir antes de

las once y treinta. Entonces, el señor Norton hizo algunas observaciones sarcásticas, recordando que Crinston le había tenido esperando siete minutos, cosa que parecía haber olvidado; pero que él no era capaz de retener ni diez segundos a un juez municipal. Era un señor bastante loco... aunque en el fondo era francamente bueno.

»No hacía más que uno o dos minutos que Crinston se había marchado, cuando el señor Norton salió de su despacho y me dijo que debía apresurarme a marchar a la casa de Crinston, para obtener allí ciertos documentos. Se trataba de algunos contratos que ambos amigos habían estado discutiendo, y parece ser que el señor Crinston le había prometido enviárselos a mi jefe. Repentinamente, el señor Norton decidió no esperar a que se los remitiera, pues los necesitaba cuanto antes. Por eso me indicó que despertase a Devoe, es decir, a su chófer, y que le ordenara me condujera hasta la vivienda de Crinston, donde debía recoger los contratos.

»En aquel momento, los señores Crinston y Purley estaban a punto de partir en el automóvil del segundo. Creo que acababan de poner en marcha el motor.

»De pronto, al señor Norton se le ocurrió la idea de que, si yo me marchaba con el propio señor Crinston, ganaría un poco de tiempo. Su propósito era que Devoe, el chófer, nos siguiera para recogerme a la vuelta. Pero como el señor Crinston tardaría algunos minutos en reunir los documentos requeridos, una vez llegásemos a su casa, el chófer podía entretenerse un poco en vestirse y poner el coche a punto de marcha; mi jefe pensaba que se ahorraría bastante tiempo enviándome con el señor Crinston. No estaba muy en lo cierto, porque Devoe podía llevarme casi en el mismo tiempo, pero menciono estos detalles para indicarle a usted cuán excitado se hallaba el señor Norton. Estaba furioso, ésta es la palabra.

»Entonces mi jefe levantó la ventana de su despacho y le gritó al señor Crinston que esperase un minuto. No estoy muy seguro, pero creo que el señor Crinston bajó del coche y dio algunos pasos, hasta situarse bajo la misma ventana, con objeto de oír mejor lo que el señor Norton le decía. Oí a mi jefe preguntarle si había algún inconveniente en que yo les acompañase, y también pude escuchar la respuesta del señor Crinston, quien replicó que volvería al coche

y le preguntaría al juez Purley si a él le parecía bien.

»Me constaba que este último no pondría ningún reparo, por lo cual me apresuré a correr escaleras abajo. Dado el estado en que veía al señor Norton, era cosa de no perder ni un segundo.

»Crinston había hecho ya la pregunta al juez Purley y permanecía de pie bajo la ventana hablando con mi jefe, en el momento que yo salí de la casa. El señor Crinston me dijo: «Apresúrese, Graves, porque he prometido al juez Purley que partiríamos de aquí antes de las once y treinta, y está impaciente por llegar a su casa». Por lo tanto, corrí directamente hacia el coche y subí en él de un salto. Me parece que monté en el automóvil antes de que el señor Crinston lo hiciera, o tal vez al mismo tiempo... sea como quiera, el señor Crinston se sentó junto al juez casi en el mismo instante que yo lo hacía en el asiento posterior.

»El juez Purley tenía ya el motor en marcha, y así que oyó los golpes de las dos portezuelas, hizo arrancar el coche. Como ya le he dicho, yo ocupaba el departamento posterior, y el señor Crinston iba delante, junto al juez, que era quien conducía.

»Ya sabe usted la forma en que el camino se desarrolla, dando vueltas y revueltas conforme asciende por la colina que hay enfrente de esta casa. Bien, pues yo ignoro qué pudo ser lo que me impulsó a mirar hacia atrás, por la ventanilla que hay en la cara posterior del coche, echando una ojeada al edificio que acababa de abandonar. Acaso fuese mera curiosidad, o tal vez alguna inconsciente sensación de lo que estaba ocurriendo.

»Sea lo que fuere, el caso es que yo estaba mirando por la ventanilla posterior del coche, y en el preciso momento en que éste recorría una curva que me ponía frente por frente del estudio de mi jefe, pude ver gente en el despacho y un hombre claramente que enarbolaba en alto un grueso bastón.

—¿Cuántas personas vio usted? —preguntó Mason.

Don Graves no contestó inmediatamente. Después de lanzar un profundo suspiro, dijo con gran lentitud:

—Sólo estoy seguro de haber visto a una... es decir, vi a una persona que levantaba su brazo y golpeaba a otra persona.

—¿Está usted bien seguro de eso? —interrogó el abogado.

—Sí, señor —respondió Graves—, estoy completamente seguro.

—¿No podría haber otra persona presente?

Don Graves dijo, en voz muy baja:

—A mí no se me ocurriría, si estuviese en el caso de usted, hacer semejante pregunta.

—¿Por qué no? —exclamó Perry Mason, de un modo explosivo.

—Me parece preferible dejar sin especificar ese detalle —replicó Graves, retorciéndose las manos con cierta preocupación—. Porque bien pudiera ser, si usted va demasiado lejos por ese camino, que no obtuviera ninguna ventaja favorable para usted o para su cliente.

—Creo que empiezo a comprender —dijo Perry Mason, con estudiada suavidad.

Graves suspiró como si le quitaran un peso de encima.

—Usted se hallaba, desde luego, a bastante distancia de la casa, ¿verdad? —inquirió el abogado.

—Sí —dijo Graves—, yo estaba un poco lejos de ella.

Mason contempló escrutadoramente al joven, pero Don Graves desvió hacia el suelo la mirada.

—¿Cuántos detalles pudo usted apreciar desde aquella distancia? —insistió el abogado.

Graves suspiró profundamente antes de contestar.

—Pude ver con relativa claridad que alguien estaba de pie junto a otra persona, y le daba un fuerte golpe. —Y esto lo dijo de un modo abrupto y descarado.

—¿Vio usted caer al suelo a esa otra persona?

—Aseguraré que no. Como usted sabe, yo estaba a bastante distancia, y sólo percibí una rápida visión de la escena, conforme el automóvil recorría aceleradamente la curva del camino.

—¿Puede usted asegurar que sólo vio a dos personas en la habitación? —preguntó Mason.

—No, claro está que no; porque no me fue posible ver todo el despacho.

—¿Puede usted asegurar que sólo vio a dos personas en la habitación? —insistió en preguntar el abogado.

—Eso es lo que he declarado —replicó Graves, añadiendo tras un breve instante—: ...ante la policía.

Perry Mason dijo entonces bajando mucho la voz:

—Conviene que nos pongamos de acuerdo en esto, amigo

Graves. En el caso de que usted hubiese visto algo que le indicara la presencia de otra persona en la habitación, ¿pudo usted apreciar cualquier detalle que sirviera para identificar a esta tercera persona?

Graves contestó en voz muy suave y con manifiesta contrariedad:

—Confidencialmente, señor Mason, le confesaré que uno no puede fiarse de sus propias impresiones, cuando éstas provienen de una sola ojeada, tan momentánea como la mía. No es lo mismo que si yo hubiese conservado fotografiada en mi mente la escena que presencié. Sin embargo, hay algo que se me quedó grabado en mi cerebro y que todavía no he mencionado... a la Policía. Puedo decírselo a usted en confianza: y es que si había alguna otra persona en la habitación del crimen, y si es cierto que mis ojos la vislumbraron, aunque sólo fuese de modo repentino, esa persona era una mujer.

Perry Mason se quedó contemplando fijamente a Graves, y después le preguntó:

—¿Sería usted capaz de identificar a esa mujer?

—Como a nadie le he dicho que la viese —repuso Graves, hablando muy despacio—, no necesito preocuparme de hacer ninguna identificación.

—Bien, pero ¿ha sido usted absolutamente positivo y terminante al declarar que no vio a tal persona?

Graves cruzó su mirada con la del abogado.

—Yo sólo he procurado decir la verdad, señor Mason. Por consiguiente, cuando se me ha preguntado acerca de este punto, he contestado de tal forma, que el interrogatorio se ha desviado por otro camino. Comprenderá usted que yo tengo que contestar con cierto tacto y veracidad a las preguntas que me hagan como testigo, y si es que se me considera como a tal. Y también comprenderá que cada uno de nosotros debe ser leal, en todo lo posible, a su cliente de usted.

—¿A quién se refiere usted? —inquirió Mason, aparentando, indiferencia.

—Me refiero a la señorita Celane.

—¿Debo comprender —preguntó el abogado, con dulce y casi

ominoso acento— que esa lealtad le induciría a usted a protegerla contra una posible acusación de asesinato?

—No, señor —contestó francamente Graves—, no llegaría a tanto. Pero sí sería suficiente motivo para inducirnos a todos a evitar que su nombre figure en una investigación que de todos modos abortaría más pronto o más tarde.

—¿Y qué quiere usted decir con eso? —insistió el abogado.

—Pues mis palabras significan que, desde el momento en que la señorita Celane no estaba en casa cuando se cometió el crimen, hubiese sido imposible para ella encontrarse a tal hora en el despacho de su tío.

—¿Entonces no es cierto que usted viese a una mujer en la habitación? —preguntó Mason.

—Nunca he dicho semejante cosa —replicó Graves—. Sólo dije que de haber habido alguna otra persona en el lugar del crimen, cuando yo vislumbre el suceso, esa persona debía de ser una mujer.

—¿Y por qué ha dicho usted eso?

—Me explicaré —contestó el secretario—; en mi mente se ha quedado grabada, de un modo más o menos confuso, la impresión de una cabeza y unos hombros de mujer, como si hubiera aparecido por un instante en un ángulo de la ventana. Pero, naturalmente, no puedo estar seguro de haber visto tal cosa, porque los ojos se me fueron tras el hombre que tenía el brazo levantado en actitud de golpear al otro.

—Permítame una pregunta más —dijo Mason—: ¿Sabe usted si la Policía tomó nota taquigráfica de las respuestas que usted dio en las preguntas que ellos le hicieron durante su interrogatorio, relativo a lo que usted ha visto?

—Sí, señor.

—¿Y está usted seguro de que no se le ha escapado la menor mención acerca de una mujer?

—No he dicho nada de eso.

Mason indicó en estas palabras:

—¿Comprende usted, Graves, que en todo esto se encierra algo muy raro? Tanto usted como Crinston me han advertido de que mi cliente puede correr algún peligro. Sin embargo, aparentemente, la señorita Celane se hallaba lejos de la casa a la hora del crimen.

—Es cierto —confirmó Graves, con cierta ansiedad—; ella no estaba allí.

—Entonces, ¿cómo es posible que la amenace ningún peligro? —preguntó el abogado.

—No se trata de eso —explicó Graves—. He aquí un punto que quiero aclarar: mi intención es protegerla contra cualquier insinuación que pueda ser hecha, porque como usted comprenderá, hay un motivo que puede servir de origen para una acusación.

—Su propósito es muy estimable —dijo Mason secamente—. Yo no quisiera obligarle a caer en ninguna deslealtad, señor Graves, pero usted debe comprender, como es natural, que si declara unas cuantas veces lo que ha visto sin mencionar en ninguna de ellas la posible presencia de una mujer, y tal historia es registrada en taquigrafía o publicada en la Prensa, y luego le volviesen a llamar para preguntarle concretamente si vio también a una mujer o tuvo la menor impresión de que tal mujer estuviese allí, cualquier respuesta que tendiera a modificar sus primeras versiones, no perjudicaría gran cosa a mi cliente. Y por otra parte, usted no saldría muy bien parado con semejante insinuación.

A estas palabras replicó Graves con dignidad:

—Estoy dispuesto a hacer algunos sacrificios para proteger el buen nombre de la señorita Celane.

—Además —insistió Perry Mason, con toda intención—, cuando usted amplíe su cuento para incluir a una mujer entre las personas presentes en la escena del crimen, haré lo posible para fastidiarle.

—Así lo espero —replicó Graves, con voz resuelta.

—Y tenga en cuenta —insistió el abogado, con aire amenazador— que cuando yo digo una cosa la cumplo.

En aquel momento se abrió la puerta, por la que un detective asomó la cabeza en la habitación, y después de fijar su mirada en Mason, la desvió hacia el secretario, llamándole con una seña.

—Señor Graves —le dijo—, le necesitamos de nuevo a usted en el piso de arriba. Hay una o dos cuestiones acerca de las cuales hemos de interrogarle. Cuando usted hizo sus primeras declaraciones, parece como si hubiese evitado contestar a una de nuestras preguntas. Mejor dicho, el jefe opina así, después de leer y estudiar sus respuestas.

Al oír esto, Graves miró a Mason con ojos en los que se reflejaba repentina preocupación.

—Usted no tendrá inconveniente en aclarar estas cuestiones, ¿verdad? —insinuó el detective.

—Claro está que no —contestó Graves, y ambos salieron del invernadero.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras de Graves y el detective, Perry Mason sacó un papel de su bolsillo, lo desdobló y se puso a examinarlo con reflexiva actitud. Dicho papel era el pagaré de cuarenta mil dólares que Frances Celane le había extendido poco antes.

Capítulo 8

Una mujer se deslizó en el invernadero y se quedó contemplando a Perry Mason, que a la sazón recorría de un lado a otro la estancia, siguiéndole con los ojos y estudiando los menores movimientos del abogado.

Había una sutil concentración en la forma de mirar de aquella mujer; se la hubiera tomado por un director cinematográfico que estudiase los méritos y los puntos débiles de una nueva estrella. Era de corta estatura y ancha de hombros, aunque no se la pudiese calificar de gruesa. Parecía disfrutar de fuerte musculatura y de sólida osamenta; era, en fin, una mujer de gran fortaleza, capaz de cualquier cosa y muy dueña de sí misma, a cuyos ojos asomaba una chispa de su anhelante vitalidad.

Su rostro presentaba rasgos enérgicos: la barbilla era redondeada y gruesa; la nariz, ancha en su base y de aberturas pronunciadas; los labios, no muy delgados, pero sí desprovistos de toda curva, lo cual daba lugar a que su boca apareciese como una línea recta que subrayaba la nariz y cuyos extremos quedaban limitados por marcadas arrugas procedentes de aquélla. La frente era despejada, y los ojos, negros y vivos, con un brillo extraordinario, despedían reflejos que los hacían parecer dos grandes cuentas de azabache.

Perry Mason continuó su lento paseo durante varios segundos, antes de advertir la presencia de la recién llegada. Hasta que, al volverse, la voluminosa silueta de la mujer llamó su atención y le hizo pararse de un modo brusco.

El abogado se quedó mirándola con ojos que no podían ser más tranquilos en su escrutinio, aunque no se le escapaba el menor detalle de aquella aparición femenina, a la que analizaba desde los

pies a la cabeza.

Ella, al verse descubierta, le dijo:

—Supongo que usted es el abogado.

—En efecto —replicó él—, soy Perry Mason.

—Necesito hablarle.

—¿Y quién es usted?

—Soy la señora Mayfield.

—No veo la necesidad de que hablemos, señora Mayfield..., a menos que sea usted un poco más explícita.

—Vivo aquí —le dijo ella.

—¿Ah, sí? —exclamó el abogado, con gran frialdad.

—Sí, señor; mi marido y yo vivimos en esta casa.

Mason contempló los anchos hombros, los robustos brazos y el oscuro traje que cubría las enérgicas líneas del cuerpo de aquella mujer.

—¿Es usted el ama de llaves? —preguntó.

—La misma.

—¿Y su marido...?

—Trabaja como jardinero y ayuda en todo lo que se tercia.

—Comprendido —indicó Mason, sin la menor sonrisa amistosa—. ¿Y de qué me tiene usted que hablar?

Antes de contestar, ella avanzó tres pasos hacia el abogado, y entonces bajando la voz le dijo:

—De dinero.

Algo había en su tono que obligó a Mason a lanzar una ojeada por encima del hombro de la dama hacia la puerta de la estancia. Después la tomó del brazo, conduciéndola al más lejano rincón del invernadero.

—¿Quiere usted explicarme, con toda exactitud, qué asuntos de dinero tiene que discutir conmigo?

La mujer contestó en voz baja, pero no por eso desprovista de intensidad:

—Usted no es más que un abogado. Por suerte suya no está metido en negocios. Aquí representa usted a la señorita Celane. Ella va a entrar en posesión de un respetable montón de dinero, y cuando lo consiga, a usted le corresponderá una buena raja. Yo necesito algunos dólares. Usted me proporcionará una parte, y ella

me dará el resto.

—¿Se puede saber a cuenta de qué va usted a cobrar de mi cliente y de mí?

—Porque —contestó la mujer, hablando lentamente—, si yo no cobro mi parte, tampoco llegarán a cobrar ustedes la suya.

—¿Cuál es el significado de esas palabras? .

—Pues no quiero decir nada más que lo que digo. Si usted cree que puede prescindir de mí en este asunto, ya verá lo que le va a pasar.

Mason sonrió, pero su risa fue un gesto casi mecánico.

—Verdaderamente, señora Mayfield —indicó el abogado—, todo esto requiere una explicación por parte de usted. Esta noche han ocurrido aquí muchas cosas en poco tiempo, y si estoy ahora en esta casa es porque me ha llamado la señorita Celane; pero aún no sé con exactitud en qué va a consistir mi trabajo, aunque me figuro que lo más probable es que tenga que encargarme de reclamar la herencia. Empiezo por, ignorar si el difunto ha dejado o no testamento.

—No se preocupe por eso —repuso la mujer—; no es de los bienes del señor Norton de lo que le estoy hablando. Me refiero a la fortuna depositada.

Mason simuló sorpresa, mientras sus ojos no perdían detalle en su paciente e intensa observación.

—¡Imposible! —exclamó—. Ese asunto quedó completamente resuelto por un acto de distribución de bienes que se extendió hace ya meses. La señorita Celane no necesita los servicios de ningún abogado para entrar en posesión de este dinero, que le será entregado por orden judicial, según está previsto en las condiciones del depósito.

—A mí no me engañará usted con toda esa charlatanería —repuso la mujer.

—Entonces, ¿quiere usted decirme exactamente a qué se está refiriendo? —preguntó Mason.

—Me estoy refiriendo a que si ella no anda con cuidado no conseguirá ni un solo centavo de toda la fortuna —contestó la señora Mayfield.

—Y por lo que veo, está tratando de obligar a esa señorita a que

se sirva de usted para tener los cuidados a que se refiere, ¿no es así? —dijo Mason expresándose con cierta cautela.

—No sé por dónde me quiere usted llevar ahora —replicó ella—, pero me parece que ya me va entendiendo.

Y acompañó sus palabras de una sonrisa estúpida, al mismo tiempo que apoyaba sus carnosas manos en las anchas caderas, y levantando la barbilla, contemplaba sin pestañear el rostro del abogado.

—Supongamos —dijo éste— que fuese usted un poco más explícita.

—Esa muchacha está casada —replicó la mujer.

—¿De veras? —dijo Mason.

—Sí, señor. ¿Y no significa nada eso?

—No, ahora ya no significa nada —contestó el abogado—. Si lo que usted me cuenta es cierto, tengo entendido que el señor Norton podía dar por terminado el depósito entregando una pequeña parte de la fortuna a la señorita Celane y dedicando el resto a las instituciones caritativas. Pero esto sólo podía disponerlo él. Ha muerto sin haber ejercitado ese derecho. Por consiguiente, el depósito fine; y con él, todas sus posibles derivaciones.

—No esté usted tan seguro de que él no haya hecho algo acerca de este asunto, antes de ser asesinado —insinuó el ama de gobierno.

—¿Qué hizo? —preguntó Mason.

—Suponga usted —dijo la mujer, sin contestar directamente a la pregunta del abogado— que Fran Celane y su tío se hayan peleado de lo lindo, después de haberse marchado usted anoche. Y suponga también que él entonces aprovechase la ocasión para decirle a la muchacha que le daría cinco mil dólares y destinaría el resto de su fortuna a Beneficencia. ¿Qué opina usted?

—¿Realizó tal cosa? —interrogó Mason.

—Le estoy preguntando qué ocurriría en ese caso.

—De momento —replicó Mason— no hay ciertamente ninguna prueba de que el señor Norton haya tomado esa determinación, ¿verdad?

—Por ahora no —dijo ella.

—¿Qué quiere decir usted?

—Imagínese que se presente una prueba de esa clase...

—Ya cruzaremos el puente cuando lleguemos a él —contestó Mason.

—Bueno —le soltó ella—, pues si usted se niega a tratar conmigo, llegará muy pronto, a ese puente.

—Es un poco difícil —replicó el abogado—. Vamos a ver, señora Mayfield: si usted quiere hacer alguna insinuación contra la señorita Celane, tendrá usted que presentarla de un modo que esté de acuerdo con las circunstancias del caso. Todas las pruebas coinciden en confirmar que mi cliente salió de esta casa antes de las once y no regresó hasta que la Policía había llegado.

—Sí, señor —dijo la mujer—; eso es lo que demuestran las pruebas existentes, y usted hará muy bien en procurar que no cambie la situación.

—Continúo sin entender lo que usted quiere decirme —indicó Perry Mason.

—Ya lo comprenderá —replicó ella— cuando usted se entere de quién es Fran Celane y se quite esas telarañas que ella le pone delante de los ojos. Yo no puedo perder más tiempo aquí, aguantando que usted me tome el pelo con sus ocurrencias de abogado. Ya le he dicho lo que quería, y no soy tan tonta que se me ocurra meterme en amenazas.

—En otras palabras —dijo Mason—, que usted sólo necesita dinero.

—Sí, señor.

—Es muy natural —comentó el abogado—. Yo siempre he creído que a todo el mundo le hace falta dinero.

—Ya sabe usted lo que quiero decir —replicó ella—, y si necesita alguna prueba más, puede enterarse de lo que estaba haciendo Bob Gleason a la misma hora en que se cometía el asesinato.

—¿Gleason? —exclamó Mason, arqueando las cejas—. ¡Caramba! ¿Conque no estaba aquí en esta casa?

—¡Oh! ¿Conque no estaba? —preguntó la señora Mayfield.

—¿Acaso había venido?

—Pregúnteselo a Frances.

El abogado se volvió de repente, adoptó una postura retadora y fijó su mirada sobre aquella mujer.

—Escuche usted, señora —le dijo, procurando ser lo más cordial posible—. No sé si usted se habrá visto alguna vez en este caso, pero se está haciendo reo de un crimen muy grave. Si intenta amedrentarme, o atemorizar a la señorita Celane, para que le paguemos dinero a fin de que usted cese en sus insinuaciones, se hace culpable de un crimen conocido bajo el nombre legal de *chantaje*, y en un caso como éste, el delito se agrava extraordinariamente.

Los negros ojos de azabache le contemplaron con una hostilidad que se reflejaba en su brillante pupila.

—A mí no me asusta ni una pizca —dijo ella.

—Pero, ¿me permitirá usted decirle que tampoco me dejo yo asustar en lo más mínimo por sus palabras? —preguntó Perry Mason.

—Yo no trato de asustar a nadie... todavía —indicó la señora Mayfield—. Me limito a poner en su conocimiento ciertas cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó él.

—Que voy a sacar algún dinero de este asunto. O que, en caso contrario, nadie verá un centavo.

—¿Nadie?

—Ni usted ni la chica —añadió la mujer.

—Eso será muy lamentable —replicó irreflexivamente Mason.

—¿Verdad que sí? —preguntó ella—. Y entonces, para remachar la cuestión, yo puedo encontrar a alguien que me pague, si usted es tan tonto que no sabe ver en qué lado de la tostada está la manteca. alguna de esas instituciones caritativas, por ejemplo.

—Verdaderamente —dijo Mason—, no consigo comprenderla a usted. Tendrá que darme más detalles de lo que se propone hacer.

A lo que ella replicó:

—Soy más lista de lo que usted se cree, señor abogado. Arrégleselas como pueda y haga sus propias investigaciones. No piense que está tratando con una mujer ignorante, por el mero hecho de que usted no lo sea. Consulte con Frances Celane, y entonces podrá hablar algo más conmigo.

—Ya me he entrevistado con la señorita Celane —indicó Mason.

—¡Oh, no me entiende usted! —exclamó la señora Mayfield—. Usted ha escuchado lo que ella ha querido decirle. Frances Celane

es la mayor embustera del mundo. No se fíe de sus palabras. Pregúntele usted. Vuélvala loca, y entonces verá lo que le cuenta.

Y la mujer le volvió la espalda y salió del invernadero con rápidas y vigorosas zancadas, demostrando que era un verdadero haz de energías.

Perry Mason contempló su amplia espalda, hasta que ella salió del alcance de su vista.

Continuaba de pie aún en la misma postura, cuando un hombre de penetrantes ojos grises y encrespado cabello blanco entró en el invernadero, procedente del interior de la casa. Sus ademanes eran graves y dignos; su andar, reposado y su rostro, plácidamente severo.

Perry Mason le saludó con una respetuosa inclinación.

—Señor Purley —le dijo—, he tenido el honor de actuar ante usted. Le presento mis respetos, señor juez.

El recién llegado clavó sus vivos ojos sobre el abogado y correspondió del mismo modo al saludo correctísimo de éste.

—Usted es Perry Mason, si no me equivoco. Buenas, noches, señor Mason.

—Casi podemos decir buenos días, ¿no le parece? —replicó el abogado—. Muy pronto saldrá el sol.

El juez Purley frunció su entrecejo.

—¡Con las ganas que yo tenía de verme en casa esta noche! —comentó—. Ayer yo estaba cansado..., muy cansado.

—¿Ha terminado ya sus investigaciones la Policía? —preguntó Mason.

—Creo que sí —repuso Purley—. Han detenido al culpable, sin duda alguna.

—¿Ese individuo que se llama Devoe?

—Sí, ese mismo. No lo pudo hacer peor. Es un chapucero como criminal, si me quiere creer a mí.

—No estoy muy enterado de los detalles del caso —comentó el abogado, invitando así a explicarse al juez.

El señor Purley escogió uno de los más confortables sillones, dejóse caer en él, lanzó un suspiro de cansancio y sacó un cigarro de uno de los bolsillos de su chaleco.

Con gran minuciosidad cortó el extremo del puro y, aspirando

luego con deleite el aroma que se desprendía de su cubierta, murmuró:

—Dispénsame, señor Mason, pero es el último que tengo y lo necesito como usted no se puede figurar.

—No se preocupe por eso —replicó el abogado—. Yo sólo fumo cigarrillos.

—Pues sí, señor —dijo el juez, iniciando su explicación en un tono grave y judicial y midiendo bien sus palabras y el tono en que las pronunciaba—; lo que en este caso confundió al asesino, naturalmente, fue el hecho de que mi automóvil girase con tal oportunidad, que permitiera observar de un modo directo lo que ocurría en la casa. Él había contado con que dispondría de un intervalo de media hora o cosa así, durante el cual hubiese podido ocultar su crimen. Sin embargo, cuando nos oyó regresar a la casa, se le ocurrió que lo único que podía hacer era meterse en la cama y simular que estaba borracho perdido. Se las arregló para que su aliento exhalase un fuerte olor a whisky, y supo imitar la intoxicación por el alcohol de un modo bastante natural. En realidad, también es posible que bebiese lo suficiente para emborracharse de verdad. Un hombre puede ingerir una crecida dosis de whisky en breve tiempo.

Perry Mason sonrió.

—En el supuesto, señor juez —indicó—, de que tenga a mano la bebida necesaria. De no tenerla se haría difícil.

Al juez no le pareció graciosa la observación. Se limitó a mirar a Perry Mason en una actitud puramente judicial.

—Bien —replicó a lo dicho por el abogado—; a ese hombre le sobraba bebida.

—Tengo entendido de que es el chófer de la casa, ¿verdad? —preguntó Mason.

—Sí, es el chófer.

—¿No es posible que hubiese salido antes a cualquier sitio? ¿No le telefoneó el señor Norton encargándole que sacase el coche y fuese en él a un recado?

—Si mis noticias son exactas —contestó el juez Purley—, eso es lo que ocurrió. Norton necesitaba que su secretario le trajese unos papeles de casa del señor Crinston, y el chófer recibió el encargo de

ir allá a recoger a Don Graves.

Perry Mason dedicó al juez una mirada perspicaz, y le dijo:

—Bueno, vamos a ver si podemos reconstruir lo que ha ocurrido. El señor Norton le pidió a usted que permitiese a Graves aprovechar el viaje en su automóvil, ¿no es cierto?

—Es exacto. Mejor dicho, el ruego de Norton iba dirigido, según creo, a mi amigo Crinston, pero yo, como es natural, lo oí también, porque hablaba a gritos desde una ventana.

—Está bien; entonces partamos de ese instante —dijo el abogado—. Graves bajó la escalera, para reunirse con ustedes dos. Es razonable suponer que fue en ese momento cuando Norton buscó al chófer. Lo más probable es que se limitase a ordenarle que se presentara en su despacho. Ahora bien, el chófer necesitaría un minuto o dos para llegar.

—Cierto —confirmó el juez Purley, con cansado acento—. Pero con permiso de usted, señor abogado, no veo qué vamos a ganar si completamos esa reconstrucción de hechos que usted intenta.

—Claro está que no vamos a ganar mucho —contestó Perry Mason, como si hablase entre sueños—. Lo único que trato de fijar es cuánto tiempo tuvieron los dos hombres para desarrollar su disputa.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el juez Purley, cuyo interés se había despertado de repente.

—Pues que si el asesinato se cometió en el momento en que el automóvil de usted llegaba a la cumbre de la colina, y si durante ese tiempo estuvo Norton sermoneando al chófer o peleándose con él, esta pelea tuvo que ser necesariamente de muy corta duración.

—Lo cual no importa nada —sentenció el juez Purley—. La riña podía haber empezado en aquel preciso instante. Por otra parte, no es razonable suponer que Norton hubiese conservado a Devoe a su servicio, si antes hubieran tenido graves diferencias entre ellos.

Los ojos de Perry Mason lanzaron un significativo destello.

—Así, pues —dijo—, usted admite que no pudo haber grandes oportunidades para que el asesino acumulase una buena dosis de premeditación.

El juez Purley le miró burlonamente, al mismo tiempo que preguntaba:

—¿A dónde quiere usted ir a parar?

—A ningún sitio —contestó Perry Mason, mostrándose muy poco comunicativo.

—Ante los ojos de la Ley —dijo el juez Purley, con el mismo acento que si estuviese pronunciando una sentencia— no se requiere un tiempo determinado para la premeditación. Una premeditación instantánea es todo lo que se necesita para que un crimen sea calificado de asesinato en primer grado.

—Muy bien —replicó Perry Mason—. Ahora examinemos el caso desde otro punto de vista. Según tengo entendido, una de las ventanas presentaba señales de haber sido abierta por la fuerza y se observaron rastros de pisadas bajo ella. Todas estas cosas tienden a indicar que un ladrón ha intervenido en el suceso.

—Se trataba tan sólo de una aña gaza —dijo el juez Purley—. La Policía lo ha demostrado así.

—Perfectamente —repuso el abogado—. Pero no me negará usted que se necesita algún tiempo para marcar esas señales. Ahora bien, el punto adonde yo quiero llegar es que no hay nada que pruebe si fueron hechas antes del asesinato o después. La Policía se siente inclinada a suponer que son obra posterior al crimen. Pero no sería nada extraño que hubiesen sido hechas antes.

El juez Purley contempló a su interlocutor a través de la azul neblina formada por el humo de su cigarro, mientras en su frente se marcaban arrugas que denotaban profundos pensamientos.

—En este caso —comentó—, el hecho de que Norton llamase al chófer no tendría nada que ver con todo eso. Es posible que Devoe hubiese estado esperando el momento de nuestra partida, para penetrar en seguida en el estudio de Norton.

—Ahora —dijo Perry Mason, asintiendo con una inclinación de cabeza— empiece usted a hacerse verdadero cargo de la situación.

El juez Purley estudiaba la formación de la ceniza en la punta de su cigarro.

Perry Mason continuó diciendo, con un tono de voz que no podía ser más bajo:

—¿Ha estado usted en la habitación donde se cometió el crimen, señor juez?

—Sí; la Policía me permitió echar una ojeada a tan interesante

lugar. Conocedores de mi cargo, me han dado toda clase de facilidades.

—Entonces —dijo el abogado—, y si usted me permite la pregunta, ¿notó allí algo que no fuese normal y fuera de lo lógico?

El juez Purley actuó como si aquella pregunta le hubiese producido una verdadera satisfacción. Se recostó en su sillón, contestando en un tono de voz bajo, pero decidido, y accionando de vez en cuando con su cigarro.

—El caballero ha sido golpeado desde atrás; aparentemente, mientras estaba sentado ante su escritorio. Ha caído hacia delante, atravesado en la mesa y sin hacer el menor movimiento después de haber recibido un bastonazo en su cabeza. Tenía el teléfono agarrado con su mano izquierda. Sobre el escritorio aparecían algunos papeles, entre ellos un sobre, si no recuerdo mal, y una hoja en blanco, junto con una póliza de seguro que se refería al automóvil robado.

—¡Ah! —exclamó Perry Mason, con voz que parecía el maullido de un gato silencioso—. Así, pues, ese coche estaba asegurado.

—¡Naturalmente! —repuso el juez—. Desde luego, era lógico que lo estuviese.

—¿Tiene usted la certeza de que esa póliza pertenecía al coche robado? —preguntó Mason.

—Sí, señor —repuso el juez Purley—. Yo mismo la comprobé, y también la Policía lo había hecho. La póliza protege un automóvil «Buick», con carrocería Sedan, cuyo número de motor es el 6.754.093. El seguro cubre todos los riesgos.

—¿Conoció usted a Edward Norton antes de su muerte, señor juez?

—No, nunca tuve ocasión para ello. Yo estoy muy bien relacionado con el señor Crinston, socio en la mayor parte de los negocios del difunto señor Norton, y mi amigo me ha hablado tan a menudo de su socio y de las particularidades que le distinguían, que casi me parece como si le hubiese conocido personalmente. Pero nunca llegaron a presentármelo. No era muy fácil acercarse al señor Norton, y yo no tuve nunca ninguna relación comercial que pudiera ser motivo de trabar conocimiento con él.

Perry Mason volvió repentinamente la cabeza, encarándose con

Purley.

—Señor juez —le dijo—, Edward Norton no ha sido asesinado como consecuencia de una disputa.

El juez Purley desvió la mirada.

—¿Insiste usted en referirse de nuevo al factor tiempo? —preguntó—. ¿Al hecho de que no hubo lugar a que se formalizase una discusión?

—Parcialmente, sí —contestó el abogado—. Devoe no ha tenido tiempo de presentarse en el despacho de su amo, de tener una querrela con él; acalorarse hasta llegar a un frenesí de rabia suficiente para que de él resultase un asesinato. Por otra parte, las señales que se han descubierto y que fueron hechas con el propósito de desviar las sospechas hacia una supuesta pareja de ladrones, indican que el asesino conocía de antemano que el motivo lógico para el crimen podía ser un robo.

El juez Purley se removió en su asiento, mostrándose desasosegado. Parecía como si luchase entre el deseo de declarar alguna cosa y la repugnancia de decirla. Perry Mason lo observaba, como un halcón cansado contemplaría la acogedora ladera de una próxima colina.

—Bien —dijo por fin el juez Purley—. Permítame decirle, señor jurisconsulto, que ya ha expuesto usted bastantes razonamientos. Yo no debiera confesarlo, pero en vista de que no habrá ningún peligro en que confirme sus sospechas, o que usted parece estar enterado de muchas cosas, creo que tal vez sería mejor que las titulase deducciones realmente intuitivas.

—El motivo del crimen, entonces, ¿no es otro que un robo? —indicó Perry Mason.

—Sí, señor; el motivo es un robo —dijo el juez.

—¿De dinero? —preguntó el abogado.

—De una gran suma de dinero. El señor Norton tenía sobre su persona, en el momento de ser asesinado, algo más de cuarenta mil dólares en billetes. Este dinero se hallaba en una cartera guardada en un bolsillo interior. Cuando fue encontrado el cadáver, los bolsillos presentaban señales de haber sido registrados, y la cartera había desaparecido..., mejor dicho, después de ser sustraída del bolsillo interior, yacía cerca del cuerpo de la víctima, pero

completamente vacía.

—¿Se notó la falta de algo en los otros bolsillos? —preguntó Perry Mason.

—Sí. Todos ellos estaban vueltos hacia fuera —contestó el juez Purley.

—¿Y ha podido encontrar la Policía alguna parte del dinero robado?

—Eso que usted me pregunta es un detalle que probablemente no se hará público hasta más tarde, señor abogado —dijo el juez—. Pero no tengo inconveniente en decirle a usted, de un modo confidencial, que sí han encontrado algo. Recuperaron dos billetes de mil dólares en un bolsillo de los pantalones de Devoe. Esos billetes han podido ser identificados, gracias a la numeración, como parte del efectivo que Norton tenía en su poder, y el chófer ha cometido la equivocación de declarar, entre otras incoherencias, que no tenía la menor idea de cómo se encontraba allí tal dinero.

—¿Se ha puesto en claro por qué causa tenía Norton sobre su persona tan considerable cantidad de numerario? —quiso saber Mason.

El juez Purley estuvo a punto de contestar lo que sabía, pero se reprimió a tiempo, midiendo cuidadosamente sus palabras.

—Pienso, señor abogado —dijo—, que ya le he dado todos los informes que debía darle. Después de todo, su interés en este asunto, aunque sea paralelo al de la Policía, no es, desde luego, idéntico. La mayor parte de los detalles que me han proporcionado me los comunicaron en una forma confidencial y teniendo en cuenta mi cargo de juez, por lo cual no creo que yo deba divulgarlos así como así.

En los ojos del abogado se notó un ligero destello revelador de cómo le divertía observar el cauteloso comportamiento del magistrado. El juez Purley exageraba su importancia.

—Desde luego, señor juez —le dijo Perry Mason—, uno debe comprender y respetar la posición de usted. No quisiera que pensase de mí que sólo la curiosidad dictaba unas preguntas. He intentado formarme una imagen mental de lo que ha ocurrido. Las personas interesadas me han anunciado que se me encargará de tramitar la herencia, y en tales circunstancias comprenderá usted que necesito

obtener una información completa.

—Eso es cierto y me parece muy natural —confirmó el juez Purley, asintiendo con una inclinación de cabeza—, y por esa misma razón le he dado a usted tantos detalles. No obstante, espero, señor abogado, que usted los considerará como estrictamente confidenciales.

—¡Oh, sí; desde luego! —exclamó Perry Mason, y en su voz pareció advertirse un ligero acento de burla que dio lugar a que el juez le dirigiese una rápida mirada. Mas el rostro del abogado permanecía impasible e inocente.

Capítulo 9

Los rayos del sol atravesaban la ventana de la estancia, cayendo sobre el magnífico escritorio de Edward Norton.

Un agente de policía estaba tendido en uno de los sillones, con un cigarrillo colgando de sus labios y un lápiz apoyado en su carnet. Don Graves, el activo secretario del difunto, revisaba unos documentos.

El mobiliaje de la habitación permanecía exactamente en la misma posición que ocupara durante la noche del asesinato. De acuerdo con las órdenes de la Policía, ninguno de los objetos debía ser tocado o cambiado de sitio mientras fuese posible.

Perry Mason, como abogado representante de la parte interesada, estudiaba con gran detención el estado en que se hallaban los diferentes negocios de la víctima del crimen.

Don Graves, de pie frente a la caja de caudales, se volvió hacia el señor Mason.

—Este departamento del arca contiene los documentos relativos a los negocios que, juntos, explotaban los señores Crinston y Norton.

—Muy bien —replicó el abogado—. Usted debe de estar familiarizado con los detalles de todos esos documentos, ¿no es así?

—¡Oh, sí, señor!

—Hablando en términos generales, ¿cuál era el verdadero estado financiero de esa sociedad?

—El consorcio formado por ambos amigos se metió en algunos negocios bastante desgraciados, señor Mason. Hubo ciertas operaciones que se liquidaron con un gran déficit, cuyo importe se elevó alrededor de un millón de dólares. Pero fuera de esos casos aislados, los asuntos presentaban buen aspecto. Hay, según creo,

algo así como ochocientos mil dólares depositados en varios Bancos. ¿Quiere usted que le dé las cifras exactas?

—Convendría que me las diese —repuso el abogado—, pues necesito formarme una idea perfecta y completa del estado financiero en que han quedado las cosas.

Graves sacó un libro de la caja de caudales, lo abrió y se puso a leer una columna de cifras.

—Las cuentas corrientes acusan una situación algo mejor de lo que yo creía, señor Mason. Hay un saldo de ochocientos setenta y seis mil quinientos cuarenta y dos dólares con treinta centavos en el Segundo Banco Nacional de Depósito del Litoral, y doscientos noventa y tres mil novecientos cuatro dólares con cincuenta centavos en el Nacional de Labradores y Comerciantes.

»Aquí hay unas notas en las que se han calculado las pérdidas de la Sociedad, las cuales son adeudadas al Banco Wheeler de Ahorros y Depósitos por un importe de novecientos mil dólares, a los que hay que agregar algunos intereses, según creo, pero también figura un depósito hecho en ese Banco por valor de setenta y cinco mil dólares.

—¿Qué hay de los fondos que se le confiaron en depósito? —preguntó el abogado—. Me refiero a los bienes que representa el depósito a favor de Frances Celane.

—Se halla en excelente forma —dijo Graves—. Hay más de un millón de dólares en acciones, obligaciones y bonos hipotecarios. En este libro Mayor consta una lista de todos ellos. El señor Norton fue siempre particularmente cuidadoso en todo lo que se refería a sus obligaciones como depositario y llevaba siempre las cuentas al día sin falta.

—¿Hay algunas obligaciones pendientes en las cuentas de ese depósito? —indagó Mason.

—No, señor. No se debe ni un solo dólar. Los asientos del activo están limpios de toda obligación.

—¿Y qué me dice entonces acerca de la cuenta personal del señor Norton..., es decir, prescindiendo de los negocios que tenía en sociedad con Crinston?

—No le podré explicar muchas cosas acerca de lo que ahora me pregunta —repuso el secretario—. El señor Norton llevaba sus

asuntos privados en tal forma, que necesitaba muy poca contabilidad, y la mayor parte de ella la llevaba en su cabeza. Prácticamente, todas las transacciones comerciales figuraban en la sociedad Crinston y Norton. Los asuntos particulares del señor Norton se limitaban a la compra de acciones y obligaciones en oro, las cuales guardaba en una caja alquilada en un Banco.

—¿Sabe usted si hay algún testamento? —preguntó el abogado.

—Sí, señor; existe un testamento. Ignoro dónde se guarda la copia. Creo que está en algún rincón de esta misma caja. Tengo entendido que, en general, se lo deja todo a la señorita Celane. Verá usted: como el señor Norton no tenía otro pariente cercano...

El agente de policía dijo, como por casualidad, unas palabras que les llegaron a ellos a través de una neblina formada por el humo del cigarrillo, que continuaba saliendo de su boca conforme hablaba.

—Bien mirado, he aquí un lindo negocio para esa señorita Celane. Ahora cobrará su depósito, limpio de polvo y paja, y además le darán un saco de dinero del que tenía el viejo.

Perry Mason hizo como si no hubiera oído el comentario; sin replicar nada, continuó dirigiéndose a Don Graves.

—¿No sabe usted el sitio exacto en que se puede encontrar el testamento? —le preguntó—. ¿Se ve usted capaz de hallarlo?

—La mayor parte de sus documentos personales los guardaba en esta casilla que ve usted aquí, en la caja —dijo Graves, señalando una abertura.

Perry Mason se acercó al arca, metió la mano en el departamento señalado y extrajo de él un manojo de papeles.

—Veamos —dijo—. He aquí una póliza de seguro de vida contratada con la «Prudencial»; su importe es quinientos mil dólares. El beneficiario es el heredero.

—Sí, señor —replicó el secretario—. Encontrará usted varias pólizas de seguro de vida, cuyo capital en efectivo entrará a formar parte de la herencia. Estas pólizas fueron contratadas para disponer de efectivo suficiente con que pagar los derechos reales de la herencia, sin necesidad de vender ningún valor con una posible pérdida.

—Es una buena idea —comentó el abogado—. Aquí veo más

pólizas. Haga el favor de ir extendiendo una lista de ellas.

Después tomó un pequeño cuaderno de notas con tapas de cartón bien conservado, que apareció debajo de las pólizas.

Perry Mason lo examinaba lentamente, dándole vueltas entre las manos.

—Parece un registro de datos de su automóvil —dijo—, una estadística de las millas recorridas.

Don Graves sonrió.

—Sí —dijo—, ésa era una de las rarezas del señor Norton. Necesitaba siempre apuntar todas las cosas al minuto; tenía la manía de que los relojes marcasen los segundos exactos; llevaba una cuenta de cada milla que recorrían sus automóviles. Le gustaba saber con precisión qué recorrido conseguía con cada galón de gasolina y de aceite. Me figuro que le hubiese podido explicar, hasta con fracciones de centavo, cuánto le costaba el funcionamiento de cada uno de sus automóviles.

—¿Cuántos coches tenía? —preguntó Mason manoseando el librito de notas.

—Poseía tres: el «Buick» sedán, un cupé «Ford» y un «Packard» roadster.

—El «Packard» era el que solía conducir la señorita Celane, ¿verdad? —preguntó el abogado.

—El mismo —respondió Graves—, y por eso no encontrará usted muchos datos referentes a él. Era lo que más le desesperaba al señor Norton: que la señorita Celane no quisiera nunca apuntar las cifras completas de sus recorridos.

—Ya lo veo —comentó Mason, hojeando el libro—. Pero la de los otros están exactamente registradas, ¿no es así?

—Sí, señor.

—La señorita Celane no tenía la costumbre de conducir los demás coches, ¿verdad?

Don Graves lanzó al abogado una rápida y significativa mirada.

—No —fue su breve y seca respuesta.

Negligentemente, Perry Mason abrió el librito de apuntes por la sección cuyos datos se referían al sedán «Buick» y leyó por encima las diferentes anotaciones que allí estaban inscritas y que detallaban las millas recorridas. A juzgar por lo que veía, el difunto caballero

había registrado una serie de particularidades relativas a cada milla hecha por el «Buick», pues allí existían notas que describían la clase de camino por donde había ido, el término de los respectivos viajes, la velocidad media alcanzada en el trayecto total, y muchos otros datos que representaban una masa de minuciosidades que cualquiera hubiese considerado inútiles, excepto un cerebro que se vanagloriase de calcular el costo de un coche hasta la más pequeña fracción.

El abogado aparentó interesarse mucho por tales anotaciones, conforme hojeaba el cuaderno, hasta que su vista recayó en el último apunte referente al sedán «Buick» y que decía como sigue: «15.294,3 millas; salgo de casa para ir al Banco. Llego al Banco a las 15.299,5 millas. Salgo del Banco y llego a casa a las 15.304,7 millas. Ordeno a Devoe que llene el depósito de gasolina».

Perry Mason se fijó en la fecha, descubriendo que era la misma en que Norton había encontrado su muerte.

—Aquí veo —indicó, sin dar importancia a sus palabras— que su jefe fue al Banco el día del crimen.

—¡Ah! ¿Sí? —exclamó Don Graves.

—Me gustaría saber —dijo el abogado— si fue entonces cuando sacó el dinero..., es decir, esa cantidad en efectivo que llevaba en la cartera.

—Siento mucho no poder confirmar esa suposición, porque lo ignoro —replicó el secretario.

—¿Sabe alguien por qué tenía encima tan importante suma de dinero en billetes? —preguntó, intrigado, Mason.

—No, señor —contestó Graves, de modo rotundo.

—Estoy por creer que su jefe era víctima de un *chantaje* o algo por el estilo —indicó el abogado, mientras sus pacientes ojos escudriñaban, por debajo de sus espesas cejas, la expresión del secretario.

Don Graves aguantó la mirada sin alterar en lo más mínimo su rostro, pues ni siquiera se pudo observar en él un ligero pestaño.

—Me resisto a pensar semejante cosa, señor Mason.

El abogado asintió con un movimiento de cabeza, guardándose después el librito en uno de sus bolsillos.

—Dispéñeme que le interrumpa un instante —dijo el agente de

policía—, pero, ¿no le parece a usted que ese carnet debe guardarse aquí, con el resto de los documentos?

Mason sonrió.

—Tiene usted razón —contestó—. Se parece tanto a un librito de notas que a veces llevo conmigo, que sin darme cuenta me lo metí en el bolsillo.

Y entregando el carnet al secretario, se puso en pie y lanzó un bostezo.

—Bien —añadió—; me parece que ya he terminado con todos los detalles que me pueden ser necesarios, como primera investigación preliminar. Desde luego, habremos de hacer un inventario detallado de estas cosas, pero lo dejaremos para otro rato.

—Podríamos tomar ahora mismo ese inventario, si es que usted lo necesita —indicó Graves.

—¡Oh, no pienso yo lo mismo! —exclamó Mason, bostezando de nuevo—. Hay aquí un buen montón de cachivaches cuya relación nos llevaría mucho tiempo; probablemente traeré a mi mecanógrafa cuando lo vayamos a hacer, para que nos ayude a tomar notas bien detalladas. A mí me aburren esos trabajos tan minuciosos.

—¿Y en qué queda lo del testamento? ¿Debemos seguir buscándolo? —preguntó Don Graves.

El representante de la Policía tiró al suelo la colilla de su cigarrillo y les dijo:

—Por mí pueden ustedes volver cuando gusten. No me moveré de aquí.

—Magnífico —comentó Mason, sin poner ningún entusiasmo en la palabra. Después encendió un cigarrillo y salió del despacho, en actitud displicente.

Luego de bajar por la amplia y suntuosa escalera, abrió la puerta principal y se detuvo a pleno sol, aspirando el fresco aire de la mañana. Cuando estuvo seguro de que nadie lo observaba, bajó los escalones del porche de entrada, y avanzó por el camino, dirigiéndose al garaje. Allí abrió un poco la puerta, deslizándose dentro y acercándose al sedán «Buick», que se destacaba en primer término, muy bien conservado y con sus metales perfectamente pulidos por el cuidadoso chófer, que a la sazón se hallaba detenido

y sobre quien pesaba una acusación de asesinato.

Perry Mason abrió una de las puertas delanteras del sedán, entró en el coche y sentóse frente al volante, encendiendo el alumbrado del tablero y consultando el indicador de velocidad y de recorrido. Las cifras marcaban 15.304,7 millas.

El abogado se quedó mirando aquellos números durante un momento; luego, apagó las lamparitas del tablero. Se deslizó fuera del automóvil y cerró cuidadosamente la portezuela del vehículo. Al salir del garaje, se detuvo un momento para ver si alguien le había estado observando; después retrocedió hasta la puerta principal de la casa.

Conforme volvía a entrar en su interior, vislumbró la silueta del ama de gobierno.

Sus relucientes ojos negros le vigilaban inflexiblemente.

—Buenos días —le dijo ella.

—Buenos días —replicó Perry Mason.

La mujer bajó un poco el tono de su voz, para decir:

—Estoy esperando una respuesta a lo que le dije antes, señor abogado, y la necesito muy pronto.

—La tendrá usted —repuso Mason—. Y a propósito, ¿dónde está la señorita Celane? ¿Está levantada?

—Sí, señor; ya está levantada. Está tomando el desayuno en su habitación.

—Salúdela de mi parte y pregúntele si me puede recibir ahora mismo.

Los brillantes y oscuros ojos del ama de llaves se clavaron, escrutadores, en el rostro del abogado; éste aguantó la mirada en una sincera actitud de resignada paciencia.

—Voy a ver —dijo la señora Mayfield.

Y volviéndose, se marchó con rápidos y agresivos pasos hacia el dormitorio de la joven.

Perry Mason encendió un cigarrillo con toda tranquilidad, tomó de él solamente una sencilla y reposada inhalación, tras lo cual se decidió a estudiar el humo que se desprendía del extremo encendido.

Al fin, oyó los pasos del ama de llaves, que se acercaba hacia él.

—La señorita Celane dice que no hay inconveniente en que

usted hable con ella mientras toma su desayuno —fue la respuesta que trajo aquella mujer—. Haga el favor de venir por aquí.

El abogado siguió al ama de llaves a lo largo de un pasillo y hasta la puerta del dormitorio de Fran. Su acompañante la abrió franqueándole la entrada.

—Aquí es, señor Mason —dijo—. Puede usted entrar... —Y añadió en tono más bajo—: Recuerde que necesito una respuesta.

El abogado penetró en la habitación, oyendo un instante después que la puerta se cerraba de golpe tras él, lo que demostraba el mal genio del ama de llaves.

Frances Celane, vestida con un *negligé* de seda, estaba ovillada, más bien que sentada, sobre un sillón muellemente tapizado. Una ligera mesita, junto a un sillón, contenía una bandeja llena de platos vacíos. Entre ellos sobresalía una enorme cafetera, que había sido retirada al fondo de la bandeja, y una humeante taza de café era sostenida entre las puntas de los finos dedos de la mano derecha de la joven. En la izquierda sostenía un cigarrillo.

Sus oscuros ojos, que parecían intencionalmente inexpresivos, se fijaban en el abogado. En el rostro de la muchacha podía apreciarse cierto tinte rojizo, aunque los labios no revelaban la menor traza de carmín. Diríase que el *negligé* había sido escogido por su elegancia, más que por lo que pudiera abrigar:

—Buenos días —dijo Mason, fijándose apenas en el *negligé*—. ¿Ha podido usted dormir algo?

—Sí, al fin me tumbé en la cama —contestó ella, contemplándole con gran atención. Luego separó de su boca el cigarrillo y sacudió la ceniza en el borde del platillo que sostenía la taza de café.

Perry Mason avanzó, y a su vez dejó caer también la ceniza del suyo en el mismo plato.

—Me figuro —dijo ella— que usted viene por dinero.

—¿En qué funda esa suposición? —inquirió él.

—Tengo entendido que los abogados necesitan siempre dinero.

Mason hizo un ademán de impaciencia, y dijo:

—Pues se equivoca usted, porque no venía para eso. ¿Cómo se le ha ocurrido escoger este preciso momento para hablar de tal asunto?

—Porque aquí tengo separado algún dinero para usted —replicó ella.

Los ojos del abogado se mostraron fríamente cautelosos mientras preguntaba:

—¿Es un cheque?

—No —dijo la joven—, en efectivo. ¿Quiere usted tener la amabilidad de alcanzarme mi bolso? Está allí encima, en ese tocador.

Perry fue a buscar el bolso y se lo entregó a ella, la cual lo abrió, manteniéndolo en una posición estudiada para que el abogado no pudiese ver el contenido. Después de manipular en el interior con sus rosados dedos por espacio de unos segundos, sacó un manojo de billetes.

—Aquí tiene usted algo en calidad de anticipo —dijo la muchacha.

Perry tomó el dinero que le ofrecían, observando que se trataba de billetes de mil dólares, tersos y nuevecitos. Había diez de ellos. Después se quedó mirando a la joven, durante unos instantes, tras los cuales dobló los billetes y se los guardó en un bolsillo.

—Muchas gracias —le dijo—. ¿De dónde los ha sacado usted?

Los ojos de Fran supieron contener a tiempo la expresión que iba a asomarse en ellos.

—Eso es cosa que no debe preocuparle —exclamó—. Usted es un abogado a quien se le paga para que me represente, no para que se dedique a investigar en mis asuntos personales.

Él permaneció de pie en actitud retadora, contestando con una sonrisa a la rabiosa actitud de ella.

—Ese mal genio que usted tiene —le dijo a la joven— la pondrá en un apuro el día menos pensado.

—¡Oh! —exclamó ella, muy quemada—. ¿Cree usted eso..., lo cree usted de verdad?

—Estoy seguro de ello —replicó el abogado—. Usted patina sobre hielo muy delgado. Conviene que aprenda a refrenar su carácter y usar juiciosamente su cabeza.

—¿Quiere usted explicarme lo que ha querido decir con esa chiflada comparación de patinar en hielo delgado?

—Me refería —replicó él, en frío tono— a las razones que usted

haya podido tener para rehuir una explicación más detallada a mis preguntas de ayer noche o, más aún, a las de esta madrugada.

—¿De qué se trata?

—Del hecho de que usted tomase el «Buick» de su tío, sin previo permiso de él, y de que, si no recuerdo mal su historia, estuviera luego corriendo por los alrededores, a toda velocidad, como medio de templar sus nervios.

—Siempre hago eso —dijo la joven, con voz que repentinamente se había vuelto cautelosa— cuando me irrito. Es una cosa que calma en seguida.

El abogado persistió en su glacial sonrisa.

—¿Sabe usted hasta dónde llegó con el automóvil?

—No. Recuerdo que lo conduje durante una hora o cosa así. Mi pie no se cansaba de apretar a fondo el pedal del acelerador. Mantuve el coche a la máxima velocidad la mayor parte de ese tiempo.

—¡Qué lástima —exclamó él— que el contador de kilómetros estuviera desconectado!

Ella se le quedó mirando con sus oscuros ojos muy abiertos por aquella brusca sorpresa.

—¿De qué está usted hablando? —le preguntó al abogado, pronunciando lentamente las palabras.

—Acerca del curioso hecho de que el dietario de su tío contenga detalles de cada una de las millas que su «Buick» había recorrido.

—¡Ah! ¿Sí? —preguntó la joven, cautamente.

—Sí —confirmó Mason, muy seco—. Hizo un apunte del recorrido realizado por el coche desde el Banco hasta esta casa, según el cual resultaba que arrancó cuando el contador marcaba quince mil doscientas noventa y nueve millas con cinco y luego aquí señalando quince mil trescientas cuatro con siete.

—Bien —dijo ella, y luego preguntó—: ¿Y qué tiene que ver el que apuntara eso?

—Cuando esta mañana revisé el contador del «Buick» sedán de su tío —contestó el abogado muy lentamente—, seguía marcando quince mil trescientas cuatro millas con siete.

La muchacha se le quedó mirando con unos ojos que el pánico oscurecía aún más. Su rostro se había vuelto casi blanco de repente.

Intentó dejar en la bandeja la taza de café pero sin acertar a colocarla en su plato. La taza osciló por un instante sobre el borde de la bandeja, y después se estrelló en el suelo, esparciendo los restos del líquido en la alfombra.

—Usted no había pensado en eso, ¿verdad? —preguntó Perry Mason.

Ella continuó contemplándolo en mudo silencio, con su rostro pálido hasta en los labios.

—Ahora —dijo el abogado, muy suavemente—, tal vez me perdone usted que repita mi pregunta: ¿De dónde ha sacado ese dinero que acaba de darme?

—Lo conseguí de mi tío —contestó la joven, en lentas palabras.

—¿Poco antes de su muerte? —preguntó Mason.

—Poco antes de su muerte —confirmó ella.

—¡Oh, «antes» de su muerte! —exclamó el abogado, de un modo muy significativo.

La intención con que acababa de pronunciar la palabra «antes» despertó un repentino temor en la joven.

—¿No pensará usted...? —comenzó a decir.

Pero fue interrumpida por un golpecito dado contra la puerta del dormitorio, tras el cual entró el ama de llaves; ésta quedóse contemplándolos.

—Me parece haber oído un ruido como si hubiesen dejado caer algo al suelo —dijo la recién llegada.

La muchacha señaló los restos de la taza de café, que yacían sobre la alfombra.

—Tiene usted unos oídos muy finos —dijo Perry Mason de modo intencionado.

La señora Mayfield dirigió hacia él la mirada de sus relampagueantes y retadores ojos.

—Dios me ha dado una buena pareja de oídos —replicó ella—, y los uso como es debido.

—¿Hasta el extremo de escuchar detrás de las puertas? —preguntó el abogado.

Frances Celane intervino, en tranquilo tono, diciendo:

—No se preocupe por eso, señor Mason. Me considero perfectamente capaz de disciplinar a mis criados cuando se lo

merecen.

El ama de gobierno se agachó para recoger los trozos de la taza y colocarlos en la bandeja; después se volvió de espaldas al abogado y le dijo a Frances Celane:

—¿Quiere usted que le traiga otra taza?

—Sí —contestó la joven—, y un poco más de café caliente.

La señora Mayfield retiró la bandeja y salió de la habitación.

El tono de voz de Perry Mason fue ronco y áspero, al decir:

—Si yo me he de encargar de este caso, no necesito que usted se meta en mi trabajo. Esa mujer nos estaba espiando. Esta madrugada han intentado hacerme víctima de un *chantaje*.

Frances Celane simuló interesarse mucho por lo que oía.

—¿De veras? —preguntó al abogado, en una forma que denotaba que su espíritu se hallaba ausente de tal interés.

Perry Mason la miró fijamente.

—Sí, tal como se lo digo —repuso a la pregunta de la joven, y luego añadió—: Y aún estoy esperando su explicación de por qué el viaje que hizo usted en el sedán «Buick», a tan gran velocidad, no quedó registrado en el contador.

Frances Celane saltó de su asiento, y como si hubiese olvidado la presencia del abogado, empezó a quitarse prendas de vestir de su esbelto cuerpo.

—¿Qué está usted haciendo? —le preguntó él.

—Vestirme para añadir algunas millas a ese maldito «Buick», mi loco amigo —le soltó, con un acaloramiento un tanto festivo.

—¿Y me querrá usted contar algo acerca de dónde estuvo anoche a la hora del asesinato?

Ella tiró al aire la última de sus prendas caseras y empezó a vestirse con un traje de calle.

—No diga tonterías —le replicó.

—Yo la podré ayudar muchísimo más —insistió Mason— si usted me dice la verdad de lo ocurrido.

Ella movió su linda cabecita.

—¡Largo de aquí! —gritó por toda respuesta.

Perry Mason se volvió hacia la salida con toda dignidad.

—Muy bien, obedezco —dijo, y de un tirón abrió la puerta.

El ama de llaves estaba de pie al otro lado de aquélla mirándole

con malévolos y rutilantes ojos, y en sus labios se dibujaba una sonrisa no exenta de cierta expresión de triunfo sardónico. En una de sus manos llevaba un plato con una taza de café, mientras en la otra sostenía una cafetera.

—Muchas gracias, señor Mason —le dijo—, por haberme abierto la puerta —y se deslizó en el dormitorio.

Capítulo 10

George Blackman hacía todo lo posible por presentar una apariencia impresionante. Se peinaba el cabello completamente hacia atrás a partir de su alta frente, procuraba hablar siempre con una profunda y resonante voz, y en su indumentaria no faltaban nunca unos ostentosos quevedos de los cuales pendía una ancha cinta negra. Se le podía haber tomado por diputado o banquero, pero no era otra cosa, en realidad, que un abogado criminalista.

Tan sólo una ligera inquietud que se reflejaba en sus ojos desmentía algo aquel cuadro de impasible respetabilidad intelectual que trataba de presentar ante el público.

En el momento en que lo encontramos contemplaba a Perry Mason por encima de la mesa de despacho de éste.

—Tengo entendido que usted es el abogado de la familia —decía.

Los ojos de Perry Mason se mostraron impasibles y pacientes.

—Actúo en representación de la señorita Celane, para liquidar el asunto del depósito de su herencia —explicó—, y también represento a Arthur Crinston, que es el miembro superviviente de la sociedad formada por el señor Norton. Se ha hablado algo acerca de nombrarme apoderado de los albaceas del testamento, pero no está muy bien que yo represente al mismo tiempo al socio del difunto caballero y a su albacea.

El señor Blackman hizo una mueca, de la cual no pudo eliminar el reflejo de la envidia que sentía.

—Es usted muy afortunado —dijo— al poder reunir tantos honorarios en un solo asunto.

—¿Es de eso de lo que usted venía a hablarme? —preguntó Mason, muy fríamente.

La expresión de Blackman cambió por completo.

—He venido a comunicarle a usted —explicó— que representaré a Peter Devoe, el chófer, sobre quien recae una acusación de asesinato.

—¿Le parece un buen asunto? —preguntó Mason, quitando importancia a sus palabras.

Su interlocutor no pudo evitar un respingo.

—Usted debe de estar bien enterado del caso —replicó.

—Si he de decir la verdad —confesó Mason, hablando con un descuido premeditado—, no sé ni una palabra. He estado tan ocupado con otros aspectos del problema, que apenas he tenido tiempo de estudiar el asesinato en sí mismo.

—¡Embustero! —exclamó Blackman, de un modo explosivo e inevitable.

Mason le miró, muy digno y un tanto resentido.

Blackman se inclinó hacia delante, y descargó un impresionante golpe sobre la mesa.

—¡Óigame, Mason! —exclamó—. ¡A mí no me venga usted con martingalas! Entérese de que tiene usted enfrente a alguien que desarrollará un juego tan astuto como pueda serlo el suyo.

—¿Lo cual quiere decir que...? —preguntó Perry Mason.

—Quiere decir que no le será posible repantingarse cómodamente en su cargo, acaparar lo que aquí se puede cobrar y sacar libres a todos sus patrocinados, mientras factura usted a Devoe hacia el patíbulo.

—Yo no facturo a nadie hacia ese lamentable sitio.

Blackman se agitó bajo la fría y penetrante mirada del hombre que se sentaba al otro lado del escritorio.

—Escúcheme —le dijo—. Voy a citarle algunos hechos. Aquí no hay nadie que pueda oírnos. Esto no es más que una conferencia privada entre nosotros dos. Usted defiende a las personas acusadas de un crimen, cuando se les puede cobrar unos buenos honorarios, y eso mismo hago yo. Cuando defiende a un acusado, obra usted en representación de él y de nadie más en la tierra. Combatiría usted con el mundo entero para proteger los derechos de sus clientes.

—Exacto —confirmó Mason, en un tono paciente e incoloro—; he aquí los detalles de cualquier abogado.

—Veo que estamos de acuerdo —continuó diciendo Blackman—. Sólo necesito añadir que yo también seré fiel a mi deber.

—Séalo —replicó Mason—. Ya ha dicho usted demasiadas cosas o demasiado pocas. Y me parece que puedo decirle si estamos en un caso o en otro.

—Perfectamente —repuso Blackman—. Voy a ser más claro: usted está procurando que esa joven Celane pase inadvertida y no se destaque del fondo de la cuestión. Hasta ahora, se las ha arreglado usted para conseguirlo de un modo bastante correcto. Después de todo, lo único que hay contra Peter Devoe es una de esas pruebas circunstanciales, una prueba circunstancial bastante débil, por cierto. El pobre hombre estaba allí cerca, acostado en su cama y bastante embriagado; así resultó fácil que cualquiera escondiera aquel bastón en el cuarto y los dos mil dólares en sus ropas.

—Usted olvida el testimonio de Don Graves —dijo Mason—, que vio con sus propios ojos cómo se cometía el asesinato. No tiene usted en cuenta el hecho de que, según ha declarado el señor Crinston, Edward Norton había llamado a su chófer en cuanto Crinston salió del despacho.

—Yo no olvido nada y lo tengo en cuenta todo —replicó Blackman, de un modo decidido, mientras sus ojos se clavaban agresivos en el rostro de Mason—, y recuerdo, asimismo, el hecho de que estuviese mezclada una mujer en la escena descubierta por el secretario.

—¿Sí? —preguntó Mason, en un tono sorprendido.

—Sí, señor —le repuso Blackman—, y no venga usted haciéndose el sorprendido. Lo sabía usted tan bien como yo.

—¿Qué es lo que yo sabía? —inquirió Mason.

—Que Don Graves vio a una mujer en el despacho de Norton, en tanto el asesinato era cometido.

—Don Graves no ha dicho tal cosa en la declaración que hizo ante la Policía, según tengo entendido —indicó Mason.

—Lo que ese hombre pueda haber declarado ante la Policía no tiene que ver con lo que yo le digo —replicó Blackman—. Lo que importa es la declaración que hará, como testigo de vista, en el estrado de la sala, cuando se vea la causa.

Mason miró hacia el techo y dijo, de un modo impersonal:

—De todos modos, si la declaración que hace ante la sala no coincide con sus primeras confesiones hechas a la Policía, todo lo que puede ocurrir es que su nueva versión tienda a debilitar el primitivo testimonio, particularmente en cuanto se refiere a esa mujer.

—Sí es posible —admitió Blackman.

Después siguió un silencio, que duró algún rato, hasta que Blackman, bajando el tono de su voz, dijo con cierto énfasis:

—Muy bien. Ahora ya sabe usted en qué punto me sitúo yo. Usted podrá acaparar todo el dinero que se maneja en este asunto, pero yo represento al hombre que ha sido escogido para hacer de mamarracho culpable. Necesito que la familia interesada coopere en la comedia, y a mí me hace falta algún dinero. De otro modo, ya me encargaré yo de levantar la tapadera.

—¿Qué quiere usted decir con eso de cooperar? —inquirió Mason.

—Mis palabras significan que a mí me hace falta que la familia ayude a producir en la Policía la impresión de que ellos no son vengativos, y que si Devoe hizo algo malo, también es cierto que lo hizo estando borracho, y que si el fiscal del distrito establece un alegato de homicidio casual, ellos se den por muy satisfechos. Por último, que no se olviden de mí al repartir la salsa.

—Así, pues, usted pretende que Frances Celane se entere de que se le va a pagar a usted para que Peter Devoe se confiese culpable de un asesinato casual, con objeto de mantener secreto cierto escándalo familiar. ¿Eso es lo que trata de darme a entender?

Blackman se puso en pie, con ponderada dignidad.

—Ya veo, señor abogado —dijo—, que ha comprendido perfectamente mis palabras. Estimo haber declarado mi posición de una manera leal y franca, y no me molestaré en replicar por mi cuenta a ese crudo resumen que usted me acaba de hacer.

Perry Mason empujó hacia atrás su sillón, retirándolo bastante de la mesa, se puso en pie en una actitud de desafío y clavó en Blackman una fiera mirada.

—No piense usted que va a conseguir nada de eso, señor Blackman. Aquí estamos solos, y ahora me va usted a decir qué es

lo que necesita, y me lo dirá con todas las palabras que sean precisas.

—No se haga el tonto —replicó el otro—. De sobra sabe usted lo que yo necesito.

—¿Qué es?

—Dinero.

—¿Qué va usted a dar a cambio de él?

—Le ayudaré a usted a que la señorita Celane siga pasando inadvertida.

—¿Hasta el extremo de obligar a Peter Devoe a confesarse culpable de un asesinato?

—Sí. Si me es posible conseguirlo.

—¿Es, acaso, el autor del crimen? —preguntó Perry Mason.

—¿Y por qué diablos nos ha de preocupar eso? —dijo Blackman, muy irritado—. Ya le he dicho que a mí me basta que le declaren culpable del asesinato.

—¿Cuánto dinero quiere usted?

—Necesito cincuenta mil dólares.

—Es demasiado dinero para que pueda figurar en concepto de honorarios —observó Mason en una voz que casi parecía indiferente.

—No lo veo yo así, si se tiene en cuenta el trabajo que voy a hacer.

—¿Como defensor de Devoe? —preguntó Mason.

—Como defensor de Frances Celane, si es eso lo que usted me quiere oír decir —replicó Blackman.

—Perfectamente —continuó Mason—. Como usted mismo ha indicado antes, aquí estamos los dos solos. No hay ninguna razón por la que no podamos hablar con toda franqueza. ¿Mató Peter Devoe a Edward Norton?

—Usted debe de saberlo —contestó Blackman.

—¿Por qué debo de saberlo?

—Porque ésa es su obligación.

—Pues no lo sé. Y por eso le pregunto a usted si su cliente hizo tal cosa.

—¿Para qué preocuparnos por eso? Ya me encargaré yo de que se declare autor de un asesinato casual.

—¿Por cincuenta mil dólares?

—Sí, señor; por cincuenta mil dólares.

—Usted está loco. El fiscal del distrito no aceptará nunca semejante alegato. Éste es un caso de asesinato impremeditado. Si se lo clasifican como de segundo grado, será lo mejor que puede conseguir.

—Podría llegar a conseguir una clasificación de homicidio casual si la familia quisiese ayudar y si Graves estuviese dispuesto a modificar un poco su declaración.

—¿Por qué ha de cambiar Graves su historia? —inquirió Mason.

—¿Y por qué vamos a hacer todos lo que vamos a hacer? —preguntó Blackman, en un sarcástico tono de voz—. ¿Por qué voy a hacer algo? ¿Por qué va usted a hacer algo? Nosotros no estamos mezclados en el crimen. Trabajamos por dinero. Y Don Graves puede también trabajar por la misma razón.

Lenta y ostentosamente, Perry Mason dio la vuelta al enorme escritorio, acercándose a Blackman. Éste le observaba con sus codiciosos ojos.

—Limítese a decir que está bien —indicó el ladino defensor del chófer—, y no tendrá que oír nada más acerca de tan enojoso asunto.

Perry Mason acabó por pararse junto a su visitante. Entonces le miró con unos ojos que no podían ser más fríos ni despectivos.

—Es usted un asqueroso gusarapo —le soltó a quemarropa con una voz que vibraba a impulsos del desprecio.

Blackman se encogió ligeramente.

—¿De qué diablos está usted hablando ahora?

—Hablo de usted —dijo Mason.

—No le concedo ningún derecho para hablarme de ese modo.

Perry Mason dio un rápido paso hacia delante.

—¡Sí, señor; usted es un sucio picapleitos, que vendería a su cliente por una propina de cincuenta mil dólares! —le gritó—. ¡Salga de esta oficina...! ¡Fuera de aquí ahora mismo!

El rostro de Blackman se contrajo de sorpresa.

—¿Cómo es eso? —preguntó—. Yo creí que usted escucharía mi proposición.

—Ya la he escuchado —replicó Mason—, y he oído todo lo que

necesitaba oír.

De repente, Blackman sacó fuerzas de flaqueza, y blandiendo su rígido dedo índice frente al rostro de Mason, le amenazó con estas palabras:

—¡Usted está tan enfangado en este asunto, que ya no puede desprenderse de él! De modo que, o acepta mi proposición, o va a oír unas cuantas cosas más acerca de ella.

Perry Mason alcanzó el dedo que el otro esgrimía y se lo agarró fuertemente con su mano izquierda. Después empezó a retorcer hacia abajo, y con tal fuerza, la mano de su agresivo interlocutor, que éste se vio obligado a lanzar un grito de dolor. Al oírlo, Mason aflojó repentinamente el dedo oprimido, no sin antes hacer un movimiento que obligó al otro abogado a volverse de espaldas, lo sujetó por el cuello de su chaqueta, con toda la fuerza de que era capaz su enorme y poderosa mano derecha, y le empujó hacia la puerta. Abriendo de un tirón la comunicación entre el despacho particular y la oficina exterior, soltó a Blackman con tal brusquedad que le obligó a salir dando traspiés, casi perdiendo el equilibrio, hacia el vestíbulo.

—¡Fuera de aquí, y que no se le ocurra volver a entrar! — exclamó.

Blackman no paró hasta casi más allá del centro de la oficina exterior; en cuanto pudo recobrar el equilibrio, se volvió, con el rostro lívido de ira, mientras sus quevedos se balanceaban colgados de la negra cinta.

—¡Se arrepentirá usted de esto —replicó—, más que de cualquier otra cosa que haya podido hacer en su vida!

—¡Largo de aquí —le ordenó Perry Mason, en voz no muy alta, aunque sí enérgica—, si no quiere que haga algo más desagradable!

Blackman se apresuró a buscar, tanteando el tirador de la puerta de salida, la abrió con inusitada rapidez y desapareció por el pasillo.

Perry Mason continuó en pie en el umbral de su despacho particular, espectacular con sus cuadrados hombros, sus pies apartados el uno del otro, mirando en actitud retadora hacia la puerta que se cerraba.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Della Street, con repentina

inquietud.

—Le he dicho a ese pájaro dónde tenía que ir —contestó Mason, sin dignarse mirarla, porque sus fríos ojos aún se clavaban en la puerta que daba al corredor.

Después se volvió, y entró de nuevo en su despacho particular, dejando a Della Street, que lo contemplaba con sus grandes y comprensivos ojos.

El timbre del teléfono sonaba cuando se dirigía a su escritorio. Descolgó el auricular, que acercó a su oído derecho, pudiendo oír la voz de Frances Celane, que decía:

—Tengo que verlo a usted inmediatamente:

—Muy bien —contestó él—. Estoy en mi despacho. ¿Puede usted venir aquí?

—Sí; pero preferiría que fuese usted quien viniese a verme.

—¿Dónde está usted?

—Cerca de mi casa.

—Yo creo —le dijo el abogado— que lo mejor que puede usted hacer es coger el «Buick» y venir aquí con él.

—No puedo ir en el «Buick» —repuso ella.

—¿Por qué no?

—La Policía lo ha sellado. Han sujetado la palanca del cambio de marcha y han puesto un candado en cada rueda.

Perry Mason lanzó un bajo silbido ante el micrófono del teléfono.

—En ese caso —indicó—, es preferible que coja usted el «Packard» y venga aquí tan aprisa como pueda. También conviene que se procure una maleta y meta en ella algunos trajes y ropa interior, pero todo esto debe hacerlo sin llamar mucho la atención.

—Estaré ahí dentro de veinte minutos —contestó ella, y colgó el aparato.

Perry Mason se puso el sombrero y se detuvo un momento para hablar con Della Street, conforme salía de su oficina.

—Espero que venga aquí la señorita Celane —le dijo—. Llegará dentro de veinticuatro minutos, y supongo que habré regresado antes que ella se presente; pero si no fuese así, condúzcala usted a mi despacho particular y cierre bien la puerta. No deje entrar allí a nadie. ¿Me ha comprendido bien?

Ella le miró de una forma reveladora de su rápida comprensión y asintió con un movimiento afirmativo de cabeza, al mismo tiempo que le preguntaba:

—¿Ha ocurrido algo malo?

El abogado hizo un breve ademán de confirmación y después sonrió, dándole unos amistosos golpecitos sobre el hombro.

Salió de la oficina, bajó en el ascensor y recorrió manzana y media, hasta llegar a la puerta del Segundo Banco Nacional de Depósito del Litoral.

R. W. Rayburn, vicepresidente de la entidad, miró a Perry Mason con duros y observadores ojos, y le dijo:

—¿Qué me cuenta usted, señor Mason?

—Soy el abogado de la señorita Frances Celane, la beneficiaria de un depósito que era administrado por Edward Norton —explicó Mason—. También vengo en representación de Arthur Crinston, miembro superviviente de la razón social Crinston y Norton.

—Muy bien —replicó el señor Rayburn—, así lo tenía entendido desde que he hablado con el señor Crinston.

—El día de su muerte —explicó el abogado—, el señor Norton salió de su casa, estuvo en un Banco y regresó nuevamente a su domicilio. A mí me gustaría saber si fue en este Banco donde estuvo, o si se dirigió al Nacional de Labradores y Comerciantes, donde creo que también tenía una cuenta corriente.

—No, señor —repuso Rayburn, hablando lentamente—, vino aquí. ¿Por qué lo pregunta usted?

—Tengo entendido —dijo Mason— que su visita tenía por objeto procurarse una importante suma de dinero en billetes de mil dólares. Me interesa mucho saber si usted conoce alguna particularidad especial acerca de esa operación o si se conserva algún detalle relativo a los billetes que le entregaron.

—Tal vez —dijo Rayburn, de un modo significativo—, si usted pudiera ser un poco más explícito, le podría yo dar la información que necesita.

—¿Dijo el señor Norton —preguntó el abogado— para qué necesitaba aquellos billetes?

—No lo especificó —dijo Rayburn, con esa concisión y reserva propia de quien está dispuesto a no contestar más que a preguntas

concretas.

Mason respiró profundamente.

—¿Le pidió a usted, por anticipado, que le preparase cierto número de billetes de a mil dólares, cuya numeración fuera consecutiva? —inquirió el abogado.

—Sí, señor —confirmó el vicepresidente del Banco.

—¿Y le explicó posteriormente a usted que le gustaría mucho que usted conservara una nota de los billetes y averiguase cuándo eran presentados o depositados en algún otro Banco de la ciudad?

—Sí, señor, aunque no fueron ésas sus palabras exactas —respondió Rayburn, con cierta cautela.

—¿Dijo el señor Norton que se proponía usar aquel dinero para pagar con él a un *chantajista* y que le gustaría descubrir la identidad de la persona que lo depositara de nuevo en cualquier Banco?

—En efecto, aunque tampoco fueron ésas las palabras que empleó —dijo el banquero, repitiendo su respuesta anterior.

—Creo que tengo toda la información que me proponía pedirle a usted —dijo Perry Mason, sonriendo muy amablemente—, y me basta para mi propósito. Muchas gracias, señor Rayburn.

Y, después de despedirse, salió del Banco, dejando tras de él a un individuo cuya fría mirada se clavaba sobre su espalda en un afán de solapada curiosidad.

Mason regresó a su oficina, y allí hizo una seña a Della Street.

—Llame por teléfono a la oficina de detectives de Drake —le dijo—, y comuníqueme, de mi parte, que necesito que el propio Paul Drake se encargue de un asunto de la mayor importancia. Dígales también que me conviene que Drake venga a mi oficina, simulando ser uno de mis clientes, y que espere en la sala de visitas, hasta que yo le dé una nota de lo que tiene que hacer. Insista en que, durante el tiempo de su espera, finja ser, tan sólo, un cliente mío.

Ella le miró con ojos en que se pintaba una grave preocupación.

—¿Nada más? —le preguntó.

—Nada más —contestó el abogado.

—¿Y no quiere usted que la señorita Celane se entere de quién es Paul Drake?

—Usted límitese a hacer lo que yo le he dicho —le indicó Perry Mason—. No quiero que nadie sepa quién es Drake. Para todo aquel

que pueda presentarse en mi oficina, Drake debe pasar por un cliente que está esperando verme.

—Muy bien —replicó ella.

La joven secretaria se entretuvo un momento, contemplándolo con ojos que no hacían el menor esfuerzo para disimular su cariño.

Él le hizo una mueca tranquilizadora, y a continuación añadió:

—No se preocupe. Todo marcha bien.

—¿No se estará usted metiendo en un lío? —preguntó ella.

—Me parece que no.

—¿Y la señorita Celane?

—Esa no se puede meter en un lío, porque ya está dentro de uno muy gordo, ¡y con el agua al cuello!

—¿Lo sabe ella?

—Creo que sí.

—Supongo que no se dejará usted arrastrar dentro de ese conflicto, ¿verdad?

El abogado negó con lentas oscilaciones de cabeza.

—No —dijo—, espero que no. Aunque aún no puedo asegurarlo.

—¿Cuándo me lo podrá usted garantizar? —preguntó la secretaria.

—No antes de que la señorita Celane se decida a contarme la verdad.

—¿Y cuándo será eso?

—Pues cuando esa muchacha esté un poco más asustada que ahora.

Della Street arrugó el entrecejo, y dijo después, muy rápidamente:

—¿Y si nosotros la asustásemos?

Perry Mason agitó la cabeza, y en sus labios apareció una ligera sonrisa.

—No —dijo lentamente—, me parece que no hará falta.

Capítulo 11

Los pulgares de Perry Mason se apoyaban en las aberturas de su chaleco, mientras recorría, de un lado para otro, el espacio libre de su oficina particular.

Frances Celane, hundida en el enorme sillón de cuero negro, el mismo que había ocupado en su primera visita a la oficina, contemplaba con tranquilos ojos los paseos del abogado, volviéndolos alternativamente a derecha e izquierda, para mejor seguir los recorridos de aquél.

—Bien —dijo por fin la joven—, todavía no me ha preguntado nada acerca de por qué deseaba verle a usted.

—Ni me hace falta —replicó él—. Sé mejor que usted lo que está ocurriendo. Y todos mis esfuerzos se concentran en pensar lo suficientemente aprisa para adelantarme a los acontecimientos y estar bien situado antes de que se presenten.

—Estoy metida en un terrible mar de confusiones —contestó ella.

—¡Bien lo puede usted decir! —exclamó el abogado, reanudando sus tranquilos paseos por la habitación.

Siguió un largo período de silencio, y entonces Mason detuvo su marcha, se plantó, con los pies separados, y fijó su mirada en la joven.

—¿De dónde sacó usted aquel dinero que me dio? —le preguntó.

—Pues exactamente de donde ya le dije. Ese dinero procede de mi tío —explicó ella, con una voz fina y muy débil.

—¿Antes de que fuese asesinado, o después? —insistió Perry Mason.

—Antes.

—¿Cuánto tiempo antes?

—No mucho; es decir, un instante antes de que el señor Crinston llegase a casa.

—¿Cómo fue?

—Había cuarenta y ocho mil dólares —explicó Fran—. Mi tío me los dio y me dijo que estaba arrepentido de haber retenido mi asignación regular. Añadió que había decidido cambiar de conducta.

—¿La había acusado él, antes de esa noche, de haberse dejado intimidar por amenazas de alguien?

—No, señor, nunca me echó en cara tal cosa.

—¿Y le dio a usted ese dinero en efectivo?

—Sí.

—¿Había ido usted a verlo para comunicarle que necesitaba dinero?

—Lo único que le dije es que me hacía falta alguna cantidad y que la necesitaba en seguida.

—¿Y no dijo nada acerca de que él estuviese enterado de que a usted le querían hacer víctima de un *chantaje*...?

—No, señor.

—¿Es cierto que alguien la amenazaba a usted?

—¿Forma parte esa pregunta de sus investigaciones como abogado? —le preguntó.

—Sí, es necesario —repuso él.

—Lo confieso —dijo entonces ella—; yo estaba siendo víctima de un *chantaje*.

—Muy bien —comentó él—. ¿Acaso por parte del ama de llaves?

La señorita Celane se sobresaltó, levantando la vista hacia el abogado, con la alarma pintada en sus ojos.

—¿Cómo lo ha podido saber usted?

—Lo sospechaba, nada más —contestó Masón—. ¿Cuánto le ha dado usted a ella?

—Se lo di todo —contestó la joven—. Todo excepto los diez mil dólares que le he dado a usted.

—¿Quiere eso decir que usted no conserva en su poder ninguno de aquellos billetes de mil dólares?

—Así es, en efecto.

—Pues escúcheme ahora. Es necesario que nos compenetremos

bien acerca de todo esto y que hablemos claro. Usted está metida en graves complicaciones, y yo quiero ver si la saco a usted de ellas, pero es necesario que yo me entere exactamente de lo ocurrido con ese dinero. ¿Es cierto que a usted no le queda nada?

—Ni un centavo —contestó ella.

Perry Mason sacó de su cartera los diez mil dólares que Fran le había dado y empezó a manosearlos entre sus dedos.

—¿Sabe usted —le preguntó a la joven— que todos estos billetes estaban numerados consecutivamente, y que la mayor parte de las instituciones bancarias de esta ciudad han recibido una lista de tales números?

—¡No! —exclamó ella, asustada.

—Bueno, pues es un hecho cierto. Los billetes de mil dólares no son tan numerosos; de modo que siempre atraen la atención de los empleados cuando alguien los presenta para depositarlos, y se hace casi necesario llevarlos a un Banco, si se quiere cambiarlos. Los comerciantes no suelen disponer, en sus cajas, de efectivo suficiente para cambiar mil dólares.

Perry Mason se acercó a su escritorio, tomó de él un largo sobre de grueso papel de Manila, encerró en el mismo los diez billetes de a mil dólares, desenroscó el capuchón de una pluma estilográfica y dirigió el sobre a Carl S. Balknap, calle Decimoquinta, número 3298, Denver, Colorado; después oprimió con su dedo índice un botón que había en el lado derecho de su mesa, lo cual sirvió para que se presentase su secretaria.

Cuando Della Street abrió la puerta, Perry Mason le tiró, desde lejos, el sobre, con un enfadado gesto.

—Franquéelo y mándelo al correo —le dijo—. Como carta.

Ella echó una ojeada a la dirección.

—No sabía que hubiéramos tenido correspondencia con ese señor Balknap —observó la secretaria.

—Pues ahora la tenemos —le replicó el abogado—. Envíela certificada.

Ella asintió sin palabras, al mismo tiempo que lanzaba una rapidísima e investigadora mirada a Frances Celane; luego desapareció de nuevo por la puerta de la oficina exterior.

Perry Mason se volvió hacia su visitante.

—Perfectamente —le dijo—. Ese sobre estará en manos del correo durante los próximos días. Lo más probable es que me lo devuelvan. Entre tanto, nadie podrá encontrar ese dinero sobre mi persona. Ahora, ¿por qué no le contó usted a la Policía, antes que cualquier otra cosa, lo que me ha dicho a mí?

Los ojos de la joven relampaguearon repentinamente con negros reflejos.

—¡Esto es cuenta mía! —exclamó—. Yo le he contratado a usted, como abogado, para que represente mis intereses. No se piense que se me puede usted plantar delante y dictarme lo que debo hacer y lo que no debo hacer.

Él dio unos pasos hacia la arisca muchacha y, cuando estuvo cerca de ella, le dijo:

—Tendrá usted que contener ese mal genio o marchará derechita al patíbulo, y conseguirá que le envuelvan la cabeza en un negro saco bastante feo. ¿Ha pensado usted alguna vez si le agradaría mucho que la cuelguen?

Ella se puso en pie y echó hacia atrás su mano derecha, como si se dispusiera a dar una bofetada al abogado.

—Se ve que usted ha sido durante toda su vida una pequeña Fierabrás consentida —siguió diciendo Perry Mason—. Mas ahora se halla usted en una situación que no puede resolver por sí misma. Tan seguro como que está de pie, puedo anunciarle que la detendrán antes de que transcurran cuarenta y ocho horas, y las pruebas que se están acumulando contra usted le están creando una situación tan negra que ignoro si conseguiré sacarla de ella o no.

La evidente sorpresa que se reflejó en los oscuros ojos de la joven fue lo bastante intensa para que olvidase por completo su rabia.

—¿Detenida? ¿A mí... me detendrán?

—Sí, la detendrán por asesina —le dijo el abogado.

—Ya detuvieron a Devoe por ese asesinato —replicó ella—. Y el chófer fue quien lo cometió.

—Devoe es inocente —afirmó Perry Mason—. Es tan asesino como yo... es decir que, si él ha cometido el crimen, nadie podrá probárselo. Tiene junto a él a un abogado que sabe lo que lleva entre manos y que la arrastrará a usted dentro de este mal asunto.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Fran.

—Porque ha estado aquí, en esta misma oficina, hace menos de una hora, y así me lo ha dicho.

Ella se recostó en el sillón y quedóse contemplando a Mason, sin que en sus ojos se notasen vestigios del desaparecido malhumor, ya que entonces estaban muy asustados.

—¿Qué quiere ese hombre? —preguntó la joven.

—Dinero —contestó el abogado.

En el rostro de la muchacha se notaron señales de alivio.

—Muy bien —dijo—. Le daremos todo el que quiera.

—No le entregaremos ni un centavo —replicó Mason.

—¿Por qué?

—Porque se ha permitido amenazarla a usted con la muerte. Él no sabe con toda seguridad que usted está metida en un mal paso, pero lo sospecha. Ahora necesita asegurarse. Si yo hubiese accedido a tratar con él, le habría dejado convencido de que sus sospechas estaban bien fundadas. Ese hombre ha oído rumores en alguna parte y le conviene probarlos. Si yo me dispusiera a darle dinero, se aseguraría de que estaba en lo cierto.

—Entonces —preguntó ella—, ¿qué hizo usted?

La voz del abogado fue inflexible al responder:

—Lo eché de mi oficina.

—¿Sabe muchas cosas? —preguntó la señorita Celane.

—No muchas, pero sospecha una buena parte de ellas.

—Me asusta usted —confesó la joven, con una voz que casi era un sollozo.

—Tiene usted derecho a estarlo —declaró el abogado—. Ahora necesito más que nunca llegar al fondo de esta cuestión. Dígame exactamente lo que ocurrió cuando su tío fue asesinado.

Ella respiró profundamente, y después dijo, en voz baja y monótona:

—Yo estaba en casa. Había tenido una fuerte disputa con mi tío. Se portó muy amargamente conmigo, yo perdí mi templanza y dije cosas muy molestas.

—Lo creo —interrumpió el abogado, con seco acento.

—Sí, es mi defecto —admitió la joven, de un modo inexpresivo.

A estas palabras siguió un momento de silencio.

—Continúe —indicó Mason.

Mi tío sacó algún dinero de su cartera, no todo el que llevaba en ella, pues dejó todavía algunos billetes. No puedo decirle exactamente cuántos, pero empujó los que sacó hacia mí y me dijo que los cogiese. Añadió que había estado ensayando el cortar por completo mi asignación, para ver si de ese modo me hacía entrar en razón; pero que había terminado por darse cuenta de que conmigo no iba a conseguir nunca lo que se proponía. Dijo que, al fin y al cabo, se trataba de mi dinero, y que si yo quería derrocharlo, aquello era cuenta mía.

—Entonces, usted tomó el dinero —dijo el abogado.

—Sí, naturalmente.

—¿Y qué pasó después?

—Luego —explicó la joven—, se lo di todo, con excepción de diez mil dólares, a la señora Mayfield.

—¿Por qué hizo usted eso? —preguntó el abogado.

—Porque ella sabía que yo estaba casada, y se valía de esa noticia para amenazarme con decírselo a mi tío.

—¿Ocurrió eso antes de que Crinston entrase en la casa o después?

—¿Se refiere usted al momento en que yo le di el dinero a ella?

—preguntó la joven.

—Sí.

—Fue después.

—¿Quién vio cómo le entregaba usted el dinero a ella...? Más claro: ¿lo vio alguien?

—Bob Gleason.

Perry Mason se puso a silbar una tonadilla. Al cabo de un rato, preguntó:

—De modo que Gleason estaba allí, ¿eh?

—Sí, Gleason estaba conmigo —contestó ella, hablando despacio—. He ahí por qué declaré que yo no estaba allí.

—Muy bien —dijo Mason, poniéndose ceñudo—. Cuénteme algo más acerca de eso mismo.

—Usted ya sabe que nosotros estamos casados —repuso ella—. Bob llegó, conduciendo su propio coche, un «Chevrolet». Hay una puerta exterior que da a mi habitación y por ella llegó mi marido.

Yo le franquéé la entrada. Él estaba muy preocupado con las amenazas de la señora Mayfield, y con lo que mi tío pudiera hacer si le daban la noticia de nuestro matrimonio. Yo le dije que había hablado con mi tío y que no pude notar ninguna gravedad, pareciéndome que todo marchaba bien.

»Mientras nos hallábamos conversando, se presentó la señora Mayfield y nos exigió que le entregásemos inmediatamente dinero. Había estado escuchando detrás de la puerta, y parecía enterada de que mi tío acababa de darme una importante cantidad. Pero ella no sabía con exactitud a cuánto ascendía lo que mi tío me había entregado.

»Yo le dije que iba a darle todo lo que tenía. Entonces abrí mi bolso y le dejé llevarse lo que quedaba. Pero antes había separado diez de los billetes de a mil dólares, porque me constaba que usted iba a necesitar algún dinero y aproveché la ocasión para reservarle aquella cantidad. En realidad, yo no quería el dinero para ninguna otra cosa, sino sólo para usted y para ella. Por consiguiente, creí que mis asuntos iban a arreglarse, puesto que usted se ocuparía de mi herencia y a la señora Mayfield la tendría ya apaciguada en sus amenazas. Sí, pensé que podíamos vivir, unos cuantos días, por lo menos, libres de tantas preocupaciones y angustias.

—¿Y Crinston entró en aquel momento? —preguntó Perry Mason.

—Sí —contestó ella—; había llegado un poco antes. Yo oí el ruido del automóvil en que venía. Para ser más exacta, le diré que salía del despacho de mi tío cuando Crinston estaba a punto de entrar en él.

—¿Y Graves, el secretario, estuvo en la oficina exterior durante todo ese tiempo? —preguntó el abogado.

—Sí, no se movió de allí mientras ocurrían estas cosas, de las que tuvo que darse cuenta punto por punto. Ese hombre sabe mucho más de lo que declara. Conoce un montón de cosas acerca de los negocios de mi tío, y hasta casi aseguraría que también estaba enterado de lo que la señora Mayfield hacía conmigo.

—Perfectamente —comentó Mason—. ¿Qué ocurrió después?

—Verá usted —continuó la joven—; cuando la señora Mayfield hubo salido de mi habitación, yo abrí la puerta que daba al jardín y

me senté con Bob en los escalones de la entrada. Entonces se notó cierta conmoción en la casa, y yo oí que alguien bajaba corriendo y gritando por los escalones de la entrada principal; escuchando, me pareció entender algo referente a que mi tío había sido asesinado. Me di cuenta de que a Bob no le convenía de ningún modo permanecer allí, por lo cual le rogué que se apresurase a montar en su coche y partiera.

—¿Y usted se marchó con él?

—Sí, me fui con él.

—¿Por qué hizo usted eso?

—Porque no quería quedarme en aquella casa.

—¿Qué temía?

—Pensé que así prepararía una mejor coartada para Bob.

—¿Cómo se las arreglaron para salir de la finca?

—Hay un camino a lo largo de una callejuela trasera, que conduce directamente a la carretera. Por allí nos marchamos, y me parece que nadie en absoluto pudo oírnos.

—Muy bien. ¿Qué ocurrió entonces?

—Luego, yo regresé sola a casa..., es decir, hice que Bob me condujese a un lugar distante sólo dos manzanas del edificio, y allí bajé de su coche. Me deslicé a hurtadillas hasta mi dormitorio, y pude hablar con Don Graves. Él me puso en conocimiento de que mi tío había denunciado el posible robo de su automóvil «Buick» y que todos pensaban que yo debía estar paseando en él. Entonces me imaginé que aquello sería una buena coartada para mí, con la ventaja de eliminar de ella a Bob, que todos pensaban que yo debía estar paseando en él, por lo que declaré, como usted ya sabe, que yo había estado paseando con el «Buick», y a nadie se le ocurrió dudar de mis palabras.

—Está bien. ¿Y después?

—Ya sabe usted el resto. Todo el mundo tomó por cosa cierta que yo había estado conduciendo el «Buick», y me creía a cubierto de cualquier sospecha, hasta que usted me habló del contador de recorridos, diciéndome que no había registrado mi supuesta salida. Inmediatamente, salí para añadir unas cuantas millas a ese maldito contador del «Buick», pero me encontré en el garaje a un agente de policía que se burló de mí y me dijo que no podía disponer del

coche porque se habían incautado de él para presentarlo como prueba material.

—¿Y ya estaba sellado? —preguntó Perry Mason.

—Sí, señor. Habían puesto una larga cadena, cerrada con candados, que daba varias vueltas al eje delantero, pasando por entre los radios de las ruedas, y también estaba atada la palanca del cambio de velocidades.

—¡Eso sí que nos ha fastidiado! —dijo Mason, secamente.

Ella no replicó.

Al cabo de un instante, el abogado reanudó sus tranquilos paseos por el despacho, mientras la muchacha le observaba con sus oscuros y angustiados ojos, siguiéndolo con la vista, a un lado y a otro, en sus rítmicos recorridos.

—Usted va a tener una crisis nerviosa —dijo él, terminando aquella larga pausa—. Conozco a un doctor de quien puedo responder. Él la examinará, ordenando su entrada en un sanatorio.

—¿Qué ganaremos con esto? —preguntó la joven.

—De este modo dispondré de un poco más de tiempo para preparar ciertas cosas —replicó Mason.

—Pero..., ¿no seré más sospechosa cuando salga de ese refugio?

—No es fácil aumentar las sospechas que recaen sobre usted —explicó el abogado—. Desde el preciso minuto en que sellaron al «Buick», podemos estar seguros de que se están ocupando de este detalle del crimen. Yo intenté deslizar en mi bolsillo el libro de apuntes que contiene los recorridos de los automóviles de su tío, y traté de hacer que pareciese casual, pero el agente de policía que estaba allí no era lerdo, y no tuve más remedio que entregarle el libro.

—¿Sabía usted ya lo del contador? —preguntó la muchacha.

—Lo sospechaba.

—¿Y cómo se le ocurrió sospecharlo?

—Porque estaba seguro de que usted no me decía la verdad.

Los ojos de ella relampaguearon.

—¡No me hable de ese modo! —protestó.

El abogado se limitó a contestarle con un guiño. Al cabo de un instante, se había amortiguado todo reflejo rabioso en los ojos de ella.

—No se preocupe demasiado creyendo que no encontrará salida para explicar lo ocurrido con ese maldito automóvil —le dijo Mason—. Olvídelo, que ya le encontraremos solución.

—Pero es que por culpa de eso meteremos a Bob en el asunto —replicó ella—. Si la Policía se entera de que Bob estaba allí, se enredará mucho la cuestión, porque había una gran enemistad entre mi marido y mi tío.

—¿Vio Bob a su tío la noche en que éste fue asesinado? —preguntó Mason.

Ella empezó negando con la cabeza, mas luego dudó un momento y acabó por asentir con un movimiento afirmativo.

—Sí —dijo la joven—, lo vio.

—Y la razón de que haya cambiado ahora mismo su versión de los hechos y admita semejante cosa —dijo el abogado—, consiste en que, repentinamente, ha recordado que alguien sabe que Bob vio a su tío. ¿Quién es ese alguien...? ¿Don Graves?

Ella volvió a afirmar con la cabeza.

Perry Mason se dirigió a la puerta de la oficina exterior y se asomó a ella.

—Della —llamó—, telefonee al consultorio del doctor Prayton y diga que se ponga él mismo al aparato, que quiero hablarle al instante. Diga a la enfermera que se trata de un asunto de vital importancia... una cuestión de vida o muerte. Haga todo lo posible para que el propio doctor se ponga al habla y no pierda un segundo.

—Muy bien —contestó la secretaria—. Ha venido un tal señor Paul Drake, que le espera en la sala de visitas y dice que desea verlo a usted para un asunto personal. No me ha querido explicar de qué se trata.

—Perfectamente —replicó Perry Mason, hablando en voz alta—. Dígale que espere —y volvió a entrar en su despacho particular, cerrando la puerta de golpe.

—Ahora —le dijo a la señorita Celane—, usted sufrirá una terrible crisis nerviosa. A consecuencia de ella, la enviarán a un sanatorio bajo un nombre diferente del suyo. Desde luego, la Policía la encontrará más pronto o más tarde. A mí me conviene que tarde todo lo posible. No deje sospechar a nadie quién es usted, no demuestre un interés especial por las noticias de su caso que los

periódicos puedan publicar y, ocurra lo que ocurra, conténgase y no se deje llevar de su genio.

Ella se le quedó mirando de un modo interrogativo.

—¿Cómo sabré si puedo confiar en usted?

Él correspondió a su mirada con una tranquila expresión.

—Ésa es una de las cosas que puede usted entretenerse en ir pensando por su cuenta —replicó Mason—, pero recuerde que las cosas pueden cambiar muchísimo, según lo que usted haga.

—Muy bien —dijo ella—. Me decido a confiar en usted.

Él asintió con un gesto.

—En vista de ello —repuso—, encargaré que venga la ambulancia ahora mismo, antes de que el doctor Prayton llegue aquí.

Capítulo 12

Paul Drake, el detective, no satisfacía, por su aspecto, la concepción que la gente suele formarse de un policía particular; esto explica, tal vez, la razón de sus triunfos.

Era un hombre alto, con una larga nariz, que parecía adelantarse a husmear. Sus ojos eran saltones y vidriosos, y su rostro presentaba una perpetua expresión de festivo buen humor. Nunca se había apurado por nada. Los asesinatos eran cosa corriente en su vida; las intrigas amorosas, tan abundantes como los automóviles en la calle; y los clientes histéricos formaban parte de la diaria rutina de su trabajo.

Lo encontramos sentado en el enorme sillón de cuero negro y alto respaldo que ya nos es conocido, como parte integrante del despacho de Perry Mason; se había colocado oblicuamente, de modo que sus largas piernas estaban cruzadas por encima del brazo derecho del sillón. En la boca tenía un cigarrillo, que oscilaba, colgado de un ángulo de su labio inferior.

Perry Mason, acomodado detrás de su gran mesa, contemplaba al detective con sus pacientes ojos, que no perdían detalle en su tranquila manera de observar. Su aspecto podía compararse al de un veterano boxeador que descansara en su ángulo del ring, esperando el sonido del batintín.

Diríase que aquel hombre estaba dispuesto a abandonar su apacible y observadora actitud, para saltar del sillón y lanzarse a una rápida pelea, con ferocidad de tigre.

—Bien—dijo Drake—. ¿Hay algún dragón que se lo quiera comer a usted?

—Hace algún tiempo —contestó Perry Mason—, usted me habló de algo referente a unas «sombras misteriosas».

Paul Drake, plácidamente, daba chupadas a su cigarrillo. Sus vidriosos y protuberantes ojos contemplaban a Perry Mason con una expresión divertida.

—Veo que tiene usted muy buena memoria —dijo—, porque hace muchísimo tiempo de eso.

—¿Y qué importa cuándo fue? —repuso Mason—. Ahora necesito traerlas a escena.

—Hay alguien que le está molestando a usted, ¿verdad? —preguntó el detective.

—No es ése el caso —respondió Mason—. Pero me parece que ahora podríamos utilizarlas. Deme una somera explicación.

Paul Drake se sacó el cigarrillo de la boca y lo aplastó entre los dedos, soltándolo después en un cenicero.

—Es un truco que acostumbramos usar los detectives para ayudarnos en nuestro trabajo —explicó—. Ordinariamente, no lo citamos, no queremos hablar de ello... y menos aún con los extraños; con éstos, de ningún modo. Es un tercer grado psicológico. Se funda en la idea de que una persona a quien preocupe algún secreto que brille en su mente y que trata de ocultar a los demás, acaba por ser víctima de sus nervios en un momento u otro.

—¿Y cómo funciona ese sistema? —preguntó el abogado, sin dar entonación a su frase.

—Bien, pues, imaginémonos que usted está trabajando en un caso judicial y se figura que alguno de los encargados en él saben ciertas cosas... no cosas corrientes y sin importancia, sino algún secreto criminal que está tratando de ocultar a todo el mundo. Hay dos o tres recursos para engañarlo y conseguir que se le desate la lengua. Uno de ellos es el viejo truco de plantarle delante de las narices una mujer atractiva que lo conquiste y le haga hablar. Otro procedimiento es poner a su lado algún hombre simpático, que se haga pronto amigo de él y logre su confianza.

»Por regla general, cualquiera de estos sistemas da buen resultado. Pero hay veces en que se resisten a funcionar. En ciertas ocasiones se tropieza uno con un hombre prudente, poco dispuesto a caer en la trampa que le tiende una mujer; y si cae, no hay quien le haga soltar una palabra, sobre todo si llega a sospechar de los que le rodean, temiéndose que alguno de aquellos que le brindan

amistad pueda trabajar por cuenta de usted. Entonces es cuando usamos las sombras misteriosas. Se requieren dos personas para organizar una de esas sombras: en primer lugar, alguien que establezca relación con el sospechoso aunque no sea capaz de buscar en sus pensamientos íntimos ni hacerle hablar de ellos.

»Bueno, pues usted estudia el caso y escoge el momento y el sitio más apropiados, mientras la sombra misteriosa se mueve junto a su víctima. El hombre de contacto enciende el cohete, cuando llega el momento oportuno, mediante una señal convenida.

»Como es natural, y usted lo comprenderá muy bien, hacer de sombra es un trabajito clásico y definido, porque el público tiene ideas muy erróneas acerca del comportamiento de un espía, y de cómo cumple su cometido. El público se cree que el que hace de espía ha de ir disfrazado y debe permanecer escondido detrás de las puertas, o aprovechando postes y faroles, y demás tonterías similares. Cosas que la gente se figura a fuerza de ir al cine y de leer montones de novelas detectivescas, escritas por tontos que no saben nada acerca de nuestro trabajo de detectives.

»En realidad, el verdadero espía, es decir, el hombre de contacto, debe ser una persona normal, un ente cualquiera de aspecto inofensivo, y que casi nunca se vale de disfraces. Es decir, que conviene escoger para ese trabajo a un individuo de vulgar e inocente aspecto, a uno de esos mirones casuales que tanto abundan por las calles. Ocurra lo que ocurra, nuestro hombre nunca se atolondrará ni se le debe ocurrir esa majadería de esconderse tras una puerta. Por el contrario, su aspecto debe ser tan vulgar, que el sospechoso acabará por verlo como si formase parte del mobiliario que lo rodee, y nunca se le ocurrirá pensar que se trata de un individuo con ojos y oídos.

—Ya sabía yo todo eso, aunque de un modo general —repuso Perry Mason—. Lo que quiero que me diga usted concretamente, es el modo de organizar y poner en marcha ese juego de las sombras misteriosas.

—¡Caramba, pues es muy sencillo! —dijo el detective—. Pasa con él lo que con muchas cosas... que son muy simples cuando uno se toma el trabajo de analizarlas. El que ha de hacer de sombra misteriosa debe actuar del mismo modo que la persona vigilada se

figura o teme que un espía actuará cuando se presente. En otros términos: que no se limitará a vigilar al sospechoso, como lo haría un espía corriente, sino que se portará de una manera cruda y algo burda. Hará todas las cosas que el sospechoso esperaría, naturalmente, de un detective que lo persiguiera; se esconderá tras los postes, se agachará tras las puertas, y pondrá en práctica todas esas gansadas.

—Con lo cual, el sospechoso se dará cuenta de que lo están vigilando, ¿no es así? —preguntó el abogado.

—Precisamente —contestó Drake, sacando otro cigarrillo de una pitillera que llevaba en un bolsillo, y golpeándolo con suavidad sobre la uña de su pulgar izquierdo—. Verá usted: el hombre de contacto habrá establecido, mientras tanto, ciertas relaciones de amistad con el sospechoso. Sin embargo, supongamos que este último es un canario que no quiere cantar ni una palabra de lo que el hombre de contacto quisiera oírle decir; pues entonces es cuando el hombre de contacto tira de la cola a la sombra para que no deje en paz a su amigo. El sospechoso no se ha enterado hasta entonces de que le seguían, porque el que hace de sombra trabaja al principio de un modo muy discreto. Pero cuando las circunstancias son propicias, el hombre de contacto da la señal convenida, y entonces la sombra se hace visible y exagera su labor de un modo crudo. Empieza a agacharse detrás de los escondites, a vestir ridículos disfraces y a poner en práctica, en fin, los mil y un trucos de aficionado que le harían fracasar si su verdadero propósito fuese el de espiar eficazmente. Como es natural, el sospechoso tarda muy poco en enterarse de que le están vigilando.

»Entonces resulta muy divertido ver las tonterías que hace un hombre al descubrir que le siguen, sobre todo cuando se trata de una persona que no está acostumbrada a ello. Tan pronto como se entera de que alguien le va pisando los talones, empieza a ponerse nervioso; usualmente, lo primero que hace es acelerar el paso y mirar hacia atrás por encima el hombro. Desde luego, el hombre de contacto habrá puesto en evidencia el juego del falso espía, en un momento en que él acompañe al sospechoso, y lo pondrá más nervioso, acortando su paso y entreteniéndose, como un tonto, con el menor pretexto.

»De ese modo, el sospechoso se impacienta en su afán de huir, aumenta su excitación y, al verse contenido, pierde su serenidad y salta por encima de su decidida prudencia. Al cabo de un rato, y en noventa y nueve casos de cada cien, nuestro pájaro se volverá hacia el hombre de contacto, para explicarle que ha descubierto que lo sigue un detective y desea evadir la persecución. El hombre de contacto se mostrará dispuesto a ayudarle, lo cual hará que el sospechoso se sienta dispuesto a razonar su actitud y, en contra de sus convicciones, tome por confidente a su nuevo amigo.

—Supongamos que el sospechoso no le dice nada al hombre de contacto —indicó Perry Mason.

—Pues entonces —replicó Drake— es el hombre de contacto quien le dice algo al sospechoso. Le dará un amistoso golpecito en la espalda y exclamará, pongo por caso: «Escuche, amigo: a mí no me gusta meterme en los asuntos personales de los demás, pero, ¿sabe usted que alguien me está persiguiendo?» O bien puede decir: «Fíjese, mire a ese prójimo que viene detrás. Juraría que me sigue». Si el asunto de que se trata es un crimen, el hombre de contacto pretenderá que la sombra le sigue a él y, franqueándose, le confesará que él cometió un crimen en cualquier sitio y que está temiendo que los demás detectives hayan dado con su pista. Y le rogará al sospechoso que le ayude a dar esquinazo a la sombra que le sigue. Empezará a meterse corriendo en los portales, a fugarse en los ascensores que estén a punto de subir, a mezclarse y perderse dentro de cualquier aglomeración, y todos esos viejos recursos; y cuando el hombre de contacto haga una nueva señal, la sombra volverá a destacarse del fondo de la escena y el sospechoso se asustará aún más, con la idea de que puede ser él a quien están dando caza.

»Es un procedimiento de nuestro oficio, y algunas veces da buenos resultados. Casi siempre se consigue hacer hablar a una persona, cuando se la agujonea con una sombra misteriosa que la sigue de ese modo.

—Muy bien —dijo el abogado—. Pues ahora me conviene poner en marcha ese juego de la sombra misteriosa.

—Tal vez no necesite aún que le ayuden las sombras misteriosas —indicó Drake—. Ese método es una cosa que nosotros usamos tan

sólo como último recurso. Por regla general, basta el procedimiento del falso amigo para hacer hablar a la gente. Un individuo mañoso puede desplegar muchas tretas y conseguir que la persona sospechosa suelte las noticias que interesan.

—No —repuso Mason—, le estoy hablando de un caso especial para el cual necesito un agente de contacto que tenga ciertas dotes.

—¿A qué clase pertenece el pájaro perseguido? —preguntó el detective.

—Se trata de una mujer de mediana edad, que pretende haber trabajado de firme durante toda su vida. Por consiguiente, usted debe buscar a alguien que no se distinga por su particular belleza de figura, sino que tenga las manos arrugadas y un tipo algo grueso.

—Sí —dijo Drake—. Tengo la mujer exacta que conviene para este trabajo. Es astuta, lista y con gran experiencia. ¿Con quién necesita usted que se ponga en contacto?

—Con la señora Edna Mayfield, el ama de llaves de Edward Norton.

—¿Del hombre que fue asesinado?

—Sí, del hombre que fue asesinado.

Drake se puso a silbar una tonadilla.

—¿Piensa usted que acaso ha intervenido en el crimen? —preguntó.

—No sé exactamente si esa mujer está mezclada o no en el asunto —contestó Perry Mason, con lentas palabras—; pero sí estoy seguro de que sabe muchas cosas, y yo necesito enterarme de ellas.

—Creo que ya han pescado al prójimo que cometió ese asesinato, ¿no es así? —preguntó el detective, cuyos vidriosos ojos perdieron, de repente, su expresión de buen humor y reflejaron un rápido destello de curiosidad—. ¿No fue el chófer o alguna persona del servicio la que hizo tan linda faena?

—Así parece —replicó Mason, poco comunicativo.

—Creo que usted es el abogado de Frances Celane, la jovencita que resulta beneficiada por la fortuna que el muerto tenía en depósito y por el testamento de éste, ¿no es verdad?

—Sí.

—Bien. Ahora, dígame, con precisión, qué clase de noticias quiere usted que le saquemos a esa mujer.

—Todo lo que ella sepa —dijo lentamente Perry Mason.

—Supongo que usted se referirá a lo que tenga relación con el asesinato.

—Con eso y con cualquier otra cosa.

Paul Drake dedicó la mirada de sus turbios ojos a estudiar la punta de su cigarrillo y las volutas de humo que de él se desprendían hacia el techo.

—Escúcheme —le dijo el abogado—, seamos francos el uno con el otro. Lo conozco a usted bastante bien para suponer que cuando me pone a mí en marcha, con el fin de que le ayude en el trabajo de este caso criminal, es que se presenta algún aspecto en el que la Policía no ha caído aún.

—Yo no he dicho que necesite su ayuda en este caso criminal —replicó Mason, recalcando sus palabras.

—No —dijo Drake de un modo intencionado—, ciertamente, usted no ha dicho eso.

Hubo un segundo o dos de silencio, y entonces el abogado volvió a hablar con más lentitud y precisión que antes.

—Le requiero a usted para que investigue todo lo que el ama de llaves pueda saber. No puedo precisarle la clase de noticias que prefiero, pues me interesan todas.

Paul Drake se encogió de hombros.

—No me meta en confusiones —dijo—. Yo no soy curioso; por lo tanto, no es necesario que me engañe. Pero déjeme suponer que una parte de la información que esta mujer nos suelte no parezca muy favorable para su cliente. ¿Qué diría usted?

—Digo que necesito conseguir hasta esa información —contestó Perry Mason.

—¡Claro, ya me lo figuro! —exclamó Drake—. Mas, supongamos que tales detalles los conseguimos mediante un par de empleados que yo dedicaré a ese trabajo. Y supongamos también que los informes traten de algo que usted necesita conservar en secreto. Yo acostumbro usar gente de confianza entre los que trabajan para mí; sin embargo, las cosas tienen la mala costumbre de salir a relucir cuando menos falta hace.

—Sí —contestó Perry Mason, muy despacio—. Reaparecen a su debido tiempo.

Una vez más se produjo cierto intervalo de silencio.

—Bueno..., ¿y qué? —preguntó el detective.

—Yo creo —dijo el abogado— que tendremos un nuevo caso en que ocupamos, cuando hayamos de trabajar contra la acción del tiempo. Siempre he pensado que no habrá ningún detalle, entre los conseguidos por sus empleados, que no sea conocido por la Policía más pronto o más tarde. Necesito tenerlo yo más pronto, dejar que sea la policía quien se entere de él más tarde.

Drake asintió con la cabeza.

—Muy bien —dijo—. Ya me hago cargo de su plan. Sólo quería asegurarme de que no quedaba ninguna incomprensión entre nosotros. En mi negocio, incomprensiones equivale a clientes descontentos, y a mí me gusta que los míos queden satisfechos.

—Perfectamente —replicó Mason—. Creo que ya estamos de completo acuerdo. Vamos, pues, a tratar de otra cosa. Un individuo, llamado Don Graves, secretario del difunto Edward Norton, fue testigo de vista del asesinato que nos ocupa. Ese hombre ha contado una historia a la Policía, diferente de la que me relató a mí. Puede ser un elemento peligroso. Quisiera descubrir, de un modo confidencial, si es cierto que realmente vio a una mujer acompañando al criminal, en el instante en que éste descargaba su golpe, o si es un invento suyo que se dispone, conforme me dejó entrever, a incluir en sus futuras declaraciones, lo cual estorbaría bastante en mi gestión.

»Ahora, ¿cree usted posible poner a su lado a una persona hábil que, sin despertar sus sospechas, averiguase lo que en realidad va a declarar? Si fuera factible y hubiese algún medio de conseguirlo, me gustaría obtener de ese testimonio una declaración escrita y lo más parecida posible a la que piensa deponer ante el tribunal.

—¿Hay dinero para los gastos? —preguntó el detective.

—Todo el que haga falta —repuso el abogado.

—Bien, supongamos que busco a uno de mis mejores colaboradores y lo pongo en contacto con ese hombre, ante quien se presentará como como redactor de un importante periódico de sociedad, o escritor de una revista de esas que publican historias detectivescas legítimas; dirá que necesita el relato de un testigo visual del crimen, y tal vez de ese modo consiga obtener una

declaración jurada, manuscrita y firmada, siempre que al mismo tiempo le ofrezca una buena cantidad por ese trabajo.

—Sí —dijo Mason—, con la condición de que la historia no contenga demasiadas palabras.

El detective guiñó un ojo.

—Usted quiere decir que le conviene un relato cortito y bien concreto, ¿verdad?

—Al fin y al cabo —replicó el abogado—, será lo mismo que se explique de un modo o de otro. Lo importante es conseguir que lo firme.

Drake se puso en pie y arrojó su cigarrillo en una escupidera de latón.

—Bien —dijo—. Voy a empezar ahora mismo.

—Supongo que me dará usted cuenta de sus progresos.

—Usted estará bien enterado de lo que vaya haciendo.

—Sobre todo, le recomiendo el asunto del ama de llaves. Esa mujer es muy ladina, y tendrá que vigilarla en serio.

—¿Quiere usted que le envíe mis noticias por correo? —preguntó el detective.

—¡Nada de eso! Si tiene algo que comunicarme, hágalo de palabra.

En aquel momento se oyó un golpecito dado en la puerta, y Della Street asomó la cabeza, mirando significativamente a Perry Mason.

—Adelante —dijo éste—. ¿Ocurre algo, Della?

—Aquí fuera está el señor Crinston. Me ha dicho que le trae un asunto importante y que no puede esperar.

—Muy bien —replicó el abogado—. Ahora mismo lo veré.

Y haciendo un gesto especial, de modo que Drake lo comprendiera, dijo en voz suficientemente alta para que se oyese desde la oficina exterior:

—Quedamos de acuerdo, señor Drake. Dispénsame, pero ahora mismo tengo que ponerme a trabajar en un importante asunto y no puedo conceder una inmediata atención al de usted; de todos modos, tiene usted diez días por delante para hacer una comparecencia, y entretanto, yo presentaré en el Juzgado una instancia de excepción perentoria. Así conseguiremos dar largos al

asunto e impedir que usted caiga en falta, hasta que podamos reunir más detalles.

Ya en el umbral de la puerta, estrechó la mano de Drake, despidiéndose de él, e hizo una seña de llamada al señor Crinston.

—¿Me hará el favor de pasar? —indicó.

Crinston avanzó al despacho particular, haciendo aquel agresivo aspecto de ostentosa autoridad que le era tan característico. Siempre producía la impresión de ir barriendo todos los obstáculos que hallaba en su camino, con el solo empuje de su poderosa personalidad.

—¡Hola, Mason! —le dijo, estrechándole ambas manos—. Me alegro mucho de verlo. Juraría que está usted muy ocupado, ¿verdad?

El abogado lo observó con sus especulativos ojos.

—Acierta usted —repuso—. He estado atareadísimo.

Crinston sentóse en el enorme sillón destinado a los visitantes, llenándolo por completo. Sacó un cigarro de su bolsillo, le cortó un extremo y encendió una cerilla en la suela de su zapato.

—Bueno, bueno —dijo—, ¡menudo lío se ha armado!

—Sí, señor —replicó Mason—, un verdadero lío.

—¡Tremendo! Y menos mal que, según creo, todo se resolverá satisfactoriamente —comentó Crinston—; pero, ¿por qué no siguió usted mis instrucciones?

—¿Qué instrucciones?

—Lo que dije de mantener a Frances lo más alejada posible de este enojoso asunto.

—Y así lo he hecho, en la medida de mis fuerzas. Esa pobre muchacha está histérica. Vino a esta oficina y tuvo aquí un terrible ataque de nervios. Llamé a un médico y le prescribió descanso absoluto. Se la llevó a un sanatorio cuyo nombre no me quiso decir, y aun no me ha dejado conocer dónde se halla, por miedo de que yo la haga volver.

Crinston lanzaba en aquel momento las primeras bocanadas del azulado humo producido por su cigarro, y se quedó mirando al abogado muy pensativo.

—No creo que sea nada grave —dijo.

—En realidad, los nervios de esa muchacha estaban en el límite

de resistencia de su ira —comentó Mason, con mesurada dignidad.

—Claro, claro... ya me lo figuro —replicó Crinston, mostrando cierta impaciencia—. Pero no desperdiciemos su precioso tiempo ni el mío entreteniéndonos con estas pequeñeces. Comprendo muy bien lo que le ha ocurrido a Frances. Lo que a mí me trae ahora por aquí es averiguar si usted conoce a un hombre que se llama George Blackman, un abogado, según creo.

—Sí, señor, le conozco —dijo Perry Mason.

—Me llamó por teléfono y me dijo que convenía que le visitase yo a usted, sin perder un instante, para enterarme de un asunto de gran importancia.

Mason conservó un tono de voz llano e inexpresivo, casi monótono, al replicar:

—Ese Blackman ha venido a verme esta mañana, a primera hora, y me indicó que podía conseguir que nuestro asunto mejorase bastante para la familia del muerto, si Devoe quisiera declararse culpable de un homicidio casual.

—¿Cómo? ¡Maldita sea! —bramó Crinston—. ¡Es un perfecto asesino! ¡Y lo que hizo fue matar de un modo cobarde y a sangre fría!

—De esa actitud de usted, que es la misma en que se hallan la familia y los amigos del difunto señor Norton, es de lo que Blackman me quería hablar —explicó Mason, sin variar la entonación de sus palabras, siempre cautelosas y monótonas—. Dijo que si la familia pensaba adoptar una actitud vengadora con respecto a su cliente, él se vería obligado a presentar la misma actitud vengativa frente a la familia, y entonces probaría que este caso no era sino una confabulación contra su cliente.

—¿Y cómo puede conseguir tal cosa? —preguntó Crinston con anhelo.

—¡Oh! Hay varios procedimientos —repuso el abogado sin dar expresión a su voz—. Existe un axioma en el código criminal que dice que un hombre puede procesar a todo el mundo, excepto al reo. Como usted sabe, algunas veces es posible procesar al abogado acusador. Mucho más frecuente es que se procese a los testigos de la acusación. Siempre es posible escarbar en el fondo de un asunto, darle mil vueltas y sacar a relucir las más extrañas cosas, con el fin

de buscar cualquier pretexto que pueda servir de móvil para un asesinato. En ese caso si uno puede exponer ante el jurado un motivo que parezca lógico ya tiene usted una oportunidad aprovechable; y con un motivo y una oportunidad está usted en condiciones de lanzar inmediatamente una acusación y proclamar que existen las mismas razones para sospechar del testigo de la acusación que las que le sirven de cargos al presunto reo.

—¿Quiere usted decir que ese hombre puede desviar la culpabilidad hacia Fran Celane? —quiso saber Crinston.

—Yo no he mencionado ningún nombre —dijo Mason—. Sólo le he explicado a usted los procedimientos de que se valen los abogados criminalistas.

—Escúcheme —replicó Crinston—: ¿pudo usted poner en claro lo que realmente buscaba ese hombre?

—Dijo que necesitaba cobrar una gratificación —contestó Perry Mason—, y aseguró que influiría cerca del fiscal del distrito, para que tratase el asunto con la mayor clemencia y aceptara un alegato de homicidio casual.

Crinston estudió al abogado, de un modo meditabundo.

—¿Usted asegura que eso fue lo único que dijo necesitar ese hombre? —preguntó.

—Sí, señor.

—Es que usted habla como si estuviera convencido de que no era tal cosa lo que en realidad pretendía el tal Blackman.

—Algo hay de eso.

—¿Cómo? Explíquese.

—Yo no creo que el fiscal del distrito acepte un alegato de homicidio casual. En mi opinión, o acusará por asesinato premeditado o retirará la acusación.

—Entonces, ¿qué quería Blackman? —preguntó Crinston con inquietud.

—Me parece que le interesaba conocer cómo reaccionaríamos nosotros ante una proposición de esa índole. Si nos mostráramos dispuestos a llevar adelante lo que nos ofrece, se embolsaría todo el dinero que pudiera sacarnos y después nos amenazaría cuanto le fuera posible, y acabaría por anularnos en el momento en que se viera la causa.

Crinston contemplaba pensativamente la punta de su cigarro.

—No lo consideraba yo como a hombre de esa clase —dijo, muy despacio—. Por lo menos, no es ésa la impresión que me produjo al hablar con él por teléfono, cualquiera que sea el punto de vista desde el que se juzgue.

—Si usted lo hubiese visto en persona, aun le hubiera causado mejor efecto —añadió Mason.

Crinston removía sin descanso el cigarro que tenía en la boca, mientras lo mascaba en actitud reflexiva.

—Óigame —exclamó, de repente, acercándose dos dedos abiertos a sus labios y recogiendo entre ellos el maltratado cigarro —: no me gusta nada el modo como usted está tratando nuestro asunto.

—¿No? —se limitó a preguntar fríamente el abogado.

—¡No! —repuso Crinston, como si estallase.

—¿Y qué es lo que a usted no le agrada? —preguntó Mason.

—Pienso que se le está a usted escapando de entre los dedos una espléndida oportunidad. Creo que tenemos una buena ocasión de resolver por completo este conflicto aceptando el juego que nos propone Blackman.

La respuesta del abogado fue bien corta y sin explicación:

—Yo no lo creo —dijo solamente.

—Bueno, pues yo sí, y le doy a usted ahora mismo la orden de que llame a Blackman y le dé lo que necesite. Siempre, desde luego, que se trate de una cantidad razonable.

—Lo que ese hombre pide está fuera de toda razón —replicó Mason—. La gente de su calaña procede siempre así. Ha calculado lo que nosotros consideraríamos razonable, y entonces ha duplicado la cifra en su petición.

—Muy bien. Dejémosle que la duplique. Disponemos de una inagotable montaña de dinero en este asunto, y no es cosa de que nos expongamos a perderla por una nimiedad.

—¿Teme usted que Frances Celane no pueda resistir tanta presión emotiva? —interrogó el abogado con calma.

—¡Valiente pregunta me hace usted! —le soltó Crinston—. ¿Qué le importa eso, cuando usted mismo le ha dejado sufrir un ataque de nervios para desviarla de las garras de la Policía?

—Yo no he dicho nunca que tenga necesidad de quitársela a la Policía —le recordó Mason.

—Bien, pues yo sí lo he dicho —ratificó Crinston.

—Sí, ya le he oído a usted —ratificó el abogado—; por otra parte, no hacía falta que lo dijese tan alto.

Crinston se puso en pie, lanzó a la escupidera su cigarro y miró muy ceñudo a Mason.

—Muy bien —dijo—. Ha terminado usted.

—¿Qué significa eso de que he terminado?

—Pues está bien claro: que usted cesa de ser mi abogado, y que tampoco lo seguirá siendo de Frances Celane.

—Yo creo que la señorita Celane es el verdadero juez para decidir la segunda parte de su afirmación —le dijo Mason, muy despacio—. Esperaré a que ella me confirme si continúo o no siendo su abogado.

—No tardará mucho tiempo en decírselo, tan pronto como yo consiga hablar con ella.

—¿Y dónde piensa usted hablar con ella? —preguntó Mason, sonriendo pensativamente.

—No se preocupe por eso —repuso Crinston—; ya me arreglaré yo para verla muy pronto, y entonces podrá usted dar por terminadas sus gestiones. Usted es un chapucero. En algunas cosas ha estado bastante bien, pero después ha dejado que el asunto cayese en un infierno de confusiones. Buscaré cualquier otro abogado y...

Al oír aquello, Perry Mason se había puesto repentinamente en pie, y empezó, con largas y decididas zancadas, a dar la vuelta a su gran mesa escritorio. Crinston le dejó llegar, observándolo con ojos que permanecieron tranquilos, pero en los que se reflejaba un indicio de pánico. Mason se plantó firmemente ante el hombre que le insultaba y clavó en él la mirada de sus ojos fríos, duros y amenazadores.

—Muy bien —le dijo—. Vale más que no haya la menor incomprensión relativa a este asunto. Desde ahora, cesa de ser su abogado, ¿no es así?

—Me parece que está usted en lo cierto.

—Y no se piense que su maldito asunto me interesa en lo más

mínimo —añadió Mason—. La señorita Celane me hubiese encargado la liquidación de la herencia de su tío, si no hubiera sido por el hecho de que no podía actuar como abogado de la familia, siéndolo ya del que fue socio del difunto.

—Bien —replicó Crinston—, pues ya no es necesario que continúe preocupándole eso. Por otra parte, no se crea que nadie le va a nombrar a usted como abogado en la liquidación de la herencia. Usted no será abogado de nada ni de nadie. Yo buscaré otro abogado que me represente, y le encargaré que se ocupe también de defender a Frances Celane.

—Sólo para que usted se convenza de lo necias que son sus palabras y de que se ha dejado coger en una trampa, le advertiré que estoy seguro de que el hombre escogido por usted como abogado suyo, debe ser el que le ha indicado el propio Blackman.

—Y si así fuera, ¿qué?

La sonrisa de Mason fue glacial:

—No tengo nada que oponer —replicó—. Siga por ese camino. Métase en la trampa tanto como se le antoje.

Los ojos de Crinston se dulcificaron un tanto.

—Escúcheme, Mason —le dijo—. No tengo ningún motivo de queja personal contra usted, pero aquí se trata de un negocio, y yo creo que usted estropea las cosas, porque tiene una ética demasiado destartalada. Necesito que usted me comprenda bien; Frances Celane significa mucho para mí. Yo soy casi tío suyo. Es una niña por la que me he tomado mucho interés, y trato de conseguirle siempre la mejor solución que pueda existir en los problemas que la afectan. Opino que esta situación requiere alguien que sea capaz de arreglarse con Blackman. Y él me ha dicho que no volvería a tratar con usted en su vida, aunque usted fuese el único hombre que quedase en la Tierra.

Perry Mason dejó escapar una amarga y melancólica sonrisa.

Crinston continuó en su tema, tenazmente.

—Ocurra lo que ocurra, yo estaré siempre al lado de Frances Celane. No puedo saber lo que va a resultar de las pruebas reunidas por la Policía, hasta que lo vea con mis propios ojos, pero sí le aseguro que me dispongo a luchar por esta niña, prescindiendo de cualquier clase de circunstancias. La sacaré de este apuro, y lo haré

por el camino más corto. Soy hombre de negocios, en tanto que ella no sabe una palabra acerca de los expeditivos procedimientos que se usan entre nosotros. Me propongo ayudar todo lo posible para que salga con bien, y empezaré ahora mismo.

Y, levantándose y dando media vuelta, se encaminó hacia la salida, con poderosa dignidad.

Perry Mason lo observaba en actitud de reflexiva concentración.

—¡Qué majadero es usted! —exclamó el abogado, mientras Crinston abría la puerta.

El aludido se volvió airadamente.

—¡No admito esa palabra! —gritó—. No permito que nadie me llame majadero.

—Pues tendrá que admitir que se lo merece, si sigue por ese camino —le advirtió Mason, tras lo cual, girando rápidamente sobre los tacones, se volvió hacia su escritorio.

Crinston quedó dudando por un instante, mas al fin retrocedió, volviendo a entrar en el despacho.

—Muy bien, docto mamarracho —le soltó—. Ahora me va usted a oír cuatro verdades: desde que empezó a ocuparse de este caso, lo ha enredado usted de un modo fantástico. Ya sé que no puedo despedirlo a usted como abogado de la señorita Celane, porque eso es algo que depende solamente de Ella. Sin embargo, ya le recomendaré a la muchacha que lo despache. No obstante, en el caso que no lo haga, le voy a obsequiar a usted con una propina, hela aquí: vigile a Purkett, el mayordomo.

—¡Caramba, eso me interesa! —exclamó Perry Mason—. Continúe, y dígame a dónde va a parar.

—¡Oh! —dijo Crinston, sarcásticamente—. Se ve que usted necesita que le den ideas, ¿verdad?

—Lo que yo necesito es que usted aclare la razón de haber hecho esa cita relativa a Purkett —confesó el abogado, con fría mirada.

Los ojos de Crinston vigilaban a Mason, pensativos e investigadores.

—Si se lo cuento a usted, ¿tendrá el suficiente sentido común para usar como es debido la información?

El abogado no quiso contestar, pero inclinó su cabeza

ligeramente hacia un lado, como acostumbra hacer una persona ansiosa de escuchar algo interesante que se va a decir.

—Las pruebas recogidas acusaban, de un modo inconfundible, a Devoe —explicó Crinston—. Un buen abogado hubiese visto, desde el primer momento, que la policía nunca tuvo ocasión de admitir la posibilidad de que estas pruebas no fuesen definitivas. Sin embargo, usted se apoltronó, no hizo nada para evitar que la policía empezase a dudar de ellas y a practicar nuevas investigaciones. Luego, cuando tales investigaciones se llevaban a cabo, también procuró usted impedir que fueran envolviendo a su cliente. Pues bien: si Devoe es culpable, hemos terminado; y si no lo es, alguien ha de serlo. Hay muchas probabilidades de que ese alguien desconocido sea Purkett, antes que cualquier otro. No obstante, usted lo ha dejado tranquilamente escondido en el fondo de la escena.

Crinston acabó de hablar y quedóse en una actitud de ceñuda agresividad.

—¿Es eso todo lo que usted tenía que decir? —preguntó Perry Mason.

—Sí, señor.

El abogado sonrió y dijo:

—La oficina de Blackman la encontrará usted en el edificio «Mutual». Se lo digo, porque así se ahorrará usted el buscarla en la Guía Telefónica.

El rostro de Crinston reveló un ligero destello de sorpresa, replicando luego, de muy mal talante:

—Muy bien.

Y, abriendo de un brusco tirón la puerta del despacho, salió y cerró tras él dando un portazo.

Perry Mason sentóse durante unos pocos minutos, transcurridos los cuales se encasquetó firmemente el sombrero. Mientras atravesaba la oficina exterior, le dijo a su secretaria, al pasar por delante de ella:

—No sé cuándo podré regresar, Della. Usted cierre el despacho a las cinco.

Capítulo 13

Perry Mason entró en el garaje donde guardaba su automóvil y llamó al mecánico.

—¿Sería muy difícil hacer retroceder unas cuantas millas al contador de recorrido de un coche? —le preguntó—. Es decir: supongamos que usted tiene un contador que marque, por ejemplo 15.350 millas, y le conviene hacerlo retroceder hasta que señale 15.304,7. ¿Le daría mucho trabajo?

—No, señor, es cosa sencilla —repuso el mecánico, con burlona sonrisa—; ahora que, puestos a realizar esa faena, sería mucho mejor dejarlo indicando unas 3000 millas, y así podría usted vender el coche como si hubiese salido muy poco.

—No —indicó el abogado—, es que yo no trato de engañar a ningún presunto comprador. Me propongo quitar de en medio una prueba que me estorba. ¿Cuánto tiempo le llevaría ese trabajo?

—No mucho —contestó el mecánico—, porque es una tarea fácil.

Mason le dio medio dólar y salió del garaje pensativo y con la cabeza baja.

Entró en un bar y se acercó al teléfono público, marcando el número de la residencia de Edward Norton.

La voz que contestó por teléfono, en apariencia la del mayordomo, sonaba llena de esa inflexible formalidad que acaba por usarse cuando uno ha contestado infinitas llamadas relativas a una tragedia que ha atraído mucho interés público.

—Quisiera hablar con el señor John Mayfield, el jardinero —dijo Mason.

—Le pido mil perdones, señor —contestó la voz—, pero es tan poco corriente recibir una llamada para el señor Mayfield que yo no

sé si le gustaría o no tomar recados por teléfono.

—Ahora puede usted avisarle —indicó el abogado, sin revelar su identidad—. Se trata de algo relativo a las gestiones de la Policía. Dígame que se ponga al aparato y no pierda el tiempo.

—Muy bien, señor, aguarde un instante.

Tras una espera de varios minutos, se oyó gritar a una gruesa y estólida voz: «¡Diga!», a la que Perry Mason contestó rápidamente:

—No le diga a nadie quién le habla: yo soy Mason, el abogado de la señorita Celane. Su esposa de usted me dijo que esperaba recibir algún dinero de parte de dicha señorita, y a mí me convendría encontrarla, para tratar de ello. ¿Me puede usted decir dónde está?

—Creo que ha ido a la oficina del fiscal del distrito —explicó el hombre—. Vinieron por ella en su automóvil y se la llevaron allá.

—Muy bien. Entonces, es muy importante que yo lo vea a usted y hablemos de ese asunto, ya que su esposa no está libre en este momento. Ahora, la cuestión es ver si usted podría coger uno de los automóviles que tiene ahí y venir en seguida a reunirse conmigo. ¿Qué le parece?

—Tal vez pueda hacerlo, señor, pero no estoy seguro. Sería mucho más sencillo que saliera de aquí a pie y nos encontrásemos en una esquina de la próxima avenida, si a usted le es posible venir hacia acá.

—Conforme —dijo Mason—, pues eso haré. Reunámonos en la primera esquina de la avenida y no le diga a nadie que va usted a verme.

Mason regresó al garaje, sacó su coche y no perdió un instante en dirigirse al sitio donde el tortuoso camino que conducía a la residencia de Norton se unía a la avenida principal.

Un hombre cargado de espaldas, con aspecto de robusta constitución y fuerte musculatura, se destacó de la confusa oscuridad que se extendía sobre el lugar en que el abogado paró su automóvil.

—¿Es usted el señor Mason? —preguntó.

—Sí —contestó el recién llegado.

—Pues yo soy John Mayfield. ¿Qué quería usted decirme?

Mason empezó a bajar del coche, quedándose con un pie en éste

y otro en el bordillo de la acera, mientras observaba a aquel hombre, con aguzado escrutinio.

Vio un rostro impasible e incapaz de alterarse por nada, provisto de adustos ojos y gruesos labios que no tenían costumbre de sonreír.

—¿Sabía usted que su esposa me habló de ese asunto? —le preguntó.

—Mi mujer me dijo que había tenido una conversación con usted —contestó el hombre, cautelosamente.

—¿Pero le explicó de qué tratamos?

—Sólo me contó que tal vez consiguiéramos cobrar algún dinero.

—Muy bien —replicó Mason—. Ahora, para que yo sepa a qué atenerme en este asunto, dígame algo acerca de este contador de recorridos.

—¿De qué contador habla usted? —preguntó el hombre con extrañeza.

—Pues del que lleva el «Buick» en su tablero. Usted cambió lo que marcaba, haciéndolo retroceder, ¿no es así?

—No, señor. No sé de dónde saca eso —repuso el jardinero.

—¿Estaría usted dispuesto a declarar que hizo retroceder la lectura de ese aparato, si yo le pagase lo que convinimos con su esposa? —preguntó el abogado.

—¿Qué quiere usted decir?

—No se preocupe por mis palabras —contestó Mason—. Límitese a decirle a su esposa que, si quiere ver en sus manos la cantidad de qué hablamos, yo necesito asegurarme primero de que alguien declarará haber modificado lo que marcaba el contador del «Buick».

—¿Y qué sacará usted con ello? —preguntó el jardinero.

—Pues lo que voy a decir —y Mason empezó a accionar con su dedo pulgar, recalcando así sus explicaciones—: Nosotros sabemos que Edward Norton telefoneó a la Policía, denunciando el supuesto robo de su «Buick». Ahora bien, eso significa que tal coche no podía estar en el garaje al mismo tiempo que su propietario telefoneaba lo del robo. Alguien sacó fuera el «Buick». Lo mismo da que la señorita Celane estuviese o no en casa. La cuestión es que alguien llevó ese coche fuera del garaje; es decir, que el «Buick» no se hallaba en casa

a la hora en que Norton telefoneó. Sin embargo, cuando la Policía llegó, el «Buick» volvía a estar en el garaje, y el contador del recorrido de ese coche había sido retrasado hasta hacerle marcar las mismas cifras que cuando lo sacaron. De modo que alguien se entretuvo en variar la lectura del aparato. Ahora, la cuestión es ésta: ¿quién lo hizo?

—Yo no fui, señor —afirmó el jardinero.

—¿Y qué me dice usted de Devoe, el chófer?

—No sé nada acerca de él.

—¿Y sabe usted algo acerca del mayordomo?

—Absolutamente nada, señor.

—Muy bien —repuso el abogado—. Se ve que usted no sabe nada de nada, pero su esposa tiene alguna idea más exacta de lo que aquí ha ocurrido. Necesito que usted le diga que, si quiere hacer negocio conmigo, ha de descubrir quién hizo retroceder el contador de ese coche tal como le digo.

—Usted quiere decir que le dé el nombre de la persona que lo cambió, ¿verdad, señor?

—No —replicó Mason—, me importa un comino el nombre de esa persona. Sólo me preocupa el caso, desde que la Policía se enteró de que era la señorita Celane quien había salido con ese coche. Lo que yo necesito es probar que el contador fue alterado y encontrar alguien que se declare autor de la operación. ¿Comprende usted?

—Sí, señor, creo que ahora ya lo comprendo.

—¿Cuándo volverá su esposa?

—No lo sé. Unos agentes de la fiscalía del distrito vinieron aquí y hablaron con ella. Después le dijeron que necesitaban llevársela a su oficina para extender allí una declaración.

—Muy bien —dijo Mason—. ¿Cree usted que podrá transmitirle mi recado?

—Sí, señor, estoy seguro de que sí.

—Perfectamente, pues procure hacerlo —le recomendó el abogado—. Ahora, vamos a otra cosa que también le interesa aclarar, y es saber dónde se hallaba usted en el momento en que se cometió el asesinato.

—¿Yo? —preguntó el hombre—. Estaba durmiendo.

—¿Está usted seguro de eso?

—¡Claro que lo estoy! Me despertó el jaleo que se armó en la casa.

—Su esposa no dormía, ¿verdad? —preguntó Mason.

—¿Quién ha dicho eso? —exclamó Mayfield, en cuyos adustos ojos apareció cierto indicio de emoción.

—Lo digo yo —replicó el abogado—. Su esposa andaba por la casa. Aun no se había ido a la cama cuando se cometió el asesinato. Y usted lo sabe muy bien.

—Bueno..., ¿y qué? —dijo Mayfield.

—Yo se lo explicaré —repuso Mason, bajando marcadamente el tono de su voz—. En el estudio había una mujer, junto con el hombre que dio el golpe al señor Norton. Su esposa ha dicho que esa mujer era la señorita Celane, o que podía ser la señorita Celane. Le puede usted decir a su esposa que yo tengo una prueba que me permite creer que ella era la mujer que asistió al crimen.

—¿Quiere usted decir que acusa a mi esposa de haber tomado parte en el asesinato? —preguntó irritado el hombre.

Mason no retrocedió ni un punto en sus planes, encarándose con el retador jardinero, al cual replicó:

—Quiero decir exactamente lo que digo: que tengo una prueba indicadora de que su esposa era la mujer que estaba en la habitación del crimen, en el momento de cometerse éste. Eso no significa que ella fuese quien descargó el golpe. Tampoco significa que ella supiese nada acerca del hecho de que iba a ser asesinado el señor Norton. Lo que sí significa es que se hallaba presente en el estudio y a la hora del homicidio.

—Y usted quiere que yo se lo diga —dijo Mayfield.

—Sí, señor, quiero que usted se lo diga —replicó el abogado.

—Muy bien, se lo diré, pero no le va a gustar.

—Poco me importa el que le guste o no —dijo Mason—. Sólo le encargo a usted que le dé esa noticia.

—Conforme —asintió el jardinero—. ¿Hay algo más?

—No —le contestó el abogado—, pero sí le recordaré a usted la conveniencia de hablarle de nuestra entrevista sólo cuando nadie pueda escucharle. En otras palabras: no necesito que los agentes de la fiscalía del distrito se enteren de ello.

—¡Oh, no tenga cuidado! —exclamó Mayfield—. No soy tan tonto.

—Muy bien, de acuerdo —dijo Mason; y volviendo a sentarse ante el volante de su coche, partió por la amplia avenida.

Dirigióse a un café donde cenó tranquilamente, abandonándose a sus reflexiones.

A la misma hora en que terminaba de comer, los vendedores de periódicos empezaron a vocear por la calle, y Perry Mason les compró uno, llevándoselo a su automóvil, donde se recostó contra la almohadilla del respaldo, encendió la luz del techo y leyó los grandes titulares de la primera plana, que ocupaba toda la cabecera:

Nuevo misterio en el asesinato del millonario. La Policía busca a una mujer que estaba en la habitación mientras se perpetraba el crimen. Los agentes tras la pista de los billetes marcados y robados al muerto. Matrimonio secreto de la heredera y persecución del marido como testigo material. Una bella sobrina que desaparece misteriosamente después de visitar a un conocido abogado.

Perry Mason leyó detenidamente, palabra por palabra, la sensacional información que seguía a estos títulos; tratábase de una verdadera novela en lo que los periódicos incluyeron, no sólo lo que habían podido averiguar, sino también lo que se atrevieron a suponer a través de la escasa información conseguida. Era una historia que hacía cambiar el curso de la primitiva acusación, dejando entrever al público que la Policía estaba muy lejos de hallarse satisfecha con las pruebas que inculpaban a Peter Devoe, el chófer, y estaban preparando un inesperado y repentino cambio de frente en el que resultarían complicadas algunas personas de prominente posición social.

Terminada su lectura, el abogado dobló cuidadosamente el periódico, lo metió en la bolsa de la puerta del automóvil y se puso en camino, no de su departamento de soltero, sino de un hotel, donde se inscribió con un nombre supuesto y se dispuso a pasar una noche tranquila.

Capítulo 14

Perry Mason entró en su oficina, dio los buenos días a Della Street y se dirigió a su despacho particular, donde los rotativos de la mañana le esperaban, desparramándose por su gran mesa.

La secretaria le abrió la puerta de comunicación y lo siguió hasta el centro de la habitación, diciéndole:

—Alguien ha entrado aquí y lo ha revuelto todo, buscando algo que le interesaba...

El abogado se volvió hacia ella, recomendándole silencio, con un dedo apoyado en sus labios. Entonces, en cuanto ella cesó de hablar, empezó a inspeccionar detenidamente toda la oficina. Descolgó los cuadros, examinando su parte posterior, hizo girar el trozo de librería que ocultaba la puerta de escape, estudiando todos los rincones y, tumbándose en el suelo, registró debajo de la mesa. Luego, volvióse a levantar y, sonriendo, dijo:

—Estaba mirando si habían instalado algún micrófono, porque no era difícil que hubiesen aprovechado la ocasión para plantarme uno.

Della hizo un gesto de asentimiento, y dijo:

—Debieron de entrar ayer por la noche, y han tenido tiempo de registrar cosa por cosa. Hasta han abierto la caja.

—¿Y la han estropeado?

—No; debían de ser gente lista, porque supieron abrirla con su combinación. La caja no presentaba ninguna señal de violencia, y si me he enterado de que anduvieron en ella, es sólo porque encontré los papeles colocados en otra forma de como yo los dejé.

—¡Magnífico! —exclamó el abogado—. ¿Qué más hay de nuevo?

—Nada —contestó la secretaria—, excepto que tenemos a tres detectives de la Policía vigilando la oficina, y me hace el efecto de

que esperan la llegada de alguien.

Mason sonrió comprensivo, y dijo:

—Déjelos esperar. Eso les enseñará a tener paciencia.

—¿Ha leído usted los periódicos? —le preguntó ella.

—Los de esta mañana, todavía no —repuso él.

—Las últimas ediciones dicen que ya se han enterado de quién era el propietario del bastón con que mataron a Norton.

—¡Ah! ¿Sí?

—Es un grueso bastón de paseo, y han descubierto que pertenece a Bob Gleason, el marido de nuestra cliente.

—Lo cual significa —indicó Perry Mason— que lo acusarán de asesinato premeditado y retirarán la acusación contra Devoe.

—Lo malo es que esa nueva acusación acabará por recaer también sobre la joven, si no la han incluido ya en la denuncia.

—¿Lo cree usted así? —preguntó él.

—Sí, señor. Ese secretario, Don Graves, les ha dado algunos detalles adicionales que cambian por completo el aspecto del caso, según dice el *Star*. Se ve que Graves actúa a favor de alguien. La Policía lo detuvo, y entonces fue cuando presentó esas pruebas adicionales.

—Bien, esto se pone interesante. Si viene alguien, recíbalo bien.

Ella inclinó la cabeza, en señal de conformidad, y se le quedó mirando, con cierto temor.

—Supongo que usted no se enredará en las mallas de este caso, ¿verdad? —le preguntó.

—¿Por qué me he de enredar?

—Ya sabe usted lo que quiero decir —aclaró la secretaria—. Siempre expone usted demasiado, por servir a sus clientes.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—De sobra le consta lo que quiero decir. Usted ha inventado ese ataque nervioso de la señorita Celane, y la ha hecho salir de aquí en una ambulancia.

Él se limitó a sonreír.

—Bien, ¿y qué? —preguntó.

—¿Acaso no es una acción criminal esconder a alguien a quien la Policía busca? —dijo, a su vez, la secretaria.

—¿La buscaba entonces la Policía? —replicó Mason.

—No... —tuvo que confesar ella, algo dudosa—; entonces, me parece recordar que no.

—Además —dijo Mason—, yo no soy médico. Puedo hacer un diagnóstico incorrecto. Yo creí que esa muchacha tenía un ataque nervioso, y pude equivocarme, pero luego llamé a un médico para que confirmase mi impresión.

La secretaria frunció el entrecejo y agitó su cabeza.

—No me gusta —dijo.

—¿Qué es lo que no le gusta?

—Pues no me gusta el modo como usted se mezcla en estos casos. ¿Por qué no se sienta usted en su despacho y se limita a preparar sus discursos ante el tribunal?

—Verdaderamente, no sé qué contestar —repuso él, riéndose—. Tal vez sea una enfermedad.

—No sea tonto —recomendó Della—. Otros abogados no hacen más que presentarse ante la sala, interrogan a los testigos y, entonces, plantean su punto de vista al jurado. Usted, en cambio, se sale de su misión y se enreda personalmente en el asunto que le encargan.

—Otros abogados —replicó Mason— tienen clientes que van a parar al patíbulo.

—Algunas veces se lo merecen —apuntó la joven.

—Tal vez. Pero a mí no me han colgado ninguno, y tampoco he defendido a nadie que se mereciera tan triste fin.

Ella se quedó contemplándole durante un momento, al cabo del cual tuvo que sonreír, y en su sonrisa había algo casi maternal.

—¿De modo que todos sus clientes son inocentes? —le preguntó.

—Así lo deciden los jurados —contestó él—. Y, después de todo, ellos son los encargados de juzgar.

Della Street lanzó un suspiro y se encogió de hombros.

—Ha ganado usted... como siempre —le dijo, y salió hacia la oficina exterior.

Así que la puerta de comunicación dejó oír el chasquido de su pestillo, Perry Mason sentóse ante su escritorio y extendió sobre él los periódicos. Durante quince minutos estuvo leyendo sin interrupción; entonces, se abrió nuevamente la puerta y Della Street le dijo:

—Aquí fuera hay una mujer que dice ser la señora Mayfield, y a mí me parece que debe usted recibirla antes de que se lo impidan.

Perry Mason asintió.

—Mándemela aquí —ordenó— sin perder un instante. Lo más probable es que venga tras ella algún detective. Entreténgalo fuera todo el tiempo que usted pueda.

La muchacha demostró, con un gesto breve, que había comprendido y, abriendo la puerta, llamó con una seña a la mujer que estaba sentada en la oficina exterior.

En cuanto la amplia silueta de la señora Mayfield atravesó el umbral, Perry Mason pudo apreciar que su secretaria bloqueaba el paso con todos los recursos imaginables. Apenas se había cerrado la puerta tras el ama de llaves, cuando se oyó la voz de Della Street, que decía:

—Lo siento mucho, pero el señor Mason está ocupado ahora con una importante conferencia y no puede ser estorbado.

El abogado saludó a la señora Mayfield con una inclinación, levantóse, cruzó la oficina y dio dos vueltas a la llave de la puerta.

—Buenos días, señora Mayfield.

Ella le contestó con una belicosa mirada de sus negros ojos.

—¡Buenos días! —repuso casi gritando.

Perry Mason le indicó el gran sillón de cuero negro, y la señora Mayfield sentóse en él, sin apoyarse en el respaldo, con la espalda muy tiesa y su mandíbula inferior echada hacia delante.

—¿Qué historia es ésa del contador del «Buick»? —preguntó.

De la oficina exterior llegaron los ecos de una movida discusión, seguidos por el ruido de cuerpos que forcejeaban contra la puerta, y se vio girar varias veces el pomo de ésta. La cerradura aguantó aquellos intentos, manteniéndose firme y hermética mientras Perry Mason mantenía sus ojos clavados sobre la señora Mayfield, procurando desviar su atención de todos aquellos ruidos que para él eran tan perceptibles.

—El señor Norton denunció que su automóvil «Buick» había sido robado —decía, entretanto, el jurisconsulto—. Hasta ahora, pensábamos que la señorita Celane estaba paseando en él, mas resulta que eso no es cierto. Por consiguiente, alguien había salido en el «Buick» a la hora en que Norton denunciaba su robo a la

Policía. Sin embargo, hemos tomado la lectura del contador de ese coche y nos encontramos con que volvió a su garaje marcando lo mismo que tenía apuntado su propietario, como cifra correspondiente al término de su último recorrido. Eso significa que la persona que lo usó durante la noche del asesinato hizo volver hacia atrás al contador o lo desconectó antes de salir.

La señora Mayfield negó con la cabeza.

—Es que ese coche no salió —dijo.

—¿Está usted segura? —preguntó Mason.

—Purkett, el mayordomo —explicó ella—, duerme encima mismo del garaje. Aquella noche estaba leyendo tumbado encima de la cama, y hubiese oído el ruido. Dice que las puertas del garaje permanecieron cerradas y que de allí no se movió ningún coche.

—¿Y no puede equivocarse? —preguntó el abogado.

—No, de ningún modo —afirmó ella casi gritando—. Esas puertas hacen mucho ruido al abrirse. Toda la casa resuena de un modo terrible, y a la fuerza se tiene que despertar el que duerma en la habitación de encima del garaje. Purkett lo hubiese oído. Y vamos a otra cosa: necesito una explicación de esa majadería que usted le ha contado a mi marido, referente a que yo estuve presente cuando asesinaron...

—¡Olvídese de eso por un instante! —le interrumpió Mason—. Ahora estamos hablando del automóvil y no tenemos tiempo que perder. Usted y yo no haremos negocio si no puede probar que alguien se entretuvo en volver hacia atrás ese contador.

Ella movió la cabeza de un modo altivo.

—Usted y yo no podemos hacer ningún negocio con nada —le dijo—. ¡Valiente lío ha armado usted!

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que usted ha llevado las cosas de tal modo, que la Policía ha arrastrado a Frances Celane dentro del proceso.

Y sus negros ojos le asaltaban con indignación, pero, de repente, se enturbiaron al llenarse de lágrimas.

—Querrá usted decir que ha sido usted misma quien ha metido a Frances Celane en el lío —replicó Mason, poniéndose en pie y encarándose con ella de un modo acusador—. Empezó por amenazarla con lo de su matrimonio, y luego ha continuado el

chantaje, asustándola con el cuento de que usted podía complicarla en este asesinato.

Los relucientes ojos negros seguían empañándose con glóbulos de humedad.

—Yo necesitaba dinero —dijo la señora Mayfield, perdiendo todo su aire retador—. Sabía que por ese medio era fácil obtenerlo. Me constaba que Frances Celane iba a entrar en posesión de una gran fortuna. Y no vi ningún motivo para que a mí no me correspondiese una pequeña parte de ella. Cuando Frances le nombró abogado suyo, supuse que usted también iba a cobrar mucho dinero, y me afirmé en mi pensamiento de que no había razón para que a mí no me tocara nada. Me he pasado la vida entera trabajando y me casé con un marido que es un patán, sin ninguna ambición, ni inteligencia siquiera para salir de la miseria. Toda mi vida he sido yo quien ha debido cargar con las responsabilidades caseras. Cuando era niña, tuve que sostener a mi familia. Después de casada, he seguido luchando con la única ambición de que los míos no se muriesen de hambre. Durante largos años he esperado una compensación por parte de Frances Celane. He presenciado su vida: la vida de una ociosa señorita echada a perder por exceso de dinero. Mientras tanto, yo he sido una esclava que se ha pasado los días abrumada por los quehaceres de la casa, siempre cuidando de que ella tuviese a punto su desayuno en la cama, y ya estaba cansada de todo esto. No vi ningún motivo de que yo no pudiese tener también algo de dinero. Necesitaba un buen montón de billetes. Ansiaba verme un poco más considerada. Y me propuse hacer algo para conseguir ese dinero, aunque nunca quise meter a Frances en un verdadero conflicto. Ahora no puedo ayudarla en nada. La Policía me acorraló, haciéndome hablar, y van a detener a Frances inculpándola de asesinato. ¡De asesinato! ¿Comprende usted?

Su voz se elevaba hasta hacerse casi un chillido.

Un imperativo golpe dado en la puerta interrumpió su discurso.

—¡Abran en seguida! —gritó una áspera voz, procedente del otro lado.

Perry Mason no concedió la menor atención a las sacudidas de la puerta, sino que mantuvo sus ojos fijos sobre la señora Mayfield.

—Si ello le hubiese de ayudar a resolver este misterio —le dijo—, ¿se vería usted capaz de encontrar alguna persona dispuesta a declarar que el automóvil salió del garaje y que el contador fue desconectado o retrasado?

—No —replicó ella—, porque el coche no salió.

Mason empezó a dar paseos por la habitación.

Los golpes dados en la puerta redoblaban su intensidad. Alguien gritó.

—¡Soy un detective de la Policía! ¡Ábrame pronto esta puerta!

De repente, Mason se echó a reír de un modo ruidoso.

—¡Qué tonto he sido! —exclamó.

El ama de llaves se enjugó las lágrimas y quedóse contemplando a Mason con ojos desesperadamente abiertos por la sorpresa.

—Está claro —dijo el abogado—. Ese coche no salió del garaje. Ningún coche abandonó el garaje aquella noche.

Y golpeó con un puño la palma de la otra mano, volviéndose de repente hacia el ama de llaves, a la que dijo:

—Si usted quiere hacer algo por Frances Celane, hable de nuevo con Purkett y pídale detalles. Discuta bien el caso con él y procure que refuerce sus recuerdos de modo que, ocurra lo que ocurra, se mantenga firme cuando le toque declarar.

—¿Y usted quiere que diga que el coche no salió del garaje? —preguntó el ama de llaves.

—Yo quiero que diga la verdad —repuso Perry Mason—. Pero necesito oírse la con suficiente firmeza, de modo que no se aturulle mientras esté en el estrado de los testigos, aunque le mareen a preguntas un montón de abogados. Eso es todo lo que a mí me conviene que declare, es decir, sólo el hecho de que el automóvil no salió del garaje a ninguna hora de aquella noche, que las puertas del garaje estaban bien cerradas y permanecieron así hasta el día siguiente, y que ninguna persona podría haber sacado un coche a la calle sin que él lo oyese.

—Bien —dijo la señora Mayfield—, ésa es la pura verdad. No dice otra cosa el buen hombre.

—Perfectamente —replicó el abogado—. Pues le repito que, si usted quiere hacer un gran favor a Frances Celane, se apresure a entrevistarse con el mayordomo y mire de conseguir que ninguna

fuerza humana pueda alterar ese testimonio suyo.

—Así lo haré —dijo ella.

Mason preguntó, después, precipitadamente:

—¿Qué le dijo usted a la Policía acerca de una cantidad de dinero dada por la señorita Celane?

—Nada —repuso el ama de llaves—. Sólo les dije que ella le había dado dinero a usted, pero negando hallarme enterada de la cantidad o de si era en billetes grandes o pequeños.

La puerta crujió bajo el peso de un cuerpo lanzado fuertemente contra ella.

Perry Mason se acercó, hizo girar rápidamente la llave y abrió la puerta de un tirón, preguntando:

—¿Qué diablos significa esto de que usted intente penetrar así en mi despacho particular?

Un corpulento hombre de cuadradas espaldas, grueso cuello y ceñuda frente se coló como una tromba en la habitación.

—Ya le dije a usted quién era —contestó—. Soy un detective de la Policía.

—Me daría lo mismo que fuera usted el Gran Khan —dijo Mason—. Usted no puede allanar así mi oficina.

—¡Ya lo veremos si puedo o no! —exclamó el detective—. Por lo pronto, me llevo detenida a esa mujer.

La señora Mayfield lanzó un pequeño grito.

—¿Se la acusa de algo? —preguntó el abogado.

—Es un testigo material en un proceso por asesinato —explicó el detective.

Mason indicó:

—¡Caramba! Se ve que a usted no le corría prisa el detenerla como testigo material hasta que ella vino a mi despacho.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el detective.

—Exactamente lo que estoy diciendo —replicó el abogado—. Usted se sentó por ahí fuera vigilando esta oficina hasta ver entrar en ella a la señora Mayfield. Entonces telefoneó a su jefe pidiéndole instrucciones, y él le diría, seguramente, que la detuviese como testigo material antes de darle la oportunidad de poder hablar conmigo.

—Es usted muy chistoso, ¿verdad? —comentó el detective, en

tono burlón.

La señora Mayfield contemplaba alternativamente a uno y otro hombre, y al fin dijo:

—Pero yo no he hecho nada...

—Eso no importa, señora —dijo el detective—. Mas no se preocupe, pues sólo se trata de retenerla a usted en calidad de testigo material, donde nadie la molestará con inconveniencias.

—Y donde usted no podrá, ni por casualidad, hablar con nadie, a excepción de los empleados de la fiscalía del distrito —añadió Perry Mason, con aire zumbón.

El detective lanzó una ceñuda mirada al abogado.

—Ya sabemos —le dijo— que usted recibió diez billetes de a mil dólares, de los que fueron robados al cadáver de Edward Norton.

—¿Es posible? —preguntó Mason.

—Como se lo digo —replicó el detective.

—¿Y dónde cree usted que están esos billetes? —preguntó el abogado.

—No lo sabemos, aunque ya hemos intentado encontrarlos —declaró el detective.

—Muy bien —dijo Mason—, éste es un país libre o, por lo menos, acostumbraba serlo en un tiempo. Así, pues, ya puede buscarlos.

—Cuando los encontremos —indicó el detective—, puede usted prepararse para hacer frente a una acusación por admitir dinero robado.

—Bueno, usted sólo ha de hacer tres cosas —afirmó el abogado.

—¿Tres cosas? ¿Cuáles? —preguntó el detective.

—Probar que el dinero era robado, probar que yo lo recibí y probar que a mí me constaba su procedencia criminal cuando lo admití.

—Ahora ya sabe usted que era robado.

—¿Cómo he podido enterarme?

—Porque yo se lo acabo de decir. Ya está usted advertido.

—En primer lugar —dijo Mason—, no he admitido que yo tenga en mi poder ni uno solo de esos diez mil dólares. En segundo lugar, no me da la gana de admitir sus advertencias.

El detective se volvió hacia el ama de llaves.

—Venga conmigo, señora —le dijo—. Ya le sentaremos las costuras a este abogado en otra ocasión.

—Pero es que no quiero ir detenida...

—Son órdenes superiores, señora —replicó el policía—. Ya le he dicho que no la molestarán. Nosotros vamos a retenerla, sencillamente, donde usted pueda estar segura hasta después de haber prestado declaración.

Perry Mason contempló cómo salía de su despacho particular aquella pareja. Su rugoso rostro era inexpresivo pero en cambio se notaba un destello latente de hostilidad.

Cuando la puerta de la oficina exterior se hubo cerrado, se acercó al escritorio de su secretaria y dijo:

—Della, necesito que telefonee a la redacción del *Star*. Dígales quién es usted. Allí tienen un periodista llamado Harry Nevers. Él ya sabe quién soy yo. Ruegue al jefe del departamento urbano que me envíe aquí a Nevers, porque procuraré darle noticias sensacionales para su periódico.

Della se acercó al teléfono.

—¿Así, pues, quiere que llame al jefe de noticias de la ciudad y le dé ese recado? —preguntó.

—Sí —contestó Mason—. Necesito a Nevers aquí cuanto antes.

—¿No quiere usted hablar personalmente con el jefe?

—No; porque pondrían a un taquígrafo en un aparato derivado, para que escuchase todo lo que yo dijera, llamarían a eso una entrevista y lo publicarían en el primer número. Por eso le he advertido que empezase indicándoles quién es usted, y luego, límitese a rogarles que envíen a Nevers aquí para un asunto sensacional. Ellos tratarán de arrancarle el secreto del asunto. Contésteles que usted no sabe nada y que yo estoy ocupado.

Della asintió, levantando el receptor, mientras Perry Mason regresaba a su despacho particular y cerraba la puerta de comunicación.

Capítulo 15

Harry Nevers era un hombre alto y delgado, con unos ojos que contemplaban al mundo escudado en una expresión de aburrimiento. Su cabello andaba siempre pidiendo las caricias del peine y la tijera, mientras el rostro presentaba ese aspecto grasiento tan común en las personas acostumbradas a perder horas de sueño. Al verlo, diríase que había pasado en vela la noche anterior; mas a decir verdad, muy a menudo eran dos las perdidas.

Entró presuroso en el despacho de Perry Mason y, en lugar de sentarse como es debido, se acomodó sobre uno de los brazos del gran sillón de cuero negro.

—Le voy a proporcionar a usted una buena oportunidad —dijo el abogado—, pero a cambio de ella necesito que me haga un favor.

Nevers le contestó, como distraído, en una monótona y apagada voz:

—Me lo figuro. Estaba esperándolo desde hace mucho tiempo. ¿Dónde está ella?

—¿Por quién pregunta? —quiso saber Mason.

—Por Frances Celane.

—¿Hay alguien que se interese por su paradero?

—Yo.

—¿Y con qué idea?

El periodista bostezó y, dejándose escurrir hacia atrás, se quedó sentado en una postura cruzada, con las piernas sobre el brazo del sillón.

—¡Vamos —exclamó—, a mí no me dará usted ninguna sorpresa! Esta desaparición es obra de un técnico en el oficio. Yo me calé la comedia, en cuanto me llamaron. La cosa estaba clara. Frances Celane sufre un terrible ataque de nervios y se la han de

llevar en volandas a un sanatorio. Esta última noche, el honorable señor fiscal descubre nuevas pruebas y se decide a lanzar sobre la nerviosa joven el refresco de una acusación por homicidio premeditado. Ella está secretamente casada con un ciudadano que se llama Gleason. Al pollo Gleason lo trincan, me lo ponen a la sombra, y sueltan los sabuesos para ir tras la cándida Frances.

»Añadamos que usted es el abogado de la niña, y la pone muy escondida entre cuadro tabiques cuya situación se ignora. Como es natural, esos tabiques no se harán transparentes hasta que usted tenga el pastel de su coartada bien cocido y entre tanto serán lo bastante espesos y fuertes para evitarle el peligro de caer en la trampa. Pero no serán tan resistentes como haría falta, cuando los periódicos proclaman a los cuatro vientos que a su jovencita la buscan por asesina. Usted ha necesitado la cooperación del doctor y de su hospital, y ellos no querrían mantener el secreto, aunque se lo pidiera de rodillas. Así, pues, no tiene más remedio que entregarla, y por eso me ha llamado usted, a ver si le traigo noticias de la última jornada, que le hacen mucha falta. Bueno, explíqueme ahora qué quiere, y yo le diré sinceramente si podemos hacer negocio.

Perry Mason frunció el ceño, en actitud pensativa, y tamborileó con sus dedos sobre el tablero de la gran mesa de despacho.

—Verdaderamente —dijo—, no sé qué quiero, Harry.

El periodista meneó la cabeza de un modo lúgubre, replicando:

—¿Y para eso me hace venir usted, hermano, con la montaña de trabajo que pesa sobre mí? Pues si no sabe qué es lo que quiere, nunca lo conseguirá. Si desea hacer algún trato conmigo, despache ahora mismo, o me largo.

—Bueno; en términos generales, le diré cuáles son mis proyectos —repuso el abogado, hablando lentamente—; un día cualquiera y a una hora que aún no sé cuál será, voy a llevar a dos o tres individuos a la residencia del difunto Norton, y allí reconstruiremos el drama del crimen, en condiciones lo más idénticas posibles a las de aquella noche. No sé todavía cómo lo haré.

Y también me propongo hacer constar, cuando menos se piense, el hecho de que aquel automóvil «Buick», cuyo robo fue denunciado por teléfono, no llegó a salir del garaje de la residencia. Ahora bien, lo necesito a usted para que vea de hacerme una publicidad

razonable alrededor de estos dos puntos.

—¡Alto, por un minuto! —exclamó Nevers, sin dejar por eso de hablar con la misma apagada monotonía—. Usted asegura que probará que el «Buick» no fue sacado de su garaje; ¿quiere eso decir que puede usted demostrar que el coche salió, pero que su contador fue desconectado o lo atrasaron al regresar?

—No —contestó Mason—; yo presentaré pruebas de que permaneció encerrado en el garaje.

Por primera vez desde su entrada en la oficina del abogado, la voz de Harry Nevers reveló ciertos indicios de interés, cierta tonalidad definida.

—¡Eso sí que va a ser divertido y digno de verse! —comentó.

—Muy bien —dijo Mason—, pues ya volveremos a hablar de ello cuando llegue la ocasión. Por ahora me limito a indicarle lo que espero de usted. La cuestión actual es ésta: ¿quiere usted hacer tratos conmigo?

—Por mí no hay inconveniente —repuso el periodista.

—¿Tiene usted algún fotógrafo preparado?

—¡Venga! Abajo está, esperando dentro del coche, y hasta he hecho reservar un buen espacio en la primera plana, donde publicaremos las fotografías.

Perry Mason se acercó al aparato telefónico sobre su escritorio, descolgó el auricular y le ordenó a Della Street, hablando en voz baja:

—Llame a la clínica del doctor Prayton y diga que se ponga él mismo al aparato. Pregúntele, de mi parte, en qué sanatorio ha recluido a Frances Celane. Ruéguele que la saque de él ahora mismo y haga, por teléfono, las gestiones convenientes para activar el asunto. Adviértale que Frances Celane va a ser inculpada del asesinato y que no quiero verlo a él complicado en el caso. Pídale el número de teléfono de ese sanatorio, y en cuanto les haya ordenado la salida de la supuesta enferma, procure que la señorita Celane se ponga al aparato y avíseme.

Dicho esto, colgó de nuevo el auricular.

—Ahora, escúcheme —suplicó Nevers, algo preocupado—, ¿quiere usted hacerme un favor?

—¿Cuál? —preguntó el abogado, con su acostumbrada cautela

—. Entiendo que ya le estoy haciendo uno, y bien grande: usted tendrá la exclusiva de fotografías y detalles harto interesantes.

—¡No sea tan corto de imaginación! —repuso el periodista—. Le voy a pedir sólo un favor corriente.

—¿Cuál?, repito.

Nevers se enderezó un poco en el sillón y dijo, con su eterna voz baja e inexpresiva:

—Ayúdeme a conseguir que esa niña enseñe un poco sus pantorrillas. Nuestras fotos están destinadas a figurar en primera plana, y yo quiero producir con ellas un poco de ruido. Aunque tal vez sea mejor publicar un primer término de su carita, en la primera plana, y dejar el retrato de las pantorrillas para una de las páginas interiores. De todos modos, me conviene llevarme algunas placas en las que nos enseñe un poco sus piernas.

—Bueno —dijo Mason—, no veo inconveniente en decírselo así mismo a ella. Puede usted hablarle con franqueza.

—¡Claro está que seré franco! Ya sabe usted que yo no me suelo morder la lengua —replicó el periodista—; pero usted es su abogado, y ella tendrá más confianza en sus palabras. Algunas veces tenemos pequeñas dificultades al ir a retratar a estas niñas, y no quieren hacernos caso en cuanto a la postura más conveniente, sobre todo cuando están nerviosas. Por eso le ruego que me ayude a conseguir unas fotos bien sensacionales.

—Bien —replicó Mason—. Haré todo lo posible por ayudarle en su labor.

Harry Nevers sacó un cigarrillo de la pitillera, lo encendió y dirigió al jurisconsulto una mirada investigadora.

—Si pudiésemos conseguir que la muchacha viniese hasta la redacción del *Star* y se entregase allí a nuestra custodia —dijo—, ¡eso sí que sería estupendo! Nosotros la ayudaremos a salir con bien de su proceso.

El tono de Mason al contestar a esta insinuación fue firme.

—No —dijo—. Conténtese con la exclusiva de las fotografías y de la información. Es lo mejor que puedo proporcionarle. La señorita Celane se constituirá prisionera ante el fiscal del distrito, y quiero asegurarme de que no habrá ninguna incomprensión con respecto a este hecho. En otras palabras: exijo que su periódico le

cuenta al público la verdad.

El periodista volvió a bostezar y miró hacia el teléfono.

—Bueno, conforme —dijo—. Estaba pensando si su secretaria habrá tenido tiempo ya de cumplir sus encargos de antes.

En el mismo momento, interrumpiéndole casi, sonó el timbre del teléfono, y Mason descolgó el receptor, oyendo la voz de Frances Celane, que sonaba, anhelante y excitada, en el otro extremo de la línea.

—¿Qué pasa? —preguntó la joven—. Aquí no me han dejado leer ningún periódico.

—Tanto mejor —repuso el abogado—. Pues quería decirle que ya empieza la función.

—¿Y qué significa eso?

—Han detenido a Bob Gleason, acusándole del asesinato. —Mason la oyó toser, y luego continuó—: Lograron identificar el bastón que ocasionó la muerte de Edward Norton y resultó pertenecer a su marido.

—Bob no ha matado a nadie —replicó ella rápidamente—. Vino a entrevistarse con mi tío y discutieron un poco. Se dejó ese bastón olvidado en el estudio del tío, pero...

—¡Deje en paz todo eso! —exclamó Perry Mason, interrumpiéndola—. Suerte tiene usted de que mi línea telefónica está bien aislada. Podría haber ocurrido que nos hubiesen puesto a un detective para escucharnos. Ya me lo contará todo en cuanto nos reunamos. Le ruego tome un taxi y venga a mi oficina ahora mismo, dispuesta a constituirse en prisión por asesinato.

—¿Quiere usted decir que la Policía va a detenerme a mí también?

—Sí —confirmó el abogado—. Mejor dicho: yo voy a entregarla a la custodia de la Policía.

—Pero todavía no me han acusado ellos como complicada en el asesinato, ¿verdad?

—Ahora lo van a hacer, yo trato de tomarles la delantera.

—¿Y cree usted que yo debo entregarme? —preguntó la joven.

—Usted me prometió tener confianza en mí —repuso él—. Y le aseguro que puede y debe tenerla.

—Conforme. Dentro de media hora me tendrá usted ahí.

—Bien —dijo Mason, y colgó el teléfono.

Al cabo de un momento, volvió a levantar el auricular y le dijo a su secretaria:

—Llame a la fiscalía del distrito. Quiero hablar con Claude Drumm, si él está allí.

Luego lo colgó de nuevo y se encaró con el periodista.

—Escuche —le dijo Nevers—, se va usted a meter en la propia boca del lobo. Si le anuncia al fiscal la próxima entrega de su defendida, verá cuán poco tiempo tardarán en rodear su oficina, para detenerla ellos cuando venga por aquí. Siempre prefieren atrapar al acusado con sus propias garras y que se entregue luego, si le gusta.

El abogado asintió con la cabeza, mostrando su conformidad.

—Es usted un sabio —replicó—, pero por eso mismo le voy a dejar oír mi conversación con el fiscal del distrito. Así eliminaremos posibles incomprensiones.

El timbre del teléfono sonó, y Perry Mason alzó el receptor.

—Oiga —dijo—. Oiga... ¿Es usted Drumm? Yo soy Mason..., sí, Perry Mason. Tengo entendido que han acusado a Bob Gleason del asesinato de Edward Norton.

En el auricular se reprodujo la glacial y cautelosa voz del fiscal Drumm.

—Se le considera como a uno de los principales autores del crimen.

—Entonces, ¿hay algún otro? —preguntó el abogado.

—Sí..., es muy probable.

—¿Se ha presentado ya la correspondiente denuncia?

—Todavía no.

—Escuche...: un pajarito me dice que usted quiere señalar a Frances Celane como el otro criminal.

—Bien..., ¿y qué? —preguntó Drumm, sin alterar la frialdad y cautela de su voz—. ¿Para eso expresamente me llama usted?

—Le he llamado para decirle que Frances Celane se halla en camino de su oficina, adonde va a constituirse en custodia.

Hubo un momento de silencio por ambas partes; luego, Drumm preguntó:

—¿Dónde está ahora esa joven?

—En algún sitio comprendido entre la casa de donde ha salido y su oficina de usted... es decir, está en la calle.

Drumm preguntó también, con cierta prevención:

—¿Se detendrá en algún puesto de su recorrido?

—No se lo puedo asegurar —repuso Mason.

—Perfectamente —dijo Drumm—. Pues cuando llegue aquí tendremos mucho gusto en recibirla.

—¿Admitirá usted la libertad bajo fianza?

—Ya discutiremos ese asunto con toda la amplitud debida, una vez hayamos tomado declaración.

Mason sonrió silenciosamente ante el teléfono.

—Compréndame bien, Drumm —dijo—. Yo le he anunciado que ella misma iba a entregarse en custodia. Por lo tanto, no debe tomársele declaración.

—Necesitamos preguntarle algunas cosas a esa joven —indicó el fiscal.

—Eso es otra cosa —comentó el abogado—. Usted puede preguntarle todo lo que quiera, en la seguridad de que a ella le agradará que lo haga.

—¿Está dispuesta a contestarme? —preguntó Drumm.

—Verá usted..., ella no le contestará —aclaró Mason—. Si hay algo que decir, lo diré yo.

Y después de oír la exclamación de enojo que sus palabras arrancaron al fiscal, colgó el receptor.

Nevers lo miró con expresión de aburrimiento.

—Ésos le van a vencer a usted —comentó—. Se figurarán que ella va a venir a esta oficina y enviarán unos cuantos hombres que la arresten aquí. Después lo harán aparecer como si hubiese sido una detenida vulgar, y no una rendición voluntaria por parte de ella.

—No lo crea —dijo el abogado—. Ahora piensan que la muchacha va directamente desde el sanatorio a la fiscalía. Y, pase lo que pase, usted es testigo de mis palabras, lo cual eliminará cualquier incomprensión, ¿verdad?

Mason abrió uno de los cajones de su escritorio, sacó de él un frasco de whisky y un vaso y llenó este último.

El periodista empujó el vaso, haciéndole deslizarse por encima

de la mesa, hacia la esquina que quedaba a sus espaldas, y luego empujó la botella sobre sus labios.

Cuando la volvió a dejar sobre la mesa escritorio, hizo una mueca al abogado y le dijo:

—Mi primera esposa le tenía horror a lavar platos y vasos, y yo me acostumbré entonces a no ensuciarlos. Comprenderá usted, amigo Mason, que esta mañana tendremos que trabajar duramente, y tenga en cuenta que he pasado un par de noches sin dormir ni un segundo. Si me dejase guardarme ese frasco en el bolsillo, me ayudaría mucho a mantenerme despierto.

Mason se levantó y alcanzó sin esfuerzo la botella.

—Mejor será guardarla en mi mesa —dijo—. Así estaré seguro de que no toma usted una dosis excesiva.

—Bueno —le repuso Nevers—. En ese caso, y como aquí no me retiene nada, creo llegado el momento de largarme abajo en busca de mi fotógrafo.

Y dejando resbalar las piernas, desde el borde del sillón al suelo, desapareció por la puerta de la oficina exterior.

Al cabo de cinco minutos estaba ya de vuelta, acompañado del fotógrafo; éste llevaba en una de sus manos el estuche de lona que contenía la cámara, mientras con la otra sostenía el trípode. El hombre no perdió ni un instante en saludar, sino que, desde la entrada, dedicóse a examinar el interior del despacho con vivos ojos de técnico en cuestión de iluminación.

—¿Qué clase de tipo tiene esa muchacha? —preguntó.

—Su pelo es sedoso y de un rubio claro —contestó Mason—, tiene oscuros los ojos, altas las mejillas y muy buena figura. No le dará ningún trabajo cuando se coloque delante del objetivo; es muy experta en saber adoptar la postura que más le favorece.

—Me conviene sentarla en ese sillón de cuero —indicó el fotógrafo.

—No será necesario decírselo —repuso Mason—; ella lo escoge siempre, y ahí se acomodará en cuanto entre.

El artista levantó las persianas de las ventanas, armó el trípode, montando luego en él la enorme cámara y, colocándola cuidadosamente, vertió un poco de magnesio en polvo sobre la lámpara especial.

—¿Por qué no usa usted flashes eléctricos? —preguntó Perry Mason, observando con interés las manipulaciones del fotógrafo—. Tengo entendido que dan mejores resultados y no dejan la habitación llena de humo, como pasa con los fogonazos de magnesio.

—Intente preguntárselo a ese pajarraco con ojos de aguilucho que se encarga de llevar la cuenta de los gastos en la redacción —contestó el artista—. Además, como esta oficina es la de usted, a nosotros no nos preocupa el humo.

A Nevers se le escapó una sonrisa burlona y, mirando a Mason, comentó:

—Esas palabras son una clara muestra del dulce espíritu de colaboración que reina en las oficinas del *Star*.

El abogado levantó la vista al techo de su despacho y murmuró:

—Me figuro que habré de marcharme fuera de aquí durante una media hora, tan sólo porque a ustedes, amigos míos, se les antoje ahorrar el pequeño costo de una lámpara eléctrica.

—Dele a éste una ración de frasco —dijo Nevers—, y tal vez no cargue tanto la lámpara de magnesio.

Mason ofreció la botella al fotógrafo.

—Escuche —dijo entonces Nevers, de un modo casi extemporáneo—, hay algo, tal vez un presentimiento, que parece avisarme de que usted prepara una bonita estratagema de su cosecha. ¿No es así, amigo Mason?

—Así es —contestó el interpelado.

Nevers hizo una seña al fotógrafo.

—¡Magnífico, Bill! —le dijo—; lo mejor será empezar por hacer una foto del abogado, sentado ante su mesa escritorio. Ve retirando los libros que te estorben, quita de en medio esa botella, e impresiona un par de negativos.

—No desperdicien las provisiones de película —advirtió Mason—. En su periódico no querrán publicar mi retrato. Como no sea con motivo de algún sensacional incidente ocurrido en la sala del juicio, o bien paseando por la calle con Frances Celane, o algo por el estilo.

Harry Nevers le miró muy pensativo y dijo, con aquella cansada y monótona voz, tan peculiar en él.

—No estoy yo tan seguro de eso. Depende del ardid que usted anda maquinando. En estos últimos tiempos, usted ha triunfado rápidamente en un par de casos difíciles, y esto me hace desear esas fotos para nuestra «mogue», pues pudiéramos necesitarlas muy pronto. Nadie puede predecir lo que va a pasar.

Perry Mason contempló con astuta mirada al periodista.

—Dicho de otro modo —añadió—; a sus oídos ha llegado él eco de esos rumores que anuncian mi próximo arresto como providencia accesoría después de lo ocurrido.

Nevers cloqueó, produciendo secos y ásperos chasquidos entre su lengua y sus dientes.

—Usted no tiene pelo de tonto, amigo Mason —repuso—. Pero gasta unos procedimientos muy divertidos para presentarse ante los Tribunales y defender a sus clientes. Ya que usted mismo lo mencionó, no tengo inconveniente en confesar que me parece haber oído alguna cosa referente a cierto dinero robado que usted recibió en pago de honorarios, sin entregarlo después, como era su deber.

La sonrisa del abogado fue desdeñosa.

—Si yo hubiese recibido esos billetes, ¿en qué lindo aprieto no habría puesto a mi cliente, al presentarme a la Policía para dejar los billetes sobre la mesa y decirle virtuosamente: «Aquí los tienen ustedes»?

—¿Recibió usted, en realidad, algún billete de mil dólares, procedente de su cliente? —preguntó Harry Nevers, hablando en el tono de quien hace una pregunta, sin importarle la respuesta.

Perry Mason hizo un gesto indefinible y repuso:

—Si tal ocurrió, o tengo yo el dinero conmigo o debe de estar el algún rincón de mi oficina. Y ya lo han registrado de cabo a rabo.

—¿Esta mañana? —inquirió el periodista.

—No. A alguna hora de la pasada noche —replicó el abogado.

Nevers volvió la cabeza hacia el fotógrafo.

—Será preferible que haga tres retratos, Bill —le dijo—; uno en su escritorio, otro de pie, y luego un primer plano.

Capítulo 16

Fran Celane, sentada en el gran sillón de cuero negro, contempló la cámara fotográfica que remataba el alto trípode, miró después a la cara de Perry Mason y sonrió con desmayada y patética expresión.

—¡Sostenga un instante ese mismo gesto! —exclamó el fotógrafo.

—Espera un poco —dijo Nevers—; esta fotografía debe tener cierto atractivo sexual, y para eso conviene que se vea un poco más la pantorrilla.

La joven continuó sonriendo desmayadamente. Extendió su brazo izquierdo y, tirando de la falda, elevó una o dos pulgadas más su borde.

—Mire hacia el objetivo —le indicó el fotógrafo.

Harry Nevers volvió a interrumpirle:

—¡Alto..., un segundo! Aún no lo encuentro del todo bien. Hace falta algo más de pantorrilla.

La sonrisa se eclipsó en el rostro de ella, siendo sustituida por un relámpago de furia, que cruzó por sus ojos. Se inclinó hacia delante y se levantó la falda de un modo exagerado, dejándola por encima de las rodillas, con gesto desabrido.

—Ahora es demasiado, señorita Celane —observó el fotógrafo.

—¡Me alegro! —exclamó la joven, encarándose con Nevers—. ¿Aún no está contento? ¿No quería usted pantorrillas? ¡Pues aquí las tiene!

Mason intervino con su clásica paciencia:

—Debe usted comprender, señorita Celane, que estos señores nos están ayudando, como amigos, a resolver en nuestro favor el caso. Hacen todo lo posible para que tenga una publicidad que la

beneficie. Con ese objeto, han de obtener una fotografía que atraiga el interés del público. Y, naturalmente, ese retrato sería una poderosa ayuda para nuestra causa si usted adopta la clase de sonrisa que conviene y, al mismo tiempo, logra darle el atractivo femenino suficiente para atraer y conquistar las miradas de los hombres.

Poco a poco, la irritación se fue desvaneciendo, hasta desaparecer de sus ojos por completo. Se arregló la falda, tapándose con ella la rodilla, y en su rostro se marcó de nuevo la desmayada y patética sonrisa de antes.

—Ahora está bien —dijo Nevers.

—No se mueva ahora —advirtió el fotógrafo y luego añadió—: y no guiñe los ojos.

Una viva llamarada, de cegadora luz blanca, se desprendió del quemador del magnesio, y una pequeña nube de humo se retorció y giró sobre sí misma, mientras ascendía hacia el techo.

—¡Magnífico! —exclamó el fotógrafo—. Vamos a sacar ahora en otra postura algo diferente. Puede usted tener un pañuelo en la mano izquierda, como si hubiese estado llorando, y ponga una cara triste. La boca un poco abierta y contraída. Que no se vea ahora tanta pantorrilla.

Frances Celane se volvió a inflamar.

—¿Qué se cree usted? ¿Que soy alguna actriz... o un maniquí?

—¡Muy bonito! —dijo Perry Mason, tratando de apaciguarla—. Tiene usted que ir corrigiendo un montón de genialidades como ésta, señorita Celane. Me veo obligado, una vez más, a prevenirla contra los arrebatos de su irascible carácter. Si usted se enardece tan a menudo y descubre su mal genio, es fácil que a los periodistas se les ocurra presentarla como a una mujer-pantera, lo cual sería deplorable para su asunto. Lo que trato de conseguir es que se abrevie el período de instrucción, se llegue pronto a la vista de la causa, y ésta se resuelva con una rápida y completa absolución. Usted debe cooperar a este fin; en caso contrario, prepárese a recibir sorpresas desagradables.

Ella se quedó mirando al abogado, suspiró, y acabó por adoptar la postura que se le había indicado.

—La barbilla un poco más baja y desviada hacia la izquierda —

dijo el fotógrafo—. Los ojos, entornados; pero no tanto, que den la impresión de estar cerrados. Retire ese hombro un poquitín más lejos de la cámara, de modo que yo pueda ver el contorno de su garganta. Muy bien. Ahora está espléndido. ¡No se mueva!

Por segunda vez se oyó el tenue disparo del obturador, y un nuevo relámpago de magnesio lanzó una bocanada de humo blanco.

—¡Estupendo! —exclamó el fotógrafo—. ¡Saldrán dos fotografías magníficas!

Perry Mason se acercó al teléfono.

—Póngame en comunicación con Claude Drumm, de la fiscalía del distrito —ordenó, después de haber llamado.

Cuando oyó la voz del fiscal le dijo:

—Lo siento muchísimo, señor Drumm, pero la señorita Celane se encuentra bastante mal. Hace pocos días sufrió un fuerte ataque de nervios, y por orden de su médico fue internada en un sanatorio. Pero lo ha abandonado para volver a la ciudad y entregarse a la Justicia, en cuanto se enteró de que la Policía la estaba buscando. Ahora está en mi oficina; y no puede partir. Creo que lo mejor sería que viniese usted aquí a recogerla.

—Creí entender que ya había salido de su oficina, cuando usted me telefoneó antes —replicó Drumm, revelando en su voz indicios de hallarse enfadado.

—No, señor —repuso Mason—, usted no me ha comprendido bien. Yo le dije que ella había salido camino de la fiscalía, pero no puntualicé que hubiese partido de aquí. Le indiqué a usted que ignoraba si se detendría en algún punto de su recorrido. Y, como se sentía muy nerviosa, ha subido a mi oficina, porque desea que yo la acompañe.

Se oyó a Drumm exclamar:

—¡Es lo mismo! Enviaré ahí a la Policía. —Y soltó de golpe el teléfono.

Mason se volvió e hizo una mueca a Nevers.

—Si les hubiese anticipado que ella venía aquí dispuesta a entregarse, hubiesen enviado en seguida a un agente, para que se escondiera por esos alrededores y le echara el guante antes de llegar a esta oficina —comentó.

—Bueno... ¡qué le vamos a hacer! Al fin y al cabo, es su oficio

—dijo Nevers—. Creo que no me sentaría mal otra copita del whisky que usted tiene, si anda por ahí a mano.

—Tampoco a mí me haría daño una copita —dijo Fran Celane.

El abogado se apresuró a contestar a la joven, con vigoroso movimiento negativo de cabeza.

—No, no y no. Muy pronto estaremos en plena acción, y de ningún modo me conviene que le huela a alcohol el aliento, señorita Celane. Debe usted recordar que la más mínima cosa que haga y la menor palabra que diga serán tenidas en cuenta y publicadas cuando se vea la causa ante el Tribunal.

»Ahora, permítame que le recuerde asimismo que en ningún caso debe usted hablar del crimen o dejarse llevar de su mal genio. Éstas son dos cosas que nunca se le deben olvidar. Charle de todo lo demás, sin freno alguno; deles a los periodistas una buena ración de tema para sus diarios. Explíqueles el cuento romántico de su matrimonio secreto con Gleason. Dígales cuánto lo admira usted a él y qué hombre tan maravilloso es. Relate todo lo referente a la época de su niñez, a lo desgraciada que fue al perder a sus padres y el consuelo que encontró en su tío, que hizo las veces de padre y madre para con usted. Procure dar la sensación de que usted ha sido una infeliz muchachita rica que, privada del cariño y de los insustituibles cuidados de los verdaderos padres, no ha tenido otro defecto que el de nadar en la abundancia.

»Proporcióneles todo el material que ellos puedan necesitar para escribir reportajes cariñosos, componer anécdotas características, y demás rellenos para las páginas de sus rotativos. Pero en el preciso instante en que alguno de ellos empieza a hacer preguntas relativas al asesinato o referentes a lo que ocurrió aquella noche, cierre la boca como si se la tapara con una mordaza. Indíqueles cuánto lo lamenta usted, pues le gustaría extraordinariamente hablar de ello y no comprendo por qué razones no ha de poder hacerlo; pero que su abogado le ha dado instrucciones muy concretas y se ha reservado para él solito el derecho de explicar cualquier detalle de lo sucedido. Insista, si quiere, en que tal proceder le parece a usted una tontería, que no se le alcanzan los motivos de que su abogado piense de ese modo, desde el momento en que usted no tiene nada que ocultar; pondere lo que le agradaría ser explícita y contar todos

los incidentes y pormenores de la noche del suceso, ninguno de los cuales se le ha olvidado en lo más mínimo; pero repita que no puede decirles nada, porque se lo ha prometido a su defensor, y usted no es una mujer informal, ni gusta de dejar incumplido lo que ofrece.

»Ellos ensayarán toda clase de artimañas y recursos para ver si usted se descuida y les da alguna noticia trascendental; probablemente le dirán que Bob Gleason lo ha confesado todo, o que él ha asegurado ante la Policía que tiene motivos para creer que usted fue quien cometió el asesinato, o bien, que usted le hizo víctima de ciertas acusaciones injustas; asimismo pueden contarle que Bob ha llegado a la conclusión de que usted es la única culpable, y que, en vista de ello, ha hecho una confesión pre-preparada para desorientar a la Justicia y ver si logra salvarla a usted del peligro. En fin, ya verá usted cómo se las ingenian para marearla y aturdira. Usted, por toda respuesta, mírelos con cara inexpresiva y no diga una sola palabra. Y, sobre todo, ¡por Dios!, no saque nunca a relucir su mal genio y manténgase sonriente y ecuaníme. Con toda probabilidad, ellos harán cosas que despertarán en usted el deseo de matarlos, pero si se deja arrastrar por su irascible carácter y cae en uno de sus frecuentes accesos de rabia, les faltará tiempo para llenar las primeras planas de sus diarios con la sensacional información de que usted tiene un temperamento ingobernable y es una de esas espectaculares mujeres furiosas como tigres.

—Comprendido —dijo la joven, cuando Mason hubo acabado de hablar.

A través de las ventanas del despacho llegó a sus oídos, traído por un golpe, el lejano alarido de las sirenas que la Policía usa en sus automóviles.

Frances Celane se estremeció sin querer.

—Bueno, muchacho —le dijo Nevers al fotógrafo—, ya puedes poner otra placa en tu cacharro, porque alguno de estos «polis» querrá salir retratado en los papeles, dándose postín de detener a la bella acusada. ¿Qué te apuestas a que viene con ellos Carl Seaward, el presumido de la Brigada Criminal? Es uno de esos pajarracos a los que les gusta asomar su barriga frente a la cámara y poner su

manaza en el hombro del prisionero, para salir luego en primera plana con unas letras muy gordas que digan: «Carl Seaward, el intrépido agente investigador de la Brigada Criminal, deteniendo al supuesto asesino; cuyo meritorio acto marca la resolución de un caso que consiguió desconcertar a toda nuestra Policía durante las últimas cuarenta y ocho horas». Tal vez me convenga a mí también figurar en ese preciso cuadro —añadió Nevers—. ¿Resultaré bien con los pelos de punta? Puedo figurar como el redactor del *Star* que ayudó a la Policía en su búsqueda del criminal.

Y Nevers ensayó una postura frente al objetivo.

Frances Celane lo observó, con desdeñosa mirada, y le dijo:

—Enseñe un poco la pantorrilla.

Capítulo 17

Paul Drake se encaramó en una esquina de la mesa del despacho de Perry Mason y extrajo una porción de tabaco de una bolsita de tela, extendiéndola sobre un papel de color sepia, con el que empezó a liar un cigarrillo, mediante hábiles manipulaciones de sus tostados dedos, teñidos de amarillo por el humo de sus largos años de fumador empedernido.

—Bien —explicó—; pues nos hemos puesto en contacto con la señora Mayfield. Pero sin sacar nada en limpio, porque la ocasión es como preparada por los mismísimos demonios. Resulta que la Policía la tiene custodiada, como testigo a quien piensa utilizar, y hay para rato hasta que cambien las circunstancias.

—Así, ¿no le han aplicado ustedes todavía el procedimiento de las sombras misteriosas?

—Aún no. Lo estamos preparando, en espera del momento propicio. Hemos encontrado a una mujer que fingirá haber vivido en el extranjero, trabajando como institutriz y explicará que ahora se encuentra sin empleo. La hemos puesto en el camino de la señora Mayfield, y averiguará todo lo que esta mujer haga y diga a sus compinches. Tenemos proyectado escoger a uno de estos últimos, con preferencia a una de sus amigas, y sacarle todo lo que nos interesa acerca de los nombres de las personas con quienes la señorita Mayfield se relaciona, y además detalles adicionales.

—¿Les ha dado ya algún resultado esa mujer que han puesto para vigilar al ama de llaves? —preguntó Mason.

—Estoy seguro de que lo dará. Por de pronto, se ha hecho amiga de la señora Mayfield y ha conseguido que ella le cuente todos los disgustos que tuvo con su marido, y un montón de cosas por el estilo.

—¿Pero no ha dicho nada referente al asesinato? —inquirió el abogado.

—Ni por asomo. Sólo le ha explicado, claro está, que la llevaron a la oficina del fiscal del distrito, y allí la detuvieron un buen rato, como testigo de importancia, hasta conseguir de ella que firmase una declaración jurada; y asimismo ha mencionado un sinfín de detalles de poca importancia, mas sin decir nada que valga la pena. Todo eso no es sino una repetición de lo que ella misma ha relatado ya a los periódicos.

—¿No sabe usted nada de Don Graves? —preguntó Mason—. ¿Cómo van las cosas con ese individuo?

Paul Drake, antes de responder, acabó de perfilar su meticulosa confección del cigarrillo.

—Ahí sí que estamos haciendo verdaderos progresos —dijo—. Hemos conseguido utilizar a una mujer atractiva, que ya se ha puesto en relación con él, y Graves ha caído en la trampa como si, en lugar de un hombre, fuese una techada de ladrillos. Le está contando todo lo que él sabe.

—¿Noticias referentes al caso que nos interesa?

—Acerca de este caso y acerca de todo. Le está vaciando el cerebro.

—Se conoce que esa mujer es de provecho —comentó Perry Mason.

—¡Vaya si lo es! —exclamó Drake entusiasmado—. Capaz de sacarle a usted los ojos, sin que se dé cuenta. Se ha especializado en su trabajo de confidente de tal modo, con tan perfecta técnica, que no hay quien la resista cuando se arrima, muy pegadita, a un hombre, le mira con sus hermosos ojos bien abiertos y le escucha con aquella atención absorbente que tanto nos agrada a todos. La víctima, naturalmente, se desvive por contarle cosas, y se le escapa la lengua. ¡Dios mío, si hasta yo mismo, cada vez que salgo con esa picara, me pongo confidencial y empiezo a descubrirle todas mis preocupaciones! ¡Cuántas veces le he hablado de la chica que me dio calabazas cuando era pequeño, de cómo por culpa de ella no me he casado, y demás confesiones por el estilo!

»Usted ya sabe lo que pasa cuando un individuo ha bebido las nueve décimas partes de lo que cabe en el estómago: empieza a dar

traspíés, a llevar sus cuitas al oído del primer extraño con quien tropieza, explicándole detalles de su vida privada. Bueno, pues así ocurre con los infelices que caen en manos de esta viva. Los pone como si hubiesen bebido más de la cuenta. Se caen con todo el equipo y se les desparraman los secretos.

—¡Magnífico! —exclamó el abogado—. ¿Y qué ha descubierto usted?

—Pues hasta cosas de esas que a usted no le gustaría oír —repuso el detective—, porque no le van a servir de mucha ayuda para salvar a su cliente.

—No importa —dijo Mason—. Desembuche de una vez y no trate de azucararme las malas noticias. Vengan los datos, por crudos que sean.

—Helos aquí —comentó Drake—; esa señorita Celane se había puesto una bata de color rosa la noche en que el asesinato fue cometido. A Graves lo envió fuera Edward Norton, encargado de aprovechar el automóvil en que se iban el juez Purley y su amigo Crinston y de traer ciertos documentos de casa de este último. Al joven secretario se le ocurrió mirar por la ventanilla trasera hacia la casa de su jefe mientras recorrían las numerosas curvas del camino y cuando llegaron al punto desde el cual se podía ver el interior del estudio de Edward Norton, divisó claramente a alguien que estaba en pie a espaldas del caballero, en tanto éste se hallaba sentado ante su mesa escritorio.

»Más aún: él asegura haber presenciado cómo aquel hombre esgrimía un bastón y golpeaba la cabeza de Edward Norton, quien se desplomó sobre su mesa de trabajo. También dice que pudo ver un brazo, un hombro y la cabeza de una mujer, y que él estaba convencido, de un modo positivo, de poder identificar al asesino y a la misteriosa mujer entrevista. Esta última llevaba una bata de color rosa.

—¿Ha declarado todo eso en la fiscalía del distrito? —preguntó el abogado.

—Sí, señor; lo confesó tal cual yo se lo he explicado, firmó su declaración y juró que decía la verdad.

—Pues no coincide con sus primeras manifestaciones —puntualizó Mason—. Cuando la Policía estaba practicando sus

pesquisas preliminares, Graves dijo haber visto al hombre que dio el golpe, pero que no había allí nadie más, si se exceptúa a Norton.

—Lo cual servirá a usted de muy poca ayuda —replicó Drake, sin dar mucha importancia a sus palabras—, por la imposibilidad de probarlo.

—La Policía tomó nota taquigráfica de todo lo dicho —indicó el abogado.

Drake se sonrió.

—A estas horas, ya no existen ni restos de tales apuntes. Se lo advierto a usted por si no lo sabía —repuso Drake—. Precisamente me tomé la molestia de rogar a uno de los periodistas que interrogase al taquígrafo empleado en la noche del crimen. Pues bien: por extraño que parezca, algo anormal ha ocurrido en este caso, porque el block de apuntes de ese funcionario se ha trasapelado y nadie lo ha podido encontrar. Ha desaparecido definitivamente.

Y acompañó sus últimas palabras con un significativo guiño.

Perry Mason contempló, pensativo, la bruñida superficie de su eran mesa de trabajo, mientras sus cejas formaban una sola línea recta, reveladora de su ceñuda concentración.

—¡Malditos fulleros sucios...! —exclamó—. Los fiscales se pasan la vida clamando a los cielos contra los abogaduchos picapleitos que enredan los procesos criminales, falseando los hechos. Pero cuando un fiscal descubre alguna prueba que favorece un poco al acusado, ya se puede usted apostar lo que quiera a que ocurren cosas raras con ella.

El detective se encogió de hombros.

—Lo que necesita el fiscal son pruebas del delito —dijo—. Lo demás, le estorba.

—Amigo Paul: ¿no le sería posible a esa mujer que trabaja a sus órdenes introducirse en la habitación que la señora Mayfield ocupaba en la residencia del señor Norton? —preguntó el jurisconsulto.

—¡Ya lo creo que sí! Eso es un pasatiempo para ella.

—Muy bien. Pues me convendría tomase nota detallada de cada uno de los vestidos que allí encuentre. En otras palabras, me interesa saber si entre ellos figura un batín de color rosa.

Paul Drake miró de soslayo al abogado, poniendo unos ojos harto significativos. Después dijo:

—No creo que sea una cosa demasiado difícil el meter a una persona allí dentro.

—No lo es, pero abandonemos esa idea —replicó Mason—. A mí me gusta jugar limpio.

—¿Qué quiere decir con eso de «jugar limpio»? —preguntó Drake—. ¿Acaso hay alguien que no juegue limpio con usted?

—He querido decir que no me conviene ayudarle a usted en esa hazaña de introducir a un extraño en la casa del crimen —explicó el abogado—. Me parece que he hallado una buena solución para este caso, voy a trabajarla de un modo sincero, liso y llano. Creo que triunfaré en toda la línea, si puedo conseguir un sobreseimiento leal y decente.

—Escuche, amigo —le advirtió Paul Drake, levantando los pies hasta el tablero de la mesa, y acomodándose sobre una esquina de ella, como un mono, con las piernas cruzadas al estilo árabe—. No crea usted haber encontrado una salida en este laberinto; por el contrario, ellos son los que han atrapado a su cliente, y la tiene ahora detenida y con una serie de acusaciones sobre ella. Tome nota de lo que le achacan: es la persona más beneficiada, si no es la única, al morir el viejo; y por si eso era poco, el matrimonio que se había colgado al pescuezo la ponía en el dilema de escoger entre matar a su tío antes de que se enterase, o perder una herencia que valía algunas talegas de oro.

»Añada usted que ese tal Gleason se puede haber casado con ella porque le gustase la niña, pero también, y no sé quién probará lo contrario, en interesada caza de su dinero, y todo el mundo concederá mucho más crédito a la segunda de esas versiones. La teoría del acusador público consistirá en que, al verse a punto de tropezar con las consecuencias de las cláusulas del depósito, los jóvenes esposos trataron de convencer a Norton, discutiendo con él su situación. Como el viejo, cosa muy probable, se negó a escucharles una sola palabra, Gleason, en un acceso de ira, concebiría la idea de darle un buen golpe en la cabeza. Habría la gran pelotera, y el muchacho hubiese acabado ya entonces con el testarudo tío de su esposa, de no haber sido por la llegada

inesperada de Crinston, quien acudió a la cita previamente convenida con su socio. Debido a esa interrupción, Gleason aguardó a que Crinston se volviera a marchar, sin alejarse mucho del estudio del anciano caballero, y entretanto, se dedicó a violentar la ventana, para simular que unos ladrones habían entrado desde el jardín. Después, sin pérdida de tiempo, se volvió al estudio y le rompió la cabeza a Norton.

»Tal vez hasta entonces no pensara en aprovechar su crimen para robar algún dinero; sólo trataba de fingir que el móvil del crimen era un robo, y con esa idea empezó a volver afuera los forros de los bolsillos de la víctima; y como encontraría en la cartera una tentadora suma de dinero, decidió apropiársela. Entonces oyó regresar a Crinston, lo cual le obligó a actuar rápidamente. Sabedor de que el chófer estaba borracho y tumbado en la cama, se apresuró a meterse en su dormitorio y dejarle allí cuantas pruebas comprometedoras se le ocurrieron, huyendo luego del teatro de su crimen.

»Frances Celane debía estar con Gleason mientras éste cometía el homicidio. Todo el mundo sabe que tiene muy mal genio, sobre todo en cuanto se excita por cualquier cosa, y en aquella ocasión, estaría rabiosa contra su tío, lo cual la complica en el asesinato. Gleason debió de conocer su carácter antes de casarse con ella, pero eso no fue obstáculo para su boda, porque iba tras el dinero de la muchacha; he aquí otro hecho que perjudica la reputación del joven.

»También hará ver el fiscal la probabilidad de que a Gleason se le ocurriera la idea de simular la existencia de unos ladrones, mientras Crinston hablaba con Norton, y entonces marcaría asimismo las falsas pisadas del jardín. Cuando después de matar al viejo oyó retroceder al mismo automóvil que acababa de partir de la casa, se dio cuenta de que alguien debía de haberle visto por la abierta ventana o que alguna cosa le había salido mal, por lo cual decidió comprometer al chófer, añadiendo así una segunda cuerda al arco de su defensa.

Perry Mason contemplaba al detective con su más fría y dura mirada. Al ver que había terminado su explicación de la probable posición del fiscal, le dijo:

—Amigo Paul: si van a la vista de la causa con esa teoría, te garantizo que la rebatiré de cabo a rabo.

—¡Quiá, hombre! ¡Usted no podrá rebatir nada de cabo a rabo! —le gritó Drake—. Ellos tienen vigiladas todas las pruebas circunstanciales requeridas. Han pescado a la chica en media docena de mentiras. ¿Por qué dijo que se había ido de paseo en el sedán «Buick», cuando no se movió de la casa? Pueden demostrar que el coche no salió del garaje. La señora Mayfield les ha ayudado mucho en este aspecto del caso, y el mayordomo jurará positivamente que el automóvil estuvo encerrado toda la noche. El fiscal puede probar a quién pertenecía el bastón con que se mató a Norton, y también que la muchacha tenía en su poder una parte del dinero robado al cadáver...

El abogado dio un respingo al oír aquello y prestó aún más atención a lo que el otro decía.

—¡Ah! ¿Conque pueden probar que la señorita Celane tenía ese dinero? —preguntó.

—Sí, señor —contestó Drake.

—¿Cómo? —quiso saber Mason.

—No sé exactamente cómo lo piensan hacer, pero sí estoy bien enterado de que eso forma parte de su plan. Lo tienen todo bien estudiado. Creo que lo han descubierto por mediación de la señora Mayfield.

—Bien —dijo el abogado con fatigada atención—, ya verá usted cómo tendremos una oportunidad de resolver el caso en nuestro favor. Por de pronto, me propongo obligarles a que la vista de la causa se celebre inmediatamente, antes de que puedan hacer más investigaciones.

—¿Va a obligarles a que anticipen la vista? —exclamó Drake—. ¿Cómo es eso? Yo creí que usted estaba aglomerando obstáculos para conseguir demoras. Así lo aseguran los periódicos:

Perry Mason le hizo una mueca al detective, y replicó:

—¡Claro, hombre! Es ése el procedimiento empleado por mí para inducirles a que anuncien pronto la vista: me paso el día mendigando aplazamientos y solicitando plazos adicionales para todo, igual que si mis clientes estuviesen perdidos si yo no podía conseguirlo. Naturalmente, ellos se oponen siempre a estas

peticiones mías. Después de conseguir que la fiscalía del distrito haga resaltar esta continua oposición, de un modo vigoroso, yo dejaré creer que me considero apabullado, y tendré que consentir a que lleven el asunto ante la sala judicial.

Drake movió la cabeza, expresando cierta duda.

—No caerán en esa trampa —dijo—. Es demasiado vieja.

—Cierto, pero parece nueva con el disfraz que yo le he puesto —repuso Mason—. Lo que a mí me hace falta es que usted ponga pronto en plena marcha ese truco de las sombras misteriosas, aplicándoselo a la señora Mayfield y también a Don Graves. Necesito convencerme de que los podemos asustar lo suficiente para que se aturdan y logremos arrancarles ciertos datos. Ninguno de los dos ha dicho la verdad... hasta ahora. Y a mí me conviene saber algo más acerca de ese dinero, tanto si el fiscal tiene pruebas como si sólo son meras sospechas.

—¿Así, pues, usted intenta echar la culpa del asesinato sobre la señora Mayfield y su marido? —preguntó el detective.

—Lo único que trato de hacer es defender a mi cliente con los mejores recursos de mi habilidad —insistió Mason.

—¡Bah! ¡La pamplina de siempre! —replicó Drake—. Bueno..., pero, ¿qué significado le hemos de dar a este caso?

Antes de responder, el abogado apelmazó un cigarrillo, golpeándolo sobre el bruñido tablero de su mesa.

—El mejor sistema de llegar al fondo de la trampa de un crimen —dijo— consiste en seleccionar cualquier detalle pertinente que no haya sido explicado y empeñarse en buscarle una explicación lógica.

—¡Claro! Pero esa frase no pasa de ser otra vulgaridad. Vamos al grano: ¿se puede saber a qué se está usted refiriendo?

—Pues me gustaría saber la causa por la cual Norton comunicó a la Policía el robo de su «Buick» sedán —explicó Perry Mason.

—¿Y qué relación tiene ese detalle con el asesinato? —quiso saber Drake.

—Enorme —añadió el abogado—. Es un hecho extraño, que hasta ahora no tiene explicación posible, y mientras no le encontremos una solución razonable, será inútil que pretendamos juzgar el homicidio.

—No está mal, si sólo se trata de desconcertar al jurado —comentó el detective—; pero en realidad, eso no significa nada. Usted sabe muy bien que a todo se le pueden encontrar mil explicaciones y ser falsas todas. Por otra parte, siempre quedan detalles oscuros, sin razón de ser.

—Conforme, mas hasta que no resolvamos este asunto, no debemos dar por completada la instrucción de esta causa —insistió tenazmente Mason—. Además, recuerde que la acusación fiscal se apoyará en pruebas circunstanciales, es preciso excluir antes toda hipótesis razonable que no sea la que establece el caso de culpabilidad.

Drake hizo chasquear sus dedos.

—Todo eso es charlatanería de leguleyo —indicó—; no tiene ningún valor para los periodistas. Y puede usted estar seguro de que los periódicos son los únicos que determinan si sus clientes resultan o no convictos del crimen de que se les acusa.

—Bueno; pues antes de que acabemos con esta causa —replicó Mason—, esos mismos periódicos reconocerán que en el famoso «Buick» está la prueba más importante de todo el proceso.

—Lo dudo; ese automóvil no fue robado. Permaneció toda la noche en el garaje, sin salir de él.

El rostro de Drake se endureció repentinamente, en señal de reconcentrada atención.

—¿Cree usted que el mayordomo miente? —preguntó.

—Ahora no afirmo ni niego nada —repuso el abogado.

Drake expresó su opinión de un modo monótono, como si fuese analizando una por una sus palabras, antes de pronunciarlas:

—Desde luego, el mayordomo pudo salir en el coche y desconectar el contador de recorridos; tal vez lo utilizó sólo para una pequeña distancia; entonces, Norton telefonaría a la Policía que le habían robado el coche y deseaba detuviesen al ladrón, prescindiendo de quién fuese; luego, el mayordomo regresaría, enterándose de la denuncia telefónica...

Su voz se interrumpió, produciéndose un largo silencio. El detective sentóse, permaneciendo inmóvil durante algunos minutos y, después, meneó la cabeza tristemente diciendo:

—No, Perry. No tiene salida esa explicación.

—Muy bien —repuso Mason, sonriendo—. No le pregunto a usted si tiene salida o no. Sólo le pido que me ayude a reunir informes y aclarar hechos. Haga el favor de bajar de mi mesa y dejarme trabajar tranquilo. Ponga en marcha sus malditas sombras misteriosas, tan pronto como le sea posible, y no olvide mi ansiedad por enterarme de todo lo que puedan descubrir.

—Usted es, al mismo tiempo, abogado de Gleason y de su mujer, ¿eh? —indagó Drake.

—Sí, señor, desde hace poco. Frances Celane quiere ayudar a su marido. Me rogó que lo defendiera en lo que pudiera también a él.

—Perfectamente. Ahora voy a preguntarle a usted una cosa que antes me ha sido preguntada a mí por una buena docena de personas distintas... Espero que no se me ofenda usted, pues lo hago en favor suyo, ya que todos los habitantes de esta ciudad han hablado de ello. Dicen que si el abogado defensor tuviese sentido común debería procurarse la división del proceso en dos, para que marido y mujer fuesen juzgados en vistas diferentes. Abundando en este criterio, opinan que primero debiera verse la causa del hombre, y así tendría usted oportunidad de conocer todas las pruebas existentes y examinar a su placer a todos los testigos de la acusación, antes de que se llegase a la vista relativa a la mujer.

—No me es posible separar en dos juicios aislados este proceso —dijo el abogado—. El Tribunal no me lo permitiría de ninguna de las maneras.

—Bien, pero al menos podría usted intentarlo —indicó el detective.

—No, señor —repuso Mason, con una sonrisa—. Casi estoy por pensar que me conviene la forma en que se van presentando las cosas. Creo que debemos juzgarlos juntos.

—¡Bien! —exclamó Drake—. Usted es aquí el doctor. Yo ya tengo bastante con ocuparme de que mis sombras misteriosas se pongan a trabajar cuanto antes.

Capítulo 18

Perry Mason apareció en la entrada de la sala de visitas del enorme edificio de la cárcel.

—Deseo ver a Robert Gleason —le dijo al que estaba de guardia.

—¿Es usted el abogado de Gleason? —preguntó el oficial de prisiones.

—Sí.

—Pero usted no figuró como defensor suyo cuando entró aquí.

Perry Mason frunció el entrecejo y replicó:

—Pues ahora soy su abogado. ¿Quiere usted hacerme el favor de disponer que lo traigan ante mi presencia, o prefiere que vaya al Tribunal y les denuncie que el personal de la prisión me ha impedido hablar con mi cliente?

El oficial lanzó una despectiva mirada, se encogió de hombros, dio media vuelta, sin pronunciar una sola palabra, y desapareció de la estancia. Cinco minutos más tarde volvía a abrir la puerta por donde se marcharon, acompañando a Mason hasta la gran sala de visitas.

Una mesa ocupaba todo el centro de la habitación, paralela a su mayor medida. A lo largo de dicha mesa, y dividiéndola en dos partes iguales, se elevaba, hasta una altura de unos cinco pies, sobre el tablero, una división formada por resistentes cuadrados de gruesa tela metálica. Los presos visitados tomaban asiento en uno de los lados de esta pantalla, mientras los abogados y familiares acomodábanse en el lado opuesto. Robert Gleason se hallaba ya sentado en el centro de la mesa. Al ver que se acercaba Perry Mason, se levantó y le dirigió una angustiosa sonrisa. El abogado esperó hasta que el oficial de prisiones se apartase más allá de donde podía oír sus palabras; entonces se dejó caer en una silla y

miró inquisitivamente a aquel hombre, sobre quien pesaba una acusación de asesinato.

—Cuide de hablar en voz muy baja cuando conteste a mis preguntas, señor Gleason —le dijo al preso—, y dígame siempre la verdad. Sea lo que quiera lo que le pregunte, no se asuste de responder en todo momento con la más pura y exacta veracidad.

—Sí, señor, así lo haré —replicó Gleason.

El abogado le miró con el ceño arrugado, preguntándole:

—¿Ha declarado usted ya ante el fiscal del distrito?

Gleason afirmó con un movimiento de cabeza.

—¿Escribió usted su declaración?

—Fue tomada en taquigrafía por un escribiente del Tribunal; luego la pasaron en limpio y me la presentaron para que yo la firmase.

—¿La ha firmado ya?

—Todavía no.

—¿Dónde la tiene usted?

—En mi celda. Me permitieron que primero la leyese bien..., mejor dicho, me dieron una copia provisional.

—¡Es curioso! —comentó Mason—. Generalmente, esos señores empiezan por apremiar al preso para que la firme, y no dejan ninguna copia en su poder.

—Ya lo sabía —repuso Gleason—, y por eso mismo no caí en la trampa. Intentaron convencerme de que debía firmársela, pero yo les dije que tenía que pensarlo bien.

—Eso no le favorecerá mucho —indicó el abogado, con cansado acento—. Si usted declaró ante un taquígrafo judicial, éste habrá tomado nota exacta de todo lo que usted haya dicho, y sus apuntes le sirven para testificar cualquier detalle de la conversación.

—Lo mismo me dijeron en la oficina del fiscal del distrito —repuso Gleason—, pero, digan lo que quieran, yo no la firmaré.

—¿Por qué no?

—Porque —y Gleason bajó aún más la voz— creo que rechazaré lo que he declarado.

—No lo podrá usted hacer —replicó Mason—. ¿Por qué diablos no cerró la boca a piedra y lodo?

—Sí que lo podré hacer, en la forma en que proyecto intentarlo

—dijo Gleason.

—¿Qué va a intentar?

—Repudiar mi confesión.

—¡Muy bien! ¿Quiere explicarme cómo? —preguntó el abogado.

—Trato de tomar a mi cargo toda la responsabilidad por el asesinato —dijo Gleason.

Perry Mason se quedó contemplando al joven, a través de la tosca pantalla metálica que los separaba.

—¿Acaso fue usted quien cometió el asesinato? —le preguntó.

Gleason refrescó sus labios, antes de que soltasen una respuesta que pugnaba por salir, y volvió la cabeza de modo que sus ojos no pudieran encontrarse con los del abogado.

—Hable —le ordenó Perry Mason—. Cuéntemelo todo y no trate de engañarme. Míreme a la cara y conteste mi pregunta: ¿acaso fue usted quien cometió el asesinato?

Bob Gleason se agitó desasosegadamente en su silla.

—Preferiría no tener que contestar aún a esa pregunta —murmuró.

—Pero tiene usted que contestarla —le replicó Mason, con autoridad y persuasivo acento.

El joven se humedeció los labios con la punta de su nerviosa lengua y después se inclinó hacia delante, hasta tocar casi con el rostro la tela metálica de la partición.

—¿Puedo hacerle a usted algunas preguntas antes de contestar a la suya? —inquirió el preso, con temor.

—Sí —le contestó Mason—, no hay inconveniente en que me pregunte todo lo que quiera, pero siempre que usted sea absolutamente leal y sincero conmigo antes de que yo salga de aquí. Desde el momento en que voy a ser su abogado, es indispensable que me entere bien de lo que ha ocurrido.

—En la oficina del fiscal me dijeron que Frances había sido sorprendida con una parte del dinero que el señor Norton llevaba encima cuando fue asesinado.

—No debe usted creer todo lo que quieran contar en la oficina del fiscal del distrito —replicó Mason.

—De acuerdo; lo mismo pensaba yo. Pero quisiera saber si es cierto que ella tenía ese dinero en su poder.

—Le contestaré a esa pregunta, haciéndole a usted otra —dijo el abogado—. ¿Declaró la señora Mayfield, ante el fiscal del distrito, acerca de que ella tuviera en sus manos algún dinero recibido de Frances Celane?

—No lo sé —repuso Gleason.

Perry Mason dijo entonces, escogiendo cuidadosamente sus palabras:

—Si en la fiscalía del distrito tienen alguna prueba de que Frances Celane poseyera algo de ese dinero, tal prueba les habrá sido proporcionada por la señora Mayfield. En otros términos: tal vez encontraron a la señora Mayfield con ese dinero, y ella le cargó entonces la culpa a la señorita Celane. Ahora bien, si lo que yo supongo es lo que en realidad ha ocurrido, existen las mismas razones para creer que la señora Mayfield estaba en el despacho a la hora de ser cometido el asesinato, y que fue ella misma quien sacó el dinero del bolsillo del muerto, como para suponer que se lo diera Frances Celane.

—¿Está la Policía segura de que hubiese una mujer en el estudio del señor Norton al ser éste asesinado? —preguntó Gleason.

—Don Graves afirmó que había una.

—No dijo eso la primera noche cuando declaró.

—No, es imposible probar lo que pudiese decir la primera noche, porque la Policía ha roto los apuntes relativos a su declaración.

—¿Y ahora asegura que vio allí a una mujer?

—Sí, dice que había una mujer. Y se dispuso a declarar, según creo, que dicha mujer llevaba una elegante bata de color rosa.

—¿La vio con suficiente claridad para poder identificarla?

—Sólo pudo verle un hombro, un brazo y parte de la cabeza... probablemente la parte posterior, es decir, que no le vio el rostro.

—Entonces, ¿es que la señora Mayfield trata de echarle la culpa de este crimen a Fran? —preguntó Bob Gleason.

—No he dicho tanto —contestó Mason—. Sólo le he relatado a usted algunos detalles, tal como yo los conozco. Y repito que si en la oficina del fiscal del distrito tienen, como prueba de cargo, algún dinero, es de esa señora de quien procede.

—¿Tiene usted mucha confianza en salvar de este apuro a Fran?

—preguntó el preso.

—Nunca sabe uno lo que puede llegar a hacer un jurado. Ella es joven y atractiva. Si sabe contener su mal carácter y no se aturde declarando cosas que la perjudiquen, espero que tendremos buena suerte.

Gleason contempló al abogado, a través de la pantalla durante un momento, al cabo del cual dijo:

—Muy bien. Yo, en cambio, no soy atractivo. No tengo en mi favor ninguna de esas cosas que ayudan a Frances. ¿Confía usted también en sacarme libre de este enredo?

—Depende de la coartada que podamos combinar, así como de lo que usted le haya dicho al fiscal —repuso Mason—. Ahora voy a decirle lo que yo necesito que haga usted: vuelva a su celda y procúrese unas cuantas hojas de papel, cuantas más mejor; diga que siente usted deseos de confesar, por su propio puño y letra, la verdad de lo que ocurrió y llene algunas hojas con una serie de divagaciones insustanciales, y sin valor ni significado alguno; después las rompe, y les hace creer a los guardianes que en esa inútil labor ha gastado todo el papel que le hayan dado, pero reserve unas hojas y hágame en ellas una reproducción exacta de la copia de su declaración que el fiscal le ha entregado para firmar. De este modo, y sin que ellos se den cuenta, yo me enteraré de lo que usted ha dicho y de lo que ha dejado de decir.

Bob Gleason tragó saliva por dos veces antes de murmurar, con visible preocupación:

—Si usted no consigue probar una buena coartada, ¿hay peligro de que condenen a Fran?

—¡Naturalmente! Sobre ella pesa una acusación de asesinato en primer grado, y añadiría usted que existen en el caso algunas circunstancias que no presentan ningún buen aspecto.

—¿Y la ajusticiarían?

—No es muy probable. Más bien creo que salve la vida. Por regla general, no suelen condenar a muerte a las mujeres.

—¿Se ha dado usted cuenta de lo que significaría, para una muchacha de su fogosidad y de su temperamento, verse encerrada dentro de una penitenciaría, para el resto de su vida? —preguntó Gleason.

Perry Mason afirmó con un vigoroso e impaciente movimiento de cabeza, exclamando:

—¡Claro que me doy cuenta! Pero no es éste el momento de apurarse en consideraciones. Hagamos frente a la realidad y analicemos los hechos. Dígame: ¿fue ella quien asesinó a Norton?

Gleason lanzó un profundo suspiro y contestó:

—Si el caso comienza a parecer desesperado para Fran, tendré que confesar.

—Confesar, ¿qué? —interrumpió el abogado.

—...confesar que fui yo quien mató a Edward Norton; confesar que me había casado con Frances Celane por su dinero; que esa muchacha no me importaba gran cosa. Como mujer, me gustaba bastante, pero nunca estuve loco por ella. Poseía o iba a poseer un buen montón de dinero, y eso era una buena pesca para mí. Me hacía tanta falta el dinero, que no tuve inconveniente en casarme con la chica, y así lo hice. Después me encontré con que, precisamente a causa de su matrimonio, el tío Edward tenía el derecho de privarla de su fortuna y no entregarle apenas nada. Su tío no se enteró de la boda hasta la misma noche de su muerte. Entonces fue cuando lo descubrió.

»Y estaba dispuesto a ejercer el derecho que le conferían las cláusulas del depósito y a traspasar la casi totalidad del dinero a las instituciones caritativas, dejando a Fran un miserable millar o dos. Fui a verlo y discutí con él, mas no atendía a razones y no quiso escucharme. Luego entró Fran a hablar con él y riñeron, lo que aún empeoró más las cosas. Después vino Crinston, y como Norton había convenido una cita con él a una hora fijada, tuvimos nosotros que suspender de momento nuestro asunto. Fran y yo hubimos de retirarnos al cuarto de ella. De repente entró la señora Mayfield, que estaba furiosa. Ella era quien había estado amenazando a Fran, diciéndole que iba a contar al señor Norton lo de su matrimonio, a menos que le prometiese una buena tajada. Se acababa de enterar de que Edward Norton sabía ya lo del casamiento y esta noticia equivalía para ella a la muerte de la gallina que le estaba dando los huevos de oro.

»Oí como Crinston se marchaba en el automóvil del juez. Don Graves iba con él. Entonces salí dispuesto a decirle mi última

palabra al señor Norton. Subía hasta su estudio, cuando en la escalera me topé de manos a boca con la señora Mayfield. Iba vestida con una bata color rosa, y seguía lamentándose acerca del dinero que debía haber perdido. Yo le indiqué que si ella sabía conservar la cabeza bien firme sobre sus hombros, aún era tiempo de conseguir dinero a espuertas. Mis palabras despertaron su codicia, y quiso saber qué significado tenían, a lo que repuse explicándole mi plan; iba a darle a Norton una postrera oportunidad de salir del paso en una forma razonable; si no quería aceptar mi proposición, le aplastaría la cabeza antes de consentir que entregase a la Beneficencia el dinero que debía ser de Frances Celane.

»Esa mujer subió conmigo, y juntos penetramos en el despacho. Le presenté mi ultimátum a Edward Norton, advirtiéndole de que si le negaba a Frances el dinero que sólo a ella pertenecía, tendría que lamentar su decisión. Me replicó que no pensaba darle a la muchacha ni un centavo, pues había determinado dedicar la fortuna entera a obras de caridad, y entonces le asesté un golpe en la cabeza. Después le registré los bolsillos, y me encontré con que en uno de ellos llevaba un buen montón de billetes. Me guardé algunos, y la señora Mayfield aprovechó también la ocasión. Estudiamos el medio de conseguir que le echaran la culpa del crimen a unos presuntos ladrones. A la señora Mayfield se le ocurrió que podríamos forzar una ventana y marcar algunas pisadas en la tierra de afuera, que estaba húmeda y blanda. Yo propuse que hiciéramos recaer todas las sospechas sobre el chófer, pues me constaba que se había emborrachado. Mientras hablábamos de todo esto, vimos los faros de un automóvil que bajaba por la loma de enfrente, y en seguida me figuré que sería Crinston, que volvía hacia atrás. La señora Mayfield se proponía bajar al jardín y dejar una de las ventanas como si por ella hubiesen entrado ladrones, y yo corrí al dormitorio de Devoe y oculté el bastón y un par de billetes de mil dólares. Después salté a mi automóvil y me escapé a toda marcha.

Perry Mason se quedó mirando al joven, en actitud de profundo recogimiento mental, hasta que su silencio fue roto por esta pregunta:

—¿Que hizo con el resto del dinero?

—Lo enterré donde nadie lo encontrará nunca —dijo Bob Gleason.

El abogado tamborileó en la mesa con las puntas de sus dedos, y luego dijo:

—¡Dios nos asista! ¿De modo que fue así como ocurrió?

Gleason contestó con una inclinación de cabeza.

—Ahora, en confianza —añadió—, le diré que voy a ver si puedo probar mi coartada. Si no me fuese posible cantaré de plano, porque no quiero que Frances Celane pague los vidrios rotos.

—¿Sacó usted a la calle el «Buick» del señor Norton en aquella noche del asesinato? —preguntó Perry Mason—. ¿Lo utilizó usted para algo, siquiera fuese un momento?

—No, señor.

Perry Mason echó hacia atrás su silla.

—Muy bien —comentó—. Pues ahora fíjese en lo que voy a decir. Si usted le suelta esa historia a alguien, corre el peligro de enviar a la cárcel a Frances Celane, para que se pudra allí durante el resto de sus días, si no consigue que la cuelguen. Probablemente sería este último el resultado de su declaración.

Bob Gleason abrió sus ojos cuanto pudo.

—¿Qué demonios está usted diciendo? —preguntó.

—Sencillamente —repuso el abogado—, que nadie creerá su historia, si usted la cuenta de esa forma. Todo lo más, se creerán la mitad, es decir, los convencerá muy bien de que usted cometió el asesinato, pero se imaginarán que no era precisamente la señora Mayfield quien estaba con usted. Se figurarán que se trataba de Fran Celane, a quien usted intenta proteger, comprometiendo en el caso a la señora Mayfield.

Gleason no pudo evitar el ponerse en pie, con el rostro muy pálido y sus ojos saliéndose de las órbitas.

—Dios mío. ¡Dios mío! —exclamó—. ¿Es posible que no pueda salvar a Fran confesando la verdad?

—No lo será con esta clase de confesión —replicó Perry Mason—. Ahora vuélvase a su celda y procúrese la copia que le he pedido de esa declaración que el fiscal del distrito quiere que usted firme. Entretanto, no pierda la cabeza y no le cuente nada a nadie.

—¿Ni siquiera la verdad, como se la acabo de decir a usted? —

consultó Gleason.

—La verdad es la última cosa de este mundo que usted debe decir —contestó el abogado—, dadas las circunstancias en que se halla situado. Porque nadie le va a creer si confiesa la verdad, y usted no sabe contar mentiras.

Dichas estas palabras, se levantó y alejóse de la separación de la tela metálica, sin volver la mirada hacia atrás ni por un solo instante. El fiscal de la prisión abrió la cerradura de la puerta, franqueándole la salida de la sala de visitas.

Capítulo 19

Aquella era la primera vez que Frank Everly acompañaba a Perry Mason en sus actuaciones ante la Sala de Justicia; y también era la primera vez en su vida que se veía frente a las emocionantes escenas de un gran procedimiento por homicidio.

Se sentaba al lado de su jefe, contemplando disimuladamente la repleta sala de sesiones y analizando los detalles personales de los nueve hombres y de las tres mujeres que ocupaban la tribuna del Jurado y cuyos respectivos nombramientos estaban siendo examinados por los oficiales del Juzgado. En vano se esforzaba por aparecer tranquilo y dar la impresión de que se sentía como en su casa: de cuando en cuando, un ademán brusco o un temblorcillo inevitable traicionaba su nerviosidad.

Perry Mason ocupaba su puesto en la mesa destinada a los abogados defensores, recostándose en el sillón giratorio, con el pulgar izquierdo metido en la abertura de su chaleco, mientras la mano derecha se entretenía en jugar con la cadena del reloj. Su rostro parecía una fría máscara representativa de la más indiferente paciencia. Nada podía revelar, si se juzgaba por su aspecto exterior, la terrible tensión en que su cerebro estaba trabajando.

Tras él habían tomado asiento sus dos defendidos. Frances Celane, en un severo y ajustado traje negro, con una sola franja blanca y algunos toques rojos, mantenía su cabecita bien erguida, con los ojos muy tranquilos y hasta un tanto retadores. Robert Gleason, en cambio, mostrábase nervioso, con la nerviosidad propia del joven atlético que se ve en el caso de tener que luchar por su vida en circunstancias que requieren pasividad física. Sus ojos dejaban traslucir el rescoldo del sombrío fuego que encendían en ellos las reprimidas emociones. Su cabeza daba de cuando en

cuando, una brusca sacudida, al volverse para contemplar a los diferentes oradores que se sucedían en aquel drama que tan íntimamente le concernía.

En la sala se respiraba esa densa y peculiar atmósfera que transpiran las multitudes de espectadores mantenidos en un estado de intranquilidad emotiva.

Claude Drumm actuaba como acusador público, aunque corrían rumores de que el propio fiscal general se presentaría ante el Jurado en cuanto éste se hubiera constituido y terminaran las rutinarias diligencias del caso.

Mientras se examinaba la documentación de los jurados, el señor Drumm estuvo casi siempre en pie, pues intervino personalmente en la operación. Era un hombre alto, bien vestido y muy dueño de sí mismo, aunque tal vez demasiado agresivo, a pesar de que procuraba contenerse. Sus modales revelaban la fácil seguridad del profesional que se siente como en su propia casa y marcha en línea recta e invariable hacia el fin premeditado, con la absoluta confianza de alcanzarlo.

El juez Markham, bajo la apariencia de su austera dignidad judicial, se mantenía en una actitud cauta y vigilante. Perry Mason había conquistado la merecida reputación de saber «disolver» todos los casos en que él intervenía, y el señor Markham estaba resuelto a que la vista se desarrollara con verdadera imparcialidad y a que no faltase nunca el debido respeto a la dignidad de la Ley del Orden; se proponía asimismo no tolerar el menor error en las pruebas que se presentaran y no favorecer ninguna oportunidad propicia al manejo dramático de emociones, que con excesiva frecuencia convertía las sesiones en que Perry Mason participaba en espectaculares fracasos para el fiscal, figurando luego en deslumbrantes titulares en las primeras planas de los principales rotativos.

—Tiene la palabra el señor representante del Estado —anunció severamente el juez Markham.

Claude Drumm se echó atrás sin levantarse del sillón en que estaba sentado, y se le vio consultar algo, en voz baja, con su ayudante. Interrumpió su conversación para mirar hacia la sala y decir:

—Si el honorable señor juez no tiene inconveniente en

permitirme un instante...

—Concedido —replicó el señor Markham.

Everly lanzó a Perry Mason una mirada interrogativa, y pudo observar un tenue relámpago en los ojos de su jefe.

Éste se inclinó hacia delante y susurró:

—Drumm quiere deshacerse del jurado número tres, pero cree que nosotros nos proponemos repudiar a los números nueve y once. Por nuestra parte, tenemos doble número de motivos de recusación de los que pueda reunir él, y debido a ello, está preguntándose si debe arriesgarse a dejar pasar su derecho de prioridad en la aprobación del Jurado y reservarlo hasta ver en qué forma queda constituido después de lo que decidamos nosotros.

—¿Será capaz de hacer semejante cosa? —preguntó Everly.

—Eso ya lo veremos —repuso el abogado.

Hubo un instante de violento silencio, hasta que Drumm se levantó e hizo la acostumbrada reverencia al juez, diciendo:

—En nombre del pueblo de este Estado, a quien represento, renuncio a la prioridad en la aprobación del Jurado.

Entonces, el juez Markham dirigió su mirada hacia Perry Mason, y sus labios se entreabrieron para formular la consabida frase: «Tiene la palabra la defensa».

Pero no llegó a pronunciar ni la primera sílaba, porque el despierto abogado se le anticipó y, volviéndose hacia el jurado, con una distraída mirada justipreciadora, como si el asunto hubiese sido ya estudiado por él con la debida atención, dijo en voz muy clara y perceptible:

—Declaro a Su Señoría que este jurado merece la más completa aprobación por parte de la defensa. Renuncio, pues, a recusar a ninguno de los señores que lo forman.

Claude Drumm fue, por lo tanto, atacado por sorpresa. Sus ojos manifestaban que aquéllos que eran duchos en la técnica de las prácticas, al mismo tiempo que, de un modo inconsciente, iniciaban el planteamiento de una protesta cuya inutilidad le constaba en su fuero interno.

La voz del juez Markham resonó autoritaria en toda la sala al ordenar:

—Acepte el Jurado tal como está y comience a exponer el caso.

Claude Drumm pronunció ante los jurados un discurso de presentación de hechos y circunstancias que resultó notable por su concisión y brevedad.

—Señoras y caballeros que componéis este jurado —dijo—, vamos a demostraros que a la hora exacta de las once y treinta y dos minutos de la noche del vigesimotercer día del mes de octubre del corriente año, Edward Norton encontró la muerte en circunstancias criminales; que fue asesinado de un golpe en la cabeza, el cual le descargó con un bastón que esgrimía en su mano el acusado Robert Gleason; que en el momento del crimen y en el lugar que éste se cometió estaba presente, como cómplice activo, la acusada Frances Celane; que en el momento en que era asesinado Edward Norton tenía sobre su persona una considerable suma de dinero en efectivo, constituida por billetes de a mil dólares.

»Vamos a probaros que a las once horas y catorce minutos de aquella misma noche, Edward Norton telefoneó a una delegación de Policía, denunciando el robo de uno de sus automóviles, de marca «Buick», con carrocería del tipo sedán; que Frances Celane se hallaba en realidad presente en el estudio de Edward Norton a las once y treinta y dos minutos en la precitada noche, es decir, la del día en que tuvo lugar el asesinato, pero que con el decidido propósito de intentar establecer una coartada favorable para ella, y conocedora de que Edward Norton había comunicado a la Policía, a las once y catorce, el probable robo de su automóvil «Buick», la susodicha Frances Celane ha declarado, falsa y voluntariamente, que ella se hallaba muy distante de la escena del crimen, conduciendo el precitado coche, desde las diez horas y cuarenta y cinco minutos, poco más o menos, hasta la hora, también aproximada, de las doce y cuarto.

»Esperemos hacer constar que inmediatamente después de la comisión del crimen, los acusados abandonaron el ensangrentado bastón con que el asesinato había sido llevado a cabo, y dos de los billetes de a mil dólares que robaron de los bolsillos del cadáver, en el dormitorio de un hombre llamado Peter Devoe, que a la sazón se hallaba en la casa, durmiendo en estado de embriaguez; que esto fue hecho con la intención de atraer sospechas sobre el nombrado Peter Devoe.

»También queremos demostrar que los acusados forzaron y dejaron abierta una de las ventanas y marcaron señales de pisadas en el suelo del jardín, junto a dicha ventana, todo ello con el fin de hacer creer a la Policía que habían entrado ladrones en la casa.

»Asimismo os probaremos que, inmediatamente después de los hechos reseñados, el acusado Robert Gleason huyó del lugar del crimen; que ambos procesados dieron detalles falsos y contradictorios en sus declaraciones, sobre todo en lo que se refiere a sus idas y venidas y a los lugares en que estuvieron durante la noche de autos; que el arma con que Edward Norton fue golpeado y abatido era un bastón de paseo perteneciente al acusado Robert Gleason.

»Además, haremos constar que un testigo de vista presenció en realidad cómo se cometía el homicidio e identificará a Robert Gleason como al mismo hombre a quien él viera descargar el golpe mortal; igualmente identificará a Frances Celane como a la mujer joven que, ataviada con un batín de color rosa, ayudó e instigó a la comisión del delito.

Claude Drumm se quedó observando a los jurados, al terminar su discurso, y al cabo de un momento se volvió a sentar en su sitio. Entonces, el juez Markham dirigió una interrogadora mirada a Perry Mason.

—Con la venia de la sala —dijo el abogado—, preferiríamos aplazar nuestra exposición de hechos hasta el momento en que nos toque actuar en defensa.

—Queda aceptada la proposición —dijo el juez—. Puede usted continuar, señor Drumm.

El acusador público comenzó a reconstruir lo sucedido con aquella tranquilidad e implacable seguridad que le había dado tanto renombre. Ningún detalle, por insignificante que pareciera, dejó de merecer su atención; no descuidó uno solo de los eslabones de la complicada cadena de pruebas fehacientes.

El primer testigo citado fue un topógrafo que había levantado un plano y obtenido varias fotografías de la propiedad en que se cometió el crimen.

Este hombre presentó diversos esquemas, dibujos a gran escala, en los que se representaba la habitación en que fue hallado el

cuerpo de la víctima, los muebles que en la misma había y la posición de las ventanas. Después exhibió una fotografía de conjunto del despacho, y otras que detallaban varios rincones del mismo. Cada una de estas fotografías fue identificada con los planos, señalando su posición relativa en el esquema general de la habitación. A continuación se mostraron vistas exteriores del edificio, y finalmente un plano que señalaba la posición de la casa con respecto al serpenteante camino que ascendía hasta la avenida principal. Siguió a dicho plano uno del perfil longitudinal del mismo camino o carretera, sobre el que se habían marcado las diferentes alturas de las ventanas de la casa, comparadas con las que alcanzaba el eje del precitado camino, por el cual pasó el automóvil en que iba Don Graves.

—Por consiguiente —concluyó Drumm en suave tono, indicando sobre el diagrama el sitio en que se hallaba representada cierta curva del camino—, ¿usted cree que es perfectamente posible para una persona que viaje en automóvil, a lo largo de esta sección de la carretera que estoy señalando, volverse hacia atrás y ver desde el coche el interior de la habitación marcada con el número en el mapa titulado «Documento fiscal A»? ¿No es así, señor topógrafo?

Antes de que el testigo pudiera contestar a tan concreta pregunta, Perry Mason se puso en pie y levantó su voz en señal de protesta.

—¡Un momento, con la venia de Su Señoría! —dijo—. Esa pregunta es improcedente. Además, exige que el testigo establezca una conclusión. Y sólo al Jurado es a quien compete establecerla. Precisamente se trata de uno de los puntos sobre los cuales intentamos convencer a este honorable Jurado de la improbabilidad de la argumentación fiscal. Si resulta posible o no que...

El martillo del Juez le interrumpió, golpeando sobre la mesa presidencial.

—Queda admitida la protesta —anunció el señor Markham—, pero la argumentación de la defensa es innecesaria por el momento.

Con la actitud de quien se acabase de apuntar un tanto para la victoria, en lugar de haberlo perdido, Drumm obsequió a Mason con una inclinación y una sonrisa.

—Señor defensor —le dijo—, puede usted hacer a mi testigo las

preguntas que tenga por conveniente.

Sintiendo cómo se clavaban sobre él los ojos de todas y cada una de las personas que asistían a la vista y dándose perfecta cuenta de la ventaja que le representaba el dramatismo del momento y del interés con que se esperaba su primera pregunta, Perry Mason avanzó hacia el plano general que continuaba clavado con chinchetas de dibujo sobre el tablero de pruebas; apoyó el dedo índice de su mano derecha sobre una de las curvas existentes en la línea representativa de la carretera que conducía desde el edificio del crimen a la avenida principal, apuntó con el índice izquierdo hacia el lugar ocupado por el estudio de la vivienda del señor Norton, y dijo, con voz que sonó a desafío:

—¿Qué distancia exacta calcula usted que hay entre el punto que yo señalo con mi dedo índice derecho, correspondiente a la curva de la carretera, y el que indico con el izquierdo, que marca el punto en que fue hallado el cadáver?

—Si su índice derecho se apoya exactamente en el punto en que la curva se acerca más al Sur —contestó el testigo, con mesurado tono—, y el izquierdo señala a la cruz que representa el sitio preciso en que se encontró el inerte cuerpo de la víctima, puedo asegurarle que la distancia exacta entre ambos es de doscientos sesenta y dos pies con tres pulgadas y media, pues la he medido con mis aparatos.

—¿Ha dicho usted doscientos setenta y dos pies con tres pulgadas y media^[1]? —exclamó, en tono de incredulidad.

—Sí, señor —confirmó el topógrafo.

Mason dejó caer sus brazos a lo largo del cuerpo, con un gesto definitivo.

—¡Nada más! —dijo—. No tengo ninguna otra pregunta que hacer a este testigo.

El juez Markham echó una mirada hacia el reloj, y por la sala se extendió un anticipado susurro de movimiento, al igual que cuando las hojas muertas de un árbol son arrastradas por una ráfaga.

—Señores —dijo el magistrado—, ha llegado la hora del primer aplazamiento. La vista se suspende hasta las diez de mañana por la mañana, y durante esas horas de descanso, el Jurado debe tener bien presentes las amonestaciones que se le han hecho en este Tribunal, evitando conversar entre ellos acerca de la marcha del

proceso; tampoco deben permitir a otras personas que les hagan preguntas relacionadas con el mismo, ni que hablen con ellos, o entre sí y en su presencia, del precitado asunto.

Dicho esto, tomó el martillo y dio con él un golpe sobre su pupitre.

Perry Mason sonrió astutamente y le dijo a su ayudante:

—Drumm debía haber prolongado hasta el final de esta sesión su discurso de examen de hechos. Al darme la oportunidad de hacer esa pregunta, conseguiré tan sólo que los periódicos de mañana se ocupen de mí y publiquen la reseña de la sesión entre las noticias sensacionales.

Los párpados de Everly se fruncieron en intensa concentración.

—Realmente —comentó el joven—, doscientos setenta y dos pies es una distancia bastante larga.

—Pues yo no pienso acortarla en el resto del proceso —le aseguró Mason, con severa seriedad.

Capítulo 20

Los periódicos habían pronosticado que el testigo más importante, entre los que presentaría el fiscal, sería Arthur Crinston, el socio comercial del caballero asesinado, o bien Don Graves, el único testigo de vista del crimen. Al opinar así los periodistas judiciales demostraron el poco aprecio que en aquella ocasión les merecía la táctica emotiva que desarrollaba en la vista el fiscal del Estado. Drumm no se debía haber metido en el drama de semejante asesinato, sin antes preparar la mente de los jurados, con alguna escena escogida por su influencia espeluznante, ni más ni menos que un buen autor teatral hubiese anticipado, para el momento de levantarse el telón por primera vez, un momento crítico, entresacado del argumento del tercer acto.

No obstante estas críticas, la segunda sesión empezó por llamar al estrado al juez B. C. Purley.

Todas las cabezas se volvían y empinaban para ver, mientras el juez municipal, saliendo del fondo de la sala, avanzaba a lo largo del pasillo con ese tranquilo y majestuoso porte de quien se da perfecta cuenta de la dignidad que requiere su aspecto y de la importancia de su posición.

El cabello completamente blanco, la gravedad de sus ademanes, su robusto pecho, su gruesa cintura, todo influía sobre el público, mientras con su mano derecha, todavía levantada, prestaba su acostumbrado juramento, acomodándose, después, en el sillón destinado a los testigos. Sus modales denotaban un gran respeto por el Tribunal de la Ley, a quien representaba, así como una digna tolerancia para con los abogados y jurados, y una tranquila indiferencia hacia los impacientes espectadores.

—¿Se llama usted B. C. Purley? —le preguntó Claude Drumm.

—Sí, señor.

—Prevía la debida elección, usted ha sido nombrado juez del Tribunal municipal de esta ciudad, y ahora se halla en el ejercicio de su cargo, ¿verdad?

—Lo es por completo.

—Y en la noche del vigesimotercer día de octubre del corriente año, usted tuvo ocasión de encontrarse en los alrededores de la residencia de Edward Norton.

—Sí, señor.

—¿Qué hora era cuando usted llegó a la residencia de Edward Norton, señor Purley?

—Exactamente las once y diez de la noche.

—¿Ya qué hora abandonó usted aquel lugar?

—A las once y media, con absoluta precisión.

—¿Quiere explicar al Jurado, señor juez, por qué razones puede testimoniar con tanta exactitud las horas de llegada y salida?

Perry Mason se dio cuenta del ardid; sin embargo, en aquel caso no tenía más remedio que oponerse, pues carecía de otro recurso más ingenioso y espectacular.

—Con la venia de Su Señoría, protesto de esa pregunta —dijo antes de que el juez Purley pudiese empezar su explicación—. El testigo nos ha dado ya su testimonio. Los procesos mentales que le hayan permitido dárnoslo son inadmisibles, inoportunos, sin valor testifical y, en el mejor de los casos, materia lógica en caso de discusión posterior, nunca en las preguntas preliminares.

—Queda admitida la protesta —dijo el juez Markham.

La sonrisa de Claude Drumm fue irónica y sardónica.

—Retiro la pregunta, señor juez —replicó—. Ha sido un error involuntario por mi parte. Después de todo, si la defensa quiere insistir en este asunto, queda en libertad de hacerlo posteriormente.

—Continúe su interrogatorio preliminar —ordenó el juez Markham, golpeando su pupitre con el martillo.

—¿Quién se hallaba con usted durante aquella visita? —preguntó el acusador público.

—El señor Arthur Crinston estaba conmigo cuando yo llegué a las inmediaciones de la casa, y en el momento de partir de allí iba acompañado de los señores Arthur Crinston y Don Graves.

—¿Qué ocurrió mientras usted estuvo allí, señor Purley?

—Llegué al jardín existente ante la puerta principal de la casa, detuve mi automóvil para que bajase de él el señor Crinston, hice luego la maniobra dando la vuelta a fin de preparar una rápida salida, paré el motor y me quedé aguardando.

—Durante el tiempo de su espera, ¿qué hizo usted?

—No me levanté de mi asiento y estuve fumando los diez o quince primeros minutos; después saqué varias veces mi reloj de bolsillo consultando la hora con cierta impaciencia, y así se me pasó el resto del tiempo —declaró el juez Purley.

Y el testigo lanzó una mirada a Perry Mason, dejando apreciar en ella indicios de manso triunfo, con lo cual parecía indicar que, siéndole completamente familiares los procedimientos judiciales, estaba dispuesto a pronunciar las palabras más perjudiciales de su testimonio, tanto si a la defensa le gustaba como si no. De sus últimas palabras se deducía una consecuencia lógica: si él había consultado muchas veces su reloj, durante aquella corta espera, era natural que se diese perfecta cuenta del minuto exacto de su partida, y esto resaltaba de una manera directa a la apreciación del jurado, sin violar, en lo más mínimo las normas acostumbradas en la vista de un proceso.

Perry Mason le devolvió la mirada con plácida indiferencia.

—¿Qué sucedió después? —preguntó Claude Drumm.

—Luego, el señor Crinston salió de la casa para reunirse conmigo y marchamos juntos. Puse en marcha el motor de mi coche, y en aquel instante se abrió la ventana inmediata a la esquina Sureste del edificio correspondiente al estudio del señor Norton, y este último asomó la cabeza por ella.

—Un momento —interrumpió el fiscal—. ¿Sabía usted, por alguna razón, que aquella ventana correspondía al estudio del señor Norton?

—No, señor —repuso el juez Purley—. Lo declaro ahora, por el solo hecho de que recuerdo muy bien que se trataba de la habitación del segundo piso, situada en la esquina Sureste, y esa misma estancia es la marcada con el número uno en el mapa y esquemas aquí presentes, es decir, se trata del estudio donde trabajaba el señor Norton.

—¡Ah! —dijo Drumm—. ¿Entonces se refiere usted concretamente a la habitación indicada con la cifra uno, rodeada de un pequeño círculo, en el documento fiscal señalado con la letra A?

—Sí, señor.

—Muy bien. ¿Y qué le dijo el señor Norton desde esa ventana?

—El señor Norton llamó a su amigo, el señor Crinston, y le dijo, por lo que puedo recordar, estas palabras, sobre poco más o menos: «Arthur, ¿tendrías algún inconveniente en llevarte hasta tu casa a Don Graves, en ese mismo coche, y darle allí esos documentos? Luego ya enviaré a mi chófer, quien lo recogerá para volverlo a traer aquí».

—¿Y qué ocurrió después? —preguntó Drumm.

—Si no recuerdo mal, el señor Crinston contestó con estas o parecidas palabras: «No voy en mi coche, sino en el de un amigo. Le preguntaré si le parece bien lo de que nos acompañe Graves».

—Relate lo sucedido a continuación.

—El señor Norton replicó: «Bueno, pues pregúnteselo y déjeme conocer su respuesta», y retiró su cabeza de la ventana, internándose en el estudio.

—¿Qué sucedió después?

—Que el señor Crinston se me acercó y me dijo que el señor Graves necesitaba reunir en seguida algunos documentos...

—¡Protesto! —exclamó Perry Mason, en un indiferente tono de voz—. Todo lo que haya podido tener lugar sin haber llegado a conocimientos de esta defensa, es admisible, tan sólo, por parte de la «res gestae». Pero por más que se esfuerce nuestra imaginación, no podemos considerar esto como parte de la «res gestae».

—Queda admitida la protesta —proclamó el juez Markham.

—Muy bien. Pues explíquenos lo que sucedió después —indicó Drumm, en suave tono, sonriendo al jurado como quien dice: «Ya ven ustedes, señoras y caballeros, que la defensa adopta en este caso una técnica exagerada».

—Después —continuó el juez Purley— el señor Crinston retrocedió hasta volver a situarse bajo la ventana del estudio, y allí pronunció en voz alta estas, o similares palabras, según creo recordar: «No hay inconveniente, Edward. Graves puede venir con nosotros». Y más o menos al mismo tiempo, abrióse la puerta

principal, apareciendo en ella la figura del señor Graves, quien se apresuró a bajar corriendo los escalones, mientras nos decía: «Ya estoy dispuesto», o algo por el estilo.

—A continuación, ¿qué sucedió?

—Nos acomodamos los tres en mi automóvil; el señor Crinston se sentó delante, a mi izquierda, y el señor Graves ocupó uno de los asientos posteriores. Puse en marcha el motor y empecé a recorrer el camino señalado en el documento fiscal B, con el rótulo «carretera tortuosa». Por ella íbamos subiendo, cuando llegamos a una curva desde la cual...

—Perdón, un instante —dijo Claude Drumm—. ¿Podría señalarnos con un lápiz el punto preciso de esa curva, por donde pasaban cuando tuvo lugar el acontecimiento cuyo testimonio está usted a punto de darnos?

El juez Purley hizo señal de asentimiento, se levantó y dirigióse con ponderada dignidad hasta el tablero de pruebas; una vez allí, marcó un pequeño óvalo sobre una de las curvas del camino dibujado.

—Esta señal representa la posición aproximada del automóvil.

—¿Y qué sucedió cuando su coche ocupaba esa posición en la carretera? —preguntó Claude Drumm.

—Pues el señor Graves se volvió a mirar por la ventana posterior y exclamó...

—¡Protesto! —repitió Perry Mason—. El testigo no puede hablarnos de lo que viera o dijese su compañero de viaje, y tal testimonio es inadmisibile, inoportuno y sin valor testifical, no pudiendo formar parte de la «res gestae», ni servir de cargo para los acusados.

—Se admite la protesta —dijo el juez Markham con energía.

Claude Drumm hizo un gesto con el que trataba de quejarse de su desamparada situación.

—Pero seguramente tendrá en cuenta Su Señoría —objetó— que los hechos ocurridos...

—La protesta es admisible —replicó, interrumpiéndole con extrema frialdad, el juez Markham—. Usted puede llamar al señor Don Graves en el momento oportuno, señor fiscal, y hacerle declarar lo que viera. Para ello lo que se haya dicho o hecho sin la

cooperación personal del testigo, es decir, sin que forme parte de la «res gestae», la protesta está bien aplicada.

—Muy bien —repuso Claude Drumm, volviéndose hacia el jurado y sin mostrarse nada cortés con el juez—, a su debido tiempo llamaré al señor Don Graves, y éste nos testificará exactamente que vio al pasar por la mencionada revuelta del camino. Continúe, señor Purley, y cuénteles al jurado, sin omitir detalle, lo que usted hizo en aquella ocasión y lugar, sin omitir las maniobras relacionadas con el manejo de su automóvil.

—Al pasar por la curva descrita, no hice nada, sino continuar la marcha a lo largo del sinuoso camino cuyo recorrido está indicado en el mapa, adelantando así un buen trecho, hasta llegar a un sitio donde la calzada era lo suficientemente ancha para dar la vuelta al coche. Allí cambié de dirección, mediante varios movimientos de avance y retroceso, y volví a recorrer en sentido inverso la tortuosa carretera, parando de nuevo el automóvil frente a la casa de Edward Norton.

—¿Y qué hizo usted después de haber efectuado el estacionamiento del coche?

—Entonces los señores Graves y Crinston se apresuraron a entrar en la casa, y yo, a requerimiento suyo, los acompañé. Los tres subimos juntos la escalera y llegamos hasta la habitación marcada con la cifra I, inscrita en un circulito, sobre la prueba fiscal A; allí vi el cuerpo de un hombre que me fue inmediatamente identificado como Edward Norton; yacía caído sobre el escritorio y presentaba en la cabeza una terrible lesión por aplastamiento. Aquel cuerpo no daba señales de vida en el momento de mi llegada. Cerca de una de sus manos había un aparato telefónico de mesa, y sobre el escritorio aparecían, revueltos y desordenados, varios papeles, entre los cuales vi una póliza de seguro de un automóvil.

—¿Se fijó usted, señor Purley, en los datos del coche al cual correspondía esa póliza de seguro?

—Me opongo a la pregunta, por considerarla inadmisibile, inoportuna y sin valor testifical —dijo Perry Mason, levantándose de su sillón.

—Con la venia de Su Señoría —replicó Drumm—, yo la considero vital, y me proponía sacar deducciones con ella

relacionadas. Forma parte de una teoría de este ministerio fiscal, referente a la acusada Frances Celane, quien declaró haber salido aquella noche conduciendo el «Buick» de su tío, manifestación que fue hecha después de haber llegado a su conocimiento que a la Policía le habían notificado el robo de ese automóvil. En otras palabras, ella se enteró de la denuncia telefónica de Edward Norton, relativa al supuesto robo del «Buick». Al conocer Frances Celane...

—Muy bien —dijo el juez Markham—, no hay necesidad de ampliar su argumentación, señor fiscal, en cuanto a la oportunidad del testimonio. Con la seguridad, dada por la acusación, de que su pregunta está justificada por deducciones inmediatas y trascendentales, rechazo la protesta de la defensa en cuanto a la inconveniencia de la misma y permito al testigo que la conteste, pero autorizo al señor defensor a suprimirla si a su juicio no fuese necesaria para llegar a tales deducciones. Esta determinación mía, no obstante, se refiere sólo a la oportunidad del testimonio. Desde luego, es bien patente que las pruebas resultantes de tal pregunta no serán de las más concluyentes. La póliza de seguro del automóvil es, en sí misma, la mejor e indiscutible prueba de su contenido, mas parece innecesario oponerse a lo que pretende la acusación.

El juez Markham dirigió su mirada a Perry Mason, con una franca expresión de perplejidad en su rostro.

Diríase que el abogado defensor estaba conteniendo la risa, porque una debilísima palpitación contraía de cuando en cuando la comisura de sus labios.

—No, no es necesario que Su Señoría se oponga a la teoría de la acusación —dijo—. Yo retiro mi protesta.

—Muy bien —replicó el juez Markham, un poco amoscado—. La protesta de la defensa queda rechazada. El testigo debe contestar a la pregunta del fiscal.

—La póliza de seguro —dijo el juez Purley— se refería a un coche «Buick», con carrocería sedán, motor número seis millones setecientos cincuenta y cuatro mil noventa y tres y matriculado con el número doce mil ochocientos treinta y cuatro, según pude ver entonces, o tal vez pocos minutos más tarde.

Claude Drumm hizo un ademán.

—Puede usted interrogar, señor Mason —anunció.

El defensor empezó por contemplar al juez Purley, con plácida sonrisa.

—Señor juez —le dijo—: Si no he comprendido mal, usted vio, al entrar en el estudio de Edward Norton, que el cadáver del caballero asesinado yacía sobre su escritorio, ¿no es cierto?

—Pues comprendió usted mal —replicó malhumorado el anciano señor Purley—. Yo manifesté haber visto allí el cuerpo de un hombre, y que posteriormente me fue identificado ese cadáver por quien lo conocía, y resultó ser de Edward Norton.

Perry Mason pareció por un momento quedarse abatido.

—Dispense usted; me he equivocado —dijo.

Prodújose un momento de silencio, que fue aprovechado por el juez Purley para pasear su mirada por toda la sala, dejando ver su aire de complaciente satisfacción interna, propia de quien ha sabido dar su testimonio en una forma correcta y exacta; trataba de hacer constar la confianza que tenía en su propia habilidad para impedir el éxito de cualquier trampa que le tendiesen los interrogatorios.

—Verá usted —añadió, tratando de suavizar algo el efecto de su seca respuesta—, yo no me había entrevistado nunca, personalmente, con el señor Norton, a pesar del hecho de ser tan amigo del señor Crinston y de haber tenido, por lo menos, una buena ocasión anterior, al llevar en mi coche al señor Crinston hasta la residencia de su socio y amigo.

Pareció como si Perry Mason sonriera, antes de preguntar al testigo:

—¿En cuántas ocasiones había usted discutido por teléfono asuntos comerciales con el señor Norton?

El juez Purley se mostró muy sorprendido.

—¿Cómo se entiende? Yo no he hablado nunca por teléfono con ese hombre... en toda mi vida... —dijo.

—Entonces, ¿usted no ha discutido con él jamás el asunto del depósito de su sobrina Frances Celane?

Los ojos del juez Purley se dilataron bajo el efecto de su asombro.

—¡Santo Cielo... no! ¡Claro está que no!

—¿Ha discutido usted alguna vez con alguien —insistió Perry Mason— este asunto de los fondos depositados?

Drumm se puso en pie.

—Con la venia de Su Señoría, me opongo a que continúen estas preguntas; las considero impropias del interrogatorio, y además inconsistentes, inadmisibles, inoportunas y sin valor testifical. El señor defensor está iniciando, sencillamente, una indirecta indagatoria relativa a conversaciones que no es posible puedan...

—Queda admitida la protesta —dijo el juez Markham, cortando la peroración del fiscal.

Drumm volvió a sentarse.

Un nuevo silencio se extendió por toda la sala del juicio.

El rostro de Perry Mason permaneció inexpresivo.

—¿No tiene usted que preguntar nada más a este testigo? —indagó el juez Markham.

—No, señor juez —repuso Perry Mason, con gran sorpresa de la sala—. Mi interrogatorio ha terminado.

Capítulo 21

—Llame al sargento Mahoney —dijo Claude Drumm.

El sargento Mahoney, luciendo su impecable uniforme, se situó frente al escritorio de los alguaciles, levantó su mano derecha, para prestar juramento, y ocupó después el sillón de los testigos.

—Usted es el sargento E. L. Mahoney, y se hallaba, durante la noche del veintitrés de octubre del presente año, prestando sus servicios como sargento escribiente de la delegación Central de Policía de esta ciudad, ¿no es cierto? —preguntó el fiscal.

—Todo ello es exacto, señor.

—¿Recibió usted una llamada telefónica, hacia las once y cuarto de la noche? —inquirió Drumm.

—Sí, señor.

—Explíquenos detalladamente esa llamada, sargento.

—El señor Edward Norton llamó, y...

Perry Mason se levantó de repente, pero fue Claude Drumm quien interrumpió al testigo, diciéndole:

—Un instante, sargento; permítame prevenirle de que está usted hablando bajo juramento de decir sólo la verdad, y por consiguiente, debe limitarse a testificar aquellas cosas de cuyo conocimiento está completamente seguro por sí mismo. A usted no le consta que esta llamada proviniese de Edward Norton. Usted sólo sabe que alguien llamó.

—Esa persona declaró ser Edward Norton —repuso el sargento, algo amoscado.

Oyóse un rumor de risas contenidas, procedente del público, e invadiendo la sala del juicio, pero fue pronto silenciado por un autoritario golpe dado por el martillo del juez.

—No diga más que las palabras exactas oídas por usted en el

teléfono —indicó Drumm, y lanzó una mirada de reojo a Perry Mason, como esperando las objeciones de la defensa.

Pero el abogado permanecía indiferente, en plácida actitud.

El juez Markham dijo entonces:

—Se pone en conocimiento de la sala que esto forma parte de la «res gestae»; téngalo en cuenta, señor defensor.

Drumm pareció sentirse incomodado.

—Declaro a Su Señoría que, de todos modos, no tengo ninguna objeción que hacer —repuso Perry Mason.

—Muy bien —dijo el juez Markham—. Continúe, sargento.

—Como ya he dicho, el teléfono llamó, y yo empecé por apuntar la hora exacta de la llamada —explicó el sargento Mahoney—. Eran exactamente las once de la noche con catorce minutos. El hombre que telefoneaba dijo ser Edward Norton, y añadió que necesitaba denunciar el robo de un automóvil; un coche de marca «Buick», con carrocería sedan, perteneciente a él, motor número seis millones setecientos cincuenta y cuatro mil noventa y tres, con licencia número doce M mil ochocientos treinta y cuatro. Ese coche había sido sustraído y nos pedía la incautación del automóvil y el arresto de su conductor, sin importarle quién pudo ser éste. Creo haberle oído añadir que incluso si el conductor era una persona relacionada con él, deseaba fuese arrestada.

—Puede usted preguntar, señor defensor —dijo Claude Drumm, con el sonriente gesto de quien ha logrado lanzar un golpe bien dirigido.

—Ese recado, ¿lo recibió usted todo de una vez? —preguntó Perry Mason, sin acentuar sus palabras.

—No entiendo bien la pregunta. ¿Qué quiere usted decir, señor?

—Me refiero a los diferentes datos suministrados por el denunciante y anotados por usted —exclamó Mason.

—Desde luego, los recibí todos de una vez —dijo el sargento.

—Usted hizo una declaración algo diferente a los enviados de los periódicos, cuando este asunto estaba más reciente en su memoria, sargento, ¿no es así?

—Bien, sí, creo haberles dicho algo a la mañana siguiente.

—¿Y no especificó en aquella ocasión que el recado telefónico se interrumpió durante un rato?

—Dispense la interrupción —dijo el fiscal del distrito—, pero no es ésta la manera apropiada de establecer una cuestión acusadora.

—No hago otra cosa sino refrescar los recuerdos del testigo con permiso de la sala —replicó Perry Mason.

El sargento Mahoney hacía gestos frenéticos, mientras el juez Markham sonreía. Éste último dijo:

—A juzgar por la apariencia del testigo, creo que su memoria ha sido reavivada. Continúe, sargento.

—Está muy bien —dijo el sargento—. Ahora lo recuerdo todo. Se produjo la llamada, y hubo una pausa hacia la mitad de la conversación... me parece que fue exactamente al terminar la primera parte de ella. El denunciante dio su nombre y dirección, quiso saber si efectivamente estaba hablando con la Delegación de Policía y dijo que iba a denunciar un acto criminal. Luego se quedó en silencio el aparato. Yo busqué en la lista el número de su teléfono para volver a llamar, mas la voz se oyó de nuevo y entonces concluyó la denuncia. Dijo que le habían cortado la comunicación.

—Eso es —confirmó Perry Mason, subrayando las palabras del sargento.

Claude Drumm mostrábase un poco aturullado.

—¿Qué tiene que ver eso con el asesinato? —preguntó secamente.

El juez Markham golpeó en la mesa enérgicamente con su martillo.

—¡Orden! —exclamó enérgico—. ¿Le interesa hacer alguna otra pregunta en su segundo interrogatorio, señor fiscal?

—Ninguna —dijo Claude Drumm, pero sus ojos parecían muy pensativos, conforme contemplaban a Perry Mason.

—El próximo testigo —indicó el juez Markham.

—Arthur Crinston —pronunció el fiscal, cortando casi la palabra del juez.

El señor Crinston se levantó del asiento que ocupaba, situado dentro de una barandilla que separaba del público al Tribunal, avanzó hacia el alguacil, prestó juramento y acomodóse en el estrado de los testigos.

—¿Es cierto que usted se llama Arthur Crinston y que es el socio

superviviente de la firma comercial Crinston y Norton, sociedad compuesta por usted mismo y por el señor Edward Norton? — preguntó Claude Drumm.

—Completamente exacto, señor fiscal.

—¿Ha muerto Edward Norton, su socio?

—Sí, señor.

—¿Vio usted el cadáver de Edward Norton, señor Crinston?

—Sí, señor; lo vi el día veintitrés de octubre de este año.

—¿A qué hora, poco más o menos?

—Yo vi su cadáver aproximadamente a las once y treinta y cinco u once treinta y seis de la noche.

—¿Dónde estaba el cadáver?

—Yacía caído sobre la mesa escritorio de su estudio, con el cráneo aplastado.

—¿Qué hizo entonces?

—Avisé a la Policía.

—¿Vio usted aquella noche a la acusada, Frances Celane?

—La vi.

—¿A qué hora aproximadamente?

—Hacia medianoche, o un poco antes.

—¿Le dijo usted algo a ella, acerca de la muerte de su tío?

—Sí, señor.

—¿Mencionó usted alguna cosa referente al denunciado robo de un automóvil «Buick»?

—Sí, señor.

—¿Le hizo ella alguna observación en aquel momento, en cuanto a dicho automóvil «Buick»?

—A esta pregunta puede usted contestar nada más que sí o no — indicó el juez Markham, en cauteloso tono de voz—. Es tan sólo una cuestión preliminar.

—Pues entonces, contesto que sí —repuso Arthur Crinston.

—¿A qué hora ocurrió eso?

—Hacia las doce de la noche.

—¿Quiénes estaban presentes?

—La señorita Celane, el señor Don Graves y yo mismo.

—¿No había nadie más que pudiese oír esa conversación?

—No, señor.

—¿Qué dijo esa señorita?

—Replicó que ella había salido con el «Buick» hacia las diez y cuarenta y cinco de la misma noche, dando un paseo sola en el coche y volviendo aproximadamente un cuarto de hora después de dar las doce.

—¿Qué estaba haciendo el señor Norton la última vez que usted le vio con vida, señor Crinston?

—Se hallaba de pie, asomado a la ventana de su estudio, llamándome en voz alta para que yo pudiera oírle desde abajo.

—¿Y qué decía?

—Me preguntaba si Don Graves podía acompañarme a la ciudad... es decir, hasta mi residencia.

—¿Qué le contestó usted?

—Le dije que habría de preguntárselo al juez Purley, en cuyo coche iba yo.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Me dirigí a comunicar mi petición a mi amigo Purley, recibiendo de él una respuesta afirmativa a mi requerimiento. Después me volví hacia la casa y se lo notifiqué al señor Norton. Éste seguía en pie en su estudio... un poco apartado de la ventana en aquel momento. Yo le grité que no había inconveniente en su petición, pero el señor Graves, anticipándose al consentimiento del juez Purley, bajaba ya las escaleras de la entrada principal, para reunirse conmigo.

—Continúe su explicación de lo sucedido.

—Entonces subí al automóvil y me acomodé en el asiento delantero, junto al juez Purley. El señor Don Graves lo hizo en el asiento de detrás. Arrancamos, empezamos a subir el serpenteante camino indicado en ese mapa, hasta que llegamos a cierto punto donde nuestro coche dio media vuelta y retrocedió de nuevo hasta la casa. Considero que no debo dar cuenta de ninguna de las palabras que entre nosotros se cruzaron en el corto recorrido que hizo el automóvil, ¿no es así?

—Ésa es la costumbre en estos casos, señor Crinston.

—Muy bien. Pues, como decía, volvimos en el mismo automóvil, entré de nuevo en la casa y encontré el cadáver del señor Norton, tal como antes lo he descrito, y entonces avisé a la Policía.

—¿Puede usted hacer sus preguntas! —exclamó Claude Drumm, inesperadamente, volviéndose hacia Perry Mason. El defensor contempló, durante unos pocos segundos y con inexpresivo rostro, a Arthur Crinston; después dijo, de un modo abrupto e inesperado:

—¿Es cierto que usted habló con el señor Norton aquella misma noche?

—Sí. Tenía una cita con él y llegué retrasado en algunos minutos. Cuando entraba en su estudio eran las once y seis minutos, según creo.

—¿De qué asuntos habló usted con el señor Norton? —preguntó Perry Mason.

Arthur Crinston hizo una rápida mueca y volvió la cabeza en dirección al abogado defensor. El gesto pareció servir de amonestación.

Claude Drumm, que había saltado de su asiento, con ánimo de protestar, vio aquel gesto de aviso y sonrió repentinamente. Sin decir nada, sentóse otra vez.

Arthur Crinston miró al juez Markham.

—Conteste a mi pregunta —advirtió Perry Mason.

El testigo dijo, por fin, sin gran consideración:

—Usted no necesita hacerme contestar a esa pregunta.

El juez Markham golpeó con su martillo en la mesa.

—¿Hay alguna objeción por su parte, señor Drumm? —preguntó.

El acusador público movió la cabeza, muy seriamente, confesando:

—Ninguna, a mi juicio. Puede el testigo contestar a la pregunta.

—Conteste a la pregunta —ordenó el juez Markham.

Crinston se agitó con cierta inquietud.

—Con la venia de Su Señoría —gruñó más bien que dijo—. No va a favorecer a la acusada Frances Celane el testimonio de lo hablado con mi socio, el señor Mason tiene motivos para saberlo. No sé qué idea mueve a preguntarme tal cosa...

El martillo del juez interrumpió sus palabras.

—El testigo —dijo el juez Markham, en un tono de helada severidad— debe suprimir sus comentarios, limitándose a contestar a las preguntas que le puedan ser hechas. El testigo, ciertamente,

sabe que semejante declaración ante el Tribunal, sobre todo en un juicio de esta naturaleza, es irreverente para la sala, constituyendo un caso de contumacia. Se exhorta al jurado a que no tenga en cuenta tales palabras, y se le previene asimismo que desatienda toda opinión de los testigos, con excepción de aquellas que son emitidas formando parte del testimonio. Señor Crinston, usted debe contestar esta pregunta, o será tenido en rebeldía ante el Tribunal.

—Hablamos —explicó Crinston en voz baja— acerca de un intento de *chantaje*, del que se quería hacer víctima a la señorita Celane.

Una mueca de triunfo se difundió por la cara de Claude Drumm.

—¿Trataron ustedes acaso el intento de *chantaje* realizado por el ama de gobierno, señora Mayfield? —preguntó Perry Mason.

La mueca desapareció del rostro de Claude Drumm. Éste saltó de su asiento, poniéndose en pie.

—Con la venia de Su Señoría —dijo—, me opongo a esa pregunta por considerarla inadmisible, inoportuna y sin valor testifical, intencionada y sugerente. El señor defensor sabe muy bien que la señora Mayfield es, en este caso, un importante testigo de la acusación, y ahora trata de desacreditarla para ...

—Las preguntas intencionadas son admitidas en los interrogatorios posteriores —indicó el juez Markham—. Usted no se opuso cuando la defensa preguntó al testigo de qué se había hablado en la conversación, y desde el momento en que han terminado las preguntas previas, he de permitir la que acaba de hacer el señor defensor.

Claude Drumm sentóse lentamente.

Crinston se removió intranquilo en su sillón.

—El nombre de la señora Mayfield no fue ni siquiera mencionado —declaró por fin en voz baja.

—¿Está usted seguro de eso? —preguntó Perry Mason.

—Bueno —repuso Crinston—, tal vez lo citáramos como el de una persona de quien podían proceder las amenazas.

—¡Oh! —exclamó la defensa—. ¿De modo que, por fin, admite usted que ese nombre fue mencionado en concepto de posibilidad? ¿Está usted convencido?

—He dicho que tal vez lo citamos, pero no lo recuerdo bien —

aclaró Crinston.

Perry Mason aprovechó aquel momento para desviar bruscamente su ataque.

—Edward Norton había sacado de un Banco una importante suma de dinero durante aquel día, veintitrés de octubre, y esa cantidad la tenía en billetes de a mil dólares, ¿no es así, señor Crinston?

—Así lo tengo entendido —contestó el interpelado, con muy mal humor.

—¿Se encargó usted de sacar ese dinero para él?

—No, señor.

—¿Fue usted durante aquel día a cualquiera de los Bancos en que la firma Crinston & Norton tenía cuenta corriente?

Arthur Crinston miró al defensor, con el ceño arrugado y un aspecto muy pensativo.

—Sí —dijo—, estuve en un Banco.

—¿En cuál?

—En el Banco Wheeler de Ahorros y Depósitos.

—¿Con quién habló allí?

De repente, el rostro de Crinston perdió su color.

—Preferiría no contestar a esa pregunta —repuso.

Claude Drumm brincó de su asiento.

—Protesto de esa pregunta —dijo—, por ser inadmisible, desatinada, sin valor testifical e impropia de este interrogatorio.

Perry Mason sonrió, y su sonrisa fue flemática y sostenida.

—Con la venia de Su Señoría —dijo, arrastrando las palabras—, ¿se me permite presentar un breve argumento?

—La sala no ve inconveniente en ello —dijo el juez Markham.

—Pues bien: ese testigo ha declarado en el interrogatorio previo que él era un miembro superviviente de la firma Crinston & Norton. Yo he admitido su aseveración, aun cuando probablemente significa cierta decisión por parte del testigo. No obstante, creo tener el derecho de interrogarle acerca de sus actividades como copartícipe de la mentada sociedad y de las razones en que funda dicha decisión.

—Admitimos si no se refiere a épocas remotas —dijo el juez Markham.

—Abundo en la opinión de Su Señoría —dijo Perry Mason—. Por eso es por lo que he limitado la cuestión a la fecha del veintitrés de octubre, día del crimen.

El juez Markham contempló a Perry Mason con ojos que repentinamente volviéronse duros y precavidos.

El abogado defensor le devolvió la mirada, con los suyos bien abiertos y llenos de candor.

Claude Drumm seguía de pie, y dijo:

—Los asuntos de la sociedad formada por ambos amigos no tiene relación alguna con el crimen que aquí se juzga.

—Pero usted mismo ha presentado a este testigo como miembro de una sociedad a la cual pertenecía también la víctima del asesinato —indicó el juez Markham.

—Sólo lo cité con el propósito de hacer ver la confianza de sus relaciones.

El juez Markham meneó la cabeza de modo negativo, y dijo:

—No hay inconveniente en que la cuestión pueda ser admitida en el interrogatorio, pero en un juicio de esta naturaleza me hallo dispuesto a cometer un error, si no puedo evitarlo, en favor de los acusados. El testigo puede contestar a la pregunta.

—Conteste a mi pregunta, señor Crinston —dijo Perry Mason—. ¿Con quién habló usted en el Banco?

—Con el señor Sherman, presidente de la entidad.

—¿Y de qué asuntos habló usted con él?

—Tratamos de los negocios de mi sociedad.

—Sí; tratarían del medio de saldar la deuda que la sociedad formada por usted y Norton tenía con dicho Banco, la cual se aproximaba a los novecientos mil dólares, ¿no es así? Una deuda que, según los hechos me han dado a conocer, estaba reconocida en documentos firmados por usted, como individuo particular..., ¿no es cierto?

—No, señor, no es cierto. Esos documentos correspondían a la sociedad e iban firmados ya entonces por Crinston & Norton.

—Es decir, firmados por Arthur Crinston con el nombre social de Crinston & Norton, ¿no es eso?

—Creo que sí —contestó Arthur Crinston—. La parte principal de los negocios de la sociedad, sobre todo en lo referente a las

actividades bancarias, era desempeñada por mí... o sea, que yo firmaba con el nombre social los diferentes documentos correspondientes a la sociedad, a pesar de que en una gran mayoría de casos los cheques y los talones de nuestras cuentas corrientes fuesen firmados por nosotros dos. Repito, pues, mi rectificación a lo indicado por usted. Creo que toda la documentación del Banco Wheeler de Ahorros y Depósitos iba firmada por mí con el nombre social y en representación de la sociedad, y también me parece recordar que se extendieron algunos talones de la misma forma.

—Usted había ido a la casa del señor Norton para hablarle del vencimiento de algunos de dichos documentos, ¿no es así?

—En efecto; para eso fui.

—Entonces —dijo Perry Mason—, ¿cómo fue el que, en lugar de eso, hablasen del *chantaje* intentado por el ama de llaves contra Frances Celane?

—Yo no he dicho que achacásemos tal *chantaje* al ama de gobierno —replicó bruscamente el testigo—. Sólo dije que su nombre fue mencionado como el de uno de los posibles autores de las amenazas.

—Comprendido —repuso el defensor—, me he equivocado. Le agradeceré continúe y conteste mi última pregunta.

—Pues la explicación de esa aparente anomalía es muy sencilla —dijo Crinston—. El asunto de los compromisos comerciales que vencían ocupó tan sólo unos pocos minutos de nuestra entrevista. La cuestión del *chantaje*, referente a su sobrina, preocupaba hondamente al señor Norton, y él insistió en posponer todos los asuntos de nuestra sociedad pendientes de discusión con el fin de que yo le diera mi opinión y consejo sobre el conflicto particular.

—¿Y a qué atribuía él las amenazas sufridas por su sobrina? —preguntó Perry Mason.

—Mi amigo opinaba que el *chantaje* debía de fundarse en alguna tontería cometida por ella.

—Naturalmente —contestó el abogado—. ¿Puntualizó la causa por él supuesta?

—No... me parece recordar que no.

—¿Mencionó algún hecho que pudiera haber sido motivo del *chantaje*?

—Habló del carácter indomable de su sobrina... —comentó Crinston, muy de prisa; pero antes de terminar la frase, se mordió los labios y replicó—: ¡Un momento! Retiro lo dicho. Me parece no haber oído nada de eso. Ha sido una equivocación mía.

—¿Se ha equivocado usted —preguntó Mason— o es que trata de proteger a la acusada Frances Celane?

El rostro de Crinston se puso de color de púrpura.

—¡Procuro ayudarla bastante mejor que usted! —rezongó el testigo.

El martillo del juez Markham cayó sobre la mesa.

—Señor Crinston —le dijo—: El tribunal le ha reconvenido ya a usted hace un momento. Ahora lo declara culpable de una falta de respeto y lo condena a la multa de cien dólares por rebeldía.

Crinston, con el rostro congestionado, inclinó su cabeza.

—Continúe la vista —proclamó el juez Markham.

—¿Se trató de algún otro asunto en la conversación sostenida por usted y el señor Norton, exceptuando la cuestión de la deuda al Banco, la marcha de los negocios sociales y la posibilidad de que su sobrina fuese amenazada de *chantaje*?

—No, señor —contestó Arthur Crinston, con patente alivio, al ver que la cuestión no requería más preguntas relativas a las posibilidades del *chantaje*.

Perry Mason sonrió cortésmente.

—Deseo volver a llamar más tarde al señor Crinston, con la venia de Su Señoría, para un nuevo interrogatorio —dijo el defensor—; pero por el momento, no he de hacerle ninguna pregunta más.

El juez Markham hizo un gesto de asentimiento.

—¿Desea usted añadir algo más? —preguntó, dirigiéndose al fiscal.

—Por ahora, no —contestó Claude Drumm—; pero si la defensa se reserva el derecho de volver a llamar al testigo e interrogarle nuevamente, yo quisiera también aprovechar esa oportunidad para hacer, a mi vez, algunas preguntas adicionales.

—Concedido —dijo el juez Markham, con cierta brusquedad—. Continúe.

Claude Drumm levantó dramáticamente el tono de su voz.

—Llamo a declarar al señor Don Graves —dijo.

El interpelado se puso en pie y avanzó hacia el estrado, mientras muchos espectadores volvían la cabeza para susurrarse rápidos comentarios. La vista del asesinato se desarrollaba con una rapidez que no era la acostumbrada, y el abogado defensor parecía estar perdiendo muchas oportunidades en sus interrogatorios. Sin embargo, los que conocían a Perry Mason sabían muy bien que se trataba de un abogado cuya técnica judicial era muy comentada y hasta objeto de burlas, por su originalidad, por los demás abogados.

Y asimismo hacía patente, de un modo claro, que el juez Markham estaba tan desconcertado como los espectadores. De cuando en cuando, sus ojos se clavaban en el plácido rostro de Perry Mason, con reflexiva curiosidad.

Don Graves aclaró su garganta y miró, con expectación, a Claude Drumm.

—¿Es cierto que usted se llama Don Graves, y que estaba empleado, el día veintitrés de octubre de este año, y lo había estado durante algún tiempo anterior a dicha fecha, como secretario particular del señor Edward Norton? —preguntó el fiscal.

—Sí, señor.

—¿Acompañaba usted al señor Norton durante la noche del veintitrés de octubre?

—Sí, señor.

—¿Cuándo lo vio usted vivo por última vez aquella noche?

—A las once y treinta aproximadamente.

—¿Lo había usted visto también antes de esa hora?

—¡Oh, sí, señor! El señor Crinston se marchó hacia las once y veintisiete u once y veinticinco y el señor Norton salió de su despacho particular junto con el señor Crinston. Hablaron ambos entre sí durante unos dos minutos, y entonces el señor Norton me mandó recoger algunos papeles que el señor Crinston tenía en su casa.

—¿Qué ocurrió después? —preguntó Claude Drumm.

—El señor Crinston se fue escalera abajo y el señor Norton me dijo que llamase a Peter Devoe, el chófer, ordenándole me condujera a la residencia del señor Crinston. Entonces, precisamente cuando yo me disponía a bajar al piso inferior, me indicó: «Espere un momento. Se me ha ocurrido otra idea», con

estas mismas palabras u otras muy similares; y asomándose a la ventana, llamó al señor Crinston, para preguntarle si yo podía acompañarlo. El señor Crinston manifestó que iba en el automóvil del juez Purley, acompañado de éste, y por lo tanto, le parecía conveniente solicitar primero el permiso del juez; mientras tanto, yo, sabedor de que el señor Purley daría su permiso y constándome la urgencia del caso, corrí escaleras abajo y salí al jardín por la puerta principal, exactamente cuando el señor Crinston comunicaba a mi jefe que el juez Purley le había asegurado que, con mucho gusto, me admitiría en su automóvil. Me apresuré a subir al coche del juez, acomodándome en el asiento posterior; acto seguido, el señor Purley puso en marcha su automóvil y lo condujo por el tortuoso camino de acceso, hasta llegar a un lugar cuya situación aproximada ha sido ya marcada sobre el plano por el propio juez Purley.

—Díganos lo que sucedió a continuación.

—Al pasar por dicho punto —declaró Don Graves, con dramática entonación— yo me volví y miré hacia atrás. A través de la ventanilla posterior del automóvil pude divisar, por la abierta ventana, el interior del estudio de Edward Norton.

—¿Y qué vio usted? —murmuró Claude Drumm, con visible satisfacción.

—Vi la silueta de un hombre que levantaba un bastón y daba un golpe en la cabeza del señor Norton.

—¿Podría usted reconocer al criminal?

—Me parece que sí —contestó el testigo.

—¿Quién cree usted que era? —preguntó con energía Drumm.

—¡Un momento! —exclamó Perry Mason—. Protesto de esa pregunta, porque se funda en una suposición del testigo y es intencionada y sugeridora. El testigo acaba de declarar su poca seguridad en cuanto a la posible identidad del asesino.

El juez Markham se quedó mirando a Perry Mason, como si esperase oír de él una más extensa argumentación acerca de tan decisivo punto de vista. Sin embargo, el defensor no amplió su razonamiento.

La mirada del juez pasó entonces a Claude Drumm. El fiscal se encogió de hombros.

—El testigo ha manifestado que, a su juicio, podría llevar a cabo esa identificación —dijo Drumm—. Las palabras «me parece que» no son sino un medio vulgar de expresar esa idea.

—Es preferible que no insista en su pregunta, señor fiscal —indicó el juez Markham.

—Muy bien —asintió Claude Drumm, y continuó diciendo—: Señor Graves, usted nos ha manifestado que le parece posible identificar al criminal. ¿Quiere aclarar el verdadero significado de su manifestación?

—Yo creo saber quién era ese hombre —dijo Don Graves—. Me parece haberlo reconocido al instante. No vi claramente su rostro, pero pienso que pude identificarlo por las actitudes de su cabeza, por la forma de sus hombros y por la silueta general de su cuerpo.

—Con la venia de la sala, considero suficiente esta declaración —dijo Claude Drumm—. Un hombre no necesita ver las características faciales de otro para lograr identificarlo si ya le es conocido. La protesta de la defensa cae por su propio peso al existir, más que una posibilidad, la evidencia de una identificación.

El juez Markham miró a Perry Mason, en actitud expectante.

El defensor no dijo nada.

—Queda denegada la protesta de la defensa —proclamó el juez—. El testigo debe contestar a la pregunta del señor fiscal.

—Ese hombre era Robert Gleason —declaró Don Graves, hablando en voz bastante baja.

—¿Había alguien más en la habitación? —preguntó Claude Drumm.

—Sí, señor.

—¿Quién era esa persona?

—Una mujer ataviada con un vestido de color rosa.

—¿Pudo ver a esa mujer?

—Le vi una parte de su espalda, un poco de la cabeza y un brazo entero.

—¿Reconocería usted a esa mujer por lo que pudo ver de ella?

El juez Markham cortó la respuesta.

—Creo, señor fiscal —dijo—, que si bien le he permitido basar la primera identificación en su argumento de que la protesta de la defensa no podía sostenerse al existir, no una probabilidad, sino

cierta evidencia, en cambio, ahora, cuando el testigo sólo pudo ver una porción relativamente pequeña de la figura de una mujer, y eso desde la distancia antes indicada en este plano, la protesta del defensor vuelve a adquirir su fuerza, en cuanto a la imposibilidad de la evidencia, y yo mismo apoyaré la oposición relativa a la identificación de tal mujer.

—Con la venia de Su Señoría —dijo Perry Mason muy dulcemente—, yo no he protestado de la identificación de esa mujer.

—¿Y no protesta usted? —dijo el juez Markham.

—Por ahora no, con licencia de Vuestra Señoría —replicó Perry Mason.

—Muy bien —dijo el juez—. Apoyaré la protesta si se presenta.

—No la considero necesaria —aclaró Perry Mason.

Un murmullo resonó fuertemente en toda la sala del tribunal.

—Perfectamente —refunfuñó el juez Markham, poniéndose colorado—. Testigo, conteste a la pregunta del fiscal.

—Sí, señor —dijo Don Graves—. Creo que esa mujer era Frances Celane. No estoy tan cierto en su caso como en el del hombre a quien vi matar a mi jefe, pero sigo creyendo que se trataba de Frances Celane. Estaba vestida como acostumbraba hacerlo la señorita Celane, y el color de su cabello, así como el contorno de su cuerpo, me recordaron en seguida los de Frances Celane.

—¿Cuánto tiempo hace que conoce usted a Frances Celane? —preguntó Claude Drumm.

—Más de tres años.

—¿Ha vivido usted en la misma casa que ella?

—Sí, señor.

—¿Sabe usted si en la época del crimen tenía esa señorita un vestido o alguna bata del color que usted vio sobre la mujer que se hallaba en pie en el estudio del señor Norton?

—Sí, señor.

—Muy bien —dijo Claude Drumm—. ¿Qué hizo usted al presenciar el asesinato?

—Conté a los otros caballeros lo que acababa de ver, pidiéndoles que me hiciesen el favor de retroceder hasta la casa de mi jefe.

—Me oporto, por mi propia iniciativa, a esas palabras —dijo el

juez Markham—. Lo que acaba de declarar el testigo es inadmisibile, inoportuno y sin valor testifical. El señor fiscal ha preguntado lo que hizo el testigo, en relación con lo que acababa de tener lugar en aquella habitación. La conversación entre diferentes personas, fuera de la presencia del acusado y que no formen parte de la «res gestae», no pueden incluirse en la respuesta del testigo.

—Muy bien —dijo Claude Drumm—. Entonces, ¿qué hechos ocurrieron? ¿Qué hizo usted en relación con el asesinato del señor Edward Norton?

—Volví a la casa, subí la escalera y entré en su estudio, encontrando su cuerpo desplomado sobre la mesa escritorio, con el cráneo aplastado —explicó Don Graves.

—Cedo la palabra a la defensa —dijo Claude Drumm, con seco acento.

Perry Mason se levantó de su asiento, contemplando lenta y fijamente a Don Graves. La sala del juicio se cargó de cierta tensión eléctrica. Los espectadores notaban la inminencia de la más trascendental escena del juicio.

—¿Tiene usted su vista en buen estado? —preguntó Perry Mason.

—Sí, señor.

—¿Se considera usted capaz, yendo sentado en un veloz automóvil y al pasar rápidamente por esta curva del camino, de ver lo bastante, en la momentánea ojeada que usted lanzó a través de la ventanilla posterior del coche, para poder luego reconocer a los ocupantes del estudio?

—Sí, señor, me creo capaz de eso.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque lo vi claramente en aquel momento y porque para comprobar mi capacidad de visión he hecho después varias pruebas.

—La segunda parte de su respuesta no debe ser tenida en cuenta —dijo el juez Markham, muy severo.

—No veo motivo para no admitirla —dijo el defensor—. Con la venia de la sala, me gustaría insistir en ese mismo punto.

—Concedido —repuso el juez Markham.

—¿Dijo usted que había hecho varias pruebas posteriores?

—Sí, señor.

—¿Yendo en automóvil?

—Sí, señor.

—¿Y situándose varias personas en el estudio?

—Sí, señor.

—¿Quiénes eran los ocupantes de la habitación?

—El señor Drumm, fiscal del distrito, y dos empleados de su oficina.

—¿Y fue usted capaz de reconocer desde lejos a esas personas?

—Sí, señor. Como usted puede comprobar, las ventanas del edificio son muy amplias, y el alumbrado del estudio que servía de oficina a mi jefe es abundante.

—¿Iba muy de prisa el automóvil en que usted hizo tales pruebas? —preguntó Perry Mason.

—A la misma velocidad que el coche en el cual fui yo la noche del crimen.

—Este último era propiedad del juez Purley, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Pero usted no habrá hecho la comprobación en el mismo automóvil del juez Purley, ¿verdad?

—No, señor; para las pruebas se utilizaron otros coches.

—Entonces, esas pruebas no han sido hechas en las mismas condiciones... es decir, que el vehículo no era el mismo, ni la ventanilla posterior era la misma.

—Pero ambas cosas fueron muy similares —replicó Don Graves.

Perry Mason miró al testigo con acusadores ojos.

—De todos modos, las pruebas no se realizaron bajo condiciones exactamente iguales.

—No, señor.

—¿Se atrevería usted a repetir la prueba en condiciones idénticas a las de la noche del crimen? —preguntó Perry Mason, con voz de trueno.

—¡Me opongo a esa pregunta por considerarla argumentadora! —exclamó a su vez Claude Drumm.

—Yo creo —repuso el juez Markham— que no puede ser argumentadora, como usted asegura, pero tiende a hacer resaltar el interés o predisposición del testigo. La pregunta trata de poner en claro si él estaría dispuesto o no a repetir la prueba bajo ciertas

condiciones.

—Pero tal experimento no probaría nada nuevo que no haya sido probado —afirmó Drumm.

—Insisto en que la pregunta es para determinar si el testigo estaría dispuesto a repetir la prueba —volvió a decir el juez Markham—. Creo deber mío permitir la respuesta del testigo.

—Conteste a mi pregunta —dijo Perry Mason.

—Sí, señor, me gustaría volver a realizar dicha comprobación —indicó Don Graves.

—Si el juez Purley nos prestase su automóvil, ¿querría usted hacer una nueva prueba desde el mismo coche en que iba la noche del crimen? —preguntó el abogado defensor.

Claude Drumm se puso en pie.

—Con licencia de Su Señoría, advierto que la pregunta es ahora diferente. Ya no se trata de saber si el testigo estaría dispuesto o no a repetir la prueba, sino que ahora se le pregunta si la hará.

—Bien —dijo el juez Markham—, en este caso tiene usted razón, y si desea oponerse a la pregunta, creo que debo admitir su protesta.

Perry Mason volvió su rostro hacia el jurado.

—En tal caso —dijo el defensor—, no haré más preguntas.

—¿Renuncia usted a preguntar alguna otra cosa? —quiso saber Claude Drumm.

—Sí, señor. El hecho habla por sí solo —le soltó Perry Mason—. Todos hemos quedado convencidos de su temor a repetir la prueba en circunstancias bien iguales a las de la noche del crimen.

El martillo del juez Markham resonó fuertemente en el pupitre presidencial.

—Señor abogado —le dijo—, le ruego refrene su afán de personalizar la discusión y dirija sus observaciones a la sala, de un modo general, antes que al representante de la oposición.

—Pido perdón a Su Señoría por mis últimas palabras —dijo Perry Mason; pero en su voz no había el menor indicio de humildad, y sus ojos chispeaban, muy divertidos.

Claude Drumm se quedó mirando al defensor, mientras su frente se arrugaba bajo el efecto de hondas y precisas reflexiones.

—Con la venia de Su Señoría —dijo el fiscal—. ¿Me será

permitido pedir ahora que la vista se suspendiese hasta mañana a las diez de la mañana? Confieso hallarme bastante sorprendido ante el inesperado avance que este caso ha hecho.

—No está usted más sorprendido que el Tribunal —replicó el juez Markham—. Agradablemente sorprendido, estuve a punto de decir. Es costumbre, en los juicios por asesinato, presenciar cómo las sesiones se prolongan de tal modo, que resulta una alarmante innovación encontrarse ante un caso que avance con la rapidez de éste. Su requerimiento, señor fiscal, queda admitido y concedido, y la vista se aplaza hasta mañana, a las diez de la mañana, durante cuyo tiempo el jurado debe recordar la amonestación acostumbrada del Tribunal, que prohíbe toda discusión del caso o tolerancia de que otros lo discutan en su presencia.

Y el martillo cayó sobre la mesa.

Perry Mason hizo girar su sillón y volvió su mirada hacia los oscuros ojos de Frances Celane.

Al mismo tiempo, alentaba a la joven con un tranquilizadora sonrisa.

Bob Gleason, sentado a su lado, aparecía ojeroso y pálido, mostrando claramente los efectos de la dura prueba en que se veía complicado. Su actitud era forzada, con los músculos en tensión, mientras sus ojos acechaban llenos de oculto temor.

La muchacha, por el contrario, estaba tranquila y sosegada; no dejaba que en sus ojos se reflejase el menor efecto de sus sentimientos. Mantenía la cabeza erguida, algo echada hacia atrás y con la barbilla levantada.

—Confíen en mí, por favor —les dijo el abogado.

Sólo cuando la joven le contestó con una sonrisa, se hicieron evidentes los cambios que habían tenido lugar en ella durante las pruebas de los días precedentes al juicio. Notábase un conato de tristeza en la forzada contracción de sus labios, una insinuación de paciencia que hasta entonces no había podido apreciarse en su rostro. La muchacha no dijo nada, pero su sonrisa equivalía a muchos libros llenos de palabras.

Bob Gleason murmuró:

—Quisiera hablar unas palabras con usted, señor Mason. Y en secreto, si me hace el favor.

Un policía avanzó, tocando a Frances Celane en el hombro. Perry Mason le dijo:

—Espere un momento, ¿me lo permite? —y se llevó a Bob Gleason unos cuantos pasos más allá.

El joven le hizo una pregunta, susurrando, enronquecido:

—No pueden ir peor las cosas, ¿verdad?

El abogado se encogió de hombros.

—Si todo se vuelve contra nosotros —cuchicheó Gleason— recuerde que yo quiero hacerme cargo de la responsabilidad entera.

—¿Lo cual quiere decir...? —preguntó Mason.

—Quiere decir que deseo confesar mi delito y cargar toda la culpa —repuso Gleason roncamente—. Quiero librar a Frances de la más pequeña responsabilidad.

Sin alterarse en lo más mínimo, lleno de intención y exentos de toda piedad, los ojos de Mason estudiaban el rostro del apurado joven.

—Aún no han llegado las cosas a ese punto, amigo Gleason —le dijo—. Y no llegarán. Entretanto, usted no abra la boca.

Volvióse e hizo una seña al policía, indicándole que la conferencia había terminado.

Capítulo 22

Perry Mason estaba sentado ante la mesa escritorio de su oficina particular, mirando fijamente a Harry Nevers.

El periodista, con su cabellera bien peinada, el rostro recién afeitado, luciendo un traje acabadito de planchar, apoyaba sus largas piernas sobre el brazo del sillón de cuero y paseaba la mirada de sus ojos por el rostro de Perry Mason, con su clásico aspecto de aburrida curiosidad.

—¡Claro que puede usted contar conmigo para cualquier favor —exclamó Nevers—, si se trata de algo que yo pueda hacer! Mi periódico siente una amistosa admiración por usted. Le agradecemos el habernos dado una bonita información cuando Frances Celane se entregó a la Policía.

—Lo celebro —replicó Perry Mason, sin dulcificar la expresión de sus duros y observadores ojos—. Necesito que usted haga resaltar mucho el hecho de que el fiscal del distrito ha practicado pruebas secretas para determinar si podía fiarse de las palabras de Don Graves.

Nevers asintió a lo que se le pedía, al mismo tiempo que bostezaba.

—Supongo que lo que usted quiere decirme es que le gustaría ver un comentario, entre las informaciones del juicio, haciendo ver que el fiscal del distrito no hubiese hecho tales pruebas de no haber experimentado ciertas dudas, en su propia mente, acerca de las declaraciones del secretario.

Perry Mason confirmó la explicación, con un movimiento de cabeza.

—Bueno —dijo Harry Nevers, en aquel inexpresivo y monótono acento tan característico en él—, pues eso ya está hecho. Yo me

anticipo siempre a ayudarle a usted en sus maniobras.

—Magnífico —replicó Mason—. Pero hay algo más: necesito que usted recalque mucho los acontecimientos que ocurrieron precisamente antes de suspenderse la vista, sobre todo el hecho de que el fiscal se resistiese a repetir la prueba en circunstancias idénticas a las de la noche del asesinato.

Nevers inclinó la cabeza en señal de aquiescencia.

—Muy bien —dijo el periodista—. ¿Y qué se esconde detrás de eso?

—¿Detrás de qué? —preguntó el abogado.

—Detrás de esta prueba tan cacareada.

—Puede usted adivinarlo por sí solo —repuso Mason—. El fiscal del distrito organizó las otras pruebas. Eso revela que tenía sus dudas acerca de la capacidad del testigo para distinguir, tan claramente como él pretende, a los ocupantes de aquella habitación. Por otra parte, el mismo fiscal se opone ahora a organizar una nueva prueba, o permitir que otros la preparen, en circunstancias exactamente idénticas a las de la noche del suceso.

—¡Caramba! —exclamó el periodista—. Eso es un buen truco para intrigar al Jurado, pero yo quisiera preguntarle a usted por las consecuencias.

—No se preocupe por las consecuencias —le dijo el abogado en tono ambiguo.

—¡Cualquiera le cree! —replicó Nevers—. No se piense que yo voy a sacar las castañas del fuego para que usted se las coma. Usted me ha proporcionado a mí un notición en este proceso, y yo deseo corresponder dignamente a su favor. Pero no se vaya a creer que yo estoy dispuesto a hacer el papel de tonto en beneficio suyo, y no me arriesgaré a quemarme los dedos hasta que logre convencerme de que las castañas valen la pena de arriesgarse por ellas.

Mason agitó la cabeza.

—Usted no me ha entendido bien, Harry —le dijo—. Yo no necesito sino cambiar una prueba cuyas circunstancias sean idéntica repetición de las de la noche del crimen.

—Bien —dijo Nevers—, hablaremos un poco sobre eso. ¿Qué entiende usted por circunstancias idénticas?

—Sencillamente —explicó Perry Mason—, me refiero al modo

de organizar la prueba. Voy a explicarme: necesito repetirla yendo yo en el asiento delantero del automóvil con el juez Purley; es decir, me situaré en la misma posición ocupada entonces por Arthur Crinston. Deseo también permitir a Drumm, el fiscal del distrito, que se siente en la parte posterior del coche, junto a Don Graves.

Harry Nevers se le quedó mirando con unos ojos que mostraban un destello de sorpresa.

—¿Se ha vuelto usted loco? —le preguntó al abogado.

—No —contestó Mason, secamente.

—Pues lo parece, inocente mariposa de los bosques —dijo el periodista—. No se le ocurra ofrecer a Claude Drumm la ocasión de que le tome el pelo con alguna de sus clásicas tretas, dando lugar a que continúe presumiendo de su exactitud y seriedad. Ese pájaro es un intrigante de mala fe, un viejo lobo de la manada judicial. Él fue quien enterró los apuntes referentes a las primeras declaraciones que Don Graves hizo ante la Policía..., aquellas en que decía haber reconocido a Devoe en la silueta del asesino, y en las cuales no habló para nada acerca de que hubiese alguna otra persona en el estudio.

—Todo esto está muy bien dicho —replicó Mason—, pero poco me importa si tal hizo.

—Sí, ¿eh? Pues un hombre capaz de eso sabrá también arreglar las cosas de modo que aun en el caso de vendarle los ojos a Don Graves conserve el ciento por ciento de su habilidad identificadora. Si le deja sentarse junto a Don Graves, o donde pueda susurrarle algo o hacerle alguna señal, habrá que tomarle a usted por idiota rematado.

Perry Mason negó con la cabeza, al par que sonreía.

—Muy bien —continuó diciendo Nevers—. Veo que pierdo tiempo y saliva. Por lo tanto, dígame qué vamos a sacar en limpio, o prepárese a no conseguir ni una pizca más de cooperación por parte mía ni de mi periódico.

—Hay ocasiones —repuso Perry Mason— en las cuales una persona debe usar cierta estrategia...; por ejemplo: cuando uno anda tras una manada de gansos, es siempre recomendable esconderse tras de un caballo, para acercarse a los gansos sin que éstos lo vean.

—¿Se puede saber el significado de la comparación? —inquirió Nevers.

—Quiero decir que los gansos son animales salvajes, y echan a volar en cuanto ven a alguien a quien no conocen o lo que a ellos les parezca un cazador —explicó el abogado—. Pero están muy acostumbrados a ver caballos, y si uno de éstos se les acerca, no le hacen el menor caso.

—¿Y usted busca un caballo tras el cual esconderse? —preguntó Harry Nevers.

Perry Mason contestó que sí con la cabeza.

Nevers hizo resbalar sus piernas del brazo del sillón, se levantó y se puso a contemplar al abogado.

—Escúcheme —le dijo—, usted ha conquistado una gran reputación entre los abogados por su rapidez en el trabajo y por ser un luchador que sabe usar sus dos puños. Tiene usted fama de liquidar cualquier caso difícil por el procedimiento de prepararse una posición buena para dar el golpe final, concentrando entonces todos sus esfuerzos en este golpe. No suele usted derrochar su energía en el montón de las pequeñeces sin valor ni significación alguna. Pues bien, me gustaría saber cuál será el golpe definitivo en este proceso.

—Todavía no estoy seguro de su posibilidad —le dijo Perry Mason—. Tal vez no haya ningún golpe de éstos.

—¡Al diablo con ese cuento! —exclamó Nevers—. Véase, si no, la marcha con que usted ha llevado el juicio: muy recostado en su sillón y dejándole al fiscal despachar a su gusto las más insignificantes pruebas que se traía preparadas. Apenas ha hecho usted algunas preguntas a los testigos, ni ha tratado de arrancarles una palabra beneficiosa para cualquiera de los dos acusados.

—¡Oiga! ¿Qué quiere usted decir con eso? —preguntó Perry Mason, en voz baja y algo enfadado.

—No se haga el tonto —repuso Nevers, hablando despacio y sin dar expresión a sus palabras—. A mí no me embauca con sus martingalas. Usted sabe tan bien como yo que Don Graves hizo una declaración a la Policía la noche del asesinato, en la cual manifestó, o por lo menos lo dejó entrever, que la persona que descargó el golpe era Devoe, el chófer. También dijo no haber visto a ninguna

mujer en la habitación, durante la escena del crimen, o al menos se le olvidó decir que viese a una mujer en el estudio. Usted ha dejado correr las cosas y le ha permitido servir de testigo en este caso, sin sacar a relucir tan extraña contradicción, ni insinuar siquiera que él hubiese hecho nunca otra declaración diferente.

—No me hubiese servido para nada útil citar tal hecho —dijo Perry Mason—. Los apuntes de aquella declaración han sido destruidos, y Graves hubiese jurado no haber dicho nunca semejante cosa, o que Frances Celane le había pedido que ocultase tal detalle, y entonces él trató de complacerla, no comprometiéndola.

—¡Tonterías! —exclamó Nevers.

El abogado abrió un cajón de su mesa escritorio y sacó de él un frasco de whisky.

—Ya hablaremos de eso, amigo Harry —le dijo al periodista—. Si usted quiere acompañarme en este juego, no tendrá que arrepentirse.

—¿Lo cual significa...? —interrogó Nevers.

—Significa que no ande usted muy lejos cuando se haga esa prueba y sacará usted de ella una buena raja para rellenar la primera plana de su diario con una información de las más sensacionales.

Harry Nevers apartó a un lado el vaso que Mason había puesto frente a él, junto con la botella, y empinó ésta, luego, sobre sus labios. Después de tomar una buena docena de sorbos devolvió la botella al abogado.

—¿Cuándo se producirá la explosión? —preguntó—. ¿Hacia el final de la prueba?

—Creo que no —repuso Perry Mason—. Me parece que tendré que hacer una pequeña manipulación.

El periodista habló como si hubiese estado pensando en voz alta.

—Podemos obligar al fiscal del distrito a realizar esa prueba —dijo—. Es un experimento que, según todas las apariencias, ha de ir como una seda. Pero usted imagina algo para sus adentros. Usted está relatando ese juicio por asesinato con menos combatividad aparente en su labor personal, que si estuviese asistiendo a las primeras pesquisas de la Policía. Deja usted transcurrir a galope las

sesiones de la vista, pasando por alto todo lo que ocurre, haciéndose el tonto y permitiendo a la acusación exhibir al Jurado todas las pruebas perjudiciales que se ha traído preparadas. No hay una sola persona en toda la ciudad que no critique ya la triste defensa desarrollada por usted.

—¿Sí, eh? —preguntó Mason, arqueando las cejas en todo momento.

—¡Oh, olvídelo si no le agrada! —exclamó Nevers, con un indicio de rencor en su voz—. A usted le consta la exactitud de lo que digo. Un muchacho recién salido de una escuela de Derecho llevaría este asunto mucho mejor que usted. Y eso lo comenta ya todo el mundo. La ciudad está dividida en dos bandos: unos le creen a usted tan astuto como el demonio y le suponen preparando algún golpe de los suyos, y otros piensan que usted ha sido muy afortunado, hasta ahora, en los demás casos, aunque no tenía nada dentro de su calabaza. Naturalmente, éste es un proceso importante. Una mujer dotada de tantos millones como Frances Celane y expuesta a caer en el patíbulo, un matrimonio secreto, un posible conflicto sexual...; en fin, no falta nada para llenar de noticias sustanciosas las primeras planas de los rotativos. Ganar este caso es la mejor oportunidad de su vida, pero usted ha de luchar en la conquista de cada pulgada de camino, ha de mantener su nombre en la primera plana de los periódicos durante dos o tres semanas. En un juicio por asesinato de la categoría de éste, su labor debe consistir en escurrirse entre los agentes del Tribunal, incansable como esos cerdos que están siempre dando vueltas entre las piernas del granjero.

Perry Mason volvió a poner el corcho en la botella de whisky y la escondió de nuevo en el cajón de su mesa escritorio.

Nevers le contemplaba, esperando algo.

—¿No se le ocurre replicarme nada? —le preguntó extrañado.

—No —dijo Perry Mason.

Nevers hizo una mueca y se enjugó los labios con el dorso de la mano.

—¡Está bien! —exclamó Nevers—. Yo ya he cumplido con mi deber. Le diré al jefe de redacción que he puesto en juego todas mis tretas para sacarle a usted alguna palabra de sus entrañas. Tal vez

pueda inventar cualquier noticia de relativo interés, para distraer a esos lectores que gustan de encontrar sabrosas tajadas entre la prosa aburrida de las informaciones judiciales.

Perry Mason cogió al periodista por el brazo y lo escoltó hasta la puerta de la oficina exterior.

—Escuche, Harry —le dijo allí—; si inventa usted algo, procure inventarlo bien —el abogado hizo una pausa al llegar al umbral, se volvió de repente y encaróse con Nevers—. Espere un momento —indicó—, le voy a dar a usted una noticia secreta; Bob Gleason se propone hacer una confesión completa, echando sobre él todo la culpabilidad del crimen, para no exponer así a Frances Celane.

Nevers se le quedó mirando.

—¡Pero eso no me lo dará usted para que lo publique! —exclamó:

—¿Para qué no? —preguntó Perry Mason.

—Sería violar una confidencia profesional...

—Ciertamente —replicó Mason, con la mayor tranquilidad—. Mientras usted no use mi nombre, todo es posible. Lo más sencillo es que lo haga figurar como procedente de una fuente de información muy relacionada con los protagonistas.

—¡Dios mío! —exclamó el periodista—. ¡Eso será el mayor libelo de mi vida, si no podemos demostrar su certeza!

—No se preocupe —repuso el abogado—. Si alguien le llama la atención, puede usted descubrir de dónde proceden sus informes.

—¿Puedo decir que lo sé por usted?

—Puede decir que lo sabe por mí —contestó Mason.

Nevers lanzó un profundo suspiro.

—Óigame, Perry —dijo—. Yo he visto cómo subían unos y también he visto cómo bajaban otros. He estado presente en infinidad de casos distintos y he conversado con toda clase de personas. He visitado a gente muy taimada y a otros que se creían serlo. He tratado con individuos que eran brutos y lo sabían, y asimismo con otros, que, además de ser brutos, se creían muy inteligentes. ¡Pero usted acaba de dejarlos pequeños a todos! ¡Ésta es la más estúpida entrevista que he podido celebrar con un abogado en toda mi vida!

Mason apoyó su mano derecha entre las dos paletillas del

periodista y lo empujó suavemente hacia la oficina exterior.

—¡Bueno..., bueno —le dijo—, yo le he dado a usted una buena noticia! Ayúdeme para que le pueda dar otras.

Frank Everly estaba de pie en aquel antedespacho, mostrando en su actitud la impaciencia que le consumía.

—¿Quería usted verme? —le preguntó el abogado.

Everly asintió con una inclinación de cabeza.

—Entre —le indicó Mason.

El joven se lanzó dentro del despacho particular. El abogado continuó en el umbral de la puerta hasta ver salir a Harry Nevers al pasillo exterior; entonces, dejó bien cerrada la comunicación entre ambos despachos y se encaró con Everly.

Este último tosió y desvió su mirada.

—Parece que las cosas no marchan muy expeditivas, ¿verdad, señor Mason? —preguntó el pasante.

El abogado sonrió, mirándolo con sus pacientes y cansados ojos.

—En otras palabras —replicó—, usted ha oído por ahí algunos comentarios en los que se me supone atascado en la defensa, mientras la acusación se pasea sobre mi cadáver legal. ¿No es eso?

Everly se puso colorado y dijo, con una voz ahogada:

—No he dicho nada de eso, señor Mason.

—¿Ha oído usted relatar alguna vez aquel cuento del hombre que denunció a su vecino, alegando haber sido mordido por su perro? —preguntó el abogado, en un amable tono de voz—. El vecino firmó una declaración negando que su perro tuviera el vicio de morder, negando que el perro hubiese mordido a ningún hombre, y hasta negando que él hubiese tenido nunca un perro.

—Sí —depuso Frank Everly—, ya he oído esa fábula. Es clásica en los colegios de Leyes.

—Muy bien. Pues la defensa, en este caso, se lo tomó a broma, porque pensó que le sobaban argumentos. Ahora bien, cuando usted se encuentre con un caso dudoso, no estará de más que procure ponerle dos cuerdas a su arco. Sin embargo, recuerde que cuando tenga un arco con doble cuerda, aun aumentando así el factor de seguridad, habrá perdido la eficacia del arma. A un arco que tiene dos cuerdas no es fácil que se le rompan, pero tampoco lanzará una flecha ni a la cuarta parte de la distancia que alcanzaría

si tuviese una sola.

—Usted me quiere decir, con esa comparación, que en este caso lo sacrifica todo para concentrarse en algún punto esencial, ¿verdad? —preguntó el pasante.

—Sí —repuso Perry Mason—. La inocencia de Frances Celane y de Bob Gleason está ya implícitamente demostrada por las pruebas que se han podido reunir hasta ahora. La culpabilidad de los acusados no puede probarse con unos simples razonamientos dudosos. Pero yo quiero hacer algo más que limitarme a inculcar la debilidad de esos razonamientos en la mente de los jurados. Necesito lograr una completa solución del caso.

Frank Everly contempló a Perry Mason, abriendo mucho sus incrédulos ojos.

—¡Cáspita! —exclamó—. Yo creí que todo lo que ha ocurrido hasta hoy confirmaba la culpabilidad de Frances Celane y de Bob Gleason. Pensaba que a menos de lograr destruir pronto las declaraciones de algunos de estos testigos, podíamos irnos preparando para oír un veredicto de asesinato premeditado.

Mason movió la cabeza de un modo fatigado.

—No —replicó—, el punto vital que yo necesitaba en este caso se acerca ahora. Lo que trato de hacer es aplastar el concepto actual del Jurado en una forma tan dramática, que nunca la olvidarán. Y recuerde bien lo que voy a decir: tengo a Claude Drumm tan terriblemente confuso ante la marcha llevada por este caso, que está a punto de caer en el vértice de su pánico. Él se figura que yo debo tener escondido en alguna parte un formidable recurso de mi cosecha, pues de otro modo no le hubiese cedido todos los triunfos.

—El Jurado —indicó Frank Everly— parece estar muy poco dispuesto a la benevolencia.

—Es natural esta actitud —dijo Perry Mason—. Y probablemente se acentuará más todavía. ¿Se fijó usted en lo que está haciendo Claude Drumm? Se está metiendo en el *corpus delicti* con ciertos testimonios superficiales. Momentos antes de terminar con la exposición del caso, verá usted cómo presentará fotografías del cadáver, tumbado sobre la mesa del escritorio, de la carpeta con su papel secante lleno de sangre, de la póliza del seguro, moteada de salpicaduras sangrientas, y demás zarandajas por el estilo. Entonces

nos arrojará el caso ante nuestras narices, como si fuera el hueso que se le tira a un perro hambriento, y nos dejará frente a un Jurado de corazones endurecidos y predispuesto a dictar un veredicto de muerte.

—Lo que no veo —dijo Everly— es cómo se las compondrá usted para impedirlo.

—Yo no intento impedirle nada —replicó Perry Mason, muy sonriente—. Por el contrario, le dejaré seguir ese camino.

Della Street entró en la habitación.

—El señor Drake está ahí fuera —anunció la joven— y dice que le trae algo importante.

El abogado contestó, con una sonrisa.

—Habrá de esperar un minuto. Le estoy explicando una cosa a Frank Everly.

Della Street miró a Perry Mason con unos ojos que el amor hacía cálidos y expresivos.

—Recuerdo aún —dijo ella, blandamente— cuando le obligué a usted a que me explicase algunas cosas; desde entonces, siempre he tenido bastante fe en usted, y nunca más he necesitado explicaciones.

Perry Mason la contempló con sus escrutadores ojos.

—¿Ha leído usted los periódicos? —le preguntó a su secretaria.

—Los periódicos de la tarde, sí.

—¿Ya sabe usted cómo marcha el juicio?

—Sí.

—Se habrá dado usted cuenta de que yo hago una defensa muy pobre, ¿verdad?

Ella se enderezó ligeramente, lanzando una acusadora mirada a Frank Everly.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó.

—Se deduce de lo que dicen los periódicos —repuso Perry Mason.

—Bien —replicó Della Street—, pues yo acabo de hacer con Paul Drake una apuesta de medio mes de mi salario, a que usted sacará libres a los dos acusados. Eso demuestra cuánta fe tengo en usted.

—Lo que demuestra eso —dijo el abogado— es que Drake debía de traer malas noticias. Salgan pronto de aquí ustedes dos y

déjenme hablar con él. Como ya saben, ese hombre me está haciendo un trabajito relacionado con este caso. Probablemente ha conseguido ya algunos detalles secretos. No es muy propio de él hacer apuestas relacionadas con sus informaciones.

—Eso es cierto —replicó Della Street—, pero él ha sido franco conmigo: me confesó que trae noticias importantes.

—¿Le dijo de qué se trata?

—No, sólo me indicó que las traía, y yo le repliqué que también tenía algunas.

—¿Qué sabe usted? —preguntó Perry Mason, contemplando especulativamente a la joven.

—Pues sé que tengo fe en usted, y eso me basta —contestó ella.

Mason hizo oscilar la cabeza.

—¡Encantado! —exclamó. Y luego—: Bueno, amigos, lárguense de aquí y déjenme hablar con Drake. Veremos que me puede decir.

Drake pasó al despacho particular, tomó asiento, hizo tres o cuatro muecas y se puso a liar un cigarrillo.

—Bien —dijo el detective—, ya tengo lastre para usted.

—¡Magnífico! —exclamó Perry Mason—. ¿De qué se trata?

—La sombra misteriosa lo consiguió —dijo Drake.

—No me importa el procedimiento —replicó Mason—. Necesito los hechos.

—Bueno —repuso Drake—, allá va la historia. Esa señora Mayfield es una criatura demasiado lista.

—Ya lo sabía yo —dijo el abogado—. Ha intentado engañarme un par de veces.

—Sí, también me he enterado de eso —replicó el detective—. Lo único malo es, amigo Perry, que mis noticias son infernales para sus clientes.

—¿Qué quiere usted decir?

—Ya verá: en primer lugar, la señora Mayfield no sabe tantas cosas como pretende saber. Cometió la gran equivocación de irse a la cama en el peor momento: se acostó precisamente unos quince o veinte minutos antes de cometerse el asesinato. Pero luego estuvo la noche entera husmeando por toda la casa.

»La cosa empieza cuando ella se enteró de que Gleason y Frances Celane estaban casados; de ese hecho arranca todo. La señora

Mayfield hizo gestiones para capitalizar su conocimiento del secreto. Le sacó un buen montón de dinero a Frances Celane; no he podido averiguar cuánto, pero se trata, según creo, de unos diez mil dólares. Y entonces, de un modo u otro, Edward Norton supo que Frances Celane estaba pagando un *chantaje*. La llamó a su despacho y trató de hacerle confesar a quién daba dinero y por qué. Naturalmente, ella no se atrevió a dejarle conocer la verdad. Pero Norton era un señor bastante obstinado; y, decidido a ponerlo en claro todo, cortó la asignación de la muchacha. Esta decisión la puso en el caso de no disponer ni de un centavo con el que pagar ningún *chantaje*.

»Por otra parte, la señora Mayfield dijo que ella hubiese podido capitalizar en otro lado su información, y si Frances Celane no le hubiera dado su dinero, ella estaba dispuesta a vender el secreto a cualquiera de las instituciones caritativas que podían resultar beneficiadas con tal noticia.

»Desde luego todo esto eran fanfarronadas, pero Frances Celane no lo sabía. La situación general se hizo insostenible en la noche del asesinato. Frances Celane tuvo una borrascosa entrevista con su tío y disputaron agriamente. Norton dijo que aquella misma noche, antes de meterse en la cama, iba a dar curso a un documento escrito con el cual liquidaría el depósito dando a Frances Celane la pensión fijada para el caso en las cláusulas del testamento de su padre y cediendo el resto a la Beneficencia en sus distintas modalidades.

»No sé si estas amenazas eran en serio o no. Sea como fuere, así lo dijo. Entonces, la señorita Mayfield se metió en la cama.

»A la mañana siguiente, Frances Celane tenía dinero, mucho dinero. Le dio a la señorita Mayfield veintiocho mil dólares para que no contase nada. El ama de llaves prometió callarse.

»Bob Gleason estuvo en aquella casa durante la noche del crimen e intervino, al menos, en una parte de la entrevista con Norton. Este último se hallaba furioso y acusó a la muchacha de infinidad de cosas. Ella perdió los estribos y usó un lenguaje como para levantar ampollas en los oídos.

»Más tarde, Gleason bajó al dormitorio de la joven: eso ocurrió después de la llegada de Crinston y antes del asesinato. Hacia esa hora era cuando la señora Mayfield se acostaba. Ella no sabe

exactamente lo ocurrido; sólo está segura de que Frances Celane no salió en el “Buick”. Por consiguiente le consta que la coartada con que Frances Celane intentó escudarse era falsa.

»La señora Mayfield fue a verlo a usted y trató de sacarle dinero con el cuento de que dependía de ella el mantener a Frances Celane fuera del embrollo. Usted le dio el chasco, y entonces ella decidió concentrar sus amenazas en la muchacha, logrando, en realidad, recoger una buena cantidad de billetes de Banco. Después se dio cuenta de que el dinero obtenido de Frances Celane estaba todo en billetes de a mil dólares cuya numeración era consecutiva, y se enteró de que estos billetes la denunciarían si intentaba cambiarlos en algún sitio por otros más pequeños. Por lo tanto los conservaba escondidos y ha procurado crear la impresión de que Frances Celane le dio a usted veintiocho mil dólares a cuenta de sus honorarios. Ha declarado eso mismo en la oficina del fiscal del distrito, asegurando que es la verdad de lo ocurrido, y ahora los agentes del fiscal están tratando de encontrar dónde oculta usted los veintiocho mil dólares. Han hecho minuciosas investigaciones en las cuentas corrientes que usted tiene en algunos Bancos y han llegado al extremo de registrar esta oficina. Como no encuentran nada, han llegado a la conclusión de que usted debe llevar los veintiocho mil dólares sobre su persona.

»El fiscal del distrito se propone utilizar a la señora Mayfield para dar una sorpresa en la prueba testifical. Esa mujer está dispuesta a declarar la falsedad de la historia ideada por la joven en cuanto lo de haber salido de paseo con el “Buick”, y asimismo explicará lo de la riña entre tío y sobrina.

»La teoría de la acusación consiste en suponer que una agria disputa entre Norton, Frances Celane y Gleason fue interrumpida por la llegada de Arthur Crinston. Para ejecutar sus planes, tan pronto como Crinston partió en el automóvil, se lanzaron al estudio del señor Norton y lo mataron, dejando después las falsas pruebas en el dormitorio de Peter Devoe, con objeto de hacer aparecer al chófer como si fuese el verdadero culpable, en el supuesto de que los agentes de la policía no se dejasen engañar por la venganza forzada y las pisadas en el barro del jardín.

—¿Y cómo va lo de Graves? —preguntó Perry Mason—. ¿Ha

conseguido usted algo de él?

—Le hemos sacado montones de noticias. Esa muchacha, la sobrina misteriosa, le ha vuelto del revés, como a un guante. Será un hombre malo de este proceso y le dará a usted mucho trabajo, aunque le ha dicho a la chica que él trata de proteger a Frances Celane, o mejor dicho, que trataba de protegerla, hasta que el fiscal del distrito le obligó a declarar con la amenaza de comprometerlo a él.

—Escúcheme —dijo Mason—; mi teoría en este caso es que Norton le dio el dinero a Fran Celane antes de llegar Crinston. Ahora bien, Graves debe de saber alguna cosa que me sirva para fundamentar mi argumentación.

—Ésa es precisamente la parte peor de su testimonio —indicó Drake—. Él dice que desde su mesa escritorio podía oír casi siempre todas las palabras de las conversaciones sostenidas en el despacho de su jefe; según cuenta, Norton se sacó del bolsillo la cartera, mientras la muchacha estaba en su despacho, y le enseñó a la joven cuarenta mil dólares en billetes, diciéndole que aquel dinero lo había sacado del Banco con la intención de dárselo a ella, pero que no le iba a dar nada, a excepción de una pequeña suma para sus gastos corrientes. Entonces separó dos billetes de mil dólares y se los entregó a ella.

»Don Graves tiene la idea de que la muchacha recogió los dos billetes de mil dólares y que ella y Gleason metieron luego esos mismos billetes en el bolsillo de Devoe, el chófer, mientras Crinston hablaba con Norton; cree también que la joven y Gleason volvieron después al estudio y mataron a Norton, robando el resto del dinero de su cartera, con el propósito de destinarlo a sobornar, al ama de llaves, obligándole a callarse, y con el de pagarle a usted un anticipo en efectivo suficiente para interesarlo en su caso. Ésta es la teoría sostenida por Graves.

»El fiscal del distrito ha planeado las cosas de modo que la mayor parte de estos detalles irán apareciendo en sus interrogatorios. Se propone darle a usted una bofetada moral con esa noticia. El hecho de que usted haya restringido de tal modo sus preguntas a los testigos le tiene a Drumm muy preocupado. Intentará sacar partido del segundo interrogatorio, pidiendo

permiso para volver a llamar a los testigos.

Perry Mason extendió sus largos brazos, contemplando al detective detective y riéndose.

—Paul —le dijo—, hay veces que la cautela es un vicio.

—¿Qué quiere usted decir con eso? —preguntó Drake.

—Quiero decir que en algunas ocasiones está indicado el aventurarlo todo en un solo golpe dramático, en un puñetazo aplastante. Esta vez le he puesto una sola cuerda a mi arco. Si se rompe, estoy aviado; pero si aguanta, voy a disparar una flecha que dará en el blanco del problema.

Drake replicó:

—Bien, Perry, si usted puede sacar agua clara de todo esto, será señal de que es mucho más listo que yo. Cuanto más lo estudio, más enredado y confuso me parece.

El abogado empezó a dar sus típicos paseos por la habitación.

—Lo único que me da miedo —murmuró—, es que tal vez no sea capaz de mantener mi verdadero objetivo suficientemente oculto.

—¿Cómo se entiende eso? —inquirió el detective.

—Trato de cazar a una manada de gansos, acechándolos desde detrás de un caballo —repuso Perry Mason—, y temo que el caballo no sea lo bastante gordo para ocultar cuanto yo necesito.

Paul Drake avanzó hacia la puerta, dispuesto a marcharse ya.

—Escuche un momento —le dijo al abogado, deteniéndose con una mano en el pomo de la cerradura—: si me quiere creer a mí, no se preocupe por eso. Yo he visto infinidad de casos de asesinato durante mi vida y he hablado con un buen montón de abogados que pensaban siempre haber logrado un punto de apoyo, cuando en realidad no existía tal cosa. Si usted piensa que ahora será capaz de salvar a esos dos jóvenes clientes suyos, le sobrará un optimismo que me falta a mí. Acabo de apostar, con su secretaria, la mitad de su sueldo de este mes a que sus dos clientes acabarán convictos, y después de hablar con usted voy a ver si consigo aumentar la apuesta en la otra mitad. Eso le indicará cuánto confío en sus planes.

El detective acabó de cerrar la puerta, y Perry Mason quedóse de pie en el centro de su despacho, con los pies muy apartados uno del

otro, la mandíbula inferior desencajada hacia delante, sus robustos hombros algo encogidos, mirando hacia la puerta recién cerrada, en profunda concentración del pensamiento.

Capítulo 23

Los titulares corrían de lado a lado de la primera plana del *Star*:

Un testigo del asesinato del millonario se niega a reconstruir el hecho.

Perry Mason, con el periódico abierto y sostenido verticalmente sobre la mesa, frente a él, cascaba un par de huevos pasados por agua y sonreía con íntima satisfacción.

Debajo del primer título, de grandes y gruesos caracteres, había otros subtítulos más pequeños:

Se discute la facultad de visión del principal testigo del fiscal. La defensa pretende hacer una prueba y el fiscal se opone.

El abogado sazonó los huevos con sal y pimienta, añadió un poco de mantequilla, y alcanzó un trozo de pan tostado, mientras cloqueaba como una gallina.

Se leyó todo el verboso relato del juicio, observando que la retadora proposición lanzada por él al acusador público estaba impresa en negritas; terminó su desayuno, plegó el diario y se fue a su oficina.

—¿Hay noticias? —preguntó a Della Street.

La secretaria lo miró, con una anhelante y semimaternal sonrisa en sus labios.

—Las lleva usted en su bolsillo —contestó la joven.

Él hizo una significativa mueca.

—Si el fiscal del distrito se niega a aceptar mi reto, tengo

ganado el caso ante el Jurado —afirmó.

—¿Y qué hará usted si lo acepta? —quiso saber ella.

Perry Mason se acercó a la ventana, contemplando pensativamente los rayos solares que alegraban la mañana.

—Eso lo voy a contestar con otra pregunta —replicó el abogado—: ¿dobló usted su apuesta con Paul Drake?

—Sí.

—¡Buena muchacha! —exclamó él.

—¿Cree usted que el fiscal consentirá en la prueba? —preguntó Della.

—Sí.

—¿Cómo se las arreglará usted para conseguir que la prueba le sea favorable?

—De ningún modo. Eso no es posible, pero tampoco hay ningún peligro de intentarla.

—Bien —le dijo ella—; en todo caso, esto le habrá servido de propaganda; ha sido un buen reclamo para usted. Todos los periódicos de la mañana hacen cábalas acerca de lo que usted puede tramar. Lo menos le citan una docena de veces, llamándole «zorro viejo de la curia», y la mayor parte de los periodistas manifiestan que el juez está francamente preocupado por el modo cómo la vista se desarrolla.

—Usted quiere decir que los periódicos suponen imposible que yo sea tan tonto como parezco en este caso, ¿verdad?

Ella se rió.

—He apostado mi sueldo a favor de usted —fue su respuesta.

—El fiscal del distrito tiene preparados un par de testigos de sorpresa —indicó Perry Mason.

—¿De sorpresa para quién? —inquirió la secretaria.

—He aquí el problema —repuso el abogado, acompañando sus palabras con una mueca y entrando en su despacho.

No había cerrado la puerta, cuando sonó el timbre del teléfono.

—Es el señor Drumm y quiere hablar con usted —anunció la voz de Della Street.

—Dígame —replicó Perry Mason.

—Buenos días, señor defensor. Soy Claude Drumm, y le llamo para decirle una cosa: he estado pensando acerca de su proposición

relativa a comprobar la capacidad de vista de Don Graves y he decidido consentir en hacer ese experimento en circunstancias exactamente idénticas a las de la noche del crimen. Pediré a la sala un aplazamiento del juicio hasta después del próximo fin de semana, con objeto de dar lugar a la más perfecta realización de esa prueba, y he creído conveniente comunicárselo.

—Es usted muy amable —dijo Mason.

—No del todo —replicó secamente Drumm.

El defensor dejó oír un sonoro cloqueo.

—Me refería a lo de avisarme su decisión —aclaró.

—¡Ah! —dijo Drumm.

—¿Tiene usted ya algún plan preparado para la organización de esa prueba?

—Eso se lo diré a usted ante la sala —contestó Drumm—. Buenos días.

Perry Mason continuó su despectivo cloqueo, conforme deslizaba el receptor en su horquilla; luego, apretando un pulsador especial, hizo venir a Frank Everly a su despacho.

—Escuche —le dijo—; tendremos un aplazamiento de la vista en la sesión de esta mañana, con objeto de completar la organización de la prueba que yo he solicitado. Yo no iré al tribunal, pero voy a enviarlo a usted allí, en representación mía, para formalizar ese aplazamiento. No tendrá nada que hacer, excepto darse por enterado de que la vista de la causa se continuará en un día de la semana próxima. Drumm debe de tener, indudablemente, algún proyecto preparado y según el cual le gustaría que se hiciera el experimento; aprovechando mi ausencia, intentará convencerlo a usted de que acepte su plan en nombre de la defensa, mientras usted se halle presente en la sala y frente al Jurado. Usted dígame tan sólo que lo han enviado en representación mía con el exclusivo propósito de dar el consentimiento de la defensa para el aplazamiento, pero sin autoridad alguna para concertar los términos bajo los cuales se ha de llevar a cabo la prueba. Eso le obligará a ponerse en contacto conmigo sin hallarnos frente al Jurado.

Frank Everly hizo un gesto de asentimiento y aprobación, al mismo tiempo que sus ojos admiraban al astuto defensor.

—Consiguió usted obligarlo a la prueba, ¿verdad?

—No lo sé. El caso es que consiente en hacerla. Eso es todo lo que necesito. No me importa por qué ha transigido con ella.

—Y con este subterfugio —dijo Everly—, usted consigue eliminar la presencia del Jurado en la inevitable discusión de los detalles, ¿verdad?

—Exactamente —y Perry Mason sonrió—. Dígale que me tendrá en mi oficina esta tarde, para arreglar con él los detalles de prueba, o que podemos reunirnos en cualquier lugar de mutua conveniencia. Cuando usted haga estas manifestaciones, procure hablar con el máximo candor e ingenuidad posible, porque el Jurado lo estará observando a usted atentamente; y además, resulta que los periódicos han exagerado demasiado en sus comentarios acerca de este «zorro viejo».

—Bien, jefe —dijo Everly, partiendo apresuradamente de la oficina, con el rostro encendido de entusiasmo.

Perry Mason llamó por teléfono a Harry Nevers.

—Sólo quería comunicarle —indicó el abogado— que el fiscal del distrito me ha llamado para decirme que esta mañana iba a consentir en un aplazamiento de la vista hasta la próxima semana, con el fin de poder hacer la prueba.

La voz de Harry Nevers resonó en el auricular, con su ronca y cansada monotonía de siempre.

—Pues yo puedo añadir otra buena noticia —le dijo a Mason—. Ahora mismo iba a llamarlo a usted para darle una alegría. El fiscal del distrito tiene ya un completo plan preparado para esa prueba. Se propone explicárselo a usted frente al Jurado. A usted no le gustará su proyecto, pero no se atreverá a discutirlo con él al alcance de los oídos del Jurado.

—Muchas gracias por la noticia —repuso Perry Mason—, pero yo también puedo añadir otra: hoy no me verán el pelo en el juicio. He enviado a mi ayudante para que consienta y formalice el aplazamiento, mas no lleva autorización para estipular las condiciones de la prueba.

Harry Nevers se rió.

—Eso me ha gustado un poco más —dijo el periodista—. ¿Y consentirá la sala en ordenar la prueba?

—No hace falta —replicó el abogado—. Yo creo que a la sala no

le importa eso. Se trata tan sólo de estudiar, de común acuerdo entre la acusación y la defensa, las condiciones del experimento. Haremos la famosa prueba, y ya verá usted lo que declaran los testigos el lunes por la mañana.

—¿Y cuándo va usted a concertar los detalles de la prueba? —preguntó Nevers.

—Probablemente, en cuanto termine la sesión del aplazamiento —le dijo Mason—. Drumm se pondrá en contacto conmigo, sin perder un instante. Y yo le he telefoneado a usted para decirle que, si bien no me es posible interceptar la publicidad procedente de la fiscalía del distrito, usted tendrá, en cuanto de mí dependa, la exclusiva de los detalles concretados, tan pronto como llegue a un acuerdo con la acusación.

Harry Nevers lanzó un seco silbido de franca satisfacción.

—Ya me figuraba yo —dijo— que había hecho bien en encargar a mi fotógrafo un par de retratos de usted cuando estuvimos en su oficina. Y ahora hay algo que parece indicarme que se publicarán en el número del martes por la mañana, o tal vez en el del lunes por la noche.

—Tengo que pedirle un nuevo favor —dijo Mason.

—¡Caramba, usted siempre pide favores! —exclamó el periodista.

—No se preocupe. Es una cosa muy sencilla.

—¡Magnífico! Diga qué es.

Cuando la prueba se lleve a cabo, ya me las compondré para que Drumm y yo estemos abajo, en el automóvil, mientras Graves continúe aún en el despacho de Norton. Nosotros le avisaremos mediante alguna señal convenida. Cuando demos esa señal, yo quisiera que usted entretuviese a Graves en el despacho.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó Nevers.

—Todo el que le sea posible.

—¿Qué se propone usted con eso?

—Quiero aturdirle un poco.

—¡A ese pájaro no hay quien le aturda! Nunca he visto un zorro más ladino.

—Tal vez él se crea que es un zorro, pero eso no impedirá que logremos azorarlo. Necesito que usted le haga alguna proposición,

con el fin de retenerlo en el piso y obligarle a llamar desde allí al fiscal.

—Eso que me pide usted ahora —dijo el periodista— me hace entrar en sospechas.

—Completamente innecesarias —replicó Mason—. Si usted me hace ese favor, yo le proporcionaré una buena oportunidad, poco después de la prueba, y usted podrá darse tono de haber participado personalmente en el resultado final.

—Tal vez no me interese participar en el resultado final —repuso Nevers—. Esos resultados finales no siempre son envidiables.

—Bueno, pues no figurará usted si no quiere —puntualizó Mason—. Cargaré sobre mí toda la responsabilidad. Puede usted fiarse de mi palabra.

—Estoy pensando —dijo Nevers— que tal vez hubiera sido mejor llegarme hasta su casa y discutir un poco más con usted este asunto.

El abogado hizo chasquear la lengua.

—¡Ya sabía yo que usted no la olvidaría!

—¿A quién? —preguntó el periodista, muy interesado.

—A la botella de whisky que guardo en mi escritorio —contestó Mason, deslizando después el receptor en la horquilla del aparato.

Capítulo 24

La mansión de Norton resplandecía con todas sus luces encendidas. Todas las ventanas de la casa aparecían iluminadas. Más de una docena de automóviles se hallaban parados a lo largo del bordillo inmediato a la puerta principal o estacionados perpendicularmente a la orilla opuesta del camino. Varios hombres entraban y salían del edificio, y cuatro o cinco agentes de policía se contoneaban orgullosamente por aquellos alrededores.

Arriba, en el estudio donde Edward Norton había sido asesinado, Claude Drumm contemplaba con especulativa mirada a Perry Mason.

—No sé qué más cosas podría usted pedir para hacer esta prueba en mejores condiciones —decía el fiscal.

—Pues bien —replicó Perry Mason—, a mí no me parece una prueba tan perfecta como debiera serlo. Don Graves tiene sólo el cincuenta por ciento de probabilidades de equivocarse, aunque le vendaran los ojos.

—No veo de dónde saca usted esa consecuencia —comentó Claude Drumm con intencionada torpeza.

—Usted me ha traído aquí dos mujeres —explicó el defensor—: una vestida de negro, y la otra con un traje de color rosa. También ha traído consigo tres hombres, todos ellos conocidos de Graves. Ahora bien, si no estoy equivocado, la idea de usted es ésta: el juez Purley conducirá su coche, camino arriba, a la misma velocidad que, según sus recuerdos, llevaba en la noche del crimen. Cuando el automóvil llegue a cierto lugar de la carretera, el señor Purley gritará: «Mire», y en ese preciso instante Graves se volverá a mirar por la ventanilla posterior. Mientras tanto, y después de haber iniciado su marcha nuestro automóvil, las personas ocupantes del

estudio se colocarán en posturas convenidas: uno de los tres hombres aparecerá en pie, enarbolando un bastón en su mano, mientras una de las mujeres se situará de modo que su cabeza, uno de los hombros y el correspondiente brazo, sean visibles para una persona que vaya camino arriba.

—Exacto —contestó Drumm.

—Muy bien. Pues vamos con el punto que quiero hacer resaltar: en cuanto se refiere a los hombres y suponiendo que Graves citase a uno de ellos a capricho, sin ver nada, tendría una probabilidad contra tres de acertar en su conjetura; y con las mujeres, procediendo del mismo modo, tiene un cincuenta por ciento de probabilidades.

—Bueno —dijo Drumm—, usted no puede pedir condiciones más favorables que las que existían en la noche del asesinato. Recuerde que entonces sólo había dos mujeres en la casa: una de ellas era la señora Mayfield, el ama de llaves, y la otra Frances Celane, su cliente. Ahora, suponiendo que efectivamente hubiera una mujer en el estudio, mientras se cometía el crimen...

—¡No, señor, no había ninguna! —exclamó Perry Mason, interrumpiendo al fiscal.

—De acuerdo con mi teoría, y también con las declaraciones de Don Graves, testigo desinteresado, había una —afirmó Drumm—, y si la prueba se hace como es debido, debe figurar en ella esta mujer. Como decía antes, la que estaba en el estudio tenía que ser la señora Mayfield o la señorita Celane. Por otra parte, se hallaban en la casa tres hombres que pudieron cometer el asesinato: en primer lugar estaba Peter Devoe, el chófer, a quien hallaron embriagado, poco después del crimen, pero el cual, no obstante, fue considerado sospechoso; después tenemos a Bob Gleason, el actual acusado; y por último, a Purkett, el mayordomo. Uno de estos tres hombres debe de haber sido el que descargó el garrotazo.

—Todo eso es más o menos cierto, dando por sentado que las pisadas existentes en el jardín y la ventana abierta violentamente fuesen pruebas ficticias e intencionadas.

—¡Claro que lo son! —exclamó Drumm—. No pretenderá usted que citeamos aquí a todos los habitantes de esta ciudad, porque pueda haber habido uno capaz de atracar la casa. No todo ha de

arreglarse a gusto de usted.

—Ya lo sé, pero me conformaría con que pudiésemos determinar si Graves va a usar sus ojos o si acertará por casualidad.

Claude Drumm mostró un destello de triunfo en sus ojos.

—Yo he organizado esta prueba —dijo— en circunstancias idénticas a las que rodearon la comisión del crimen. Además, se lleva a cabo como resultado de una recusación presentada por usted. Ahora bien, si teme que Graves salga victorioso del asunto, no tiene que hacer otra cosa que decirlo, y suspenderemos el experimento, porque el señor defensor no se atrevió a dejar que el testigo se saliera con la suya.

Mason se encogió de hombros.

—Muy bien —comentó—, si va usted a poner las cosas en ese extremo, no hablemos más y adelante.

El destello de triunfo que antes asomara en los ojos de Drumm convirtiéndose ahora en resplandor de victoria y el fiscal lo contempló con un gesto de aplastante seguridad.

—Vamos a ver —dijo, dirigiéndose al compacto grupo que se había congregado alrededor de él y de Mason—: creo que ustedes, caballeros, se han hecho perfecto cargo de lo que hemos de hacer. Subiremos por ese camino en el coche. Yo me sentaré detrás, con el señor Graves. Usted, señor Mason, siéntese delante, junto al señor Purley. En cuanto el coche haya partido cuesta arriba, ustedes, señores periodistas, escojan una cualquiera de las dos mujeres, que será la que debe situarse de modo que su cabeza, cuello, hombro y brazo sean visibles a través de la ventana para el que la mire desde el punto de la curva del camino, donde Graves va a volver la vista hacia atrás. También escogerán ustedes uno de estos tres hombres que están vestidos con trajes muy distintos, quedando así designado el que debe colocarse en pie, enarbolando un bastón en su mano e inclinado sobre la silla en la cual estaba sentado Edward Norton cuando le mataron. Creo que esto basta para reconstruir la escena. La reputación e integridad del juez Purley son suficientes para garantizar que todo lo que pueda ocurrir en el automóvil no será tergiversado o falseado por nadie.

Perry Mason interrumpió a Drumm, diciendo:

—Espere un momento. Antes de que Don Graves salga de este

despacho, necesito hablar confidencialmente con el juez Purley.

El fiscal lo miró, lleno de suspicacia.

—No será sin que esté yo presente —replicó—. Ésta es una prueba legal, y si usted tiene algo confidencial que decir a alguien yo oiré también sus palabras.

—No me opongo a que usted escuche —dijo Perry Mason—, pero, naturalmente, por lo mismo que se trata de una prueba legal, no quiero que Don Graves oiga lo que yo he de decirle al señor Purley.

—Muy bien —asintió Drumm—. Usted puede esperar aquí, señor Graves, hasta que lo llamemos.

—Tocaremos la bocina del automóvil —indicó Perry Mason— en cuanto estemos listos.

En glacial y digno silencio, dos abogados contrincantes bajaron por la amplia escalera hasta la puerta principal, y luego se acercaron al automóvil donde el juez Purley esperaba sentado en grave actitud rodeado por los fotógrafos de la prensa y con un rostro en el que se reflejaba su satisfacción interna, que en vano trataba de ocultar bajo la capa de su judicial e importante honorabilidad.

—¿Ya están ustedes preparados, caballeros? —preguntó a los dos abogados.

—Sí, señor —contestó Perry Mason—. Queda entendido, pues, que yo me sentaré delante, con el señor juez, mientras usted, señor Drumm, irá en el asiento posterior, con Don Graves, ¿no es así?

—Así se ha acordado —confirmó el fiscal.

—Teniendo en cuenta las circunstancias actuales —dijo Perry Mason—, le ruego que se quite sus gafas, señor Drumm.

—¿Qué yo me quite qué? —exclamó el fiscal del distrito.

—Sí, que haga el favor de quitarse las gafas, usted —repitió el abogado defensor—. Comprenderá usted que si las lleva puestas, es decir, que si su visión es perfecta, y se vuelve usted al mismo tiempo que Don Graves, pudiera suceder que se le escapase alguna exclamación involuntaria o hiciese cualquier movimiento que pudiera indicar a Don Graves cuál de los tres hombres aparece en el estudio. En este caso, me encontraría con una prueba hecha con dos pares de ojos, en lugar de uno.

—Eso, señor mío, es un insulto a mi veracidad —dijo Claude Drumm.

—No —replicó Mason—, nada de eso, no lo tome usted así. Es tan sólo una pequeña precaución contra cualquier traición involuntaria.

—Me niego a consentirla —farfulló Drumm.

—Muy bien —repuso Perry Mason—. En ese caso, no insistiré. Me he limitado a mencionar la cuestión. Otra cosa: voy a pedir al juez Purley que no aparte los ojos de la carretera y mire siempre camino adelante.

—No —dijo el fiscal—, tampoco voy a consentir en esa condición, porque cuando el juez Purley iba conduciendo su automóvil en la noche del crimen, y Don Graves lanzó su exclamación, es muy natural que el juez mirase hacia atrás para enterarse de la causa de tal exclamación y, al hacerlo, no es de extrañar que frenase un poco el coche, lo cual daría a Graves la oportunidad de contemplar la escena durante un momento más largo y con menos trepidación.

Perry Mason suspiró profundamente, como lo hubiera hecho quien se viese derrotado en su táctica.

—¡Qué le vamos a hacer! —lamentóse—. Llamen a Graves.

El juez Purley apretó el claxon.

Esperaron algunos minutos y entonces Mason se acercó a su vez al coche y apretó de nuevo el claxon para llamar.

Pero Graves continuó sin aparecer, por lo cual el juez Purley apoyó la palma de la mano izquierda, de un modo imperativo, contra el eje del volante, mirando con expectación hacia la ventana del estudio.

Oyóse algún ruido de discusiones en la habitación, hasta que, por fin, Don Graves apareció en el marco de la ventana y gritó:

—Uno de los periodistas se empeña en cambiar los detalles convenidos para la prueba.

Claude Drumm lanzó un juramento, abrió de golpe la puerta del automóvil, cruzó corriendo la calzada y paróse bajo la ventana.

—Las condiciones de esta prueba han sido ya determinadas por completo antes de que saliéramos de esa habitación —dijo con voz de trueno—. No discuta más ese asunto con ningún periodista;

quien no quiera cooperar en este experimento, tal y como se ha convenido, será expulsado. ¡Y baje usted aquí de una vez!

—¡Muy bien, señor Drumm! —repuso Graves, retirándose de la ventana.

Casi al mismo tiempo, Harry Nevers asomaba su cabeza, gritando:

—Esta prueba no está bien. Nosotros deberíamos tener el derecho de colocar a uno de los hombres de pie en el sitio donde Graves dice haber visto a la mujer, si así nos parece bien. De ese modo determinaríamos si Graves es realmente capaz de ver que el otro ocupante de la habitación era una mujer, porque pudo haber sido un hombre.

—Vestido con un batín de color rosa, ¿eh? —replicó Drumm, en tono sarcástico—. Escuche, amigo: a ustedes los periodistas no se les ha encomendado más que la tarea de escoger cuál de los tres hombres y cuál de las dos mujeres deben colocarse en el estudio. Eso fue decidido de un modo definitivo, y es condición ineludible de la prueba. Al que intente hacer el menor cambio lo expulsaré de aquí.

—¡Oh, muy bien! —exclamó Nevers—. Hágalo como usted quiera, pero a mí no me parece bien.

Don Graves bajó al jardín, saliendo por la puerta principal, y le dijo en voz baja a Claude Drumm:

—Ese hombre está borracho. Se puso la mar de fastidioso ahí arriba, pero no he querido ofenderle, porque no me gustaría que su periódico se burlase de mí.

—Muy bien —dijo Drumm, impaciente—. Déjelo de mi cuenta. ¿Estamos listos?

—Podemos empezar —contestó Perry Mason.

Por fin ocuparon sus respectivos asientos en el automóvil. Las lámparas de los fotógrafos lanzaron sus fogonazos de cegadora luz, mientras las cámaras registraban numerosos aspectos del coche, conforme éste arrancaba de junto al bordillo.

El juez Purley maniobró el cambio de marchas, lanzando el coche, por el sinuoso camino, a buena velocidad.

—Queda entendido —indicó Perry Mason— que Don Graves no mirará hacia atrás hasta que el juez Purley le avise en el sitio del

camino donde Graves lanzó su exclamación.

—De acuerdo —replicó Drumm.

—¡Ahora! —dijo el juez Purley.

Don Graves volvió su rostro contra la ventanilla posterior del coche, ahuecando las manos, en forma de visera, alrededor de sus ojos.

Perry Mason echó una mirada a la ventana del estudio. Las figuras de sus ocupantes podían ser vistas con una sencilla y breve ojeada, sobre todo si uno se ponía en postura conveniente. El coche siguió recorriendo la curva del camino, hasta que el edificio se perdió de vista.

—Ya sé quiénes eran —dijo Don Graves.

—¿Puede usted decírnoslo? —preguntó el juez Purley, frenando el coche hasta dejarlo parado.

—El hombre era el que lleva el traje de sarga azul y tiene el pelo oscuro, y la mujer era la que viste de color rosa —explicó Don Graves.

Claude Drumm exhaló un suspiro.

—Ahora, señor defensor —le dijo a Perry Mason—, veremos cómo acaba su defensa en este caso..., ¡destrozada en añicos!

Mason no replicó.

El juez Purley suspiró aparatosamente.

—Ahora daré la vuelta al coche y volveremos a la residencia —dijo—. Me figuro que esos periodistas querrán sacarnos algunas fotografías más.

—De acuerdo —le repuso Drumm.

El defensor continuó callado. En su rugosa cara no podía leerse ninguna expresión, pero sus pacientes y reflexivos ojos contemplaban meditativos el rostro del juez Purley.

Capítulo 25

La sala del juicio estaba atestada de espectadores cuando el juez Markham entró en ella procedente de una de las cámaras situadas tras su sitio.

—¡Pónganse en pie! —ordenó el alguacil.

Todos los concurrentes se levantaron y permanecieron así mientras el juez Markham avanzaba hasta su silla y el alguacil entonaba la fórmula usual, convocando a la continuación de la vista.

El juez se sentó y dio un golpe con su martillo; y entonces, espectadores, abogados, jurados y acusados ocuparon de nuevo sus asientos.

La atmósfera de la sala parecía hallarse cargada de electricidad, pero todas las simpatías estaban de parte de la acusación.

En el hombre es frecuente el instinto de ponerse, muchas veces por alardear de buenos sentimientos, al lado del infeliz, del desgraciado; mas esto no ocurre en el hombre considerado aisladamente, como individuo. La psicología de la masa es muy diferente de la psicología individual, y la primera suele consistir en aplastar al débil y devorar al caído. Un hombre puede simpatizar con un infeliz, pero siempre preferirá marchar junto al vencedor.

Y los resultados de la famosa prueba habían llegado al público a través de las páginas de cada uno de los periódicos de la ciudad. Aquello había sido dramático y espectacular, y sobre su incierto final se cruzaron incluso algunas apuestas, como si se hubiese tratado de un juego de azar o de habilidad. La defensa confió demasiado en que se produciría algún acontecimiento extraño, se aventuró en exceso a favor de una sola carta; y es muy propio de la humana naturaleza agolparse hasta perder la respiración, con tal de

presenciar cómo un jugador atrevido lo arriesga todo en una apuesta única.

Por lo tanto, el público, aficionado a estas lecturas, devoró ansiosamente los artículos en que los periódicos daban cuenta de lo ocurrido. El resultado del experimento fue, para muchos, cosa descartada y fácil de predecir: Don Graves había reivindicado su capacidad de identificar a los ocupantes de la habitación desde el mismo punto exacto en que vio cometer el asesinato y en circunstancias similares a las de aquella noche.

Las miradas de los espectadores que llenaban la sala del juicio ya no se fijaban ahora en los testigos, sino en los dos acusados, particularmente sobre la proporcionada y esbelta figura de Frances Celane.

Los veteranos que habían presenciado durísimos combates de otras batallas legales, estaban de acuerdo en que no se podía dar síntoma más nefasto en la sala de un juicio. Cuando se empieza la vista de cualquier caso, toda la atención de los espectadores se concentra sobre los acusados. La gente estira el cuello con gran curiosidad, para no perder el menor gesto que pueda revelarles cuáles son los sentimientos de cada una de las personas comprometidas en el crimen. El concurrente típico de estas sesiones gusta de seguir paso a paso las impresiones de un acusado, procurando imaginárselo rodeado de las circunstancias concurrentes en el crimen respectivo, y llega así a formarse una opinión propia relativa a la culpabilidad o inocencia del preso, hasta el punto de sentir como si él mismo (o ella misma, si es mujer) tomase parte en el drama.

Después, conforme avanza el juicio, los oyentes se van interesando, cada vez más, en el desarrollo de la historia del crimen, considerado en sí mismo, y en las batallas despertadas por las declaraciones de los testigos. Su atención se concentra sobre los declarantes, sobre el juez, sobre las dramáticas personalidades de los abogados, según éstos van compitiendo en agudeza y astucia al presentar argumentos legales.

Cuanto más se prolonga la vista y más dudosa se presenta, mayor es el interés que permanece concentrado en el desenlace del caso, y asimismo continúan los espectadores clavando sus ojos en

los testigos, en los actores del drama que allí se ventila. Pero supóngase que algún acontecimiento convierta una declaración en una clara consecuencia, despeje la incertidumbre de un hecho, convenza a los concurrentes al juicio de la indudable culpabilidad del acusado, y se verá cómo los ojos de cada espectador se desvían automáticamente hacia el convicto, no para seguir imaginándoselo en el momento de cometer el crimen, sino para contemplar a su placer al pobre prisionero, con aquella morbosa curiosidad que se despierta siempre en el público a la vista de quien pronto va a morir. A todos les gusta horrorizarse con el pensamiento de la tétrica madrugada en que unas manos inevitables arrancarán de su celda al preso, sin escuchar sus angustiosas protestas, y lo llevarán lentamente, parsimoniosamente, a lo largo de su postrer y espeluznante paseo.

Ése es el síntoma que más pavor causa a los abogados: el mudo veredicto de la masa de concurrencia al juicio, la misteriosa señal reveladora de que el momento crítico ha pasado, de que la condena del preso es inevitable.

Y nunca pasa inadvertido para los defensores veteranos, para aquellos abogados curtidos en la lucha diaria, familiarizados en la intrincada trama de muchos casos, duchos en apreciar el temible portento de esa desviación de miradas de los espectadores. Los acusados no conocen su fatal significación; muy a menudo sonríen con estúpida complacencia, al verse convertidos, de repente, en blanco de los ojos del público; pero no ocurre así con el abogado que se sienta ante la mesa de los defensores, frente a sus montones de libros legislativos, con el rostro tranquilo y sereno, mientras su alma se encoge de angustia al percibir el maravilloso veredicto silente.

En este juicio se había pronunciado ya el veredicto silente. Y reconocía culpables de asesinato con premeditación a los dos acusados, sin la menor atenuante en su favor.

Con su moderado tono de voz el juez Markham rompió, por fin, el violento silencio:

—El señor Don Graves ocupaba el estrado de los declarantes —dijo— y estaba siendo interrogado por la defensa. Ahora continúa la vista, suspendida desde la semana pasada, a instancias del señor

defensor, quien solicitó de la sala que se le permitiera una prueba con este testigo; propuesta la prueba por la defensa, se ha realizado después de ser aceptada por el ministerio fiscal y de acuerdo con éste. Pues bien, señores, ¿opinan ustedes que los resultados de esa comprobación deben ser incluidos en el sumario de esta causa?

Claude Drumm se levantó y dijo desdeñosamente:

—El experimento llevado a cabo se organizó con el máximo grado de lealtad para la defensa y ante la intimidación de ésta, después de un acuerdo previo con el ministerio fiscal, en circunstancias idénticas a las que lo rodeaban cuando se cometió el crimen, por lo cual solicito respetuosamente de la sala su inclusión en el sumario.

El juez Markham miró entonces hacia Perry Mason.

El abogado defensor se puso en pie.

—Con la venia de la sala —dijo—; no habrá oposición por parte de la defensa a los deseos expresados por el acusador público. Ha de hacer constar, sin embargo, que ese experimento no forma parte de mi interrogatorio; es decir, debe ser incluido como correspondiente a mi segundo interrogatorio del testigo, para el cual no ha llegado aún, en esta vista, el momento oportuno. Pero cuando llegue esa ocasión de hablar de la prueba efectuada, si el señor fiscal del distrito desea hacer algunas preguntas al testigo relativas a dicho experimento, yo no presentaré la menor protesta, bajo condición, no obstante, de que se me conceda el derecho de volver a interrogar a varios testigos, acerca de esa prueba, en atención a las nuevas circunstancias que puedan producirse.

Se había dicho del juez Markham que aún no existía un abogado capaz de hacer asomar la menor expresión de sorpresa en el rostro del magistrado, mientras se hallara sentado en una sala judicial. Pero ahora el juez Markham contemplaba a Perry Mason como haciendo esfuerzos para leer lo que pudiera esconderse en la mente del defensor, y sus ojos aparecían muy abiertos y pensativos.

Mason sostenía aquella mirada con su habitual tranquilidad y placidez.

—¿Me concede Su Señoría la venia para continuar el interrogatorio del testigo Don Graves? —preguntó.

—Continúe —indicó secamente el juez Markham.

—¿Estaba usted familiarizado con los asuntos relativos a los negocios del señor Edward Norton? —empezó diciendo el abogado defensor, en un tono siempre igual y desprovisto de toda pasión investigadora.

—Sí, señor, estoy completamente familiarizado con todos los negocios de mi difunto jefe —declaró Don Graves.

—Entonces debe de estar enterado de la fecha en que vencía la póliza de seguro hallada sobre la mesa escritorio de Edward Norton, ¿verdad? —indicó Perry Mason.

—Lo estoy.

—¿Cuál era, pues, esa fecha de vencimiento de la póliza de seguro?

—El veintiséis de octubre del presente año.

—¡Ah! ¿Luego esa póliza de seguro expiraba tres días después tan sólo de haber sido asesinado Edward Norton?

—Exacto.

—¿Es cierto, señor Graves, que en este proceso ha demostrado usted cierta animosidad o algún prejuicio contra la acusada Frances Celane, debidos al hecho de que se haya casado con Robert Gleason?

La pregunta cayó como una bomba, y tras ella vino de la parte pública de la sala del juicio ese reprimido rumor de agitación que indica siempre un repentino crecimiento de interés por parte de los espectadores, un unánime alargamiento de cuellos, un general avance hasta el borde delantero de los asientos.

—¡Eso no es verdad! —protestó Don Graves, con visible emoción—. Yo he hecho todo lo posible para mantener apartado de este proceso el nombre de Frances Celane. Estoy aquí declarando sólo porque me obligó a ello una citación judicial.

—¿Y no le anima ninguna malquerencia contra Frances Celane, aunque mantenga basada en alguna otra razón?

—Ninguna.

—¿O contra Robert Gleason?

—No, señor. No siento la menor amistad por Robert Gleason, pues apenas le conozco; pero en cuanto a la señorita Celane, mis sentimientos son completamente distintos. No quisiera verme obligado a pronunciar en esta sala ni una sola palabra que la

comprometiese de algún modo en el asesinato de Edward Norton, a menos de constarme, de un modo absoluto y exento de toda razonable duda, que iba a decir cosas ciertas y exactas.

—No tengo nada más que preguntar —dijo Perry Mason, con la apariencia de quien acaba de ser derrotado.

Claude Drumm se levantó y dijo, dejando traslucir un ligero indicio de mofa en su aire de triunfo:

—He de tratar de muy pocas cosas en mi segundo interrogatorio. Vamos a ver, señor Graves: ¿le han preguntado, en sus declaraciones anteriores, si había hecho alguna prueba en circunstancias idénticas a las que rodearon al homicidio de Edward Norton, para determinar si le era posible reconocer desde la curva del camino a las personas que estuviesen en la habitación donde su jefe fue asesinado?

—Sí, señor —repuso Don Graves—, me han preguntado eso mismo.

—Desde que tal pregunta fue hecha —insistió Claude Drumm—, ¿ha repetido usted esa prueba en circunstancias exactamente idénticas a las de la noche en cuestión?

—Así la he repetido —dijo el testigo.

—Describa las circunstancias en que tal experimento se ha realizado y el resultado del mismo —ordenó el fiscal.

—La prueba se hizo de noche —explicó Don Graves, hablando lentamente y en un bajo tono de voz, mientras los espectadores contenían el aliento—. Había tres hombres y dos mujeres en el estudio de mi difunto jefe, el señor Edward Norton. Una de las mujeres estaba vestida de negro, y la otra iba de color rosa. De los hombres, uno de ellos llevaba un traje de sarga azul, el segundo, vestía una mezclilla de lana, y el tercero, un paño a cuadros. Yo los conocía a los tres, pero nunca había visto a ninguna de las dos mujeres. Además se hallaban presentes allí varios periodistas, y también vi al señor Drumm, fiscal de este distrito, y al señor Perry Mason, abogado defensor.

—¿En qué consistió la prueba? —preguntó Drumm.

—Después de las previas instrucciones —continuó Graves, hablando aún con aquella voz baja y forzada—, montamos en el automóvil y empezamos a subir el tortuoso camino que conduce a

lo alto de la colina situada enfrente de la casa, y que pone ésta en comunicación con la avenida principal. Cuando el juez Purley, que conducía el coche, lo hizo pasar por el mismo sitio en que yo lancé la exclamación, aquella del asesinato, me indicó que mirase hacia atrás. Yo volví la cabeza hacia la residencia y continué dirigiendo la mirada a ella hasta que el vehículo acabó de recorrer la curva y se perdió de vista el edificio.

—¿Y qué vio usted? —preguntó el fiscal.

—Vi a una mujer, la del vestido de color rosa, de pie en el estudio y casi en la misma posición en que se hallaba Frances Celane cuando mataron al señor Norton, y vi también al hombre que llevaba el traje de sarga azul, enarbolando un bastón por encima de la silla en que el señor Norton estaba sentado en el momento del crimen.

—Puede usted interrogar al testigo —dijo Drumm triunfalmente, dirigiéndose al abogado defensor.

Perry Mason arrastraba casi las palabras cuando empezó, preguntando:

—Usted no habrá oído todo lo que se dijo allí durante la prueba, ¿verdad, señor Graves?

—Yo creo que sí, por lo menos oí lo más importante.

—¿No andaba por allí cierto periodista que le molestó bastante a usted y le hizo retrasarse algo en su tarea? —preguntó el defensor.

—Sí, señor. Había un individuo llamado Nevers, si no recuerdo mal, quien estuvo insistiendo acerca de ciertos cambios por él propuestos para llevar a cabo la prueba. Yo no tenía allí ninguna autoridad y no podía introducir la menor variación en las condiciones del experimento. Éstas fueron acordadas entre el señor Drumm y usted mismo, señor Mason, y así se lo dije al mentado periodista. Pero él no me quiso dejar en paz, y continuó apoyándose en mí e incluso metiéndome un dedo por los ojales de mi americana, en su afán de retenerme para convencerme.

—¿Dónde estábamos nosotros, mientras tanto? —preguntó Perry Mason.

—Abajo, en el automóvil.

—¿Y cómo consiguió usted librarse, por fin, de ese hombre?

—Pues asomándome a la ventana y llamando desde allí al señor

Drumm, quien me dijo, de un modo definitivo, que no se haría ningún cambio en las condiciones establecidas para el desarrollo de la experiencia. Cuando ese periodista oyó la terminante respuesta del señor fiscal, pareció darse cuenta de la inoportunidad de su empeño, y me dejó salir.

Los espectadores, después de haber estado estirando el cuello para escuchar el diálogo precedente, pudieron, al fin, cambiar de postura y dirigir sus curiosas miradas a otra parte.

—Nada más —dijo el defensor.

—Llame a su próximo testigo, señor Drumm —indicó el juez Markham.

—Dispense Su Señoría si le interrumpo un momento —replicó Perry Mason—. Antes de que la acusación continúe, me gustaría se volviese a llamar al señor Arthur Crinston para ampliar mi primer interrogatorio a ese testigo.

—Conforme —dijo el juez Markham—. El procedimiento es ligeramente irregular, pero habida cuenta de las circunstancias especiales del caso, este asunto queda por completo a discreción de la sala y bajo el criterio de ella, y yo le autorizo a interrogar a ese testigo y a cualquier otro a quien usted desee llamar. Este tribunal no puede olvidar el hecho de haberse introducido varias veces nuevas condiciones en el proceso, desde sus «brevísimos» interrogatorios de los otros testigos.

El juez Markham no había podido resistir el deseo de recalcar un poco la palabra relativa a la parquedad de preguntas característica de la gestión de la defensa, lo cual equivalía a una debilísima reprimenda dirigida al abogado, que con tanta ligereza abandonaba sus derechos en el interrogatorio de los principales testigos de una causa por asesinato.

Arthur Crinston avanzó hacia el estrado, con grave rostro y mirada solemne.

—Usted ya ha prestado el juramento reglamentario —indicó Perry Mason—. Por lo tanto, hágame el favor, señor Crinston, de sentarse en el sillón.

El testigo tomó asiento, cruzó sus piernas y volvió el rostro hacia el Jurado.

—Señor Crinston —dijo el defensor—, ¿es cierto que usted

conferenció personalmente con el señor Norton en la noche del asesinato?

—Sí, señor. Eso ya lo he declarado en mi primer interrogatorio.

—Cierto. Usted llegó al despacho de su socio, según creo, a las once y siete de la noche, y partió de allí hacia las once y media, ¿verdad?

—Sí, señor —repuso Crinston y luego añadió voluntariamente, para justificar su precisión—: Puedo fijar con tanta exactitud la hora de mi llegada, porque el señor Norton era muy maniático en cuanto a la puntualidad de las citas. Yo llegué con siete minutos de retraso a nuestra entrevista, y él me lo sacó a relucir, en sus primeras palabras, de un modo casi mordaz.

—Así lo tengo entendido —replicó Mason—. ¿Y desde las once y siete hasta las once y media estuvo usted hablando con el señor Norton?

—En efecto, sí, señor.

—Puntualizando un poco más, señor Crinston, ¿es cierto que esa conferencia tuvo mucho de riña?

—No, señor, y creo no poder añadir nada a lo hablado en aquella entrevista.

—Señor Crinston, la sociedad formada por ustedes dos le debía al Banco Wheeler de Ahorros y Depósitos algo así como novecientos mil dólares.

—Es cierto.

—Mientras las sumas ingresadas en su cuenta con ese Banco, ascendían sólo a setenta y cinco mil dólares.

—Sí, señor; aproximadamente, suman eso.

—Sin embargo, la sociedad tiene una cuenta corriente de ochocientos setenta y dos mil y pico dólares en el Segundo Banco Nacional de Depósito del Litoral y otra de doscientos noventa y tres mil dólares, aproximadamente, en el Banco Nacional de Labradores y Comerciantes, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Ahora bien, señor Crinston, ¿no es cierto que la deuda de novecientos mil dólares, existente contra la sociedad en el Banco Wheeler de Ahorros y Depósitos y reconocida en un pagaré firmado tan sólo por usted, está ocasionada por haber tomado usted esta

cantidad en préstamos sin saberlo el señor Norton, no para cubrir atenciones de dicha firma mercantil, sino para aplicarla exclusivamente a sus especulaciones personales en la Bolsa?

—¡No, señor! —exclamó Arthur Crinston—. ¡No es ése el caso!

—¿Por qué fue, pues, necesario a la sociedad concertar en un Banco un préstamo de novecientos mil dólares, mientras en otros tenía más de un millón en líquido disponible?

—Eso fue debido a cierto criterio mercantil. Estábamos preparando algunas grandes compras y deseábamos conservar esos saldos a nuestro favor en los Bancos antes citados por usted. No queríamos sacar dinero de ciertos Bancos, porque nos convenía tenerlo disponible para más adelante. Si hubiésemos retirado tan gran cantidad de aquellos Bancos, dejando limpias nuestras cuentas corrientes en ellos, hubiera padecido nuestro crédito, aun dándoles muchas explicaciones. En cambio, como el Banco Wheeler de Ahorro y Depósitos se había mostrado en varias ocasiones muy deseoso de que trabajásemos con él, ofreciéndonos cuánto dinero pudiésemos necesitar, en créditos a corto plazo, lo escogimos para obtener de él esa suma.

—Y, díganos, señor Crinston, ¿es cierto que el pagaré extendido a favor del Banco Wheeler había vencido dos días antes de la muerte del señor Norton?

—Creo que sí.

—Y el Banco había enviado una carta, por correo, relativa a ese asunto, ¿verdad?

—Me parece que sí.

—¿Y no es cierto que él señor Norton recibió una carta el mismo día que lo mataron?

—No se lo puedo decir... puede usted estar seguro de que no lo sé.

—¿No es cierto, igualmente, que el señor Norton se enteró así, en dicho día y por primera vez, de la existencia de tal deuda con el Banco Wheeler?

—¡No, señor!

—¿No es cierto que el señor Norton, indignadísimo, le dio unas breves horas de plazo, en las cuales había usted de restituir a la sociedad la suma distraída indebidamente, y le citó para las once en

punto de la noche, a cuya hora terminaba el plazo conminatorio, y no habiendo usted podido reponer esa cantidad, se dispuso a denunciar el caso a la Policía?

Todos los espectadores pudieron ver que el señor Crinston estaba cada vez más inquieto y abrumado. Su cara se iba volviendo blanca por grados, y sus nudillos habían perdido ya todo el color de carne, a causa de la violencia con que mantenía crispados los puños, pero su voz se conservaba aún invariable y firme.

—No es cierto, absolutamente falso —replicó sin vacilar.

—¿Y no es cierto —prosiguió Perry Mason, en el mismo tono de voz severo e imperturbable— que cuando usted le manifestó al señor Norton que, a pesar de sus gestiones, no podía entonces, ni podría luego restituir la cantidad distraída, él descolgó el receptor de su teléfono, llamó a la delegación de policía y dijo: «Les habla Edward Norton. Tengo que denunciarles un hecho criminal», u otras palabras similares a éstas?

—¡No, señor! —exclamó Arthur Crinston; mas ahora por primera vez, su voz estaba alterada por la tensión nerviosa bajo la cual se debatía.

—¿No es cierto —y Perry Mason, al hacer esta nueva pregunta, se empinó, poco a poco, sobre la punta de los pies— que cuando el señor Norton acababa de decir estas palabras, y antes de poder completar su denuncia, usted le descargó un garrotazo en la cabeza y le hundió el cráneo?

—¡Protesto! —gritó Claude Drumm, saltando de su asiento—. Este interrogatorio ha ido ya demasiado lejos. No hay absolutamente ningún motivo para...

—Es inadmisibile la protesta —replicó el juez Markham—. Conteste a esa pregunta, señor Crinston.

—¡No... yo no he hecho nada de eso! —exclamó Arthur Crinston.

Perry Mason continuó erguido sobre la punta de los pies, contemplando calladamente al testigo, hasta que la gran masa de oyentes hubo comprendido el significado de la última pregunta y todo lo que de ella se deducía; hasta que la mayoría de los espectadores, inclinándose anhelantes hacia delante, hicieron de la sala del juicio un templo del silencio.

—¿Y no es cierto —siguió preguntando Perry Mason— que cuando usted iba a colgar en su gancho el auricular, mirando tembloroso a su alrededor, se dio de pronto cuenta de que Edward Norton había dado ya su nombre a la Policía, inmediatamente después de su llamada, indicándoles asimismo que iba a denunciarles un hecho criminal, y entonces usted pensó que, al ser descubierto el cadáver, la Policía lo analizaría todo y encontraría en su libro de registro la llamada telefónica, deduciendo así la hora exacta del asesinato y pudiendo conjeturar algo grave acerca de los motivos del crimen?

—No, señor —farfulló Arthur Crinston, pero su frente relucía a la luz que arrojaban los altos ventanales de la sala del juicio, y por efecto de las minúsculas gotas de sudor transpiradas por su piel.

—Y luego, consciente de la culpabilidad que pesaba sobre usted, se dio cuenta de que era necesario explicar a la Policía, de un modo u otro, aquella llamada interrumpida; vio usted encima de la mesa escritorio la póliza del seguro; le constaba que la póliza se hallaba allí porque el señor Norton, hombre muy metódico, quiso cerciorarse de si la correspondiente renovación se había hecho antes de la fecha de su vencimiento; esta póliza le inspiró a usted una idea, e inmediatamente tomó el micrófono del teléfono, preguntó si hablaba con la delegación de Policía, le dijo al sargento de la oficina que usted era el señor Norton, el mismo que acababa de llamar poco antes y cuya denuncia fue interrumpida por un imprevisto corte de comunicación, y le manifestó que deseaba informarle del robo de un automóvil, leyéndole entonces la descripción del «Buick», detallada en la póliza que tenía ante su vista, sobre la mesa del señor Norton, ¿verdad?

—No, señor —dijo Arthur Crinston, en un tono de mecánica provocación.

—¿Y no es cierto que entonces abrió la puerta y entró Don Graves en la habitación; que Don Graves había sido su cómplice y ayudante en lo relativo al desfalco de los novecientos mil y pico dólares perdidos por usted en especulaciones de Bolsa, llevadas a cabo con fondos de la sociedad, los cuales sirvieron para cubrir sus pérdidas individuales? ¿Y también que usted y Don Graves, entonces, y en aquel lugar, combinaron un plan mediante el cual el

asesinato del señor Norton debía ser atribuido a otras personas?

—No, señor —replicó la misma mecánica voz negativa.

—Usted sabía que el juez Purley no conocía personalmente a Edward Norton y, por consiguiente, no podría distinguir su voz de la de cualquier otro hombre. Y usted y su cómplice, Don Graves, bajaron a hurtadillas hasta el dormitorio de Peter Devoe, el chófer, dejando pruebas en aquella habitación, con la tendencia de complicar a Devoe en el asesinato. Asimismo forzaron ustedes una ventana y marcaron pisadas en el barro del jardín, debajo de la ventana, para que pareciese como si Devoe hubiera hecho un burdo intento de apartar las sospechas de sí mismo. ¿No es cierto eso?

Sin esperar la invariable respuesta de Crinston, Mason continuó diciendo:

—Luego, ustedes, volvieron al estudio, donde el hombre muerto estaba tumbado sobre su mesa escritorio, y usted combinó con el señor Graves un plan, según el cual usted bajaría la escalera y se acercaría al automóvil del juez Purley; en ese instante, el señor Graves levantaría la ventana del estudio del señor Norton, dejando encendida y bien a su espalda la lámpara de mesa, de modo que el juez Purley no pudiese ver otra cosa sino una confusa silueta de forma humana, y el señora Graves, aparentando ser Edward Norton, llamaría hacia abajo y le pediría a usted el favor de admitir a Don Graves en el automóvil, llevándolo hasta su casa; entonces, usted se aproximaría al juez Purley para pedirle su permiso, mientras Don Graves se apartaría de la ventana y se apresuraría a bajar corriendo la escalera, procurando encontrarse de pie a su lado, mientras usted, disimulando hablar con el señor Norton, como si aún le viera en la ventana, le contestaría que no había inconveniente y que el juez Purley había dado su permiso, ¿verdad?

—No, señor —murmuró Arthur Crinston.

—Ha terminado mi interrogatorio con este testigo —anunció Perry Mason, en un tono que se extendió por toda la sala del juicio, de tal modo que hasta parecía como si hiciese vibrar las vigas del techo.

El juez Markham miró a Claude Drumm.

—¿Tiene usted alguna pregunta que hacer a ese testigo, señor fiscal? —le preguntó.

Claude Drumm hizo un gesto comprensivo.

—Ninguna, señor juez. Una teoría muy bonita nos ha sido presentada, pero no hay ninguna prueba que la apoye. El testigo ha negado...

El juez Markham descargó su martillo con energía sobre el pupitre.

—Señor fiscal —advirtió—, tendrá usted oportunidad de presentar su argumentación al Jurado cuando llegue el momento. La pregunta de este Tribunal era sólo si usted tenía algún interrogatorio adicional preparado. Como su respuesta ha sido negativa, el testigo puede retirarse de su asiento.

—Ruego a Su Señoría que me permita volver a llamar al juez Purley para ampliar mi interrogatorio —dijo Perry Mason.

El juez Purley se dirigió al sillón del estrado. Aquella seguridad judicial con la cual vestía sus ademanes al empezar la vista, parecía haberle abandonado. Su rostro estaba descompuesto, su expresión forzada y se notaba una obsesionante duda en sus ojos.

—Usted también ha prestado ya juramento en este juicio, de modo que no necesita volver a jurar —indicó el defensor—. Haga el favor, pues, de sentarse en el sillón.

El juez Purley levantó su enorme masa hasta la elevada silla destinada a los testigos.

—Cuando la prueba que yo propuse tuvo lugar a fines de la semana pasada —empezó diciendo Perry Mason, con el tono de voz de quien está pronunciando un definitivo y solemne juicio—, usted estuvo sentado en su automóvil, bajo la ventana del estudio de Edward Norton, en el mismo sitio y posición que ocupara en la noche del crimen, ¿verdad?

—Así es, en efecto, sí, señor.

—Y en esta posición, estirando mucho el cuello, usted podía ver la ventana del estudio en la residencia de Edward Norton, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Pero a causa de ser tan bajo el techo de su automóvil, que le tapaba la vista, usted sólo podía ver esa ventana forzando mucho la postura, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Y no es también cierto, señor Purley, que mientras usted

estaba sentado allí en su automóvil, ocupando la misma posición que la noche del asesinato, se asomó a la ventana del estudio Don Graves y, en voz muy alta, llamó a Claude Drumm, quien se hallaba ya dentro del coche?

—Sí, señor —declaró con firmeza el juez Purley, respirando a fondo.

—Y asimismo es cierto —tronó Perry Mason, extendiendo su rígido dedo índice de modo que apuntase directamente al juez Purley— que ahora le ha llamado a usted la atención este detalle, y su memoria ha tenido la oportunidad de recordar todas las circunstancias que concurrieron en los hechos desarrollados durante aquella fatídica noche del homicidio, que ahora se da usted cuenta de que la voz que llamaba desde la ventana del segundo piso aquella noche de la prueba era la misma voz que había hablado desde tal ventana en la noche del crimen, ¿verdad?

Un violento y dramático silencio dominó en la sala del juicio.

Las manos del juez Purley se retorcían, entretanto, sobre los brazos del sillón de los testigos y su cara se contraía en agónicas muecas.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡No sé qué contestar! Hace diez minutos que me estoy haciendo yo mismo esa pregunta y aún no he podido contestármela satisfactoriamente para mi conciencia. ¡Todo lo que puedo declarar es que pudo ser la misma voz!

Perry Mason dio media vuelta y se encaró con el Jurado. Sus firmes y resueltos ojos observaron los rostros de los nueve hombres y tres mujeres.

—Nada más —dijo el defensor, con un acento definitivo.

Durante un largo rato, la sala del juicio se mantuvo sumida en un profundo silencio; después, poco a poco, se oyeron susurros, cuchicheos, voces entrecortadas. En algún sitio del fondo una mujer reía histéricamente.

El juez Markham golpeó varias veces con su martillo en la mesa.

—¡Orden... orden! —dijo.

Claude Drumm se mordía un labio en su agónica indecisión. ¿Debía atreverse a atacar el asunto en sus segundos interrogatorios o era mejor esperar hasta que hubiese podido hablar privadamente con el juez municipal?

Y en aquel momento de indecisión, en aquel momento en que se clavaba sobre él la atención de cada uno de los seres humanos que se hallaban en la sala del juicio, Claude Drumm dudó durante un segundo demasiado largo.

Y la atención de la multitud se desvió.

Perry Mason, recostado en su silla, mientras sus ojos contemplaban plácidamente aquel mar de rostros, apreció el cambio. Y el juez Markham, desde su sillón del estrado, docto en las costumbres judiciales, veterano de cien procesos por asesinato, vio también aquella desviación de todas las miradas.

Como encadenados a un solo movimiento directivo, igual que si obedeciesen al impulso de algún sutil mandato psíquico, los ojos de los jurados, las miradas de todos los espectadores, abandonaron a Claude Drumm y se hincaron juntas sobre el agonizante rostro de Arthur Crinston.

Aquél fue el veredicto silencioso de la sala, un veredicto que absolvió a los dos acusados y fijó, con toda equidad y justicia, la culpabilidad del asesinato de Edward Norton sobre Arthur Crinston y su cómplice.

Capítulo 26

Perry Mason estaba sentado en su oficina. Raudales de cruda luz diurna penetraban por la ventana, haciendo resaltar sus rugosos y viriles rasgos, lo cual le hacía parecer algo más viejo, como si se hubieran acentuado los defectos de su rostro.

Frances Celane ocupaba su predilecto gran sillón de cuero negro, y con el dedo índice se entretenía en hurgar y reseguir todas las arrugas e irregularidades del blando brazo tapizado. Sus ojos, tan oscuros como siempre, estaban llenos de emoción.

Robert Gleason, de pie, se recostaba contra uno de los armarios libreros. Su melancólico y moreno rostro se contraía en ese agónico silencio tan frecuente en los hombres reservados, a los cuales les sobran motivos de conversación, aunque no pueden encontrar el medio de iniciativa.

A través de las abiertas ventanas, subiendo desde la calle, llegaban hasta ellos los gritos de los vendedores de periódicos, que no se cansaban de vocear el extraordinario del *Star*;

El abogado golpeó ligeramente con un dedo el periódico recién dejado en su escritorio, un ejemplar acabado de salir de las rotativas, a juzgar por el frescor de la tinta.

—He aquí una obra de periodistas hábiles —dijo—. Nevers había sacado ya el papel a la calle, antes de llegar ustedes desde el tribunal a mi casa. Ya tenía toda la reseña compuesta y preparada en la forma, a punto de imprimir. No ha necesitado sino añadir un breve resumen de la declaración del juez Purley y las líneas de títulos.

Y deslizó su índice a lo largo de la negra procesión de letras que atravesaban la cabecera del periódico, anunciando la sensacional nueva.

SOLUCIÓN DE UN ASESINATO MISTERIOSO

Frances Celane dijo dulcemente:

—Lo más notable de este caso no es la labor de ese periodista, señor Mason, sino el maravilloso análisis de usted, ese minucioso estudio de todo lo que debía haber ocurrido y los pasos dados para reconstruir la escena y lograr convencer al juez Purley. Yo lo estuve observando mientras estaba sentado en el estrado, durante sus primeras declaraciones, y pude darme cuenta del obstáculo que ese hombre testarudo significaba para usted.

Perry Mason sonrió.

—El juez Purley —dijo— es un poco terco, en efecto, y le hubiese desagradado muchísimo tener que confesar el menor error por su parte. Realmente, si yo me hubiese atrevido a hacerle esa trascendental pregunta la primera vez que ocupó el sillón de los declarantes, hubiera negado, ciego de indignación, la menor posibilidad del caso, y su rotunda negativa se habría afirmado de tal modo en su propia mente, que ningún razonamiento, ningún testimonio posterior hubiese hecho admitir la más débil noción de que podía estar equivocado. Pero yo organicé la repetición del experimento de una forma apropiada para no despertar en su cerebro la menor sospecha de lo que iba a ocurrir, y esto me proporcionó la oportunidad de acercarme a él, de situarlo sin dar la cara, por decirlo así.

»Desde luego —continuó razonando el abogado—, yo tuve en mis manos todos los elementos necesarios, en cuanto Arthur Crinston, al contarme lo relativo al asesinato, se puso a discutir la llamada telefónica a la Policía, como si no hubiese tenido noticias de ella hasta habérselo oído decir a los mismos agentes. Ése fue el desliz cometido por Crinston, un desliz fatal; ése y el no haber dicho nada de la tal conversación telefónica en su testimonio ante el jurado.

»Es comprensible: estaba tan obcecado con la idea fija de ocultar a las autoridades lo ocurrido en aquella habitación, cuando Norton fue asesinado, que se forjó toda una historia de su propia cosecha, y se aferró a ella con enérgica voluntad. Éste no es el mejor modo de mentir, no es el camino indicado para cometer el delito de perjurio.

El perjurio habilidoso es aquel que en sus palabras se ajusta a la verdad tanto como le es posible y se aparta de ella tan sólo cuando se le hace absolutamente necesario. Estos hombres que inventan una historia llena de falsedades desde el principio al final, se dejan casi siempre cabos por atar en una cosa u otra.

»Ocurren cosas muy extrañas con el funcionamiento de la mente humana: conserva en la memoria un montón de hechos concretos y, sin embargo, le cuesta mucho establecer entre ellos las lógicas relaciones que deben unirlos. Y tuve a mi disposición una serie de hechos desde mucho tiempo antes de lograr descubrir lo que había sucedido aquella noche.

»Verán ustedes: Crinston había distraído crecidas sumas, aprovechándose del crédito perteneciente a su sociedad con Norton. La firma constituida por ambos amigos era, desde luego, solvente, pero el crédito personal de Crinston estaba perdido sin remedio. Hizo de Graves un cómplice suyo, y entre los dos engañaban a su tío de usted; pero cuando el Banco se decidió a enviar un extracto de cuentas al señor Norton, éste se percató, por primera vez, de lo que ocurría. Podemos imaginarnos cómo se pondría el buen señor, conociendo su carácter. Le dio a Crinston un plazo fijo y muy breve, intimándolo a normalizar su situación y devolver el dinero durante dicho tiempo; en caso contrario, el asunto sería puesto en conocimiento de la Policía. Cuando a Crinston le hubieron fracasado todas sus gestiones y no pudo pagar la deuda contraída, su tío, actuando con esa sangre fría tan característica en él, con esa severidad comercial tan absoluta e inhumana, descolgó el teléfono y llamó a la delegación de Policía. Crinston se hallaba sentado tras él, observando en silencio la dura escena y sabiendo muy bien que las palabras que pocos segundos después iba a pronunciar Norton darían lugar a su encierro en una institución penal. Oyó decir a su socio: «¿Hablo con la delegación de Policía? ¿Sí? Bueno, pues voy a denunciarles un hecho criminal», y entonces Crinston actuó bajo un ciego y homicida impulso. Descargó un terrible golpe sobre la cabeza de Norton, sin el menor aviso y probablemente sin mucha premeditación.

»Cuando hubo realizado el terrible hecho y se disponía ya a colgar el receptor del teléfono, se dio repentina cuenta de que la

Policía anotaba, de todos modos, aquella extraña llamada de Norton. Por lo tanto, era preciso resolver inmediatamente el conflicto, y entonces ideó algo muy ingenioso. Tomó el receptor y, poniéndose al habla con el sargento, simuló la voz de Norton, diciendo que le habían cortado un momento la comunicación.

»Necesitaba, a continuación, denunciar alguna cosa, algún hecho más o menos criminal, puesto que Norton les había hablado ya de tal denuncia. La póliza de seguro del automóvil seguía extendida sobre el escritorio, bajo su vista, y la mirada de Arthur Crinston cayó sobre ella, agarrándose al primer recurso que encontraba, e inventó la noticia del supuesto robo del coche.

»Así fue como usted, al enterarse del asesinato de su tío y temerosa de que la presencia de Bob Gleason en la casa, advertida por alguna otra persona, diese lugar a que usted o su marido se vieses complicados en el crimen, o por lo menos les preguntasen qué hacía su marido allí a la hora del suceso, se le ocurrió aprovechar lo que a primera vista parecía la mejor oportunidad de establecer una excelente coartada para usted, y declaró lo de haber estado paseando en el “Buick” mientras su tío lo denunciaba como robado. Y así ayudó a la verosimilitud del recurso inventado por Crinston en su apuro.

»De todos modos, el hecho, bien analizado, no ofrecía dudas. En otras palabras: un hombre dotado de inteligencia avispada, que dedicase un buen rato a reflexionar y concentrar su imaginación sobre las pruebas reunidas, no hubiese tardado mucho en apuntar con su dedo hacia el verdadero asesino. Sin embargo, confieso que las circunstancias eran tan dramáticas y tan poco corrientes, que durante algún tiempo me mantuvieron sumergido en un mar de confusiones, sin dejarme averiguar lo ocurrido.

»Cuando por fin lo pude descubrir, me vi frente a un problema mucho más serio: no dudaba de mi capacidad para exponer la teoría con la suficiente verosimilitud y despertar así una razonable dosis de duda en la mente del jurado, consiguiendo de él una franca absolución o un sobreseimiento de la causa; pero tampoco se me ocultaba que, a menos de conseguir atrapar a los verdaderos criminales de modo que se traicionasen a sí mismos, no conseguiría nunca borrar del nombre de ustedes el estigma infamante de la

duda.

»Reconocí en seguida que el juez Purley era el testigo fundamental, y asimismo me di cuenta de que su exagerado amor propio y su afición a las situaciones dignas bastarían para inutilizar el posible resultado de cualquier interrogatorio. Por consiguiente, había de recurrir a algún medio original para despertar en su propia mente una duda, antes de que él pudiera percatarse de la posibilidad de tal duda, machacándosela entonces con gran fuerza dramática.

Fran Celane se puso en pie. En sus ojos asomaban algunas lágrimas.

—No sé cómo empezar a decirle lo que todo esto ha significado para mí —murmuró—. Es una experiencia cuyas huellas no se me borrarán nunca.

Los ojos de Perry Mason se entornaron.

—Bastante afortunada ha sido usted —le dijo, en un tono de tolerante paciencia— al haber podido escapar sin otras consecuencias peores que el haber pasado algunos ratos desagradables.

La joven sonrió, tratando de disimular, con su sonrisa, las lágrimas que inundaban sus ojos que no cesaban de contemplar admirados a Mason.

—No lo dije en ese sentido, señor Mason —repuso—. Me refería a que por nada del mundo cambiaría ahora esa amarga experiencia.

El abogado se quedó contemplándola, un tanto sorprendido.

—Me explicaré —continuó ella—: No aludo a la vista de la causa, sino a mi estancia en la cárcel, donde he vislumbrado los sufrimientos de otras personas. Eso me proporcionó la oportunidad de apreciar muchas cosas desde otro punto de vista muy diferente. Ha sido un buen remedio para ayudar a curarme mi endemoniado mal genio. Además, así tuve una prueba de la lealtad de mi Bob. Él sabía que yo no podía ser culpable del crimen, pero le constaba también que las pruebas se acumulaban contra mí, y que corría grave peligro de ser declarada convicta. En aquellas tristes y oscuras noches cuando aún no teníamos mucha confianza en usted y las cosas parecían amontonarse contra nosotros, él se adelantó, dispuesto a dar generosamente su vida por salvar la mía.

—Sí —confirmó Perry Mason, mirando pensativamente a Bob Gleason—, ése fue un gesto noble y magnánimo, pero si yo no hubiese estado bien seguro de mi teoría explicativa del crimen, su ocurrencia me habría hecho perder el equilibrio. Porque la confesión era muy convincente, excepto en cuanto se refería a la pretensión de haber sido él quien robó del cadáver los billetes de a mil dólares. A mí me constaba que él no podía haber hecho tal cosa, porque usted misma me había dado diez de esos billetes a la mañana siguiente. Y entonces usted, señorita Celane, no fue franca conmigo. Me ocultó ciertas cosas, con el pretexto de defenderse a sí misma.

—Bien lo sé ahora —confesó la joven—. Pero todo eso lo hice a consecuencia de mi primera mentira, la relativa al «Buick». Después de ésa, me era imposible confesar la verdad. Me aferré a la historia del paseo nocturno en automóvil, como el mejor recurso para probar mi coartada, y al final resultó que sólo me había servido para enredarme más en el asunto. Entretanto, yo no podía decirle a usted que aquel dinero me lo dio mi propio tío, porque había de mantener el supuesto de que estuviese casi toda a noche en el automóvil.

En la puerta se oyó un golpecito, y Della Street entró en el despacho.

Miró a Perry Mason con ojos que centelleaban de orgullo. Cuando empezó a hablar, su voz tenía un ligero matiz de acariciadora ternura.

—Aquí hay un telegrama para usted —dijo realmente emocionada.

Frances Celane se acercó apresuradamente al abogado y le tendió su mano.

—Bob y yo nos marchamos —le anunció—, y no hemos de repetirle cuantísimo apreciamos lo que usted ha hecho por nosotros. Podemos compensarle económicamente, pero además deseamos darle a conocer...

Su voz se cortó y en sus bellos ojos reaparecieron las lágrimas.

Perry Mason estrechó la mano a la joven y asintió con repetidas inclinaciones de cabeza.

—Lo sé..., lo sé...

Cuando la puerta de comunicación entre su despacho y el pasillo se hubo cerrado tras de ambos jóvenes, se volvió hacia Della Street.

—Déme usted ese telegrama, Della —le dijo sonriendo—. Veamos qué nuevas nos anuncia: ¿le asalta a usted algún presentimiento?

—Sin duda nuevos peligros —contestó la secretaria en el mismo tono.



ERLE STANLEY GARDNER (17 de julio de 1889, Malden, Massachusetts - 11 de marzo de 1970) fue un abogado y escritor estadounidense. Autor de novelas policíacas, que publicó bajo su propio nombre, y también usando los pseudónimos A. A. Fair, Kyle Corning, Charles M. Green, Carleton Kendrake, Charles J. Kenny, Les Tillray, y Robert Parr.

Sus novelas destacan por su acción y sus ingeniosas revelaciones legales transformando la vida de la abogacía en una apasionante profesión. Así nacieron más de cien relatos policíacos con la diferencia innovadora con relación a las historias de la época, de que sus protagonistas eran atrevidos e inteligentes abogados y no solamente policías y ladrones. La característica que hizo a Gardner

notorio en el medio, es que, a pesar de pertenecer al género policíaco, el héroe de sus novelas no era un policía ni un detective, sino un abogado o un fiscal.

Sin duda alguna su personaje más conocido fue Perry Mason, el cual apareció en más de ochenta novelas e historias cortas. Perry Mason no solo demostraba la inocencia de su cliente, sino que acababa desenmascarando al verdadero culpable. Mason siempre ganó los casos en los que intervino, excepto uno (El caso de la mecanógrafa aterrorizada).

Además de las novelas de Perry Mason, Gardner escribió bajo el pseudónimo A. A. Fair, varias novelas con los detectives Bertha Cool y Donald Lam; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal Doug Selby, y su enemigo Alphonse Baker Carr. En esta última serie, era evidente el contrapunto a la serie de Perry Mason, pues los papeles del investigador infalible y su eterno rival eran invertidos entre el fiscal y el abogado de las novelas.

Notas

[1] 83,36 metros. (N. del T.). < <